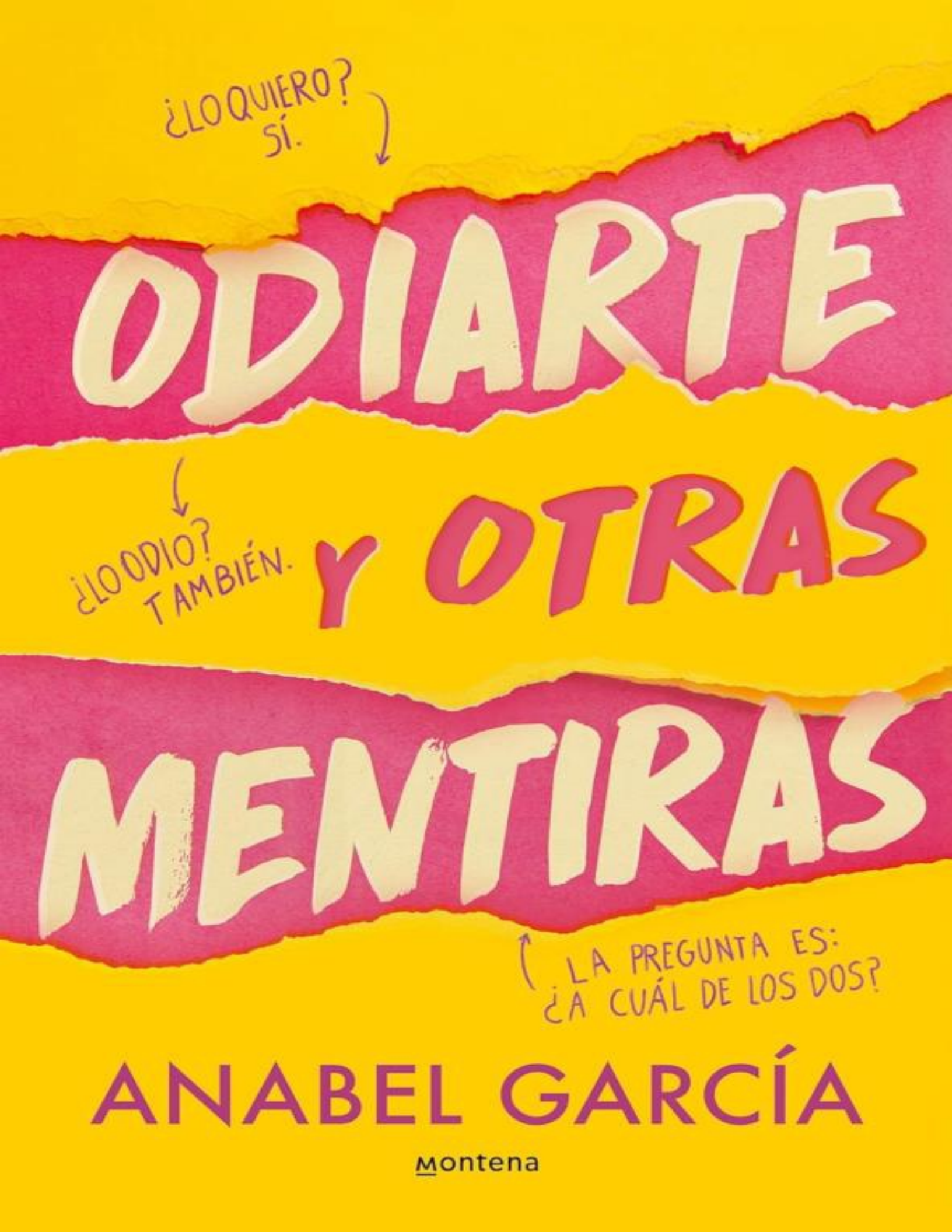

¿LO QUIERO? SÍ.
ODIARTE
¿LO ODIO? TAMBIÉN.
Y OTRAS
MENTIRAS
LA PREGUNTA ES: ¿A CUÁL DE LOS DOS?
ANABEL GARCÍA
montena

# ODIARTE y OTRAS MENTIRAS

ANABEL GARCÍA

montena

No eres de quien te hace arder.
Eres de quien cuida la llama.

*Para ti, que cantas*
*a pleno pulmón en el coche*
*tu canción favorita*
*aun cuando fuera estalla*
*la peor de las tormentas*

*A Yago:*

*Perdona por no meter tantos dinosaurios en la novela*
*como te habría gustado, cariño.*
*Sé que me dijiste que «los dinosaurios siempre funcionan»*
*cuando me veías desesperada buscando un final perfecto,*
*pero creo que aparecen suficientes.*
*Espero que te haga feliz el cameo.*
*Te quiero.*
*#losdinosauriossiemprefuncionan*

*A César:*

*«Vas a tener batallas duras y habrá dolor, pero eres un verdadero guerrero, así que levántate,*
*pelea y gana». Goku.*
*Gracias por mostrarme el extraordinario mundo del manga.*
*Verlo a través de tus ojos, con tu pasión,*
*y pasar tiempo contigo ha sido fascinante.*
*Recuerda, mi amor:*
*nunca permitas que nadie te diga cómo debes ser*
*ni que te menosprecien por tus gustos.*
*Eres una persona maravillosa.*
*Espero que algún día puedas verlo tú también.*
*Estoy muy orgullosa de ti. No cambies nunca, mi valiente guerrero.*
*Te quiero.*
*Mamá*
*#stopbullying*

# Prólogo

—¡¿Qué?!

—Lo que has oído —repito fingiendo una indiferencia que no siento.

Abre mucho los ojos. Está flipando.

—No puedes hablar en serio.

—Es nuestra única opción.

—¡Ni de coña! —responde soltando un bufido.

—¿Por qué no?

—¿Cómo que por qué no? ¡¿Estás loco?! Dime que esto es una broma —me ruega a punto de reírse… o de llorar, no lo sé muy bien, porque su expresión es difícil de descifrar ahora mismo.

—¡No! ¡No es ninguna broma! Ya me gustaría —afirmo.

Clava en mí sus ojos llenos de tristeza. Un fuerte escalofrío recorre mi columna vertebral como si de un fuerte latigazo se tratase. Contengo el aliento. Deseo con tanta fuerza que esto no esté pasando que hasta me cuesta volver a respirar.

—¡Pues entonces dime que vas borracho!

—¡No estoy borracho, joder, Taylor! ¿Por qué te parece tan mala idea?

—Perdona, pero ¡¿en qué puto metaverso te parece a ti una buena idea?!

—Debes ponerte a salvo. Si te quedas aquí, será por mí, y yo… no me perdonaría que te ocurriese algo por mi culpa. Me mata pensarlo. Necesito saber que estarás bien. No estoy dispuesto a perderte —trato de convencerla, pero se me quiebra la voz.

Verla en plan guerrera siempre me ha vuelto loco, y más cuando trata de luchar para que no la aleje de mí. Maldigo su corazón, que late por quien no toca.

—No… —Niega con la cabeza y se obliga a interrumpirse a sí misma.

Cierro los ojos con fuerza. No puedo vacilar. No puedo permitir que descifre la duda en mis ojos. Tengo que conseguir que acepte irse. Sea como sea. Cueste lo que cueste, joder.

—Negarse es una locura, Taylor. Tenemos que hacerlo —la increpo—, te prometo que será solo por un tiempo.

—¿Por qué?

—Porque si no te vas, no habrá vuelta atrás. Algo horrible ocurrirá tarde o temprano, y entonces… mataré a ese cabrón. ¿Es eso lo que quieres? —Me cruzo de brazos para parecer seguro, pero enseguida me revuelvo el pelo, nervioso, sin creerme que le esté pidiendo semejante estupidez.

Me examina. Ve algo en mis ojos que no le gusta. Determinación. Dolor. Y tristeza. La tristeza más velada del mundo. No quiero que la descubra, pero me conoce demasiado bien y sabe que está ahí, soterrada entre cientos de capas de indiferencia. Sabe que estoy fingiendo. Tiene que saberlo.

—¿Y cómo se supone que vamos a mantener nuestra relación? ¿Te grabo un audio por las mañanas? ¿O prefieres un porno Facetime por las noches? —se burla, supongo que invadida por el miedo—. ¡Mierda! Solo de pensar que esto pueda ir en serio me pongo histérica.

Ella también prefiere disimular. Ambos sabemos muy bien que una sonrisa oculta las cicatrices más profundas.

—No seas idiota, Taylor.

—Pues tú me dirás.

—¡Pues no lo sé! Ya se nos ocurrirá algo…

—De hecho, podrías hacer esto, mira. —Saca el móvil del bolsillo trasero de su pantalón, lo desbloquea y dice—: Eh, Google: ¿cómo mantener una relación a distancia con tu novia?

Aparecen en la pantalla una infinidad de páginas. Pincha de manera aleatoria en el primer vídeo que ve para mostrármelo y la verdad es que solamente viendo el principio —«Mantén un contacto continuo, aunque ella se niegue»— se le quitan las ganas de seguir los atroces consejos amorosos de Google.

—Vale, será mejor que no hagamos caso a Google, a no ser que quieras que te denuncie por acoso —murmura mientras vuelve a guardar el móvil.

—¡¿Me tomas el pelo?! ¿En serio acabas de hacer esa mierda en uno de los peores momentos de nuestra vida? —Parpadeo incrédulo con las manos extendidas.

Suelta una sonora carcajada que me pilla desprevenido. Supongo que no aguantaba más la tensión y le ha salido así, sin más. Su risa. Una risa que hasta hoy era el motor de mis sueños, pero que en este preciso momento se clava en mi pecho como un puñal. Una risa diferente a todas las anteriores. Fría y distante. La observo perplejo y algo jodido, pues a mí también me gustaría poder hacer lo mismo para liberar la tensión que agarrota cada músculo de mi cuerpo.

Intuyo que con esa carcajada vacía se dispone a levantar de nuevo el enorme muro que siempre nos separa, pero no voy a permitirlo, ni de coña. No hay tiempo. Si hace falta, lo derribaré.

—Vale. Olvida lo que te he dicho. Paso. —Finjo que me rindo—. Dejemos esto en manos del destino si crees que es mejor.

Me dirijo hacia la puerta de salida muy cabreado, pero ella me intercepta sujetándome de la muñeca con determinación para que me detenga. Nos miramos y es entonces cuando descubre que todo es verdad. Mis ojos le confirman que no miento.

—No puedo creer que me lo estés pidiendo en serio —musita apenada.

Me suelta decepcionada, dejando caer abatida la mano que antes me sostenía. Siento el frío repentino en mi piel. «Muy bien, maldito gilipollas. Al menos has conseguido que te crea. Aunque sea a base de romperle el corazón a la única chica que has sido capaz de amar. Merecerá la pena porque es por su bien».

Me observa con atención. Está pensando algo malo, seguro. La conozco y su cerebro ahora debe de ser un hervidero de reproches. Se estará preguntando qué ha hecho mal y suponiendo que esto terminará de la peor manera. Me ha costado la vida conseguir que se abra y ahora mismo se está cerrando en banda. Lo veo. Es Taylor. Niega con la cabeza. Confundida.

No voy a permitirlo. Me niego a darme por vencido. El miedo no va a ganar esta partida.

Me obligo a disimular mi angustia para que no salga corriendo. A pesar de morirme de ganas por abrazarla, de suplicarle de rodillas que se quede conmigo para siempre y jurarle que todo

estará bien porque yo la protegeré, me mata saber que eso no es posible, por mucho que me duela.

—Déjate ya de polladas, Tay, que no es para tanto. No sé por qué te pones así. No le des más importancia de la que tiene. ¿Cuánta gente con pareja se va un año a estudiar fuera? ¿Y todos rompen? ¡Venga ya! Aquí las cosas seguirán igual. Te van a dar las clases online. Yo estaré esperando a que vuelvas, hablaremos cada día y, por supuesto, iré a verte. Cada fin de semana, si quieres. Tú misma dijiste que te gustaría salir de Pittsburgh.

Aparta la mirada y la fija en algún punto al otro lado de la ventana.

—Eso lo dije antes de conocerte.

—Pues es lo mismo. No veo la diferencia. No tienes que cambiar tus sueños por nadie, y menos por mí.

—Tú no lo ves, pero justamente esa diferencia marca un antes y un después en mi mundo, maldito ciego idiota —confiesa ruborizándose.

Juro que tengo que armarme de valor para no besarla hasta el fin de los tiempos. Pero no puedo, hostias. Siento el peso del mundo sobre mis hombros. Voy a desplomarme.

—Nadie aquí está hablando de dejarlo, por si se te ha pasado por la cabeza —añado al ver su expresión de terror. Quizá se calme si suelto alguna broma—: ¿O acaso crees que vas a librarte de mí tan fácilmente?

La broma no funciona. Es más, su mirada me advierte de que produce el efecto contrario. Me paso ambas manos por el rostro. Me va a dar algo. Ayer estaba deseando pasar más tiempo con ella y ahora le estoy pidiendo que se aleje de mí. ¿Cómo soy capaz?

Miles de preguntas me asaltan: ¿Y si se olvida de mí? ¿Y si se pilla por otro? ¿Y si me enamoro de ella más todavía y la ansiedad me mata? Eso sería imposible. No se puede estar más enamorado. Sea lo que sea, el caso es que terminaré volviéndome loco.

Me odio a mí mismo por ser el causante de su pena. Pero no soy amigo de las incertidumbres, yo necesito certezas y ahora mismo solo necesito que acepte marcharse.

Trago saliva. Estoy reteniendo las lágrimas. Me estoy haciendo el fuerte por los dos, pero no aguantaré mucho más tiempo esta puta farsa. Estoy renunciando al amor de mi vida para mantenerla a salvo, pero ella no se da cuenta… ¡Y yo que pensaba que era la persona que mejor me conocía del mundo! Estoy restándole importancia a una decisión que me dejará devastado. Pero lo hago por ella. Siempre por ella. Y…, joder, cómo me duele el pecho.

Se cubre el rostro con las manos para que no vea sus lágrimas. Tarde. El puto corazón se me va a salir por la boca y necesito largarme de aquí cuanto antes. Hacerme el fuerte me está pasando factura. Estoy acojonado.

—¿Eso es un sí? —pregunto evitando ir corriendo a consolarla.

Me encuentro al borde del infarto sin darme cuenta de que la tensión retenida se traduce en el ceño fruncido y los puños cerrados con fuerza. Sus ojos se encuentran con los míos y… la he cagado.

—¡No! ¡Eso es un NO rotundo! —solloza.

«No me hagas esto, Taylor, no me obligues a hacerlo», escucho la voz en mi interior desolada.

Se acerca a mí para que la acoja entre los brazos y yo le respondo abrazándola como si fuese la última vez. Luchando con todas mis fuerzas para que ninguna lágrima escape de mis párpados.

Tratando de restarle importancia. Quisiera atesorar este recuerdo para siempre, como si fuésemos el esbozo borroso de un dibujo antiguo, como si presintiera que ella será la primera que se desvanecerá en el lienzo. La calidez de su cuerpo. El rubor de sus mejillas. El aroma de su cabello. El latido de su corazón. Todo se convertirá tan solo en polvo de colores que vuela al viento en un sueño. El triste recuerdo del primer amor.

—Me sorprende verte así de seguro cuando yo estoy cagada de miedo —solloza contra mi pecho—. No quiero hacerlo. No puedes obligarme. Preferiría morir a separarme de ti.

«Preferiría morir». Esas dos palabras se clavan en mi mente como un dardo envenenado en plena diana. Una diana que se encuentra en el centro de mi pecho y con su impacto abre la caja de Pandora: mis recuerdos.

No puedo permitirlo. No quiero eso para ella. No lo quiero para nosotros. Por nada del mundo. Y solo hay una solución, por fin acabo de verlo claro, aunque arrase con nosotros. Con nuestra felicidad.

¿Sabes cuando ni siquiera ha ocurrido algo y ya te estás arrepintiendo de ello? Pues así me siento yo ahora mismo, presagiando la tormenta que se avecina. Un montón de nubes negras se precipitan sobre mi cabeza. Sería de locos soñar que en vez de llover lucirá el sol y después un hermoso arcoíris, ¿verdad? De putos locos.

—Taylor, olvida todo lo que te acabo de decir, no tiene sentido…

No voy a ser capaz de hacerlo, joder. No puedo pronunciar las palabras. Es tan fuerte el dolor que oprime mi pecho que hasta me cuesta respirar. Solo quiero abrazarla y besarla, pero no puedo permitírmelo.

—Vale. Porque yo tampoco quiero alejarme de ti. Que sea lo que tenga que ser y ya está. Que decida el destino.

No lo ha entendido.

—Tenemos que dejarlo —suelto finalmente intentando por todos los medios que mi voz no se quiebre.

Sus ojos reflejan el terror más absoluto al clavarse en los míos. Se aparta de mi cuerpo como si le quemase. Necesito tocarla. Confesarle que todo esto es un puto papel que me han obligado a representar. Pero no puedo.

—¿Dejar el qué?

—Lo nuestro.

Comienza a llorar y coge una de mis manos entre las suyas. No puede creer lo que acabo de hacer, y yo menos. Pero me obligo a poner el modo automático y fingir que no siento nada. Es lo mejor para ella.

—¿De verdad estás… rompiendo conmigo? —Ver su dulce rostro envuelto en lágrimas me mata.

Me horrorizaba pensar que estaríamos separados, pero al menos tenía la esperanza de hablar con ella cada vez que quisiera, y verla de vez en cuando. Ahora se impone la realidad: quizá no vuelva a besarla nunca más.

«Tiene que irse. Me aterra mucho más que la encuentre él», me repito.

—Eso es lo que acabo de hacer —afirmo.

Siento que me asfixio.

—No…, por favor —solloza a lágrima viva—. No me dejes.

Antes de que descubra que estoy a punto de romper a llorar y desplomarme, aparto mi mano de las suyas para largarme a toda prisa. Dejándola sola en su cuarto. ¿Se me ha ido la cabeza? ¿Qué mierda estoy haciendo?

A cada paso que doy alejándome de ella es como si ese dardo se clavase más y más, emponzoñando mi corazón hasta asesinarlo.

—¡No te atrevas a volver a buscarme! ¡¡¡Te odio!!! —La escucho gritar.

Yo también me odio, Taylor. Sé que nunca podrás perdonarme. Yo tampoco lo haré. Nunca. Acabo de destrozar nuestras vidas. Y deberé aprender a vivir con ello.

# 1
# El *casting*

EDWARD ELRIC: ¡Es un intercambio justo! Te daré
la mitad de mi vida para que me des la mitad de la tuya.

WINRY ROCKBELL: ¡Qué idiota eres! Yo te daré mi vida entera.

*Fullmetal Alchemist*

*Varios meses antes*

—¡Corre, Tay, es la hora!

Ni siquiera me da tiempo de reaccionar, porque Susie me ha cogido de la muñeca para que la acompañe en su frenética carrera hacia quién sabe dónde. Si es que acaso se puede llamar «acompañar» a correr junto a ella dando tropezones. Si ahora mismo se le antojase lanzarse de cabeza al averno, yo iría tras ella sin dudarlo. Aunque, pensándolo bien, puede que la amistad sea eso, al fin y al cabo, ¿no?

—¿Estás loca? ¿Quieres decirme adónde se supone que vamos? —le pregunto, tratando de no caerme mientras atravesamos el pasillo de la uni a toda prisa, sorteando como podemos al resto de alumnos que circulan cerca y nos observan como si estuviésemos piradas.

Inciso: por si alguien todavía no piensa que lo estamos, esperad a descubrir cuál es el fin de nuestra intrépida carrera.

*POV*: salimos al enorme jardín que hay frente al edificio principal del campus. Hace un frío de narices, yo diría que está a punto de nevar. Descubro una fila considerable de personas. De chicas, para ser más exactos.

—¿Qué pasa? ¿Reparten caramelos? —me burlo.

—¡Sí! ¡Un buen caramelazo! —exclama mi amiga con una extraña sonrisa de medio lado dibujada en su rostro.

—Susie, nos conocemos desde que nacimos, literal, así que déjate de mierdas y cuéntame por qué leches está aquí toda esta gente… —Me detengo para observar la fila con más detenimiento antes de añadir—: ¡Son todo tías!

Vaya sorpresa. Como si ella no lo supiera.

—Es que no te enteras de nada, vives en tu mundo de mangas, *otakus* y movidas frikis, y así te va. No estás al día del mundo real, marginada —se queja.

—Y eso lo dice la que sueña con forrarse siendo influencer —me defiendo.

—¡Pues claro que voy a forrarme! @SusieLollipop será conocida por todo el mundo, ¡ya lo verás!

—Pues con tres *followers* vas un poco mal —la pincho.

—¡Qué mala es la envidia!

Yo tengo uno más que ella, aunque sospecho que pronto serán muchos menos, en cuanto alguno me envíe una fotopolla.

Niego con la cabeza al tiempo que nos posicionamos las últimas de la cola, aunque dicho puesto no tarda en sernos arrebatado, pues enseguida llegan otras seis alumnas más que se sitúan a nuestra espalda.

—¡Que me digas de una maldita vez qué hacemos aquí! —le pido enervada.

—¡Ron está buscando novia! —exclama dando unas absurdas palmaditas entre gritos y risitas nerviosas. ¡Está *living*! Todo en ella es muy cursi y teatral mientras me muestra en su móvil el tuit que lo demuestra.

> CarterJR @Ron_Oficial 1d
>
> Ron Carter abre un *casting* exclusivo desde mañana hasta el viernes. Todas las interesadas podrán presentarse a las doce en el campus de informática. Abstenerse las que no cumplan con los requisitos solicitados en las *stories* destacadas de su insta: @RonCarterJR.

Mis ojos se salen de sus órbitas como los de un personaje manga ante tal información. El cerebro, de pronto, se ha cortocircuitado. Creo que incluso ha comenzado a echar humo.

Recapitulemos:

Punto 1. Ron Carter está en tercero de Ciencias del Deporte y es el chico más popular de Pittsburgh, parte de Pensilvania y yo diría que de todo mi mundo. La primera vez que lo vi pensé que era un dios, lo recuerdo como si fuera ayer, pero ¿cómo no hacerlo?

Punto 2. Ron Carter es todo cuanto un chico de veinte años podría desear, es decir: guapo a rabiar, con buen cuerpo, inteligente, estudioso, de buena familia, divertido, con una risa depravadamente bonita… Es el tipo de persona que nace con una estrella iluminando su vida. Listo para brillar a su paso. Para romper cuellos y corazones. Joder, si hasta tiene nombre de triunfador. ¿He dicho ya que tiene un cuerpo de infarto, unos ojos verdes que hipnotizan y que sus padres están forrados? ¿Sí? Pues eso.

Punto 3. Ron Carter chasca un dedo y tiene como mínimo a cincuenta mil chicas dispuestas a ser sus novias y/o siervas de por vida. Entonces ¿a qué viene todo esto? ¿Se tratará de algún tipo de broma para después subirlo a redes y que se viralice?

Punto 4. Ya tenía mis sospechas, pero ahora mismo confirmo que Ron Carter es un auténtico gilipollas con la personalidad de un repollo. Solo por haber puesto ese tuit demuestra que es el capullo más engreído del mundo. ¿Qué tipo de persona convoca un *casting* para elegir a su pareja?

—¿Quieres ver los requisitos? —me propone mi amiga, entusiasmada.

—¡Ni de coña! —respondo con cara de asco apartando su móvil de mí.

Estiro el cuello tratando de divisar el principio de la fila, pero hay tanta gente que me resulta imposible. Esto no se finiquita en la media hora que dura mi tiempo de descanso ni de broma. Ya me imagino a Ron y sus orangutanes pidiendo a cada chica que les muestre *sus cualidades* para optar a ser la novia ideal.

«¿Y cuál sería tu mayor virtud, Taylor?», me pregunto a mí misma con retintín. Pego un empujón a mi yo imaginario para que se esfume mientras niego con la cabeza. ¡Un poquito de dignidad, por Dios!

—Susie, ¿no crees que hay algo que no encaja en todo esto? —inquiero, señalando a la cantidad de alumnas de todos los cursos y facultades que nos rodean. A ver si cae en la cuenta ella solita de que no pega ni con cola en medio de este elenco de Barbies siliconadas. No tengo nada en contra de ellas, pero es que no hay ninguna como nosotras, que pertenecemos más bien a lo que se denomina *normies.*

—¡Claro! A ver si te crees que soy tonta —protesta indignada poniendo los ojos en blanco.

—¿Entonces? ¿Por qué quieres participar en este circo ridículo?

Todavía tengo la esperanza de que lo que pretenda en realidad sea sabotear todo esto con alguna pancarta que lleve escondida entre las tetas en plan «No al patriarcado».

Ella me mira como si de repente me hubiese convertido en un oso morado con un tutú rosa bailando ballet sobre un cable eléctrico pelado. Pestañea un par de veces, tratando de pensar lo que va a decir antes de hacerlo, cosa bastante rara en ella, todo hay que decirlo, la verdad es que me sorprende porque es de actuar antes de pensar, y eso cuando piensa.

—Tay, ¿desde cuándo estoy enamorada de Ron? —suelta en un tono condescendiente.

—No sé. Desde que tienes uso de razón, supongo.

Su madre es pediatra en el UPCM Children’s Hospital y los padres de Ron la tienen contratada de manera privada, desde antes de que nosotras naciésemos, para que atendiera a sus hijos. Por eso Susie y Ron se conocen desde pequeños, además de haber compartido instituto.

El instituto. Yo no me permitía ir con ellos, pero gracias a mi amiga conocía todos los cotilleos al dedillo, pues el High School de los pobres (el mío) y el de los ricos (el de ellos) estaban pegados, por eso nosotras pasábamos todos los recreos juntas.

Susie continúa su charla:

—… por eso Ron es mi *crush*. El amor de mi vida. Hasta se podría decir que somos almas gemelas. La única pega es que él todavía no lo sabe. Por eso estoy aquí, para abrirle los ojos y que se dé cuenta de una vez por todas de que soy la única que merece su amor.

Contemplo a mi mejor amiga con angustia. A mis ojos, ella es la mejor del mundo. Es inteligente, ocurrente, graciosa, atrevida, cariñosa, defensora, apasionada de las causas perdidas como yo y un largo etcétera de cualidades maravillosas. ¿Qué voy a decir yo de ella?

Además, físicamente tampoco está nada mal. Tiene unos ojos castaños vivos y suspicaces que siempre captan hasta el más mínimo detalle de lo que acontece a su alrededor. No se le escapa ni una. Ahora mismo lleva el pelo moreno, pues le encanta teñirse según la estación del año, y en pleno diciembre su instinto le dicta que debe ser oscuro. Lo tiene liso con corte Bob y un flequillo que exalta su naricilla respingona. No es ni alta ni baja, como yo. Y ambas usamos la misma talla, por eso nos intercambiamos la ropa más a menudo de lo que me gustaría, pues ella no es tan cuidadosa como yo. Será porque a ella le sobra y no la valora tanto.

Aun así, no tiene nada que hacer contra todas estas modelos de piernas infinitas y culos prietos que nos rodean, que es lo que supongo que le atraerá a un tío como Carter.

—¿Y me puedes explicar cómo vas a conseguir exactamente que Carter descubra de repente que lleva toda su vida loco por ti, pero que ha estado ciego hasta el preciso instante en que te pongas delante? —pregunto, tratando de no reírme.

—Tú de eso no te preocupes. Lo tengo todo planeado —canturrea.

Me vienen a la cabeza las miles de veces que ha hecho el ridículo delante de su *crush*, como ella lo llama, para intentar que él simplemente se diera cuenta de su mera existencia y, por ende, las múltiples veces que la novia de turno se ha reído de ella en su cara. También recuerdo los llantos y lamentos de después, que, por supuesto, he tenido que sosegar yo.

Me niego a que la historia se repita una vez más y, encima, que esta nueva humillación tenga tanto público, pues medio infierno, digo, media facultad está aquí de una manera u otra y la otra mitad lo verá grabado en Instagram. Sospecho que todos sienten curiosidad por saber quién será la elegida. Ya me los imagino a todos *stalkeando* a Carter mañana. ¡Vaya cuadro! Todo esto podría crearle un trauma de por vida a Susie y yo no me perdonaría no haberlo evitado.

—Susie, o me cuentas ahora mismo qué pretendes hacer o me largo —la amenazo.

Ella se remueve nerviosa, mira hacia todas partes y termina sacando un pequeño papel muy bien doblado del bolsillo de su abrigo que me pasa con sumo cuidado, como si se tratase del mapa con la ubicación exacta del santo grial. Lo cojo de mala gana, lo abro sin ceremonias y en cuanto leo la frase escrita a mano y llena de corazoncitos me quedo congelada.

—¿Qué opinas? ¿A que es buena idea? Seguro que es lo único que tengo yo y que todas las demás no —afirma con orgullo.

La miro ojiplática. Sin dar crédito. Me he quedado en *shock*.

Es cierto que el amor nos vuelve locos, ciegos, tontos, o como queráis llamarlo, pero en este caso en concreto creo que se le ha ido de las manos.

—No pienso permitir que lo hagas —sentencio a la vez que rompo el papel en mil pedazos.

Ella, como si lo que estuviese rompiendo fuera su corazón, me mira con los ojos anegados en lágrimas, sin dar crédito.

—¡Tú no lo entiendes! —explota—. ¡No es justo que me hagas esto, Taylor! ¡Siempre que me has necesitado, he estado a tu lado! ¿Quién se quedó a dormir contigo cada noche cuando se divorciaron tus padres? ¿Quién te acompañó cada día a la tumba de Max? Hay miles de cosas que tú haces y que yo no soporto, pero nunca te dejo sola. Me limito a estar a tu lado para apoyarte y punto. ¡Nunca te juzgo!

Tiene razón, siempre nos hemos tenido la una a la otra. Nuestra relación va mucho más allá que una simple amistad. Nosotras somos hermanas.

La gente a nuestro alrededor nos mira con curiosidad. Por eso bajo la voz al añadir:

—¿Es que no lo ves, tía? Solo intento que no sufras. Si dices lo que pone en la nota delante de toda esta gente, se burlarán de ti y ya no habrá vuelta atrás. Habrás cavado tu propia tumba. Lo único que pretendo es que no te hagan daño.

Cambia de expresión al escucharme.

—¿Que no me hagan daño o que no te relacionen conmigo porque te avergüenzas?

—¡¿Eres idiota?!

Eso duele más que mil puñales en el pecho y ella lo nota. Cuando quiere, es una harpía sin

escrúpulos, aunque no suele serlo conmigo. Echa los hombros hacia atrás y clava su mirada enrojecida en la mía, suavizando el tono:

—Solo te estoy pidiendo que me acompañes. No necesito tu opinión y mucho menos tu aprobación.

Suelto un suspiro. Me rindo.

—Está bien. Aquí me tienes entonces. —La cojo de la mano y me sonríe.

Y allá vamos, como dos guerreras sin armadura dispuestas a atacar a un curtido ejército armado hasta los dientes cuyo destino es un dragón mortífero, convencidas de que la victoria será nuestra porque estando juntas nada ni nadie nos detendrá. Nunca.

# 2
# La gran decisión

Desde los tiempos antiguos, el dragón ha sido la única bestia en igualar al tigre.
Incluso si no estás a mi lado en este momento, atravesaré el tiempo y el espacio para estar contigo.
Estos sentimientos nunca cambiarán.

RYUUJI TAKASU,
protagonista principal de *Toradora*

Nos hemos saltado dos clases para no perder el turno en la fila. Todo sea por Susie y la cara de ilusión que tiene según nos vamos acercando al gran momento épico de su vida. Espero que merezca la pena y que el dichoso Ron Carter caiga rendido a sus pies en cuanto le recite esas dos palabras mágicas que tiene pensadas.

Ay, Dios, ¿a quién pretendo engañar? Se masca la tragedia, joder. Todos se van a reír de ella y la van a ridiculizar. ¿Dónde están los huracanes o los terremotos cuando más se los necesita?

¿Y si finjo que me da un ictus y me dejo caer al suelo para que no lo haga?

—¡Siguiente! —La voz de uno de los esbirros de Ron me saca de mis pensamientos.

Miro hacia delante y veo a tres tíos superatléticos alrededor de una mesa plegable, tipo camping. Me recuerda a una convención de la ONU con guardaespaldas rodeando al presidente, pero en plan cutre.

Entonces, uno de ellos se retira para que un rayo de sol ilumine el rostro de Carter como si descendiese por gracia divina del cielo para llenarlo de gloria ante nuestra atónita mirada. Disimulo, como puedo, que babeo por él.

Impresiona tenerlo así de cerca. Mucho. Es un puto Adonis. Observa al resto de los mortales como si no fuesen dignos de estar en su presencia. Nadie se atreve ni a mirarlo. Ahora mismo no querría estar en el lugar de Susie ni por un millón de dólares, porque yo no sería capaz de mirarlo a los ojos directamente sin temblar.

Volviendo al susodicho, lleva puesto debajo de su abrigo de paño gris un vaquero y un jersey de cuello de pico color azul marino. Nada del otro mundo, pero lo que le hace único es que al puto Ron Carter la ropa le sienta mejor que al resto de los tíos. Él la lleva con estilo. Todo le

queda apretadito, pero sin ser excesivo, con gusto. Se trata de una mezcla perfecta entre macarra y pijo que resulta explosiva. Está tremendísimo.

Además, no solo es que la ropa le siente como un guante, es que su expresión corporal rezuma seguridad en sí mismo y eso cautiva y acojona al mismo tiempo. Muchísimo. Y todo eso acompañado de su intensa mirada verde de perdonavidas, de ser superior… ¡Dios! Me tiene fascinada. No soy capaz de apartar la mirada de él. Es todo un compendio de «estamos jodidas». Pero bien jodidas.

Aunque a Susie, lejos de acojonarla, la atrae como la miel a las moscas, porque, sin que me diera cuenta, mi amiga ha avanzado hasta situarse frente a la mesa donde él la contempla con cara de chiste y sus secuaces murmullan entre ellos con risitas y codazos.

—¿Cómo te llamas, chica? —pregunta uno de ellos.

—Susan —titubea ella.

Vuelvo a escuchar risitas, tanto de ellos como de las chicas que tengo a mi espalda.

—A esta la va a despachar rápido —susurra una de ellas.

¡Serán zorras! Estas ni siquiera han oído hablar de lo que es sororidad.

«¡Vamos, Susie, demuéstrales lo que vales a esos orangutanes!», le mando toda mi fuerza mental desde mi sitio. Aunque en mi interior sigo pensando que esto es denigrante para cualquier mujer que se precie, y que no me siento en absoluto cómoda con toda esta mierda. Pero es lo que ella quiere y, por lo visto, me lo tengo que comer con patatas.

—¿Cuántos años tienes, Susan? —indaga Ron con una voz demasiado ronca, consiguiendo que todas las presentes suspiren de amor.

¡Oh, por favor! Será cretino. Sabe de sobra los años que tiene. Está fingiendo que no la conoce, el muy capullo.

—Ten-tengo dieci-ocho años. Es-es-estoy en pri-me-ro —tartamudea ella.

La noto muerta de miedo. Reprimo las ganas que me entran de ir a abrazarla.

—Bien. Pues cuéntame qué haces aquí. Ya que en mis condiciones pedía que viniesen chicas de mi curso o mayores —alega sin inmutarse, como si fuera obvio que el universo tuviera que saber los años que tiene el muy capullo. Se recuesta en la silla y se cruza de brazos como si lo aburriese la situación.

O finge muy bien o ni siquiera la ha reconocido, aunque me resulta muy difícil de creer que no sepa de quién es hija. Seguro que está demasiado ocupado admirando el brillo de su propio pelo.

—Si ese fuera el único requisito que no cumple… —añade uno de los idiotas que están junto a él.

Enseguida escucho más risas. Risas que me están revolviendo el estómago.

Me estoy mordiendo la lengua para no saltar.

Susie carraspea y se arma de valor, se apoya en la mesa para poder mirar a Carter a los ojos y le suelta:

—Yo siempre he estado enamorada de ti, Ron, y…

—¡Como todas, nena! —la interrumpe alguien a mi espalda.

—¡Cállate, joder! —la increpo.

—Continúa, Susan —la anima un Ron sonriente y pagado de sí mismo.

—Pues es que… yo… quería decirte… Quiero que sepas… En fin…, que…

«No lo digas. No lo digas. No lo digas», clamo al cielo.

—… soy virgen —termina soltando mi amiga.

Sí. Ha dicho las dos palabras, señoras y señores.

Mierda.

El silencio se hace en torno a todo el mundo.

Desde mi sitio solo atisbo la espalda de Susie. No su cara. No sé lo que se le estará pasando ahora mismo por la cabeza, solo sé lo que pasa por la mía, y no es nada bueno, al observar la expresión de burla de los tres matones que la rodean.

La primera carcajada procede de la tiparraca que tengo a mi espalda. Y las demás, del resto del público en general. De todos, menos de Carter, que permanece muy serio contemplando a Susie con pena.

—¡No me extraña que seas virgen! ¿Tú te has visto? ¡Das *cringe*! —grita la idiota que tengo a mi espalda.

¡Ya está! ¡Hasta aquí hemos llegado! ¡La mato!

Me giro para plantarle cara:

—Pero ¿tú de qué coño vas, payasa? ¿Quién te crees que eres para tratar así a la gente?

—¡Vete a la mierda, *bullshit*! —ruge.

—¡Serás gilipollas!

Y sin darme cuenta me agarra del pelo y tira con ímpetu. Yo trato de defenderme sujetándola por las muñecas, pero ella tiene más fuerza que yo y termina tirándome de espaldas al suelo. Justo encima de un charco de barro.

¡De puta madre todo!

La miro desde abajo, herida en mi orgullo y muerta de la vergüenza por haber accedido a participar en este show de mierda. Me incorporo y permanezco sentada porque no tengo fuerzas para ponerme en pie. Susie acude corriendo para ayudarme a levantarme, me ofrece su mano, pero se la niego, dedicándole una mirada de desaprobación y decepción. Ella se aparta avergonzada.

—¡Sois todos una panda de imbéciles! —grito llena de ira.

—¡Lo que estás es rabiosa porque Ron nunca te elegiría y mucho menos ahora! ¡Perdedora! —escupe la idiota que me ha lanzado al barro mientras se parten todas de la risa.

No me había dado cuenta de que Ron se había levantado a toda prisa de su trono de rey del mundo para acercarse a mí, supongo que para humillarme más todavía. Joder, tenerlo tan cerca impresiona. Mucho. Muchísimo. Con ese pelo castaño despeinado a lo loco y esos ojos verdes que brillan como dos malditas esmeraldas, me entran ganas de besar sus pies.

¡Mundo cruel! Los villanos deberían ser repulsivos.

Para mi sorpresa, extiende la mano ofreciéndome ayuda. Todos a nuestro alrededor están flipando, contemplando la escena con total atención, pues Carter nunca jamás muestra piedad con nadie.

—Siento mucho lo ocurrido —susurra al verme dudar si cogerle la mano.

Miles de recuerdos acuden a mi mente en forma de huracán que arrasa con todo. Bolas de papel. Empujones. Tirones de pelo. Burlas. Insultos. Humillaciones. Soledad.

Juro que no sé qué neurona de mi cerebro se desconfigura, pero de repente cojo un puñado de barro del suelo para lanzárselo con todas mis fuerzas, con tan mala suerte que le doy de lleno en

toda la cara. En mi defensa diré que pretendía ser algo disuasorio, pero nunca tuve buena puntería.

La gente saca sus móviles a toda prisa para grabar la escena entre gritos de estupor.

Aprovecho la confusión colectiva para incorporarme. Ron se limpia como puede con la manga del abrigo mientras me mira con desprecio. Creo que ahora quiere asesinarme. Me da igual. Lo amenazo con el dedo índice:

—¡Debería darte vergüenza tratar a las mujeres como simples monos de feria! —Abre la boca, pero no le permito ni rechistar—. No somos trozos de carne que salten y bailen cuando tú se lo ordenes, ¿sabes? Si quieres una novia, alguien que te quiera de verdad, estás a años luz de encontrarla, ¡maldito engreído de mierda! —rujo mientras me marcho de allí como un vendaval, con el culo y el pelo llenos de barro, entre silbidos, vítores y abucheos.

# 3
# Las consecuencias

No importa lo fuerte que sientas algo en tu corazón, si no se lo transmites a la otra persona, no tiene sentido.

*Junjou Romantica*

—¡Taylor Smith! —La voz de mi madre al otro lado de la puerta y los golpes contra esta consiguen que cierre los ojos con fuerza.

Cuando me llama con mi apellido, es que la cosa pinta mal. Muy mal.

Abro de mala gana aguardando el chaparrón.

Mi madre suele aparecer en la residencia cuando le da la gana porque no asume que sea mayor, y hoy se ha presentado justo cuando estaba quitándome los pantalones embarrados. En cuanto abro la puerta, mira mi pelo sucio con cara de psicópata.

—¿Qué diablos pasa aquí? —grita colérica—. Ha saltado la alarma de la aplicación de la universidad avisándote de que has faltado a clase ¡las dos últimas horas! —No sé en qué momento me pareció buena idea que mi madre se descargase la aplicación de la uni—. He tenido que pedir permiso en el trabajo para salir porque no contestabas a mis llamadas, Taylor. Y cuando vengo, te encuentro aquí llena de barro. ¡Espero que tengas una buena explicación, jovencita, porque, de lo contrario, te va a caer un buen castigo! ¡No puedes perder la beca!

¿Me ha llamado? ¡Mierda! Miro por todas partes y no hay ni rastro del móvil. Se me ha debido de caer durante la pelea. El pánico se apodera de mí.

Mi madre permanece con los brazos en jarra, observándome con la cara desencajada por la ira.

—Me he peleado con una idiota que ha insultado a Susie y me he caído al barro. Me daba vergüenza ir así a clase y he venido a cambiarme. Ya está. —Mitad verdad, mitad mentira. Podría valer, ¿no?

—¿Que te has peleado? O sea que, además de faltar a clase, ¡te has peleado! —Está fuera de sí. ¿Por qué las madres se vuelven locas a la mínima sin siquiera escuchar lo que les dices? Solo se centran en lo que les conviene.

—¡Se estaban metiendo con Susie! —me defiendo.

—¿Y eso implica que te líes a puñetazos? Pero ¿qué tipo de educación te estoy dando?

¿Acaso estamos en la Edad Media para que os lancéis al barro a pegaros? ¡Ay, por favor! —Se santigua varias veces.

Da igual lo que le intente explicar, ella ya se ha montado su propia película medieval y me ha declarado culpable, así que decido callarme para no enfadarla más. Después de un buen rato parada frente a ella escuchando cómo se lamenta por mi mala educación y lo mala hija que soy, termina reprochándome:

—¿Se puede saber qué haces ahí de pie como un pasmarote? ¡Ve a ducharte que vas a coger frío!

Contemplo absorta en el suelo de la ducha cómo el agua que resbala sobre mi pelo y mi cuerpo va cambiando de color. En un principio, era de un marrón oscuro, incluso con trocitos de tierra, y ahora comienza a ser transparente.

Una vez que he terminado de jabonarme, he repetido el proceso cuatro veces más. Me seco el pelo, que por fin se ve rubio, y me pongo un pijama. El plan es pasar el resto de la tarde encerrada en mi cuarto, ya que mañana tengo examen de Informática Aplicada a la Realidad Virtual.

Me siento frente al escritorio y enciendo el ordenador para ponerme a estudiar, es entonces cuando caigo en la cuenta de que mi madre todavía se encuentra aquí, aunque fuera de la habitación, en el pasillo. La oigo hablar con alguien por teléfono. Pego la oreja para escucharla:

—Vale, Helen, muchas gracias. Ya conoces la situación que tengo en casa y no me puedo permitir que la amonesten por las faltas. Ante cosas así me veo muy apurada, porque ya sabes que estando becada hay que justificarlo todo. Está bien. Me pasaré por tu casa al salir del trabajo, ¿a eso de las siete? Vale. Gracias de nuevo. Un beso. *Bye*.

La universidad a la que asisto, Carnegie Mellon, es privada, o sea, que va gente pudiente, cosa que yo no soy. Aceptaron mi solicitud porque mi madre pertenece a una congregación católica que abogó por mí, pues tienen un cupo destinado a ayudar a los más desfavorecidos con becas siempre que mantengan una nota media bastante alta y que, además, les recomiende un buen padrino o, como en mi caso, una buena madrina: Helen, antigua alumna *honoris causa* y actual contribuyente del centro.

Mi madre se ha marchado sin despedirse, con lo que deduzco que está bastante cabreada. Le ha tenido que pedir a la madre de Susie que le haga un justificante médico falso y sé que odia pedir favores de esa índole. Es demasiado orgullosa, creo que en eso he salido a ella. Nos desvivimos por los demás, pero tenemos que estar muertas antes de pedir algo a alguien.

Pensándolo bien, después de todo, este lío ha sido culpa de Susie. Tendría que ser ella la que estuviera pagando las consecuencias y no yo, ni mucho menos mi madre.

Busco el móvil para mandarle un wasap y enseguida recuerdo que lo he perdido. La ansiedad se apodera de mi estómago. Espero que nadie tenga acceso a mis cosas, porque podría morirme. La facultad permanece cerrada por las tardes, así que tampoco puedo ir a buscarlo hasta mañana. ¡Menuda mierda!

Decido mandarle un mensaje a Susie vía Instagram desde el portátil. Aunque miedo me da entrar en redes por si me encuentro algún vídeo de lo ocurrido esta mañana.

En cuanto introduzco la clave para entrar en mi cuenta aparece un vídeo que me deja

petrificada. Me cubro la cara con las manos, pero miro entre las rendijas de mis dedos.

¡Oh, por Dios! Nunca superaré esto. Mi mejor amiga me odiará. La gente de la uni me repudiará. Seré una marginada traumatizada para el resto de mis días. Esto no se solucionará ni con años de terapia.

# 4
# Instagram

Amar a una persona no se trata de lógica o de razón.

YUKARI HAYASAKA, protagonista de *Paradise Kiss*

El vídeo en cuestión que aparece ante mis ojos es una repetición en bucle de un primer plano de la cara de Carter recibiendo el impacto del barro. De hecho, da la impresión de que hasta le entra en toda la boca. Le han puesto una música tipo Vengadores y un texto que reza: «Una friki de primero le hace morder el barro, *lit*, al mismísimo Ron Carter». Luego aparece un dibujo de un monigote rubio mal hecho que se supone que soy yo levantando una copa enorme mientras hace el baile de la victoria de *Fornite*.

¡¿En serio?!

Creo que es el momento idóneo para plantearme cambiar de ciudad. Me dejo caer sobre el escritorio, cubriéndome la cabeza con los brazos. Supongo que estarán las redes llenas de memes de este tipo. Algunos a favor y otros en contra de lo ocurrido. Y la verdad es que ahora no me siento demasiado empoderada como para disfrutar de los vídeos que se metan conmigo, que, dado los más de cincuenta mil *followers* de Ron frente a los cuatro míos, calculo que será una cantidad desorbitada.

Cojo uno de los cojines de mi cama y grito con todas mis fuerzas contra él para que nadie pueda escucharme. Varias veces. Hasta que consigo quedarme exhausta.

Nyanta maúlla al tiempo que me observa con esa cara que tiene siempre de enfadado. Sé que está preocupado por mí porque trata de saltar sobre mis piernas, pero debido a su sobrepeso le resulta imposible. Lo cojo y lo acurruco entre mis brazos. En cuanto ronronea consigue calmarme. Es como un peluche antiestrés.

En la residencia no está permitido tener mascotas, pero el año pasado, al volver de fiesta una noche, me lo encontré metido en una caja al lado de un contenedor en pleno invierno. Estaba tísico y tiritaba de frío. No pude dejarlo allí, lo envolví con mi abrigo para llevarlo a casa con la idea de salvarle la vida, sin miras de futuro, pero luego me lo traje a la resi y hasta ahora he conseguido mantenerlo en secreto. Ya no podría vivir sin él.

Le puse ese nombre porque es blanco y gris, como el prota de *Log H*ORIZON, que me vuelve loca, y porque su personalidad también es muy dual, por decirlo de una forma suave. Mi madre

cree que es Lucifer reencarnado en gato, por eso ni se le acerca. Nunca se han llevado demasiado bien porque él no considera que mi progenitora sea digna de su confianza. En general, no se fía de ningún humano, y es lo mejor que puede hacer después de haber sido abandonado.

Lily, mi vecina de la habitación de al lado, es la única que ha conseguido conquistarlo un poquito. Se resiste, pero sé que la quiere porque es la que lo cuida cuando paso algún fin de semana en mi casa. Mi madre no lo quiere allí ni en fotos.

Una vez que me he tranquilizado un poco, decido escribir a Susie.

Susie, ¿estás bien? No sé nada de ti 😖

Enseguida el mensaje aparece en «visto», pero no obtengo respuesta.

Espero.

Espero.

Espero.

Y nada.

Por un lado, comienzo a agobiarme porque siempre me ha dado igual lo que opinase el resto del mundo con tal de tener a mi mejor amiga junto a mí. Pero, por otro lado, no quiero humillarme más, porque estoy convencida de que todo esto es culpa suya y la única que se ha visto perjudicada he sido yo.

Decido salir de Instagram porque con la tontería ha pasado una hora y no he estudiado nada. Siempre me ocurre lo mismo, me pongo a *stalkear* sobre el salseo de las *celebrities,* a ver vídeos graciosos de gatitos en TikTok o a descubrir futuras lecturas con mis *booktokers* de confianza y se me pasan las horas volando.

Tras varios intentos fallidos de estudiar las malditas formas de programación virtual, decido ir al cuarto de mi amiga para saber qué diablos le sucede. No me concentro en nada, estoy nerviosa y así no hay quien pueda vivir. Necesito hablar con ella y comprobar que se encuentra bien, o al menos que no me odiará el resto de su vida. Siempre soy yo la que da su brazo a torcer.

La habitación de Susie está en el último piso de la residencia, la décima planta. No es algo explícito, pero todas aquí sabemos que a cuanta más altura esté tu cuarto, más pudiente eres. Es *vox populi*. Yo, obvio, me encuentro en la primera planta, y eso porque no hay sótano.

Llamo a la puerta y me abre Helen. Lleva uno de sus carísimos trajes negros de chaqueta y falda de tubo que resaltan su espléndida figura. Es como mi segunda madre y la adoro, pero siempre está demasiado ocupada para todo, por eso me sorprende que esté aquí un día de diario. Esto debe de ser grave, aunque su eterna sonrisa blanca lo disimula muy bien.

—¡Hola, Tay, cariño! —Me habla con voz dulce mientras me da un beso en la mejilla entornando sus ojos vivaces y azules—. Ya me iba, pero no os entretengáis demasiado, que me ha dicho Susan que mañana tenéis examen, ¿eh?

—Vale.

Se marcha haciendo resonar sus infinitos tacones contra el mármol y yo entro en el cuarto de mi amiga, mucho más grande y luminoso que el mío. Compruebo que está demasiado arreglado para ella, por lo que deduzco que su madre ha debido de ordenárselo todo. Echo una rápida ojeada. No la veo. Llamo a la puerta del baño.

—¿Qué quieres ahora? ¡Te he dicho que si estás aquí todo el rato voy a tardar más! —protesta mi amiga desde el otro lado, creyendo que soy su madre.

Abro la puerta y me planto en medio de la estancia. No tardo en descubrir que no se está duchando, sino viendo vídeos de Instagram en el móvil. Esconde el teléfono a su espalda de manera automática para que no la pille, creyendo que soy Helen. Tarde. En cuanto su cerebro se percata de que soy yo, echa fuego por los ojos mientras se levanta del taburete donde estaba sentada.

—¡¿Qué coño haces tú aquí?! ¡No quiero volver a verte en mi vida! —grita.

A la mierda mi voluntad pacificadora y mi brazo a torcer.

—¡¿Qué?! ¡¿Encima?! ¡Todo el mundo me está humillando por defenderte! —le reprocho.

—¡¿Defenderme?! ¿Quieres decir que me has defendido rebozando en barro al amor de mi vida? ¡Ahora me odiará! Si antes tenía pocas posibilidades con él, ¡ahora tengo cero! —se queja.

—Esas chicas se estaban riendo de ti, los amigos de Ron se estaban riendo de ti, ¡todos se estaban descojonando! Yo solo te defendí…, lo demás sucedió demasiado rápido.

—¿Con defenderme te refieres a rebozar a Carter en barro? —Juraría que está intentando no reírse.

—Ni siquiera sé por qué hice eso —trato de excusarme, pero es la verdad.

Ella se planta delante de mí.

—Mañana va a ser el peor día de mi vida por tu culpa. Hay vídeos míos circulando por todo internet ¡¡¡disfrazada de virgen!!! —ruge.

«No te rías, Taylor, por Dios, no te rías», me obligo a mí misma.

—¿Y se supone que eso también es culpa mía? —me quejo—. ¿Por qué tuviste que gritar a los cuatro vientos que eres virgen? ¿Pensabas que Ron iba a caer rendido a tus pies? ¡A él le gustará justo lo contrario! ¡Eres idiota!

Sale disparada del baño para comprobar que su madre no está escuchándonos.

—¡Pues claro que es culpa tuya! Si tú no la hubieses liado así de parda, lo mío sería una simple anécdota, pero has conseguido que se haga viral por todo Pittsburgh, ¡por el amor de Dios!

Pongo los ojos en blanco. Siempre que me tira *beef* se pone en plan borde exagerada que te cagas, y yo la odio porque me toca el papel pacifista.

Respiro hondo para no estrangularla.

—No estás siendo razonable, Susie. Solo piensas en ti. Yo solo estaba allí por hacerte un favor y reaccioné así para defenderte. ¿O te crees que yo contaba con que esa gilipollas me tirase al barro? No entiendo por qué te enfadas conmigo. Toda esa gentuza jamás te va a aceptar en su grupo de élite. ¿No lo ves? Ron nunca se fijará en ti. Da igual lo que hagas o digas.

Ella me mira con los ojos encharcados en lágrimas.

—Vete, Taylor.

—Pero…

—Vete, por favor.

No puede estar pasándome esto, siempre que discutimos lo arreglamos enseguida.

—Susie, lo siento, perdóname —le suplico.

Prefiero perder mi dignidad a su amistad.

—Tay, ya se me pasará, en serio, pero ahora no quiero estar contigo. Vete.

Me da la espalda para sentarse en la cama.

—Vete tú, pero a la mierda —le suelto.

Sí, lo sé, soy de mecha corta. Pienso de una forma y actúo de la contraria. Pero ¿acaso vosotros sois perfectos?

Salgo de su cuarto, cierro la puerta y me pongo a llorar de rabia e impotencia con todas mis ganas.

¿Cómo es posible que en un solo día te cambie la vida de esta manera?

Bajo las escaleras y me encierro en mi habitación. Me dejo caer sobre la cama mientras imagino cómo el mundo se derrumba a mi alrededor.

# 5
# El peor día de mi vida

> Aquel día me enseñaste que la soledad es dolorosa.
> Lo entiendo tan bien ahora.
> Tengo a mi familia, a mis amigos, pero si tú no estás, es lo mismo que estar solo.
>
> HARUNO SAKURA, personaje de *Naruto*

Cuando al día siguiente el bus me deja en la parada de enfrente de la facultad, dudo si bajarme.

Creo que esta es, con diferencia, la situación más difícil a la que me he enfrentado en mis dieciocho años, y eso que he tenido que enfrentarme a alguna muy *heavy*. Tengo pánico a lo que pueda encontrarme al traspasar esas puertas. Siento, por primera vez en mi vida, que estoy sola. Susie ha decidido cargar con su letra escarlata de manera independiente.

—¿Piensas quedarte ahí todo el día? —gruñe el conductor de mala gana. Ya me conoce y sabe que esta es mi facultad.

Cierro los ojos.

Tomo aire.

Me levanto, me pongo la mochila al hombro derecho y salgo del vehículo.

El día es frío, gris y hay niebla. Un día muy propicio para cometer un asesinato. Sin duda, el mío.

Camino sin levantar la vista del suelo. No quiero cruzar la mirada con nadie por miedo a que me digan algo. Entro en el edificio de Computación e Informática y me da la sensación de que de repente el habitual murmullo que suele recorrer los pasillos abarrotados de estudiantes ha enmudecido y todos me observan.

Avanzo hacia mi clase a toda prisa, sin detenerme, sin mirar a nadie a los ojos.

—¡Mírala! ¡Ahí está! —La voz a mi espalda de uno de los matones que siempre acompañan a Carter me da un susto de muerte.

Salgo corriendo sin dudar, sintiendo la adrenalina correr por mis venas más de lo que logran hacerlo mis piernas. El pasillo cada vez se me hace más largo, incluso eterno.

—¡Espera!

—¡No corras!

Escucho sus gritos a mi espalda, cada vez más cercanos. ¡Me van a pillar!

Justo en el último instante, descubro una clase abierta a mi izquierda y entro en ella como un vendaval, como si atravesara las puertas de San Pedro. Hay un profesor hablando junto al encerado que me mira con el ceño fruncido por interrumpirle de una manera tan brusca.

Trato de respirar con normalidad, aunque me arden los pulmones por el esfuerzo. Debo fingir que esta es mi clase, de ello depende mi supervivencia. Echo una rápida ojeada al aula y descubro una silla libre en la cuarta fila al lado de un chico. Me apresuro a sentarme junto a él.

¡Salvada!

—Lo siento, el bus ha tardado más de la cuenta —murmuro a modo de excusa mientras tomo asiento bajo la atenta mirada acusatoria del profesor.

En cuanto me he sentado, diviso por el cristal de la ventana cómo los secuaces de Ron se quedan mirándome con una amenaza velada en el aire.

—Por los pelos —susurra el chico que se encuentra a mi derecha.

Lo observo sorprendida y, de repente, como un tsunami, me prendo de su imagen. Dicen que el amor a primera vista no existe, que es solo una ilusión, pero algo arrollador explota en mi interior de la nada.

Es alto, no demasiado corpulento, tiene el pelo moreno, algo largo y alocado, con las puntas teñidas de azul. Deduzco que es mestizo, pues tiene unos grandes ojos azules, aunque rasgados de una forma muy sutil, lo que lo dota de un aire gatuno muy sexy. Me recuerda a mi amor platónico de todos los tiempos: Seiya de *S*AINT *S*EIYA. ¡Es igualito! Miro con disimulo sus uñas pintadas de azul marino. *YES!* ¡Es de los míos!

—*Arigato* —digo para certificar mis sospechas de que le gusta el manga como a mí.

—¿Por qué?

—Por no delatarme. —Indico con la cabeza al profesor, que se ha dado la vuelta para continuar con la clase de… ¿Desarrollo en 3D? ¿Estoy en una clase de videojuegos?

—Bueno, teniendo en cuenta que el profe es un sustituto, ha sido fácil. De haber estado nuestro profesor habitual no habría colado. Es un sabueso y le pone cachondo pasar lista.

Miro sus labios cuando sonríe, sin ser consciente de que lo hago; son carnosos y están muy bien definidos. Noto cómo los míos se tensan en una sonrisa aliviada para disimular. ¿Qué coño estoy haciendo?

—¿Por qué te persigue esa panda de *hooligans*? —investiga.

—¡Oh! Serás el único de todo Carnegie Mellon que no lo sepa.

—¿Saber el qué?

—Ayer le lancé una bola de barro a Ron Carter en su preciosa cara y han hecho miles de memes con ello —le explico.

Él suelta un bufido seguido por una sonora carcajada que no ha logrado retener, a pesar de haberse tapado la boca con ambas manos.

—¿No jodas? —Se parte de la risa.

El profesor nos regaña y pide silencio en un tono nada amigable. Como vuelva a reñirme, estoy segura de que me aniquilará sin piedad. Nosotros disimulamos y fingimos que tomamos apuntes durante unos segundos.

—Para sorpresa de nadie, supongo que quiere matarme —susurro cubriéndome con el chico que se sienta delante de mí.

—¿Quién? ¿Carter o el profesor?

Pongo los ojos en blanco.

—Me temo que los dos.

—Veo que haces amigos allá donde vas —bromea.

Niego con la cabeza.

Él me observa sonriente. ¡Qué sonrisa tan bonita! Con esa sonrisa podría iluminar el lado oculto de mi alma. No siente pena por mí, más bien parece orgulloso.

—Me llamo Raysu. —Extiende su mano.

—¿Como el del anime? —bromeo.

Asiente.

—Mis padres eran muy fans —me explica—, y ya veo que tú también.

«¿Eran?», en pasado.

Le estrecho la mano. Siento su calor en mis dedos como una electricidad que me hace cosquillas, por eso la retiro enseguida, algo impresionada.

—Me declaro culpable. Yo me llamo Taylor y mi madre no sabe ni siquiera lo que es un *otaku*. Piensa que soy una friki rara con algún defecto de fábrica en el cerebro por gustarme los dibujos animados a mi edad. —Volvemos a reírnos los dos.

Luego permanece pensativo un instante.

—¿Y qué tienes pensado hacer al salir de clase, Taylor?

¡Joder, qué directo! ¿Me está pidiendo una cita sin conocerme de nada? Aunque, con lo bien que huele, con ese aroma único que está descontrolando mis endorfinas, creo que le diría que sí sin dudarlo.

—Pues…

—No creo que sea buena idea permanecer aquí encerrada el resto de tu vida para que no te pillen —añade.

¡Ah! ¿Se refería a eso? ¡Qué pava soy!

—Tengo examen de Informática Aplicada a la Realidad Virtual ahora, debo ir a mi clase en cuanto suene el timbre. Lo más seguro es que los musculitos se hayan largado ya al edificio de enfrente. Estudian Ciencias del Deporte —lo informo por si no lo sabe—. Estarán muy ocupados mirándose en los espejos del gimnasio y besando sus bíceps.

Se ríe de nuevo.

—¿En qué curso estás?

—Primero de Computación e Informática. ¿Y tú? —quiero saber.

—Tercero de Desarrollador de Videojuegos.

—¡Vaya! —susurro como una idiota. Me flipa—. ¿Y eso?

—Mi sueño es crear un metaverso en el que todos tengamos igualdad de oportunidades.

—¿En serio? ¡Yo también estudio para algo parecido!

—¿Te va lo de transportarte a otra vida?

—Me va cualquier cosa que no sea esta —musito—. Mi sueño es crear un mundo en el que solo esté yo.

Me observa meditabundo, parece que va a decir algo, pero finalmente decide mantenerse en silencio.

—Si quieres, te acompaño hasta tu clase —me propone.

Lo observo muy seria y su mirada me hace sentir cosas desconocidas. Agradables. Demasiado agradables para mi gusto, y me pongo un poco tonta.

—¿Por qué harías algo así? No me conoces de nada y los *hooligans* podrían pegarte una paliza.

Suelta otra carcajada.

—Son inofensivos. Créeme —afirma.

—No sé… —Me parece demasiado arriesgado. Solo pretende ser amable, y si lo atizan por defenderme, me sentiré muy culpable. No me conoce de nada.

—Bueno, si lo prefieres, no te acompaño —añade al ver mi expresión dubitativa.

Lo miro algo confundida.

—No. Es que… ¿sabes kárate o algo de defensa personal?

—¿De verdad me estás preguntando eso? ¿Tan enclenque te parezco? ¡Me siento ofendido! —Se pone la mano sobre el corazón de manera teatral.

Mis ojos vuelan hasta los suyos, vuelvo a reírme, ahora muy aliviada.

La verdad es que gracias a Raysu se me ha pasado el miedo que sentía desde ayer.

—De acuerdo. Dejaré que me acompañes a clase —anuncio.

—¡Oh! ¡Gracias por concederme tal honor, bella dama! —ironiza.

Contengo el aliento. Niego con la cabeza, reteniendo la risa porque considero que ya me estoy riendo más de lo normal con alguien a quien no conozco en absoluto y supongo que encima me brillarán los ojos. Pero es que hemos conectado y esas cosas no se pueden evitar. Suceden sin más. Piel erizada. El corazón acelerado. Risa tonta. «¡Muy bien, Taylor! #PringadanivelDios», me felicito.

Y así se pasa la hora hasta que suena el timbre que indica el cambio de clase. Entre cuchicheos, risitas, rubores y alguna que otra mirada furtiva entre los dos.

# 6
# El malentendido

> El amor se trata de momentos oportunos.
> Si no dices lo que necesitas decir en ese momento, no importa si estaban destinados a estar juntos, todo se irá a la ruina.
> Incluso si te arrepientes, será muy tarde.
>
> TAKEUCHI MASAFUMI, personaje de *Bokura Ga Ita*

Una vez que Raysu se ha puesto de pie junto a mí, me parece más guapo y alto que sentado, lo cual me pone algo más nerviosa de lo que ya estaba. Lleva una sudadera negra con capucha que le sienta muy bien. No nos hemos vuelto a dirigir la palabra desde que hemos salido del aula, pero me mira de una manera demasiado intensa.

Camina con las manos metidas en los bolsillos del vaquero sin demasiada prisa, mientras que yo quiero salir corriendo para esconderme debajo de lo primero que me encuentre. No hay ni rastro de los abusones, pero podrían aparecer en cualquier momento y temo por la integridad de ambos, pues no es que me haya buscado al protector más aterrador del mundo.

Me resulta muy raro que la gente me observe al pasar cuando hasta hoy había sido una persona completamente invisible para todo el mundo; bueno, para todos, menos para Susie, claro.

Hablando de Susie, al detenerme delante de la puerta de mi clase, la veo sentada en su sitio. En cuanto sospecha que estoy con alguien, levanta la cabeza con disimulo para descubrir de quién se trata. No puede evitarlo, es cotilla de nacimiento.

—Bueno, creo que has llegado sana y salva. Me alegra no haber tenido que batirme en duelo a muerte por ti. —Me mira a los ojos con ese azul suyo entre atormentado y soñador. Yo le sonrío y me mordisqueo el labio inferior, estoy como un flan. No podemos dejar de mirarnos.

—No sé cómo darte las gracias, Raysu.

Él posa una de las manos sobre su nuca y juguetea con el pelo, parece algo nervioso, cosa que me sorprende, pues hasta ahora me había dado la impresión de ser un chico bastante seguro de sí mismo.

—Podrías darme tu número. No por nada, solo por si necesitas ayuda alguna otra vez.

Mi rostro se ilumina. Miles de mariposas revolotean de repente en mi estómago provocando un tornado en mi interior. ¿Quiere mi número? ¡Me está pidiendo mi número!

¡Mierda!

—No puedo dártelo, se me ha perdido el móvil y…

Su expresión cambia de repente. Demasiadas emociones circulan por su rostro, lo veo. Aparta la mirada, aturdido.

—Lo entiendo —me interrumpe—. No te preocupes. Ya nos veremos por aquí entonces. Suerte en el examen.

Suena tan vulnerable que me rompe el corazón.

Me da la espalda y se marcha por donde hemos venido, esta vez algo más rápido.

Antes de que me dé tiempo a detenerlo para convencerlo de que es cierto que he perdido el móvil y de que no es ninguna excusa, que quizá deba cambiar de número si no lo encuentro y que por eso no se lo doy, Susie aparece a mi lado y se me engancha del brazo para que entremos en clase juntas.

—¡¿Qué ha sido eso?! —me pregunta con retintín como si nunca hubiésemos discutido.

—¿A qué te refieres?

—¡A Raysu, tía! ¡No te hagas la tonta!

—¿Lo conoces? —indago con curiosidad.

Ella suelta un bufido.

—¿Y quién no? Su padre es el abogado del padre de Ron. Uno de los más prestigiosos de la ciudad.

—¡¿Qué?! Pero ¿por qué sabes esas cosas? Si nunca me habías hablado de él. Yo ni siquiera conocía su existencia hasta hace una hora.

—Todo el mundo conoce a Raysu, tía, pero se rumorea que es antisocial, o gay, no sé, nunca se junta con nadie —me explica—, hasta hoy. Seguro que se ha fijado en ti porque los dos sois igual de raritos.

Nos sentamos en nuestras sillas, que están en la última fila, una pegada a la otra. Decido cambiar de tema.

—¿No estabas enfadada conmigo?

—Estaba enfadada, sí, pero luego recapacité sobre lo que me dijiste y me di cuenta de que tenías razón; no tuviste la culpa de nada. Además, ya sabes que no puedo enfadarme contigo. ¿Es que no leíste los wasaps que te envié anoche suplicándote perdón? —me pregunta.

—No. Perdí el móvil durante la pelea.

—¡¿Qué?!

Se queda blanca.

—Luego iré a secretaría a ver si alguien lo ha llevado a objetos perdidos.

—Dime que está sin batería —suplica.

—No lo sé. Lo perdí, pero ni idea de dónde.

—¡Madre mía! Pues solo espero que esté bloqueado o sin batería o que haya explotado y que nadie haya podido leer nuestros mensajes, porque ya sería lo más.

Nos miramos las dos con cara de terror.

—¿Y las fotos? —añado.

Ambas estamos a punto de llorar cuando entra la profesora de Informática Aplicada a la

Realidad Virtual y se pone a repartir los exámenes. Separamos las sillas y no nos decimos nada más hasta que termina el examen.

A la hora del almuerzo, Susie y yo nos encontramos sentadas en nuestro sitio de siempre en el bar de la facultad; es decir, en un rinconcito, lo más apartadas posible de la multitud. Nos encanta automarginarnos para cotillear tranquilas, somos de naturaleza zen, yo más que ella, y no nos suele agradar la algarabía que producen los demás seres hormonados que nos rodean.

Nos quejamos durante un buen rato sobre lo mal que nos ha salido el examen, y después…

—¿Crees que los secuaces de Carter van a dejar pasar lo que ocurrió ayer? —quiere saber mi amiga.

—Pues no lo creo, porque esta mañana me han perseguido por el pasillo —le cuento.

—¿Cómo? ¿Te han hecho algo? ¿Estás bien? —se preocupa.

—Estoy bien. Tranquila. Venían detrás de mí y me he colado en la primera clase en la que he visto que había un profesor. Era de tercero y solo quedaba un sitio libre. Me he sentado al lado de Raysu con todo el morro.

—¡Como si fueras tonta tú! —exclama riéndose.

—¡Menos mal que ha salido bien y no me ha delatado, tía!

—¡Quiero saberlo todo!

—No ha pasado nada. Se ha ofrecido a acompañarme hasta mi clase por si volvían a molestarme. Y fin. —Me encojo de hombros.

No pienso contarle cuánto me he reído con él, ni lo guapo que es de cerca, ni el color azul intenso que tienen sus ojos, porque está absorta pasando cosas en la pantalla del móvil con el dedo.

—Es muy extraño que Ron no haya puesto ni una sola foto, ni un solo comentario… No ha subido absolutamente nada a sus redes de lo ocurrido. Desde ayer está *missing* —comenta.

—A lo mejor tiene mejores cosas en las que… pensar.

No he terminado la frase cuando las puertas del bar se abren de par en par y entran en escena los innombrables.

¿Es demasiado tarde para meterme debajo de la mesa? Sí, porque ya me han visto. Vienen directos hacia nosotras y al llegar toman asiento. Uno a cada lado de Susie, otro junto a mí, mientras Ron permanece de pie frente a la mesa sin apartar su mirada de la mía. Su aura espesa el oxígeno que nos rodea, y a mí se me seca la boca de repente. ¡Qué tensión!

«Querido Dios, ¿podrías, por favor, provocar un armagedón o algo similar que arrase el edificio? A poder ser, ahora. ¡Gracias!», imploro al cielo.

—¡Hola, chicas! —nos saluda uno de ellos de una manera demasiado amigable.

Casi todos los presentes han dejado de comer para sacar sus móviles y enfocarnos. Menos mal que no están permitidos, porque, de lo contrario, sacarían hasta cámaras de televisión profesionales. Instagram y TikTok han conseguido que los jóvenes vivan siempre ávidos de información que compartir con el mundo. «Cotillas profesionales», como nos llama Helen.

—Creo que ayer te lo pasaste en grande humillando a nuestro amigo cuando él solo trataba de hacer una buena obra. Creemos que se merece una disculpa pública por tu parte, como mínimo —alega uno de los chicos sentados junto a Susie.

—Eso es lo que crees tú, si fuera por mí, le haría morder el barro de la manera más literal que puedas imaginar —ruge el otro, dedicándome una mirada asesina.

Si mi cerebro rigiese como debiera, habría agachado la cabeza, metido el rabo entre las patas y pedido disculpas. Así quizá todo se habría solucionado sin más, pero como no es el caso, me levanto del banco para plantarme delante de Carter y mirarlo a los ojos.

Claro que me veo obligada a levantar la cabeza porque es más alto que yo y, además, intento por todos los medios que las piernas no me tiemblen y que el verde de sus ojos no me hipnotice, aunque, mierda, su perfume ha comenzado a obnubilar mi sentido común y me flaquea la mala leche que en un principio me ha poseído.

Lleva un vaquero azul con deportivas, una cazadora vaquera y una camiseta negra de un grupo de rock. Conclusión: mortal.

Permanece impasible ante mi cercanía. Sus penetrantes iris me desafían con viveza, estudiándome, aguardando mi ataque. Hasta parece divertirse.

—Con que hacías una buena obra, ¿eh, Carter? —le pregunto indignada—. ¿Y en qué consistía exactamente? ¿En denigrar a todas las pobres chicas que se mueren por ti?

—¿Quieres pelea, gatita? —Uno de los clones se levanta de un salto para interponerse entre nosotros dos y entrecierra los ojos a la vez que se acerca demasiado a mí.

—Pero ¿tú de qué vas? —Se levanta también Susie para apartarlo de mí.

Ron levanta el brazo con calma y empuja a su amigo sin el menor esfuerzo para alejarlo. Este casi se cae de culo. No ha despegado sus ojos de los míos ni un solo segundo. Por un momento me quedo paralizada, pero mi instinto transgresor me obliga a añadir:

—¿Crees que por el simple hecho de tener dinero puedes hacer lo que te dé la gana?

—Estás metiendo la pata hasta el fondo y te vas a arrepentir —reniega otro de los clones que permanece sentado junto a Susie con una voz más sosegada—, Ron no es así.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo me voy a arrepentir exactamente? ¿Podrías ser más preciso? Porque, si me estás amenazando, me viene de perlas que todos estos móviles os estén grabando —me defiendo señalando a los múltiples testigos.

—No eres más que una pobre desgraciada a la que se le ha subido su repentina popularidad a la cabeza gracias a sus actos barriobajeros —indica el tercero en discordia mientras Carter se mantiene en silencio.

—Seguro que las dos vírgenes están locas por ti y no saben cómo llamar tu atención, tío —afirma el primero, esta vez dirigiéndose a Ron.

Mi rabia crece por momentos. Miro a Susie de reojo, que me suplica con los ojos que no continúe con esto.

Carter carraspea y todos lo miramos.

—Perdonad a mis amigos —dice finalmente con su voz grave de máster del universo.

Creo que todos los presentes sufrimos un colapso mental al escuchar sus palabras.

¡¿Qué?!

¿¿¿Cómo???

*WTF??!!*

Como debe de haberse dado cuenta de que todo el mundo está flipando, agrega:

—No era mi intención causaros ningún perjuicio ayer. A nadie. Mis amigos y yo hemos venido a pediros disculpas.

Los tres ángeles demoniacos que lo acompañan lo miran con cara de no entender nada, pues me apuesto el cuello a que suponían que habían ido a aniquilarnos. Él, sin embargo, con un solo gesto de su cabeza hacia un lado, consigue que se marchen a regañadientes por donde han venido. Eso sí, tirando a su paso alguna que otra bandeja de los pobres desdichados que tienen la mala suerte de cruzarse en su camino.

Ron mantiene la mirada puesta en la puerta por la que han salido sus amigos, luego me mira de nuevo. Siento un chispazo cuando lo hace. Creo que quiero morirme. Estoy supernerviosa. Me ha descolocado totalmente su reacción. Estoy perpleja. Y muy intimidada. Sí, esa mirada verde de Carter intimida de la leche. Ahora mismo estoy en *mood* gelatina temblorosa.

Mi amiga chasquea los dedos. Ambos miramos en su dirección. Ha conseguido sacarnos de nuestra particular burbuja.

—Ron, creo que Taylor también quiere disculpase contigo —dice.

¡¿Qué?! ¡Ni de coña!

La miro sabiendo que eso jamás pasará.

Niego con la cabeza.

Ella insiste abriendo mucho los ojos.

—¡Vamos! —me exige.

—*Lsnto* —susurro contra mi cuello, mirando al suelo. Me sale una voz de pito muy bajita e ilegible.

Él trata de mantenerse serio para no sonreír.

—Perdona, ¿has dicho algo? —pregunta en un tono muy seco.

—No. No. Nada —aseguro, mirando en la dirección opuesta.

—¡Taylor! ¡Por el amor de Dios! ¡Haz el favor! —grita enfurecida mi amiga, a la que ahora mismo odio con todas mis fuerzas.

—Joder, lo siento, ¿vale? —bufo, cruzándome de brazos mientras la miro con el ceño fruncido—. ¿Ya estás contenta?

—Así me gusta —festeja ella, dando el tema por zanjado.

Pero… Carter continúa mirándome. Soy incapaz de moverme. Me siento insignificante estando tan cerca de él, y eso que ayer le canté las cuarenta. No entiendo cómo fui capaz, porque ahora mismo me gustaría arrodillarme a sus pies para suplicarle clemencia.

—¿Y qué es lo que sientes exactamente? —insiste él.

Clavo mis ojos en los suyos automáticamente, veo que brillan llenos de un fulgor indescriptible. ¿Podría ser provocación, regocijo, satisfacción?

—Estás de coña, ¿no? —suelto sin pensar.

—No. Yo he argumentado el porqué de mis disculpas. Te toca a ti. —Eleva una de las manos que mantenía metidas en los bolsillos de su pantalón para concederme la palabra.

Mi cobardía se transforma en ira. Sigue creyendo que está por encima de los demás.

—No pienso hacerlo —afirmo.

—¿Por qué?

—¡Porque no lo siento en absoluto! ¡Merecías comerte esa bola de barro y otras diez más, maldito engreído! —grito enfurecida.

Sus ojos se mantienen fijos en mí, imperturbables. Quiere hacer ver que no lo he alterado en absoluto, pero ha elevado una ceja. Se aparta a un lado para dejarme pasar, como si le importase

un bledo lo que acaba de soltar mi boquita.

—¡Taylor! —me reprende Susie.

Me giro y me marcho del bar sin mirar atrás.

—¡Que os den! ¡A los dos!

De camino a clase, me falta aullar de rabia.

Carter saca lo peor de mí. Juro que suelo ser una persona pacífica y razonable la mayor parte del tiempo, pero no sé qué me ocurre cuando lo tengo cerca, es como si me activase la hormona de la mala leche.

O, bueno, para ser sincera, no es la mala leche lo que se me activa, sé de sobra lo que me sucede: una cruenta lucha interna que no logro vencer desde hace años y que trato de llevar en secreto como puedo. La gran mentira de mi vida: odiarlo. Aunque la realidad es muy distinta, ya que no logro apartar mis ojos de él en cuanto está presente y, para que nadie se dé cuenta, siento que debo protegerme, fingir que lo odio a muerte, aunque me duela en el pecho. Es algo instintivo. Mera supervivencia.

Por si alguien todavía no lo tiene claro: Carter me gusta. Jo, lo que cuesta admitirlo. Me gusta tanto que no quiero que nadie se entere, y mucho menos él. Porque un chico como Ron jamás se fijaría en alguien como yo. Además, es el *crush* de mi mejor amiga. ¿En qué cabeza cabe?

Mientras disimulo que hago algo interesante en clase, llega Susie para sentarse junto a mí.

—Eres tonta, ¿lo sabías? —anuncia.

Miro al cielo y suelto un suspiro.

—Yo también te quiero, Susie.

—No, en serio. Has conseguido que Ron quede como la víctima delante de todo el mundo, ahora la mala eres tú. Has mordido el anzuelo. Te creía más inteligente.

—¿Qué?

Me muestra en su móvil algunas *stories* donde se puede ver al pobre Ron solo, arrinconado en el bar, agraviado e insultado por una histérica que le grita sin motivo aparente después de haberse disculpado con ella. O sea, yo. Es cierto que la verdad siempre depende del objetivo desde el que se mire, pero aquí solo parece haber una.

—Estupendo —ironizo—. Por si tuviera poco con ser una chica complicada, diferente al resto y sin dinero para nada, ahora todos me odiarán por haberme metido con el ídolo del campus. ¿Algo más para quemarme en la hoguera?

Me dejo caer sobre el reposabrazos a modo de mesa que tiene mi silla, como todas las demás, y me cubro la cabeza con las manos mientras finjo que lloriqueo.

—Tay, venga, que no es para tanto. En un par de días todo esto se olvidará. Ya sabes cómo funcionan los chismorreos —trata de consolarme mientras me abraza.

—Pero hasta entonces me quiero morir.

Y así pasamos el resto del día. Como podemos.

# 7
# La verdad

El amor nunca es tan simple como seguir el mismo camino.

KHAMSIN, personaje de *Shakugan no Shana*

Son las nueve de la noche. Estoy en mi habitación con el pijama corto de *My Hero Academia* puesto y leyendo un cómic antes de dormir. Como no tengo móvil, he dejado el portátil encendido para poder comunicarme con Susie vía Insta. Aunque las noticias que me ha estado contando no son demasiado alentadoras.

Llevo un rato pasando páginas sin concentrarme en nada de lo que estoy leyendo; aun así, me obligo a seguir para mantener la mente ocupada y no dar más vueltas a lo mismo.

De pronto, suena una notificación y corro para comprobar de qué se trata. Los ojos se me salen de las cuencas en cuanto ven la procedencia: ¡¡¿¿@RonCarterJR??!! Tiene el *tick* azul de verificación de cuenta, o sea que es él de verdad.

Algo parecido a un relámpago recorre todo mi cuerpo, desde la planta de los pies hasta el cuero cabelludo, y sí, ha pasado por otras muchas partes intermedias. ¡Jesús!

Abro el mensaje de inmediato, sin dudarlo. Sea lo que sea, quiero saber de qué se trata.

¿Estás despierta?

¿Cómo que si estoy despierta? Y ni siquiera me dice «hola». ¿Se habrá confundido? ¿Le contesto? ¿Le demuestro que estoy flipando en colores o actúo con normalidad?

Depende de lo que consideres «despierta».

Ya veo que sí. Ahora hablamos.

Acto seguido suenan ruidos fuera de mi cuarto y el corazón me da un vuelco.

¡No puede ser!

Esto es una residencia femenina. La entrada a chicos está prohibida. A la directora solo le faltó ponernos a todas unas bragas con candado cuando ingresamos. No van a permitir que venga un chico, ¡y mucho menos de noche!

Me levanto de la cama para acercar la oreja a la puerta. Me tiembla todo al escuchar:

—Buenas noches, Rose.

¡¡¡No puede ser!!!

¿¿¿Es su voz???

¡¡¡Es su voz!!!

Rose es la recepcionista; es decir, la encargada de dejar entrar a los visitantes. Seguro que Carter se ha colado y ella lo ha seguido hasta aquí.

«¡Échalo, Rose! ¡A patadas!», ruego para mis adentros.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta ella. Por el tono parece muy contenta de verlo.

—Siento molestar a estas horas, te aseguro que me marcharé enseguida. Es que una compañera de clase se ha dejado el móvil y venía a traérselo. Pero no sé cuál es su habitación. —Habla con un tono tan seductor que enamora a cualquiera, el muy cabrón.

Ron Carter no puede estar aquí, joder. Eso no pasaría ni en el metaverso más absurdo que se me ocurra. Ni en mil millones de millones de realidades paralelas. No…

—¡Taylor! —grita Rose al otro lado de mi puerta mientras la toca con los nudillos, consiguiendo que me muera de la vergüenza—. ¡Aquí hay un chico muy apuesto que te trae el móvil!

¡Nooo!

¡Ni de coña!

¡No lo dejes entrar! ¡Échalo!

—Mira, Ron, cariño, es esta puerta —le indica con mucha amabilidad. ¡Lo conoce! ¿Cómo no?—. ¡Ah! Y ni se os ocurra hacer nada, que las paredes son de papel y me entero de todo. La excusa del móvil no te va a servir de nada, Romeo. Tienes quince minutos.

¡La mato!

Oigo que él se ríe y unos pasos alejarse.

¡Mierda!

¡Mierda!

Llama unas cuantas veces.

¡No me da tiempo ni a cambiarme de ropa!

¡No me da tiempo ni a peinarme!

Abro la puerta.

—Taylor.

Y ahora es cuando se detiene el tiempo. Justo cuando escucho esa palabra salir de sus labios. Cuando lo veo con unos vaqueros, unas deportivas y un abrigo de plumón azul oscuro con un gorro de lana que consigue que sus ojos brillen más que las estrellas. Es tan guapo que me parece hasta radiactivo. Me da miedo mirarlo de frente por si me desintegro o, peor aún, por si me sonrojo y lo nota. Ese olor tan peculiar a bosque, a musgo fresco, a libertad… invade toda mi habitación enseguida (bueno, tampoco es algo tan difícil, dado su pequeño tamaño).

Sus ojos se dirigen de manera automática a mis muslos desnudos, el pantalón del pijama que

llevo es excesivamente corto (es que aquí la calefacción la ponen en *mood* infierno). Carraspeo y enseguida alza su mirada a mis ojos. Mejor. Mucho mejor así.

Creo que la expresión de terror que debo de tener lo anima a hablar:

—Esta mañana no me has dado opción a nada, así que he querido traerte el móvil. —Saca mi teléfono del bolsillo de su abrigo para ofrecérmelo como ofrenda de paz.

Yo continúo en *shock*.

Mi mente solo piensa: «El puto Ron Carter, alias el Dios de los dioses de todos los tíos buenos del mundo, está en tu habitación viéndote con el pijama roñoso de *My Hero Academia*».

—¿Y no podrías habérmelo dado mañana en la facultad? —consigo balbucear mientras lo cojo de su mano con sumo cuidado para no rozar su piel.

—¡Qué maja! Con un «Gracias, mi amor» habría bastado —se queja mientras entra y cierra la puerta a su espalda.

¡¡¿Mi amor?!!

¡¿Ha entrado?!

¡¡¡Ha entrado en mi habitación!!!

—¿Qué crees que haces? ¿Por qué entras? —Flipo al verle quitarse el abrigo para dejarlo sobre la cama. La cama deshecha, por cierto.

Mete las manos en los bolsillos traseros de su vaquero y observa con intriga la cantidad de pósters que adornan mis paredes. Todos anime y manga.

—Me gusta tu habitación —afirma sin ninguna emoción.

—Sí, estoy segura de que la decoración es muy similar a la de tu cuarto de oro, satén y terciopelo —ironizo, pues él y yo somos antagonistas.

—Cuando quieras puedes venir a comprobar si eso es cierto —susurra en un tono bastante sugerente que me hace estremecer.

«Disimula. Disimula. Disimula». Aunque esa camiseta azul que lleva no me permite concentrarme en casi nada más que no sean sus brazos y sus hombros torneados.

—Carter, ¿te importaría largarte de mi cuarto? Ni siquiera entiendo por qué sabes dónde vivo.

En serio, no logro pensar con claridad.

Me mira a los ojos de una manera inquietante. Se revuelve el pelo como si estuviese meditando sobre algo.

—He venido a proponerte una cosa —suelta como si nada.

—¿A mí?

—¿Hay alguien más por aquí? —Mira a su alrededor y descubre a Nyanta, que está esparcido bocarriba, literal, sobre la cama—. *Wow!* ¡Qué gato más gordo! —se mofa sin aguantar la risa.

El gato en cuestión lo mira con odio y le bufa como si lo hubiese entendido, pero no puede ni moverse, parece el *Desnudo recostado* de Modigliani.

—¡No te metas con él! Come por ansiedad porque tiene un trauma —lo defiendo—, tú pásate un pelo, y ya verás cómo te ataca. No le caen bien los humanos.

—No parece demasiado peligroso. Bueno, a lo mejor si lo lanzas rodando por una pendiente sí. —No puede evitar reírse de su propia broma, el muy gilipollas.

Ahogo un gemido. Su risa es demasiado. Demasiado blanca. Demasiado perfecta. Demasiado sugerente. Demasiado para mí. Me acaba de poner a cien por hora.

«Disimula. Disimula. Disimula», me repito.

—No le digas a nadie que tengo un gato aquí. Están prohibidos —le pido.

—¿Saltándose las normas, Smith? —Niega con la cabeza simulando estar decepcionado—. No parecías una chica mala.

—¿No te resulta agotador ser tan imbécil todo el tiempo? —respondo evitando sonreír.

—¡Oh! Voy a hacer una lista con todos los piropos que me dedicas.

—Pues será larga.

Niega con la cabeza.

—No sé por qué. No me conoces.

Suelto un bufido.

—¡Déjame adivinar! Estás deseando siempre enseñar tus increíbles abdominales, sabes cómo conquistar a alguien de veinte mil maneras diferentes, todas las chicas matarían por besarte, tu pasatiempo favorito es gruñir y pelear con los orangutanes que te acompañan y tu religión te prohíbe despeinarte.

Parpadea un par de veces, agarra mi silla, la gira y se sienta a horcajadas sobre ella con el respaldo al frente. Tiene una sonrisilla casi malévola.

—¿Y todo eso lo has deducido solo con mirarme? —Suena algo molesto.

—Solo a alguien así se le ocurriría hacer un *casting* para buscar novia.

—El *casting* de ayer —dice, y entrecomilla la palabra con los dedos al pronunciarla— no era para buscar novia. No sé a quién cojones se le ocurriría semejante pollada —se queja.

Pongo los ojos en blanco. ¡Pues a la tarada de Susie, *of course*!

Aun así, trato de defenderla:

—¿No publicaste los requisitos de tu novia ideal en las *stories*?

—¿Mi novia ideal? —Frunce el ceño.

Se levanta de la silla. Saca su móvil, toca varias veces la pantalla para buscar la *story* en cuestión porque ya ha desaparecido, al haber pasado más de veinticuatro horas. Luego me la muestra con indiferencia, como si la cosa no fuera con él.

La miro y compruebo que, en efecto, pide que alguna chica de veinte años o mayor, ni siquiera se refiere a una edad en concreto, que además saque buenas notas, tenga mucha paciencia, sensibilidad y disponibilidad horaria, se presente al día siguiente a las doce en la facu para ayudarlo con algo personal. La pantalla se queda en negro.

—Vale. No has dicho nada de novias —admito enfurecida.

—Vaya, tenía razón —responde con condescendencia imitando mi tono.

En serio. Quiero fingir mi muerte.

—Hum. —Me cuesta tantísimo decir estas palabras que casi me mareo al hacerlo—. Supongo que…

—Acepto tus disculpas, va —me interrumpe al mismo tiempo que se pone en pie—, no alarguemos más la agonía. Ya bastante tienes con asumir que yo tenía razón.

Dios. Este es el momento más deprimente de mi vida.

Carter no está interesado en crear lazos afectivos, ni siquiera lo intenta, va a lo suyo y punto. Le importa una mierda todo cuanto le rodea.

Sonrío aliviada por que no quiera hacer leña del árbol caído.

—Pero no has venido solo para eso —conjeturo.

—He venido para ofrecerte el trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Tú ganaste el *casting*. —Abre sus brazos con ironía como si lo estuviese celebrando, pero sin ninguna efusividad.

—¿Me estás vacilando? ¿El *casting* era para un trabajo? —No entiendo nada.

Estoy perdida. Más perdida que nunca y eso ya es difícil.

—Mi hermana pequeña tiene siete años y necesita una profesora particular —me explica.

Asiento con la cabeza sin captar adónde quiere llegar a parar.

—¿Y bien? —lo animo a continuar porque se ha quedado en silencio.

—¿No lo pillas? —inquiere.

—¿Tengo que pillar algo? ¿Quieres que busque una profesora para tu hermana?

—Es lo que tienen las guapas… —Niega con la cabeza—. ¡Quiero que seas tú, Taylor!

Pero ¿cómo puede ser tan gilipollas y gustarme tanto al mismo tiempo?

Mi cara debe de ser un poema, porque acabo de darme cuenta de que le parezco guapa, de que sabe mi nombre y mi apellido y de que me está ofreciendo un trabajo. Porque lo de «guapa» iba por mí, ¿no? Pero ¿también ha insinuado que soy tonta?

—Antes de nada, creo que sería conveniente que supieras un par de cositas sobre mí, Carter. Una: odio a los niños. Y dos: odio a los niños. ¡Ni de coña voy a dar clases a tu hermana!

—Minucias.

—Repito: ¡ni de coña!

—¡Venga ya! ¿Por qué no? —insiste.

Parece que va en serio y eso me aterra. Sonríe de medio lado con malicia mientras se tumba en la cama de costado, apoyando la cabeza en la mano y el codo en el colchón para mirarme con suspicacia. Empiezo a creer que le pone cachondo comprobar cómo me vuelvo loca.

—Perdona, pero nadie te ha dado permiso para que te tumbes en mi cama. —Señalo su cuerpo sobre mis sábanas y entonces mi mente me juega una mala pasada. Una muy lujuriosa y calenturienta mala pasada. Mierda.

—Podrías venir aquí y acompañarme mientras discutimos el tema. —Da unos ligeros golpecitos en el colchón mirándome como un lobo feroz a una ovejita inocente, lo que provoca que me sonroje como nunca, pero pongo cara de asco y disimulo.

—Te vomitaría encima.

¡Te odio, Carter!

—Podemos comprobarlo.

—Preferiría que me despellejasen viva, pero gracias. —Disimulo mi nerviosismo sentándome en la silla que está junto al escritorio.

Él se ríe. Parece divertirle mi animadversión.

—A tu gato mórbido no le importará que vengas —insiste.

—Que te follen, Carter.

Suelta una carcajada. El condenado es tan irritantemente guapo que me obligo a recordarme respirar.

—¡Oh, vamos! Míralo, seguro que tiene algún gen de ballena. —Le hace rabiar tirándole del rabo y Nyanta bufa enfadado mostrándole los colmillos. Ron está demasiado seguro de que no se moverá, aunque yo no lo tendría tan claro.

—Creo que no estás en posición de insultar a mi gato cuando me estás pidiendo un favor —le

reprocho.

Me guiña un ojo y niega con la cabeza.

—No te estoy pidiendo ningún favor, te lo estoy ofreciendo. Mis padres te van a pagar bastante pasta, calculo que unos mil dólares al mes por dos horas a la semana. No está nada mal. Al menos tendrás para cambiarte ese móvil desastroso.

¿Mil? ¿Ha dicho «mil dólares»? Casi me atraganto con mi propia saliva. Seguro que está de coña.

—Vamos a ver. ¿En qué te basas para pedirme semejante estupidez? A no ser que lo que quieras es que le enseñe a tu hermana a lidiar con capullos como tú. Ya sabes, puedo entrenarla en lanzamiento de bolas de barro y esas cosas —bromeo por los nervios, pero veo que no le hace gracia—. ¿Por qué no vas a la facultad de Educación Infantil a preguntar? Seguro que las chicas allí tienen mucha más vocación que yo.

Nyanta le bufa de nuevo porque está invadiendo su espacio vital, pero él no le presta la menor atención.

—Ha tenido miles de profesoras particulares y todas han salido huyendo. Mi hermana es muy… especial. Creo que tú podrías hacerte con ella —susurra como si se tratase de un secreto.

No me he percatado de que Nyanta ha conseguido llegar a Ron hasta que lo veo abalanzarse sobre él para morderlo en el cuello con furia.

—¡Oh, Dios mío! —grito.

Todo trascurre demasiado rápido. Ron se levanta de la cama gritando y sacudiéndose como si el demonio le estuviese robando el alma. Nyanta permanece erizado a la espera de un contrataque y yo los miro a ambos sin saber muy bien si reír o llorar.

—¿Qué pasa aquí?

Fantástico. Rose aparece en la habitación como una centella, seguro que estaba escuchando junto a la puerta. Al ver la escena del crimen, me dedica una mirada reprobatoria.

Busco a Nyanta aterrorizada porque lo descubran, pero no está por ninguna parte. Ron ha debido de esconderlo bajo el edredón.

—No te preocupes, Rose, ha sido una broma —miente, tratando de taparse la herida sangrante con la mano.

—¡Tienes sangre! —lo informo asustada.

—¡No me jodas! —protesta él.

—Te llevo al hospital ahora mismo para que te miren esa herida —nos interrumpe Rose—. Si se entera tu madre, me matará.

Lo acompaña al pasillo a pesar de que Ron se niega, pero contra la férrea voluntad de la recepcionista no hay nada que hacer. Me dedica una última mirada antes de salir por la puerta y le enseño el dedo corazón.

«Maravilloso. Ahora Rose debe de pensar que soy una vampira, una caníbal o algo por el estilo».

En cuanto se marchan, me apresuro a buscar a Nyanta, que enseguida aparece maullando bajo el edredón. Lo cojo y se acurruca entre mis brazos tiritando de miedo. Ambos nos consolamos mutuamente.

—Chisss… Tranquilo, chiquitín. Está bien. Ya ha pasado todo. Ya se ha ido Satanás. Cálmate. —Beso su cabecita, se sacude y suelto una carcajada al ver su cara de pocos amigos—:

Pero te has pasado un poco con él, ¿eh?

Nyanta ronronea hasta que se queda dormido entre mis brazos. Lo dejo en su cesto, que está en el suelo debajo de mi cama. Cierro la puerta con llave para que nadie irrumpa aquí de nuevo.

Me dejo caer bocarriba sobre la cama y me cubro con las manos la enorme sonrisa que aparece en mi rostro. Permanezco durante un buen rato pensando en todo lo que acaba de ocurrir. ¡Ron ha estado en mi habitación! ¡Ha estado echado aquí mismo! ¡En mi cama! ¡El mismísimo Ron Carter! Huelo las sábanas y cierro los ojos al comprobar que efectivamente huelen a él. Tengo que averiguar qué marca de perfume usa para comprarlo. Me vuelve loca.

La teoría de Susie de que me ha utilizado para lavar su imagen ha dejado de tener validez, visto que esta vez no ha grabado nada. O eso creo. Y luego está el tema de darle clases a su hermana, cosa que no haré ni loca, por supuesto, aunque no puedo negar que me pica la curiosidad y que necesito el dinero.

Son las doce de la noche. Llevo un buen rato dando vueltas en la cama sin conseguir dormir. Me cuesta conciliar el sueño, con tantas emociones. Suena una notificación del móvil. Abro el ojo y estiro el brazo hasta la mesilla de noche para comprobar de quién se trata, porque no es el tono habitual que uso para los mensajes de las dos únicas personas en el mundo que me escriben o llaman: Susie y mi madre.

En cuanto descubro de quién se trata, casi me da un chungo.

Ron, el Amor de mi Vida ❤:

¡Qué brasas es Rose! Acabo de llegar a casa. Hasta que no me han puesto la puta vacuna, no ha parado. Creo que piensa que eres una caníbal 😳

Voy a fingir que no me afecta lo más mínimo que me escriba.

Vivo con ella, sé de lo que me hablas. 😡

¡Un momento!

¿Cómo que «Ron, el Amor de mi Vida ❤»? Pero ¿qué coño…?

¿Quién te ha dado permiso para que te metas en mi móvil y cambies cosas? ¡¡¡Eso es delito!!!!

Ron, el Amor de mi Vida ❤:

Dicen que en el amor y en la guerra todo vale. 😅

¿Eso significa que me estás declarando la guerra?

Ron, el Amor de mi Vida ❤:

Eso significa lo que tú quieras que signifique.

Ya está aquí esta maldita sonrisa de lela que aparece justo cuando menos me lo espero y sobre todo cuando él tiene algo que ver. Y lo peor de todo es que se trata de una sonrisa en plan: «¡Oh! ¡Qué mono!», algo que no me gusta en absoluto, pues yo no soy así. Mi sonrisa suele ser más tipo: «Prepárate para morir», *made in* Harley Queen.

Decido no contestarle para no sucumbir a la tentación de ponerle algo estúpido que pudiera delatar lo mucho que me atrae, ya que Ron está más que acostumbrado a vacilar con todas las chicas que existen, pero yo no me encuentro nada cómoda jugando a eso. Aunque recibo un último mensaje:

Ron, el Amor de mi Vida ❤:

Me he dejado el abrigo en tu cuarto. Huele a mí. Puedes quedártelo para dormir con él.

¡Ah! Y, por supuesto, antes de dormir cambio el nombre que se ha puesto él mismo por «el Gilipollas de Carter» acompañado del emoji de caca, que le pega mucho más.

# 8
# Sorpresas

> No puedo olvidar los momentos que pasamos solos tú y yo. Me dejan queriendo más.
>
> SAWAKO KURONUMA, protagonista principal de *Kimi ni Todoke*

Hoy por fin es viernes y la llegada a la facultad no me ha resultado tan traumática como ayer. Creo que hasta escucho pajarillos cantando a mi alrededor y los colores de las cosas que me rodean son mucho más brillantes. Eso sí, por alguna extraña razón que no alcanzo a comprender, he tardado más de la cuenta en arreglarme. Hacía tiempo que no me ponía falda porque las que tengo las considero demasiado cortas, pero hoy me he armado de valor y lo he hecho.

La falda en cuestión es gris, plisada y, como ya he dicho antes, demasiado corta. También me he puesto unos calentadores que son del mismo color y quedan por encima de las rodillas. Me he hecho dos coletas. Así que me parezco más que nunca a mi heroína por excelencia, Usagi Tsukino, aunque mi pelo no es tan rubio como el de ella y, desde luego, mi carácter no es tan apacible. Además, me he maquillado, ¡toda una proeza!

—¡Vaya, creo que alguien ha alcanzado el grado S de *zettai ryouiki*! —oigo a mi espalda mientras camino por el pasillo con dirección a mi clase.

Me detengo en seco al reconocer su voz y sonrío al girarme para mirarlo. Iba revisando exhaustivamente el móvil para comprobar qué ha podido descubrir Ron y no me había fijado en que Raysu estaba apoyado contra la pared del pasillo. Tiene las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros rotos, lleva una camiseta de manga larga negra y va con el pelo despeinado. Me observa con sus grandes ojos azules vibrantes a través de algunos mechones rebeldes que le caen por la frente. Joder, es como un ser oscuro y al mismo tiempo alguien que irradia luz.

He de reconocer que siento cierto cosquilleo en el vientre en cuanto nuestras miradas se cruzan, y cuando digo «cierto» me refiero a que mi mente se vuelve loca imaginando escenas de lo más *spicy*. Ha surgido una confianza repentina entre nosotros que no debería darse entre dos desconocidos, pero aquí está, mucho más intensa que la que siento con personas que llevan a mi lado toda la vida.

—¡Gracias! —gorjeo.

Solo él podría saber que el *zettai ryouiki* es el área visible de piel desnuda cuyo nivel depende

de la altura de las calzas y la longitud de la falda. El rango S, específicamente, por la ley anime consiste en llevar unas medias de cincuenta y siete centímetros, el pelo recogido en doble coleta y, por supuesto, tener una personalidad *tsundere*.[1] Según dicen, este es el rango definitivo al que solo unas pocas elegidas logran llegar. Aunque yo lo veo más bien como un fetiche que tienen los tíos.

—¿Hoy no te persiguen los secuaces de Satanás? —pregunta.

—Parece que no. —Le sonrío nerviosa.

—Me alegro de que hayas recuperado el móvil —dice muy serio.

—¡Oh, sí! Me lo devolvieron ayer. Alguien lo encontró tirado en el suelo y…

¿Por qué no le cuento quién es ese «alguien»? ¿Por qué le miento?

—Vi ayer el numerito de Carter pidiéndote disculpas en el bar —me interrumpe.

—Ah, ¿sí? —Entonces también vería cómo le grité. Pensará que estoy zumbada.

No sé por qué, pero no me imaginaba a Raysu *stalkeando* las redes de Carter. Lo veo demasiado serio para eso. Parece que está por encima del bien y del mal.

Como no añade nada, me armo de valor, noto cómo el corazón me late desbocado, me invade una evidente timidez, pero aun así quiero impresionarlo y le suelto:

—Ya puedo darte mi número. Si lo sigues queriendo, claro.

Clava sus ojos en mí como si estuviese analizando mi alma, como si buscase algo que no logra encontrar.

—No.

—¡¿No?! ¡Qué borde, tío!

Sonríe de medio lado al ver mi estupor.

—Si ya no estás en peligro de muerte, no es necesario —me explica.

Y sin añadir nada más, se mete en su clase, pasando de mí como si nunca hubiese existido. La mandíbula me llega al suelo. Me estoy muriendo de la vergüenza. ¡Seré idiota! Así que recojo los pedazos de dignidad que he dejado tirados por el pasillo y me voy hacia mi clase. #Tomacorte.

Al entrar en el aula, Susie ya está sentada en su sitio. Hoy tampoco ha venido conmigo a clase en el bus. Tomo asiento a su lado, dejo la bolsa en la que llevo el abrigo de Ron a un lado y me silba para que la escuchen todos.

—¡Pero bueno, si Taylor tiene piernas, señoras y señores!

—¡Y vaya piernas! —salta uno de nuestros compañeros.

—¡Cállate! —lo reprendo avergonzada.

—¿A qué se debe este drástico giro de los acontecimientos, Tay? —cotillea mi amiga.

—A que no me queda ropa limpia antes del día de colada de la resi —miento.

Lo que quiero en realidad es volver loco a Ron Carter. Que se suba por las paredes y se masturbe pensando en esta falda. Pero eso Susie no lo sabrá nunca. Y en cierto modo me siento sucia y rastrera por no contárselo. Quise confesárselo hace mucho tiempo, justo el día en que coincidimos por primera vez en un pabellón, pero según iban pasando los años me resultó cada vez más difícil.

Dicen que no se recuerda el momento exacto en el que conoces al amor de tu vida, pero estoy convencida de que se equivocan, porque yo recuerdo aquel día como si fuese ayer.

Nosotras teníamos trece años y él quince. Era mi segundo año en el Middle School, que estaba en otro distrito. Él estaba ya en el High School, en el mismo edificio que Susie, pues en su

instituto se impartían todos los grados. Mi querida amiga me pidió que la acompañase al pabellón del centro para ver un partido de baloncesto donde jugaba su gran amor. La había oído hablar de él millones de veces, pero nunca lo había visto de cerca.

Aquel día nos sentamos en las gradas y entonces… lo vi. Juro que un aura lo iluminó como si fuera un rayo de luz en medio de la tempestad. Brillaba más que ningún otro chico que hubiese visto nunca. Llevaba una equipación de color verde a juego con sus increíbles ojos. Me llamaron la atención sus brazos, demasiado torneados y definidos para un chico de quince años. Aunque lo que me remató de verdad fue su sonrisa. Una sonrisa radiante que dedicó a una chica morena que estaba sentada justo detrás de nosotras y que, por un momento, soñé que iba dirigida a mí. Y fue en ese preciso instante cuando me enamoré de Ron Carter.

Lo supe porque mi corazón jamás volvió a latir igual cuando estaba delante de él. Tiene la maldita manía de acelerarse sin control cada vez que lo tengo cerca.

Recuerdo que tenía la típica cara de malote, pero con un halo de bondad. Algo contradictorio. Todavía lo tiene. Y se movía por la pista como una pantera sigilosa, robando balones y metiendo triples desde la mitad de la cancha. Era digno de ver. Además, él no parecía ni siquiera inmutarse con la multitud de chicas que estábamos allí babeando por sus huesos. Para él éramos como un simple decorado. Algo normal en su vida.

Susie, como el resto de chicas que acudieron a animarlo, no dejó de chillar en toda la hora y yo permanecí muda. Muda hasta hoy. Sumida en un mundo de colores brillantes por siempre jamás.

Y, bueno, volviendo al presente, lo de Raysu es igual que si me gustase Harry Stiles, o sea, algo imposible, pura utopía. Conclusión: ¿qué más da si se lo cuento a Susie o no?

En clase pasamos la mañana tomando apuntes y poco más.

En cuanto suena el timbre que nos indica la hora del descanso, salimos al césped del campus. Hoy es un día bastante agradable, brilla el sol y hace hasta calorcito. Cosa bastante rara en esta época del año. Nos sentamos en un banco al azar que hay junto a un gran roble.

De pronto, la cercana voz de Ron me sobresalta. El corazón se me dispara y mis ojos lo buscan con disimulo. «Que no me vea».

Pero, antes de darme cuenta, lo tengo sentado a mi lado. Ese dichoso perfume, joder. Me nubla la razón. Sus ojos se clavan en el trozo de piel de mis muslos que asoma entre la falda y las calzas. Siento calor en esa zona, como si su mirada la pudiese irradiar. Aunque enseguida se obliga a desviar la vista hacia el infinito.

Sus tres amigos permanecen de pie frente a nosotras mientras se toman los almuerzos con tranquilidad. No había caído hasta ahora en que la Facultad de Ciencias del Deporte, que es la suya, y la nuestra comparten campus.

—¿No tenéis nada mejor que hacer que venir a molestarnos cada día? —protesta Susie, armándose de valor—. ¡Dejadnos en paz!

—No queremos fastidiar. Dime quién te molesta y se las verá conmigo, Susan —dice Ron muy serio, por lo que mi amiga deja de fingir y se pone en *mood* babeo total.

—Entonces ¿a qué venís? —insisto yo—. Porque no es que seamos muy amigos precisamente.

«Por favor que no cuente nada de lo que pasó ayer en la resi», suplico al cielo en silencio.

«Eso se piensa antes de abrir ese maldito piquito de oro, bonita», me autoflagelo.

—Pues eso hay que remediarlo. Estos son Tom, Steve y Cameron. Parecen unos matones, pero en realidad son unos pagafantas de la hostia —se mofa de ellos, y los tres se ríen.

—Cabrón —se queja uno mientras mastica.

Parecen tres clones musculosos y peinados con gomina hacia atrás de la misma manera. Además, visten de forma similar. En serio, nunca lograría diferenciarlos. Solo Ron destaca entre ellos. Para mí destacaría entre el mundo entero.

—Nos habéis robado el banco. No os creáis que hemos venido para estar con vosotras —reniega uno de ellos.

—¿Es que los bancos tienen dueño? —lo vacilo—. Porque no veo tu nombre por ninguna parte.

Antes de que el clon me conteste, Ron se adelanta:

—Tranquila, fiera. —Me sonríe.

—Pues ata en corto a tus esbirros.

Los susodichos, que me apuesto el cuello a que no saben ni lo que significa «esbirros», no me prestan la menor atención, pues se encuentran muy ocupados mirando a una rubia acercarse.

Aprovecho la coyuntura para darle la bolsa a Ron con su abrigo. Él me guiña un ojo y salta:

—Susan, ¿Taylor no te ha contado que va a dar clases particulares a mi hermana?

¡Mierda!

¡Lo mato!

Susie me lanza una mirada asesina al tiempo que abre la boca de manera desmesurada.

—¡¡¿¿Cómo??!! ¡¡¿¿Cuándo??!! ¡¡¿¿Y por qué no me has dicho nada??!!

Como veo que se le están enmarañando las neuronas, decido intervenir antes de que se vuelva loca del todo y sufra una embolia.

—¡Eso es mentira! —Miro a Ron con cara de pocos amigos—. Su padre me lo ha propuesto, pero todavía no le he dado una respuesta.

—¿Su padre? ¿A ti? —se extraña uno de sus colegas. Seguro que sospecha que aquí hay gato encerrado, aunque no diga nada.

—¿Y ya lo has pensado? A *mi padre* no le gusta esperar demasiado —ironiza Ron.

Nos miramos uno al otro en un duelo en toda regla. Pierdo yo, por supuesto, que no soy capaz de sostenerle la mirada ni dos segundos.

—Pues resulta que lo he sopesado bien y la verdad es que no tengo tiempo —miento.

—¿Cómo que no tienes tiempo? —pregunta otro de los amigos.

—Perdona, ¿alguien te ha preguntado? —se mete Susie, que no tiene ningún interés en que yo acepte la suculenta oferta.

—Tampoco te han preguntado a ti, que pareces su portavoz —le reprocha él.

Ambos se ponen a discutir.

Ron aprovecha que ninguno de los dos nos presta atención para sacar su móvil y escribir algo rápido. El mío no tarda en sonar. Lo saco con disimulo.

El Gilipollas de Carter 🐶:

Te queda demasiado bien esa falda.

Mira mi pantalla de reojo y enseguida vuelve a teclear a toda prisa.

El Gilipollas de Carter 🐶:

¿Cómo que el Gilipollas de Carter? ¡Y encima un mojón! ¡Borra eso ahora mismo o le digo a tu amiga que anoche estuve en tu habitación follando contigo!

Visualizo la imagen demasiado nítida. Me llevo recreando demasiados años en ella. De mil maneras diferentes. Pero que salga de sus labios es… ¡demasiado!

Me obligo a no contestarle para no soltar lo que no debo mientras aprieto los muslos uno contra el otro, pues me ha entrado un calor repentino que me abrasa.

Guardo el móvil a toda prisa y sonrío al ser consciente de que ha visto su nuevo mote. Él se queda mirándome sin cortarse un pelo al saber que lo estoy retando sin escrúpulos, y eso parece gustarle, porque retiene una sonrisa.

—¿Qué te ha pasado en el cuello, tío? —le pregunta uno de repente.

Como tiene la tirita en el lado del cuello opuesto a mí, ni me había fijado, aunque, con los nervios por tenerlo tan cerca, tampoco me había acordado del ataque de Nyanta.

—Me mordió un gato —responde sin dejar de mirarme.

—¿Un gato o una gata? —conjetura el colega, con doble sentido.

—Un gato gordo que se come a sus invitados, por eso está tan gordo. Tuve suerte de escapar.

Miro a mi amiga y ella niega con la cabeza, enojada.

Lo sabe.

Todos se parten de la risa menos Susie y yo, que nos dedicamos miradas muy diferentes la una a la otra. Una de desconfianza y la otra de arrepentimiento. Todo se queda en silencio de repente y al mirar al frente, descubro que Raysu está sentado a unos cuantos metros, sobre el césped, con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, leyendo un libro. ¡Mi salvación! Necesito espacio. Me estoy agobiando. Me asfixio.

—¡Ahora vengo! Tengo que darle algo a Raysu —le digo a Susie sin darle tiempo a que conteste. Sé que está más que encantada de que todos la vean en el grupo de Carter, pero dejarla sola con ellos no sé si me pasará factura.

Me dirijo hacia Raysu como si fuese una especie de mariposa que revolotea hipnotizada hacia la luz. Al llegar junto a él desvía los ojos de las páginas para elevar su rostro y comprobar a quién pertenecen las piernas que se han plantado a su lado, aunque algo me dice que lo sabe de sobra. Asciende su mirada desde mis tobillos, pasando sin remilgos por mis muslos, abdomen y pechos hasta que finalmente se encuentra con mis ojos. Si se sorprende, lo disimula muy bien. Yo, sin embargo, me he debido de poner roja como un tomate, porque me arden las mejillas.

—¿Puedo sentarme? —le pregunto.

—Haz lo que quieras.

Vaya. ¡Qué simpático! Tomo asiento a su lado, pero con cuidado de no rozarlo.

—¿Por qué estás aquí tan solo? —quiero saber.

—No se necesita a nadie para leer.

Borde.

—¿Y qué lees?

—*Vagabond*. —Me enseña la portada.

Como suponía, es manga *shounen*, de asesinatos.

—Parece interesante —miento.

—No seas hipócrita.

—¿Por qué crees que soy hipócrita? —Me molesta que piense eso.

—¡Mírate! No creo que tú… —se detiene—, perdona. No he debido insinuar eso.

—¿Insinuar qué? ¿Que como soy una chica se supone que me tiene que gustar el *shojo*?

—Sí. Por eso te he pedido disculpas. No sé por qué he soltado esa mierda que no pienso ni de lejos.

—¿Qué te pasa, Raysu? Ayer parecías otra persona. ¿Te he hecho algo?

No entiendo nada.

Niega con la cabeza.

Vuelve a colocar el libro delante de sus narices, continúa leyendo y me ignora.

—Vuelve con tus amigos. Te están esperando —musita con desprecio.

¡Ja! Eso es lo que le pasa. Creerá que estoy con ellos y que lo de ayer fue un circo.

—Bueno. Me alegra saber que no eres perfecto. —Me encojo de hombros enfadada, pero disimulo.

Raysu se lleva la mano al pecho fingiendo sufrimiento.

—Eso me ha dolido.

Sonrío.

—¿Sigues sin querer mi número? —bromeo mientras me pongo en pie, pues no me apetece separarme de él estando de mal rollo.

Él levanta la vista del libro, entonces, cuando creo vislumbrar un atisbo de sonrisa, justo en ese preciso momento, vuelve a colocar el libro delante de su rostro para interponerlo entre nosotros y continuar con la lectura como si no me hubiese escuchado.

—No quiero tu número porque me convertiría en la persona que me juré no volver a ser —afirma con una voz grave.

—¿Qué?

—Nada.

Ha desconectado del mundo. Ha vuelto a esconderse tras las murallas que nos separan siempre. Ha vuelto a esconderse tras su aura de chico distante.

Cuando me dispongo a volver con Susie y los demás, porque Raysu no es que esté siendo demasiado simpático, me tropiezo con una de las raíces del árbol que sobresale del suelo y me caigo de bruces encima de él, que, sin pensarlo, lanza el libro por los aires con la intención de sujetarme. Lo hace como puede, de manera instintiva para que no me pegue la madre de todas las hostias contra el suelo, y lo que agarra no es otra cosa que ¡¡¡mis pechos!!!

Sí, tal cual, cada pecho en una mano. Perfectamente sujetos. Como si estuviesen hechos a su medida. Mis mejillas se transforman al instante en dos brasas ardientes. Acabo de ponerme la

*skin* de Bashful, el enanito que se sonroja de *Snow White and the Seven Dwarfs*.

Juro que tan solo permanecemos en esa postura una milésima de segundo, pero es el tiempo suficiente para cruzar nuestras miradas y descubrir el rubor en el rostro del otro. ¡¡¡Por Dios santísimo!!!

Me retira a toda prisa de su cuerpo con sumo cuidado, pero sin dejar de repetir de manera convulsiva: «Lo siento». Se levanta y recoge el libro para desaparecer del mundo como si se hubiese desintegrado; mientras, yo permanezco tendida en el suelo aún en *shock*.

¿En serio?

¿Esto ha ocurrido de verdad?

Pues sí que ha debido de suceder, porque mi corazón late desbocado. Y es entonces cuando me doy cuenta de que este tipo de emociones son las que le hacen falta a mi vida. Porque nunca se me ha permitido vivir en la edad que me corresponde, siempre he tenido que ser demasiado madura y responsable.

Carter aparece de repente a mi lado para ofrecerme su ayuda. Se agacha, me coge por la cintura con delicadeza y me pone en pie sin ningún esfuerzo, como si yo fuera peso pluma.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño ese anormal? —pregunta.

—No. Estoy bien. Gracias. No ha sido nada. La culpa ha sido mía, que me he tropezado.

—Te ha puesto la zancadilla.

—¿Qué? ¡No!

No sé qué imagen habrán captado ellos desde su posición, pero, desde luego, no ha sido una zancadilla.

—Por cierto, llevas unas bragas muy sexis. —Me guiña un ojo y sonríe con picardía dejando asomar sus malditos hoyuelos de infarto.

—¡Eres un maldito gilipollas, Carter! —Le pego en el brazo y ahora sí se ríe. ¡Oh, Dios! Su sonrisa.

Por un momento me paro a pensar qué bragas me he puesto hoy. No lo recuerdo. Como lleve alguna horrible, me moriré de vergüenza.

—Hasta luego, Sailor Moon. —Se da la vuelta y se marcha hacia el edificio de Ciencias del Deporte sin añadir nada más. Sus amigos se van tras él.

Miro hacia el banco donde estábamos sentados para comprobar que está vacío, Susie se ha marchado sola y mucho me temo que le voy a tener que dar algunas explicaciones incómodas.

Antes de entrar en clase me llega un wasap.

El Gilipollas de Carter 🐽:

> No te preocupes. Nadie ha visto nada. Era coña.

# 9
# Explicaciones

> Hay veces en la vida en las que tienes que distanciarte de aquellos que amas porque los amas.
>
> *Code Geass*

Susie se ha negado a hablarme durante el resto del día en clase, por mucho que he insistido, se ha hecho la ciega, la sorda y la muda. Así que al final me he dado por vencida.

Es viernes y este fin de semana me toca pasarlo en casa con mi madre. Cuando eso sucede, viene Helen a buscarnos a Susie y a mí, pues vivimos en el mismo distrito: Hazelwood. Pero hoy mi querida amiga ni siquiera me ha mirado, así que lo he interpretado como que no quiere que me vaya con ellas y que pille el bus.

Por eso aquí estoy, apretujada en un asiento del maloliente autobús. Calculo que, como mínimo, tardaré un par de horas en llegar, pues es hora punta, hay un accidente en la carretera, la policía ha cortado ambos carriles y nos tendrán aquí hasta que se solucione.

Aviso a mi madre para que lo sepa y no se preocupe, aunque nunca está en casa antes de las ocho, pero por si acaso. No me responde, supongo que ya lo verá cuando salga del trabajo. Saco el portátil y me pongo a estudiar Programación porque tengo examen la semana que viene.

No puedo evitar recordar la palabra «empollona» cada vez que estudio. Desde bien pequeña me apasionaba aprender cosas nuevas. Mi abuela materna siempre decía que se me veía en la mirada que era muy inteligente y que me iría bien en la vida. Pero los niños del colegio no opinaban lo mismo y tuve que aprender a vivir con los insultos, las burlas y las bolas de papel que me lanzaban cada vez que sacaba un diez. Gracias a Susie, que me apoyaba cada día, aprendí a pasar de ellos y centrarme en mí. ¿Dónde estarán hoy todos aquellos que eran tan guays por meterse conmigo? Qué pena no tener un agujerito hacia el futuro por el que poder ver que todo saldrá bien.

Al final he llegado a casa sobre las ocho y media. Noche cerrada. Veo la *scooter* antigua que mi madre usa para ir al trabajo aparcada junto al portal. Ya está en casa.

En cuanto entro por la puerta, lo primero que me encuentro es a mi padre en medio del pasillo de brazos cruzados mirando el reloj. «Maravilloso —pienso—. Es lo único que me faltaba para rematar este extraordinario día».

Me mira de arriba abajo con cara de asco. Hace más de un mes que no nos vemos y lo más lógico sería que me diese un beso y un abrazo, aunque eso solo sucedería en el mundo de las familias normales, que no es el caso de la mía.

—¿Tú te crees que puedes dejar que tu hija vaya vestida como una puta a la universidad y que llegue a estas horas? —le grita a mi madre.

Ella aparece en el pasillo todavía con la bata que se pone para ir a limpiar y el moño medio deshecho. También tiene el rímel corrido. Ha estado llorando de nuevo, espero que solo haya sido por las despiadadas palabras que siempre le dedica mi padre y que no se haya atrevido a volver a tocarle un pelo, porque, cualquier día de estos, juro que lo mataré.

—Vivimos en un país libre, si no te gusta, vuelve al tuyo, del que nunca debiste haber salido —le reprocha ella de mala gana.

—¿Y las manchas que lleva en la ropa y en las rodillas también van incluidas en la libertad del país?

—Me he caído —gruño molesta al recordar el incidente con Raysu.

—¿Te has caído o se la has estado mamando a alguien? ¿Te crees que soy gilipollas? ¡Yo también he tenido tu edad! —ataca.

Si me hubiese dado una hostia, no me habría hecho tanto daño.

—¡Ya es suficiente! —lo interrumpe mi madre—. ¡Deja en paz a la niña!

Él clava sus ojos inyectados en sangre en ella. Mi madre ha conseguido su objetivo, como siempre: desviar su atención de mí.

—¿Cómo te atreves a hablarme así, pedazo de zorra? ¡Yo pago esa puta residencia donde duerme porque dijiste que *la niñita* —la imita con tono de burla— no podía ir y venir a la universidad cada día! ¡Pago esta casa, la comida, la ropa, la luz y todo lo que os da la puta gana de gastar! ¡Creo que merezco un mínimo de respeto! —ruge colérico.

Ahora que él está de espaldas a mí, mi madre me hace un gesto con la mano para que huya a mi habitación, que es lo que suelo hacer siempre: me encierro, me pongo los cascos con música a todo volumen y al día siguiente todo vuelve a ser normal. O al menos a parecerlo.

Pero hoy no puedo quedarme de brazos cruzados. Estoy harta de dejarla sola ante el peligro y sé que ese monstruo a mí no me tocaría ni un pelo porque conoce de sobra las leyes y no quiere acabar entre rejas. Por eso precisamente respiro hondo. Aprieto los puños y me armo de valor.

—¡Lárgate ahora mismo de nuestra casa! —lo increpo.

Él se vuelve hacia mí y mi madre tiembla de miedo al ver cómo se me acerca.

—Perdona, creo que no te he entendido bien, ¿podrías repetírmelo? —susurra entre dientes lleno de odio.

—¡Que te largues! —repito sin retroceder ni un solo milímetro.

—¿Esta es la educación que le estás dando a nuestra hija, Mary? ¿Le estás enseñando a morder la mano del padre que le da de comer?

—¡Tú no me das de comer! ¡Mamá trabaja doce horas al día para eso! ¡Y yo me he ganado con mi esfuerzo la beca para la universidad y la residencia! ¡Tú nos pasas las migajas de lo que te sobra de emborracharte y de irte de putas! ¡Y eso cuando te acuerdas de hacerlo! ¿Acaso crees que podríamos vivir con esa miseria? —le recrimino con toda la rabia que llevo conteniendo en mis dieciocho años.

—Puta desgraciada…

Se le nubla la razón, lo veo en sus ojos, y se abalanza sobre mí. No sé con qué intención, pero me lo imagino. Mi madre reacciona enseguida y lo golpea en la cabeza con una sartén, que no sé de dónde ha salido, y antes de que consiga alcanzarme, su cuerpo cae inerte al suelo.

¿Lo ha matado?

Hay mucha sangre.

—¡Taylor, vete ahora mismo a casa de Susie! —me ordena mi madre histérica.

—Pero, mamá…

—¡Vete! ¡Ya! Voy a llamar a la policía. Tú no has estado aquí, ¿de acuerdo? Mañana iré a buscarte. Por favor, hazme caso y no preguntes por una vez en tu vida, hija —solloza temblorosa mientras saca el móvil de la bata.

Asiento al verla tan asustada y nerviosa. Me dirijo a toda prisa hacia la puerta.

—¡Taylor! —me llama cuando estoy a punto de salir al rellano.

Me giro para mirarla con los ojos anegados en lágrimas.

—Te quiero —me dice.

—Y yo a ti, mamá.

—Y ahora… ¡corre!

La obedezco, salgo corriendo y llamo a Susie como veinte veces, pero me cuelga. Así que no voy a ir a su casa porque lo más seguro es que ni siquiera me abra la puerta. Llego a la parada de taxis, temblorosa y asustada, me subo a uno y le doy la dirección de la residencia.

# 10
# Ron Carter

> Siempre estuviste ahí para mí y eso es todo lo que necesitaba.
> Solamente a ti.
> Por alguna razón no me sentía ni triste ni rota, simplemente no lo sentía real.
> Para cuando me di cuenta de que sí lo era, ya te habías ido.
>
> JET BLACK, personaje de *Cowboy Bebop*

En cuanto miro el taxímetro y veo la cantidad de cuarenta y tres dólares, mi cerebro se aturde. ¡No he cogido dinero!

Los nervios y el miedo tampoco me permiten pensar con demasiada claridad. ¿A quién puedo pedirle dinero?

Aunque le pidiese una transferencia por PayPal a mi madre o a Helen no me serviría de nada porque este taxista tiene como ochenta años y no sabrá ni lo que es.

«Piensa, Taylor, piensa. Vamos…».

Lily no tendría cincuenta pavos para prestarme ni en sus mejores sueños y no tengo la confianza suficiente con nadie más de la resi como para pedirle tanto dinero.

Solo dos nombres aparecen en mi mente: Raysu y Ron.

¡Joder, ni loca!

Y no tengo manera de contactar con Raysu, así que… la lista se reduce a uno: Ron.

¡No! ¡No puedo presentarme a estas horas en su casa! ¿Estamos locos? Me revuelvo el pelo, me muerdo la uña del meñique, muevo la pierna, suspiro… Es que no me queda otra. Tengo que ir a pedirle dinero. Para él cincuenta dólares no es nada, y ya se los devolveré el lunes. ¡Ay, Dios!

Cojo el móvil. Me tiemblan las manos.

Borro los cientos de mensajes que comienzo a escribir porque ninguno me parece oportuno.

Las luces de la ciudad comienzan a verse al otro lado del puente Smithfield Street. Estamos llegando al centro, cerca de la residencia.

No puedo arriesgarme a que Ron no esté en casa o no quiera recibirme, que sería lo más lógico. Ya está, tan solo le escribo: «Necesito ayuda».

De no contestarme, tendré que dormir en la estación de policía por no pagar a un taxista.

Pero su respuesta no tarda en llegar y es rotunda:

El Gilipollas de Carter 🐽:

Dime dónde estás. Voy a buscarte.

Necesito que me prestes dinero. En efectivo.
Voy en taxi adonde me digas.

El Gilipollas de Carter 🐽:

Ven a mi casa. Estoy en Squirrel Hill North, número…

—Disculpe —le digo al taxista—, lléveme mejor a esta otra dirección, por favor.

En cuanto le doy la nueva dirección me mira por el retrovisor con una expresión extraña. Supongo que no me ve pinta de millonaria, pero se calla y solo asiente con la cabeza.

Madre mía. Seguro que Carter piensa que estoy metida en algún lío de drogas o vete tú a saber qué debe de estar pensando ahora mismo.

El taxi se detiene en la puerta de la enorme villa. Es muy de noche, pero la avenida está iluminada de sobra por una indecente cantidad de farolas y por las luces de la inmensa vivienda que tenemos enfrente.

No me da tiempo ni a salir del coche cuando aparece Ron por la enorme puerta de hierro negro que protege la vivienda.

Lleva un chándal Nike azul marino de algodón, la sudadera tiene capucha y los pantalones son de pitillo; todo le sienta demasiado bien a este chico. Maldita sea.

En cuanto me mira, sus ojos desvelan que ha descubierto que estoy rota por dentro.

—¿Estás bien? ¿Qué coño ha pasado? —pregunta preocupado cogiendo mi mano con delicadeza para ayudarme a salir del vehículo mientras me examina por si tengo heridas o algo similar.

No puedo evitarlo y me pongo a llorar, las lágrimas salen solas de mis ojos. Creo que hacía siglos que no lloraba. No puedo más. Entonces él se acerca más a mí, me atrae hacia su pecho y me abraza.

—¡Chisss! Tranquila —susurra contra mi coronilla.

Me gustaría tanto quedarme así para el resto de la eternidad, entre sus brazos, apoyada en su pecho y embriagándome con su aroma… Pero no es posible, a pesar de sentirme reconfortada en sus brazos, enseguida me separo. Debe de pensar que estoy loca.

—Lo siento. Salí corriendo de casa y no cogí dinero —le explico, enjugando mis lágrimas con la manga de la cazadora—. Necesito llegar a la residencia.

—¿Está tu amiga Susan esperándote allí?

Niego con la cabeza. Nuevas lágrimas brotan sin motivo, o quizá sí que hay motivo. Acabo de ser consciente de que, por primera vez en mi vida, Susie no está a mi lado cuando algo va mal.

—Pues no creo que estar sola en este estado sea la mejor idea, Taylor.

—Necesito descansar, estoy agotada. En cuanto llegue, me dormiré. No te preocupes —le miento.

Él clava su ávida mirada en mí. Está estudiando mi expresión, joder, parece un detector de mentiras.

—Hagamos una cosa —propone—, pasa adentro, te tomas algo caliente, te tranquilizas y luego te pillas otro taxi que te lleve a la residencia. ¿Te hace?

Lo miro sorprendida. Eso supondría deberle más dinero.

—Pero…

—¡Eh, tortolitos! —nos increpa el taxista de repente—, que el taxímetro sigue corriendo.

Ron me mira dubitativo y yo asiento sin estar demasiado convencida.

Se acerca a la ventanilla del taxista, le da cien dólares y el hombre se marcha la mar de contento.

En cuanto vuelve a mi lado, susurro muerta de la vergüenza:

—Gracias, te lo devolveré en cuanto pueda. Pero solo los sesenta dólares que marcaba el taxímetro, la propina ha sido cosa tuya… —añado, más muerta de la vergüenza.

Él me sonríe con tristeza.

—No tienes que devolverme nada. Te lo descontaré de las clases particulares de mi hermana.

Consigue sonsacarme una ligera sonrisa por la broma. Era lo que pretendía.

—Las señoritas primero.

Me indica el camino con la mano para que pase al interior de la vivienda. Una vez que cierra el portón, me quedo fascinada con lo impresionante que es todo a mi alrededor: césped, árboles con luces led en los troncos, una piscina, el porche con butacas para tomar el sol, bancos, fuentes…

—Esto es precioso —murmuro fascinada.

Él mete las manos en los bolsillos del pantalón mientras contempla su casa.

—¿Te mola mi jaula de oro, Sailor Moon?

¿Jaula de oro? Ya me gustaría a mí vivir en esta jaula. Supongo que será obra de su humor sarcástico.

—¿Y tus padres? ¿No es muy tarde para que venga alguien de visita a tu casa? —me preocupo de repente.

—Mis padres se encuentran en uno de sus eternos viajes de negocios. Solo viven aquí la niñera de mi hermana y el mayordomo. No te preocupes por eso.

Entramos en la casa. Como no sé muy bien qué hacer o decir, me abrazo a mí misma, miro a

mi alrededor y contemplo la inmensa estancia en la que nos hallamos, que solo es el recibidor. Todo es ultramoderno, minimalista y muy blanco. Sobra espacio por todas partes.

—Vaya, solo la entrada ya es más grande que todo mi piso —comento para romper el hielo.

—Bueno, a mis padres les ha ido de puta madre en los negocios.

—No parece que eso te haga gracia —deduzco por su tono.

—Digamos que hemos canjeado el amor de unos padres ausentes por vivir rodeados de lujo. —Me guiña un ojo—. ¿Vienes?

Me ofrece la mano. La miro con reticencia. Dudo si cogérsela. Me tiembla el pulso, pero al final levanto la mía y él entrelaza sus dedos con los míos, inexpertos, como si caminar cogidos de la mano fuese lo más natural del mundo. Sin embargo, yo voy hiperventilando, aunque trate en vano de disimularlo.

Su piel es cálida, al contrario de la mía, que está congelada. También es suave. Nunca he cogido a un chico de la mano y me gusta la sensación, o no sé si me gusta porque la mano que estoy cogiendo es la de él. Supongo que sí. Me cosquillean los dedos y noto cómo el corazón bombea cada vez con más fuerza.

Estoy tocando a Ron Carter. ¡Estoy tocando a Ron Carter!

Estoy. Tocando. Al. Puto. Ron. Carter.

Sí. Al arrogante y temperamental Ron Carter. Al intocable. Al chico que tiene esos labios tan sensuales y carnosos. El que ahora mismo me observa con cautela a través de esas increíbles esmeraldas que tiene por ojos. Me tiemblan hasta las piernas. Me sonríe para que me tranquilice, pero no sabe que su maldita sonrisa provoca en mí todo lo contrario.

—Quiero que conozcas a alguien —susurra—, así te distraerás un poco.

—¿A quién?

—Ahora lo verás.

Me lleva cogida de la mano escaleras arriba. Se me antoja el trayecto más largo de mi vida y al mismo tiempo el más corto. Quiero que dure eternamente, pero no podría soportar mucho más esta opresión en el pecho. Por fin nos detenemos en medio de un largo pasillo repleto de puertas y me suelta la mano para abrir la que tenemos justo delante y dejarme paso.

Ambos entramos. Admiro los grandes ventanales que presiden la suite, porque esto no es una simple habitación, tiene hasta baño dentro. La decoración es similar a la del resto de la casa, todo muy *random* en tonos blancos y grises muy sutiles.

—Puedes quedarte el tiempo que necesites, Taylor. Si quieres dormir aquí, esta habitación está libre —afirma.

—No creo que deba…

—Nadie te molestará —me interrumpe creyendo adivinar mis pensamientos, aunque nada más lejos de la realidad. No es que me sienta en peligro, más bien me intimida dormir aquí. En su casa.

Su cuerpo me atrae como una flor resplandeciente a una abeja. Demasiado. Con él, siempre todo es demasiado. Entonces mis ojos se dan de bruces contra los suyos y me estremezco. Trago saliva.

—Vale —me apresuro a decir para disimular mi hambre voraz de él.

Asiente con aire triunfal.

—Enseguida te traigo algo de ropa limpia. También puedes darte una ducha. —Señala mi

ropa sucia.

—¡Oh! Juro que nunca me había ensuciado tanto como en estos dos últimos días.

—No sé si creerte, con lo que te gusta enredar con el barro —bromea, y me río.

Antes de salir por la puerta, lo llamo:

—Ron… —Se vuelve para mirarme—. Gracias.

Sonríe porque en el poco tiempo que hemos compartido parece saber lo orgullosa que soy y lo que me cuesta dar mi brazo a torcer. Es injusto que tenga una sonrisa hecha específicamente para derretir bragas. Dios. Lleva la palabra *fucker* escrita en la frente. Me muero cada vez que me sonríe.

—No te creas que esto te va a salir gratis, estoy apuntándolo todo. —Saca su móvil y finge anotar algo en la pantalla apagada. Será idiota.

—¡Oh! Ya me extrañaba a mí que el gran Carter fuese un buen samaritano —protesto.

—La vida es un negocio, Moon. No lo olvides. —Me guiña un ojo y sale del cuarto evitando reírse mientras cierra la puerta.

En cuanto me quedo sola, dejo escapar el aire que estaba conteniendo en mis pulmones. Y la sonrisa tonta que luchaba por invadir mis labios. Me dejo caer sobre la inmensa cama de colcha blanca para quedarme mirando el techo. ¿Qué se sentirá viviendo en una casa tan bonita?

Imagino a Nyanta campando a sus anchas por aquí. Sería tan feliz con tantos escondites que elegir. Se volvería loco arañándolo todo. Hablando de Nyanta, saco el móvil y le mando un wasap a Lily, mi vecina de la resi, para recordarle que este fin de semana no estoy allí y que se encargue del gato, porque espero que mañana podré volver a casa con mi madre.

Enseguida me responde indicándome que está todo en orden. Me manda una foto de Nyanta roncando apaciblemente sobre su cama, arropado con una mantita azul. Lo tiene demasiado consentido. Al final se va a quedar a vivir con ella. No puedo evitar ponerme un poquito melancólica, porque en estos casos echo de menos achucharlo.

Llaman a la puerta.

—Adelante. —Me incorporo en la cama.

Ron aparece con un pijama, toallas y ropa de deporte de mujer en sus brazos.

—¿De dónde has sacado todo esto? —le pregunto.

—Luego te enseño el vestidor de mi madre. Narnia a su lado es un zulo.

Ambos sonreímos. Cojo las cosas. Huelen a suavizante.

—Gracias de nuevo, Ron, yo…

—Deja de darme las gracias, joder, estás perdiendo tu encanto de chica empollona borde e inalcanzable. —Pongo los ojos en blanco tratando por todos los medios de no reírme—. Mi habitación es justo la de al lado. Cuando termines, si te apetece, estaré allí, ¿vale?

Un momento. De pronto no parece tan capullo como siempre.

Como me disponía a darle las gracias de nuevo, me abstengo y suelto:

—No pienso ir. No mereces que te honre con mi presencia, recuerda que eres el Gilipollas de Carter, tú y yo venimos de mundos distintos, no puedes caerme bien.

Él se ríe mientras niega con la cabeza. No parece un chico fácilmente impresionable, por eso cada vez que se ríe por alguna de mis estupideces un nuevo nenúfar florece en el Amazonas.

—Ya hablaremos de eso tú y yo.

Se marcha y cierra la puerta tras él dejando en el aire esas dos últimas palabras, «tú y yo».

Cierro los ojos y suelto un gritito de emoción.

Es increíble lo reconfortante que resulta darse una ducha caliente, sobre todo cuanto estás muerta de frío. Y de miedo.

Una vez que me he secado y me he puesto el pijama de la madre de Ron, que, por cierto, me resulta increíble que use prácticamente la misma talla que yo, pues solo me queda un poco largo de mangas y piernas, decido escribir a mi madre con disimulo, porque no sé si debo.

Mamá, me quedo a dormir en casa de Ron Carter, en Squirrel Hill North. ¿Has descansado? ¿Estás ya en casa? Dime algo, porfa.

Le digo la verdad por si llama a casa de Susie y le cuentan que no he ido a dormir allí, pero tampoco quiero meter la pata, por si alguien que no sea ella tiene su móvil, en plan algún policía o algo así. Por eso no sé muy bien qué escribir para que nadie sospeche que he estado en mi casa si lee mis mensajes.

Mamá:

Todo bien, cariño. Hablamos mañana. Te quiero.

Que mi madre me diga en el mismo día dos veces que me quiere cuando no lo ha hecho casi nunca en los últimos dieciocho años me preocupa bastante. Y que le cuente que estoy durmiendo en casa de un chico y no ponga el grito en el cielo me preocupa más todavía. Algo horrible debe de estar ocurriendo. Me entran ganas de llorar de nuevo.

Me tiendo boca arriba sobre la cama para intentar pensar las cosas con claridad, sin dejarme llevar por el miedo, como mi madre siempre me ha enseñado.

A ver. Si ha podido contestarme, significa que no la han arrestado, porque, de haberlo hecho, le habrían confiscado el teléfono. Pero no parece que sea libre de hacer lo que quiera, porque me habría llamado enseguida para que volviese a casa o al menos para gritarme si estoy de coña con lo de que estoy en casa de Ron.

No puedo seguir comiéndome la cabeza de esta manera porque me voy a volver loca. Me levanto y voy a la habitación de Ron. Necesito distraerme.

«Joder, Taylor, vas a entrar en el templo sagrado, el lugar donde miles de chicas matarían por estar», pienso temblorosa justo delante de la puerta.

Tomo aire. Llamo y enseguida escucho su voz desde dentro.

—Pasa.

Al abrir me choco con una niña preciosa vestida con un mono blanco lleno de unicornios rosas. Tiene el pelo castaño y los mismos ojos verdes de Ron.

—Hola —la saludo tensa. ¿He dicho ya que odio a los niños?

De pronto, sale corriendo como una loca desliando un rollo de papel higiénico que no sé de dónde ha salido. Deduzco que no es el primero que desenrolla, porque el suelo está lleno de tiras blancas.

Mi cara debe de ser todo un poema, pues Ron la coge con un solo brazo y la trae hacia mí mientras ella patalea como si estuviese poseída por el diablo. La suelta delante de mí, sujetándola por los hombros para que no huya.

—Pide disculpas a Taylor ¡ahora mismo! —le ordena con voz grave.

Ambas nos miramos perplejas.

—¿Por qué? —pregunto.

—¿Qué haces con el pijama de mamá? —refunfuña la niña señalándome con el dedo índice —. ¡Ladrona!

Ron pone los ojos en blanco.

—Hermione, más vale que te comportes como es debido porque Taylor es tu nueva profesora —anuncia.

—¡¡¿¿Qué??!! —chillamos las dos al mismo tiempo.

—¡Ni de coña! —reniego.

—¡Ni lo sueñes! —protesta ella, cruzándose de brazos.

—Un momento, ¿Hermione? —me sorprendo, soltando una risita—, ¿y Ron? Dime que la villa no se llama Hogwarts.

Él eleva una sola ceja ante mi comentario, parece no darle demasiada importancia.

—Mis padres son los más frikis de Harry Potter, he de vivir con ello —bufa.

—¡Pues anda que Taylor, vaya nombre de mierda! —protesta la niña.

—¡Hermione! ¡Esa boca, joder! —la regaña su hermano.

Me río. Está claro que si un chico de veinte años está educando a una niña de siete tampoco es que vaya a salir muy refinada.

—Taylor es el nombre de una escritora que le gustaba mucho a mi madre —le explico a ella a modo de secreto.

La mocosa parpadea y se mantiene en silencio. Supongo que no se le ocurrirá otra cosa con la que atacarme… de momento.

—¿Tienes hambre? ¿Bajamos a picar algo a la cocina? —propone Ron.

—¡Vale! Yo quiero un batido —le pide ella en un tono cantarín.

—¡Y una mierda! ¡Tú te vas a dormir ahora mismo!

—¿No me habías dicho que hasta que no recogiera el papel del suelo para que tu novia lo viera todo limpio no me ibas a dejar salir de aquí? —Se cruza de brazos.

¿Novia? Desde luego es una buena bruja, la enana.

Ron y yo cruzamos una mirada rápida y él abre los ojos más de lo normal, por lo que suelto una carcajada al ver su expresión de «yo la mato».

—Ya hablaremos, traidora —la amenaza muy serio mientras vuelve a cogerla, esta vez como a un saco de patatas, para llevársela a su cuarto.

Pero ella sigue gritando:

—Ha estado limpiando su cuarto como un loco. Como cuando llegan papá y mamá. No te creas que siempre está así de limpio. Es un cerdo. Si miras en los cajones y debajo de la cama, vas a flipar.

—Pero ¿qué cojones estás haciendo? —le reprocha su hermano.

—¡Se llama sororidad!

Al escuchar esa última palabra estallo en una fuerte carcajada porque a Ron le falta ponerse verde. Estoy segura de que la enana no sabe ni lo que significa esa palabra.

—¡Te voy a matar! —la amenaza él entre dientes.

—¡Y por eso he llenado el suelo de papel, para que no te dejes engañar! —Hermione sigue hablando hasta que su hermano la suelta y se agacha para decirle algo al oído. Entonces ella asiente y cierra la puerta obedeciendo sin rechistar.

¿Qué le habrá dicho?

—¿Tienes hermanos? —me pregunta mientras pasa de largo con paso firme hacia las escaleras sin siquiera mirarme. Aquí está de nuevo Carter el implacable.

Lo sigo.

—No —contesto.

—A veces me gustaría ser hijo único —gruñe.

Yo me parto de la risa mientras bajamos por las escaleras. Está enfadado porque su hermana lo ha dejado en ridículo. O eso creerá él, porque para mí ha sido la escena más tierna que he visto en la vida. Hay que saber leer entre líneas, y Ron ejerce de padre y madre de una niña pequeña, mientras él tiene sus propias preocupaciones. No debe de ser fácil. Y, aun así, ella lo mira como si fuera un maldito héroe.

—Te adora —susurro—. Solo se ha puesto celosa.

Él deja escapar un suspiro.

—No podría vivir sin ella, aunque le encante tocarme los cojones —admite.

Atravesamos la casa caminando tranquilamente. Se crea un ambiente de confianza entre nosotros que me anima a decir:

—Yo lo más parecido que tengo a una hermana es Susie, pero ahora no me habla.

No quiero confesarle que sin ella me siento perdida, pero en cuanto pronuncio su nombre me pongo más triste. Él lo nota. Estoy segura. Es demasiado inteligente.

—¿Y por qué no te habla? Esta mañana parecía que estabais bien —indaga.

—Cuando has contado lo del gato gordo y lo de las clases particulares, ha atado cabos. No creo que le haya gustado que le ocultase que estuviste en mi habitación —le confieso.

—Pues que se vaya a la mierda. Una buena amiga no se enfadaría por semejante pollada, Taylor. Además, tampoco tienes por qué contarle cada cosa que hagas.

—Es que está enamorada de ti desde siempre —le recuerdo, aunque ya se lo haya confesado ella mil veces.

—Pero ella a mí no me gusta.

—Ya, pero no lo entiende. Ni yo tampoco. ¿Por qué no te gusta? Lo tiene todo. Es genial. Es perfecta.

—No lo niego.

—Está convencida de que tarde o temprano te enamorarás de ella, y yo también lo creo —insisto sin prestar atención a su respuesta.

Él se detiene para mirarme de una manera muy especial. Es como si de pronto hubiese caído en la cuenta de que el pijama de su madre me sienta de la hostia. Le brillan los ojos. Si no fuera porque es imposible, juraría que me está comiendo con la vista. Parece que está buscando la manera de decir algo. Está perdido. Confuso. ¿Qué diablos estará pensando?

—Pues eso nunca pasará porque a mí me mola otra persona.

¡Ups!

Una de esas Barbies de piernas infinitas, fijo. No lo culpo, me gustan hasta a mí.

Continúa su camino como si estuviese cumpliendo alguna penitencia, parece atormentado. Llegamos a la cocina y abro la boca al ver lo bonita que es. Todo es de un blanco inmaculado: los muebles, la encimera, el suelo y hasta la isla del centro.

—Este es el tipo de cocina que toda revista de decoración soñaría con sacar en portada —halago.

—Sí, bueno, todo impoluto y frío, como puedes comprobar. En esta casa lo que prima es el orden y la pulcritud. No conocen el concepto de familia. De vida. —Saca unas cuantas bandejas tapadas con papel film del frigorífico, las destapa y después las mete unos minutos en el microondas. Luego las pone sobre la mesa alta rodeada de taburetes de cuero blanco. Me resulta muy seductor verlo moverse como un felino por todas partes.

—¿No pones un mantel? —pregunto.

—No. Voy a volverme loco —bromea—. Si me viera mi madre, me desheredaría. Es mi manera de dar por culo.

No me pasa desapercibido que ya es el tercer comentario que hace con respecto a la ausencia de sus padres. Se le nota demasiado resentido, pero no sé si querrá hablar del tema, porque lo ha soltado restándole importancia.

Tomamos asiento uno frente al otro. El olor a comida consigue que mi estómago ruja de hambre.

—Hay *pierogies* rellenas de queso, *hotcakes* y pijotadas varias, come lo que quieras —me informa al pasarme un tenedor.

Pruebo las *pierogies* y tengo que cerrar los ojos de gusto en cuanto el queso entra en contacto con mis papilas gustativas. Madre mía, están exquisitas. Se me escapa un gemido y todo. Al abrir los ojos de nuevo, doy un respingo al impactar con los de él. Me observa de una manera visceral. Sucio, pero dulce.

Se me escapa una risilla nerviosa y una fuerte descarga mitad adrenalina, mitad placer recorre todo mi cuerpo. Apenas entra aire en mis pulmones, así que me obligo a desviar la mirada porque siento cómo me arden las mejillas, y mucho me temo que él también se ha dado cuenta de lo que provoca en mí.

¡Por Dios, qué calor hace aquí!

—¿Y el mayordomo? ¿No debería servirte la cena o algo así? —disimulo sacando cualquier tema, el primero que se me pasa por la cabeza.

Sacude la cabeza, inquieto. He roto el momento.

—Se ha ido a dormir. —Su voz es muy ronca.

Cojo un trozo de carne y me lo meto en la boca para tratar de mantenerme calladita.

Comemos en silencio. Me siento mareada por tenerlo tan cerca. Observo cada movimiento de Ron con atención, su manera de masticar, el modo en el que sostiene una empanadilla entre sus

dedos, el caer de sus pestañas cada vez que parpadea, el camino que recorre su lengua entre sus labios carnosos, las escasas pecas que adornan su nariz dotándolo de un aire algo aniñado… Jamás he visto nada más hermoso. Aunque, si de algo estoy segura, es de que lo más atractivo de Ron Carter es la seguridad que tiene en sí mismo.

—¿Pasas mucho tiempo solo? —le pregunto obligándome a salir de mi ensimismamiento. Necesito que hable. Sobre lo que sea.

—Demasiado.

Vale. Eso no me sirve, Carter.

—¿Y desde cuándo viajan tanto tus padres? Me refiero a que si empezaron a hacerlo cuando tú ya podías cuidarte solo o lo han hecho desde que eras pequeño —insisto.

Me mira muy serio. Ahora no quiere hablar de eso. O no quiere hablar de eso conmigo. Quizá haya sido demasiado entrometida. Pero me sorprende diciendo:

—Para que te hagas una ligera idea, no recuerdo haber pasado ninguna Navidad o cumpleaños con mis padres. —Su voz denota tanta tristeza que retengo con todas mis fuerzas las ganas de abrazarlo.

Es imposible que unos padres no puedan pasar esas fechas tan señaladas con sus hijos. ¿Tanto trabajo tienen?

—Vaya… Lo siento… —digo.

—Ellos piensan que comprándonos cosas caras les perdonaremos su ausencia. Siempre que vuelven nos traen algún regalo. A Hermione la última vez le regalaron una estrella con su nombre. Una puta estrella de verdad.

—¿Eso puede hacerse? —indago para destensar un poco.

—Supongo. Hay millones, y no son de nadie. —Se encoge de hombros—. Ni siquiera me acuerdo de lo que hizo mi hermana. Solo recuerdo gritarle a mi padre que se metiera sus putas estrellas por el culo.

—Muy agradecido por tu parte —ironizo.

—A mí me suda la polla que no estén. Hasta lo agradezco. Cuando vienen, solo critican cada cosa que hacemos. Pero no te imaginas lo duro que es ver a tu hermana pequeña enferma y que no tenga a su madre a su lado para cuidarla. Ni un puto beso cuando está triste. Nada. —Se detiene porque se le quiebra la voz y le cuesta seguir hablando. Parece que los odia, aunque sé que es solo porque está demasiado dolido.

—Te tiene a ti, Ron.

Me examina durante unos segundos. Pensativo.

Puedo hacerme una idea de lo que es estar siempre solo. Mi historia es parecida a la suya, con la diferencia de que yo no tengo dinero ni para el abono del transporte. Me lo paga la madre de Susie.

Miro por la ventana pensativa.

—¿Qué ha ocurrido esta noche, Taylor? Todavía no me creo que estés aquí —quiere saber.

Nunca hablo con nadie sobre esto, pero ya que él se ha sincerado, creo que lo justo es hacer lo mismo. Los dos tenemos unos padres de mierda.

—Mis padres se divorciaron hace un par de años. Mi madre pilló a mi padre con otra; era algo habitual, no era la primera vez que lo hacía. Lo que diferenció aquella vez de las demás fue que la mujer en concreto era mi tía, y eso ya no se pudo esconder debajo del felpudo. Encima, las

dos familias nos repudiaron.

—Hijo de puta.

—Creo que mi madre soportó sus infidelidades por mí. Porque no teníamos donde caernos muertas. Él era el único que trabajaba. Ella no quería que le dieran mi custodia porque es alcohólico y pierde los papeles cada dos por tres. Siempre ha sido muy violento. Supongo que estaría esperando a que yo llegara a la mayoría de edad y divorciarse. Pero todo explotó por los aires con lo de mi tía y se divorciaron antes.

—Joder.

—Él le cedió mi custodia a cambio de no pasarle pensión y ella aceptó. Para protegerme. Pero mi abuela paterna se enteró y amenazó a mi padre con desheredarlo si no me pasaba una paga. Así que, cuando le da la gana, nos da algo de dinero y el resto del tiempo mi madre trabaja de sol a sol para poder malvivir.

En cuanto termino de hablar, soy consciente de lo que acabo de hacer. ¿Le he contado mis miserias al tío que se supone que más odio del mundo?

—Entonces ¿cómo puedes estudiar en Carnegie? Porque es caro de cojones.

—Una beca. Tengo que sacar una media de sobresaliente para mantenerla.

—Entiendo.

Permanece pensativo jugueteando con la servilleta. Tiene la mirada perdida. Quizá ahora su vida no le parezca tan terrorífica gracias a mí.

—¿Sabes? He llegado a pensar que tal vez odio los abrazos porque cuando más los necesité nadie me los dio. No permitas que a tu hermana le pase lo mismo.

Ron me observa con la rabia contenida.

—Cabronazo de mierda —gruñe entre dientes—, ojalá tu madre lo hubiera matado.

Lo miro a través de las pestañas y me pierdo en sus ojos. Resulta demasiado fácil hacerlo porque son tan bonitos. Igual que es fácil hablar con él. Desconozco la razón por la que me he abierto de esta forma, pues no suelo hacerlo. Quizá ha tenido algo que ver que me haya ofrecido refugio y comida. Que no me haya dejado tirada en medio de una fría noche de invierno. El hecho de que se haya preocupado por mí sin casi conocerme de nada y que yo necesitase un gesto de cariño más que nunca. No sé, puede que no haya un motivo en especial. Puede que solo sea porque es él. Porque se trata de Ron. Y yo lo quiero con todo mi corazón sin que él tenga ni idea.

—Me has contado tu pasado, pero quiero saber qué ha pasado hoy, Taylor —se decide a insistir.

Dejo escapar un suspiro.

—Al llegar a casa, él estaba allí, esperándome. Apestaba a alcohol y me ha insultado. Que tenía pinta de puta, ha dicho. Después ha sugerido que estaba manchada porque iba por ahí haciendo mamadas o algo así. Mi madre ha salido en mi defensa porque sabía que iba a ponerse agresivo. Entonces me ha pedido que me fuera de allí. Estoy muy preocupada por ella. —Miento un poco, o más bien le oculto parte de la historia—. Sé que en el pasado la ha pegado más de dos veces, aunque ella siempre me lo ha negado. Tiene la absurda convicción de que no debe hablarme mal de él. Como si yo fuera tonta.

—¿Crees que tu padre le habrá hecho algo? ¿Llamamos a la policía? —pregunta, inquieto.

—No.

Sabe que algo en mi historia no cuadra.

—Ya estaba llamando a la policía cuando me ha pedido que me fuera a casa de Susie a dormir. Y como mi querida amiga no me coge el teléfono, no sabía a quién acudir. Siento haberte involucrado en mis mierdas.

Los dos nos miramos a los ojos. Por primera vez, él no es el niño pijo y popular que lo tiene todo, ni yo soy la friki rarita que no tiene nada. Solo somos Ron y Taylor. Y por primera vez, nuestras miradas van mucho más allá de prejuicios y rencores. Esta vez nos hemos desnudado y hemos entendido que nadie es lo que aparenta ser, sino lo que puede.

—No lo sientas, Taylor. Me alegra que hayas confiado en mí.

Y lo dice de verdad.

Siento un fuerte agujero negro en la boca del estómago que me presiona demasiado. Necesito oxígeno. Me cuesta respirar.

Voy a decirle algo para destensar el ambiente, pero cuando mis ojos se cruzan con los suyos, me estremezco. No resulta fácil guardar un secreto durante tanto tiempo. Mi cuerpo responde a su presencia de un modo que no puedo ocultar. Cuando alguien te gusta, el cuerpo reacciona, puede incluso que ni tú mismo lo notes, pero cuando la persona que te atrae está cerca, las pupilas se dilatan, el pulso se acelera, la respiración también…; todo se convierte en caos.

Y esta noche, los ojos de Ron son más negros que nunca.

Tengo que salir de aquí, de este callejón sin salida en el que me he metido. Me siento vulnerable y expuesta. Indefensa. No me gusta. La mejor manera de escapar es volviendo a levantar el muro que rodea mi corazón. Me arrepiento de haberlo bajado. Tengo que soltar alguna frivolidad para que el ambiente cambie de golpe.

—¡Eh! No te flipes, que solo he venido porque no tenía más remedio —bromeo sonriéndole.

Él me devuelve la sonrisa y me lanza una *pierogie*, la esquivo y cae al suelo, donde la carne y el queso se esparcen sin piedad. Me tapo la boca con ambas manos para ahogar un grito ante el estropicio.

—¡Oh, Dios mío! ¡Lo estará viendo mi madre desde la cámara de seguridad que lleva instalada en su Rolex! —exclama exagerando su preocupación.

Pongo los ojos en blanco y suelto un bufido. Él se parte de la risa.

—¡No te pases, idiota!

Me levanto del taburete y me agacho para recogerlo con una servilleta de papel.

—Ni se te ocurra limpiarlo. Esa bola de carne es una declaración de guerra en toda regla.

Dejo escapar una risa por la gilipollez.

—Si no lo hago yo, lo hará el mayordomo, que el pobre no tiene culpa de que quieras declarar la guerra a tu madre. —Le recuerdo que tiene sirvientes, porque parece ser que lo ha olvidado.

De repente siento que algo se aproxima a mí. Vuelvo el rostro… ¡¡¡Es él!!! Y es tarde, me ha derribado. Todas las alarmas saltan en mi mente, produciendo un cortocircuito al escuchar en mi oído:

—Te voy a dar guerra yo a ti.

Ron se coloca encima de mí poniéndome de espaldas contra el suelo para hacerme cosquillas. Nunca habría imaginado que tuviera tanta fuerza. Me tiene aprisionada entre sus muslos a la altura de mis caderas. La visión de él desde mi posición me resulta irresistible. Ahora entiendo

por qué todas las chicas suspiran de amor por él. Me retuerzo para quitármelo de encima, y de paso librarme de las sensuales imágenes que me invaden la mente, pero no puedo parar de reír. No tengo suficiente fuerza.

—¡Para! —logro gritar entre carcajada y carcajada.

Consigo pellizcarlo en un muslo, y da un salto. Lo he pillado desprevenido. Entonces me sujeta de las muñecas para inmovilizarme, poniéndolas una a cada lado de mi cabeza. Nuestros rostros están demasiado cerca. Todo lo cerca que podrían estar dos personas sin besarse.

Respira agitado con el pelo despeinado. Siento cómo su pecho sube y baja con ímpetu. Casi logro escuchar sus latidos. Me mira con los ojos llenos de deseo. Joder. Si eso no es deseo, es que no entiendo nada del mundo. El corazón me da un fuerte vuelco. Solo siento sus ganas. Ganas de mí. ¿Sabrá leer él mis ganas?

Afloja una de las manos y es entonces cuando aprovecho para soltarme y coger los restos de carne del suelo. Trato de rebozarle la cara con ellos, pero se retuerce y consigue esquivar mi lanzamiento en el último momento.

—¡Lo que te gusta tirarme cosas a la cara!

Se parte de la risa por mi ataque a traición. Intento zafarme de nuevo, pero él es más rápido, pues vuelve a cogerme de las muñecas para detenerme. Seguimos riéndonos durante un breve instante. Un calor intenso y muy especial recorre mi cuerpo. ¿Será así la felicidad? Ambos nos quedamos serios, muy serios. Mirándonos. Sus ojos son fuego. Y yo quiero quemarme.

Ron desvía la mirada hacia mis labios y yo hacia los suyos y, sin darme cuenta de cómo sucede, me besa.

# 11
# Mi primer beso

> Solamente aquellos que han sufrido suficiente pueden ver la luz dentro de las sombras.
>
> RORONOA ZORO (El cazador de piratas), personaje de *One Piece*

Tiemblo bajo la suavidad del dedo pulgar de Ron al rozar mi mejilla mientras me mira con sus preciosos ojos anhelantes. Nuestro primer beso ha sido más bien una suave caricia en los labios. Como si estuviera tanteándome por miedo a ser rechazado. Pidiendo permiso. No imagino a Ron teniendo este tacto con todas las chicas con las que se ha besado. Y eso me hace sentir especial.

Él estará más que acostumbrado a la conquista y a los juegos de seducción, pero yo soy una inexperta en todo esto. Para mí, cada cosa que hace o dice es algo excepcional. Todo cuanto lo rodea es intenso y a mí me provoca una extraordinaria sensación de agitación que solo es comparable con un tsunami.

Me contempla desde arriba con el pelo cayéndole ligeramente sobre los ojos. Se lo aparto con cuidado para poder mirarlos en toda su plenitud. Son perfectos. Y solo brillan por mí. Al menos en este breve instante. Su lengua recorre de manera pausada sus labios, y mis ojos no logran apartarse del recorrido. Lo sabe. Sabe que me está encendiendo. Lo está haciendo a propósito para provocarme.

Cierro los ojos. Necesito estar segura de lo que estoy haciendo. Para él es solo un juego al que ha jugado miles de veces, pero para mí tiene demasiada importancia porque es una primera vez.

Ron huele a muchas cosas. A las noches que he pensado en cómo sería besarlo, al embriagador perfume que usa y que siempre lleva impregnado en su ropa; pero, sobre todo, huele a lo que siempre he imaginado que olería: a pasión.

Cuando hunde la nariz en mi pelo e inspira, me quedo sin aire. Luego noto que desliza la punta de la nariz con sumo cuidado de mi pelo a mi frente, de mis mejillas a mi nariz. Y permanece justo ahí. Quieto. Anhelante. Lo deseo, y mucho me temo que él también a mí.

Un fogonazo se desprende de mi interior arrasando con todo a su paso. Ansío con todas mis fuerzas volver a sentir sus labios. Lo agarro de la sudadera para atraerlo hacia mí con ímpetu, cosa que le sorprende, porque deja escapar un gruñido de placer.

Ahora sí que no es un beso inocente ni suave, está cargado de intención e intensidad. Me dejo llevar por la sensación de sus labios cálidos sobre los míos y de su arrebatador aroma. Se nota que no soy la primera chica que besa, porque su lengua experta enseguida encuentra la mía, que lo acoge voraz. Ron me besa como si se acabara el mundo, y eso me vuelve loca.

Nos besamos como posesos. Con una de sus piernas me aprieta entre los muslos, por lo que se me escapa un gemido involuntario al tiempo que le tiro del pelo para atraerlo hacia mí.

—Joder, me vuelves loco, tía —jadea contra mis labios.

Abro los ojos ante su comentario y busco los suyos. Me observa con una sonrisa tímida. ¿Va en serio?

Baja a besarme el cuello y cierro los ojos de nuevo extasiada. La respiración se me acelera más todavía en cuanto siento que las yemas de sus dedos rozan mi piel al levantar la suave tela del pijama de su madre para buscar mi pecho. Ron causa en mí un efecto incendiario. No quiero que esto termine nunca. Entonces oímos un ruido muy cercano.

—¿A esto te referías cuando me has dicho que ibas a negociar con mi profesora el precio de las clases?

—¡Hermione! —protesta Ron, separándose de mí echando hostias.

Yo me apresuro a levantarme del suelo a toda prisa mientras me recoloco la ropa. Ella se cruza de brazos y nos observa enfadada. ¡Me muero de la vergüenza!

—Te he pedido que no salieras de tu habitación. ¿Se puede saber qué cojones haces aquí? —le recrimina su hermano.

—Tenía sed —alega ella.

—¡Mentira! ¡Has venido a cotillear! —grita.

—Tenía mis sospechas. Ella no tiene pinta de profesora. Todas son viejas y feas. —Afila la mirada y me saca la lengua.

—Vete ahora mismo a tu cuarto y deja de tocarme las narices —le ordena.

—No. O vienes conmigo o de aquí no me muevo.

—¿A qué voy a ir contigo? —Ron está alucinando. Parece ser que no es algo habitual lo de ir con ella.

—A contarme un cuento.

—¡¡¿Qué?!! ¡No te he contado un cuento en mi puta vida!

—Hoy es un buen día para que empieces a hacerlo, ¿no crees, hermanito?

Yo no puedo evitarlo y, al ver la cara de angelito que pone la muy cabrona, termino soltando la carcajada que estaba reteniendo.

—No importa, Ron, de verdad, ve con ella. Yo estoy muy cansada y me gustaría dormir un poco —digo.

Ron lanza una mirada asesina a su hermana. Ella le sonríe victoriosa y él niega con la cabeza.

—Hay una cosa que se llama karma, Hermione, y estoy deseando que lo conozcas —gruñe mientras ella lo coge de la mano y se lo lleva lejos de mí.

Los acompaño a la planta de arriba. Ninguno de los tres dice nada. Entro en mi cuarto y me despido de ellos. Ron me guiña un ojo.

—Hasta mañana, Moon.

—Buenas noches, Carter —contesto.

Cierro la puerta a mi espalda.

En cuanto me encuentro sola en el cuarto, me pongo a saltar y a bailar. Estoy nerviosa, excitada, acalorada… No logro centrarme en una sola de las mil sensaciones que me oprimen el pecho. Todas parecen flotar en mi interior con intensidades distintas. Eléctricas. ¡Pero no tengo a nadie con quien compartirlo!

¡Ron Carter me ha besado!

¡¡¡Ron!!!

¡¡¡Carter!!!

¡¡¡Me ha besadooo!!!

¡Y ha sido mágico!

Ha sido uno de esos momentos que recordaré toda mi vida. Uno de esos que pasarán por delante de mis ojos cuando esté a punto de morir. Estoy segura.

En cuanto me meto en la cama recibo un wasap. Me tiemblan las manos de la emoción al ver en la pantalla de quién se trata:

El Gilipollas de Carter 🐽:

¿Ya te has dormido?

Sí.

El Gilipollas de Carter 🐽:

Pues yo no puedo pegar ojo.

¿Por qué?

El Gilipollas de Carter 🐽:

Me ha besado la chica que me gusta. Y ahora estoy demasiado emocionado.

No puedo evitar sonreír. «¿La chica que le gusta?». Decido bromear.

Pero ¿te ha besado ella a ti o tú a ella? Ese dato es importante.

El Gilipollas de Carter 🐽:

¡Claramente me ha besado ella! Se ha lanzado sin remilgos a comerme la boca. Se le ha notado demasiado que se moría por hacerlo.

Suelto una risa que seguramente él haya escuchado desde el otro lado de la pared.

Teniendo en cuenta lo creído que te lo tienes, seguro que no ha sido ni un beso en condiciones. ¿No te lo habrás imaginado?

El Gilipollas de Carter 🐽:

Ven y verás lo que es un beso en condiciones.

Un fuerte latigazo me nubla la razón. Dudo por un momento entre contestarle, ir corriendo a su cuarto o dejarlo estar, aunque la sonrisa que se ha dibujado en mis labios es la rotunda respuesta.

Por un lado, me encantaría dejarme llevar, colarme en su habitación y pasar la mejor noche de mi vida con Ron; sé que sería así porque he visto cómo me mira y por cómo me ha besado. Cuando nuestros labios se han fundido, he sentido como si se estuviese muriendo de sed de mí. El deseo no se puede fingir. Solamente con un beso ha encendido cada célula de mi cuerpo y, al mismo tiempo, ha conseguido que descubra que yo también lo deseo. Más de lo que nunca había supuesto. Desconocía mi lado salvaje. Ese que siempre me he esforzado en ocultar. El que nunca se me ha permitido liberar.

Pero, por otro lado, no me dejo llevar, porque sigo preocupada por mi madre y, además, no me apetece que mi primera vez sea con alguien que seguramente al día siguiente ni se acuerde de mi nombre. A lo mejor no será tan exagerado, pero lleva escrito en su ADN «follamos y, si te he visto, no me acuerdo».

Conozco a los chicos como Ron y sé que no me convienen. Lo sé porque mi madre se casó con uno. Se enamoró de un australiano que supuestamente estaba loco por ella. Solo sabía que era rico y guapísimo. Y así ha terminado la cosa.

Dejo el móvil en la mesilla, apago las luces y decido dormir. Aunque, para ser sincera, me paso casi toda la noche dudando si colarme en la habitación de al lado o no.

En plena madrugada suena el teléfono con la melodía de mi madre. Respondo preocupada:

—¿Qué pasa, mamá?

—Taylor, ¿dónde estás?

—Te lo he dicho, en casa de Ron Carter.

—¿Carter? ¿Qué Carter? ¿Los Carter de los Carter? ¿Los millonarios? —Está alucinando.

Pongo los ojos en blanco.

—Sí, mamá. Pero dime, ¿tú cómo estás? ¿Qué ha pasado?

—Acabo de llegar a casa. Todo bien —suspira.

Miro la hora y son las cuatro y media.

—¿Dónde has estado hasta ahora?

—Con la policía, pero luego te lo cuento. Mándame la ubicación, que voy a por ti ahora mismo.

—¡¿Ahora?! Estoy en Squirrel Hill North, te lo he dicho antes.

—¿No creerás que voy a dejarte pasar la noche en casa de un chico, jovencita? —reniega.

¡A buenas horas!

—¿No crees que si hubiera querido hacer algo ya lo habría hecho, mamá? —la provoco.

—¡Por Dios! ¡Ni siquiera lo menciones! ¡Mándame la ubicación exacta! ¡Ya! —chilla.

Media hora más tarde, me subo a la *scooter* de mi madre y nos vamos para casa envueltas en los abrigos, pues hace un frío de muerte.

Mientras esperaba a mi madre, he hecho la cama, he cogido una bolsa para meter mi ropa sucia y me he llevado el pijama de su madre puesto. Además, le he escrito una nota a Ron porque si le mandaba un wasap se despertaría:

*Nunca habría creído encontrar un amigo en alguien como tú, ya sabes, un auténtico gilipollas.* 🤪

*Gracias por tu ayuda, Ron, jamás lo olvidaré. Me voy con mi madre a casa. Nos vemos en el campus el lunes.*

*Taylor*

Mientras la escribía, tenía las mejillas ardiendo y me temblaban las manos porque al hacerlo recordaba el sabor de su saliva, la calidez de su mirada y la suavidad de sus labios.

Una vez en casa, mi madre me cuenta que mi padre recobró el conocimiento cuando ya estaba la policía en casa y que se los llevaron a ambos a la estación de policía. Prestaron declaración y se supone que habrá un juicio. De momento, solo les han puesto una orden de alejamiento al uno del otro.

—¿Entonces? —pregunto inquieta.

—Entonces estamos jodidas, Tay. Su abogado se agarrará a que nunca he puesto una denuncia por malos tratos. Es su palabra contra la mía. Además, ya eres mayor de edad y tu padre quiere recuperar el piso. Ni siquiera tengo dinero para pagar a un abogado en condiciones —solloza.

El mundo se me viene encima.

—¡Preferiría morir a vivir con ese ser repugnante! —grito.

Ella me contempla apenada.

—Tranquila, cariño. Te juro que eso no va a pasar. Veremos qué podemos hacer, ¿vale? Sabes que no me rindo fácilmente, y si tengo que cargármelo, me lo cargo.

Le sonrío con los ojos anegados en lágrimas. Sé de sobra que va en serio, que sería muy capaz de pasar el resto de su vida en prisión solo para protegerme. Porque no será una madre cariñosa que me dé besos y me diga a menudo que me quiere, pero es lo único que tengo. Dado que nadie le ha enseñado nunca a expresar amor, para mí es la mejor madre del mundo.

Ninguna de las dos añade nada más.

Me dirijo a mi cuarto y me paso el resto de la madrugada llorando. Por todo.

# 12
# Algo inesperado

> Solo hay una persona a la que cada uno puede amar de verdad.
> Es una pena que no podáis cambiar quién es esa persona.
> Si pudierais, ambos seríais mucho más felices.
>
> JURI ARISUGAWA,
> personaje de *Revolutionary Girl Utena*

Miro el reloj del móvil, que está sobre la mesilla. Son las doce del mediodía. Al final parece que conseguí conciliar el sueño, aunque tengo una jaqueca horrible debido a las innumerables pesadillas que me estuvieron asaltando todo el tiempo. La mayoría tenían que ver con mi padre.

Decido levantarme para mantenerme entretenida y no pensar demasiado en juicios, sangre y custodias.

Los fines de semana que vengo a Hazelwood suelo pasarlos sola porque mi madre trabaja a todas horas. Ni siquiera recuerdo la última vez que tuvo un día libre.

Me dirijo a la cocina para desayunar.

Hay silencio por todas partes, algo poco habitual en mi barrio, que siempre rebosa algarabía. Me lleno el vaso de leche y me preparo un bol con cereales. Cojo el móvil para entrar en Instagram y ver qué se cuece. Lo primero que llama mi atención es una notificación que dice: «@RonCarterJR ha comenzado a seguirte». Me pongo nerviosa, en primer lugar, porque Susie se va a dar cuenta y me hará mil preguntas —eso si me habla, claro— y, en segundo lugar, porque acabo de caer en la cuenta de que Ron tuvo que ver ¡todo! lo que tenía en mi móvil cuando se cambió el *nick*. ¿Cómo diablos averiguaría mi contraseña?

¡Este móvil posee la mitad de mi vida en su memoria! Miento, ¡toda mi maldita vida! ¡Y Ron la ha visto!

Me apresuro a comprobar qué fotos tengo guardadas, los wasaps, los mensajes, los correos… ¡Joder! No me dio tiempo a hacerlo el otro día porque me encontré con Raysu y me distrajo.

Después de media hora rebuscando cosas vergonzosas con las que pudiera hacerme chantaje, me tranquiliza ver que tampoco hay nada demasiado suculento. Lo que me lleva a pensar que soy una tía bastante aburrida. Cualquier chica de mi edad guardaría en su móvil miles de cosas

controvertidas, no sé, en plan borracheras o conversaciones secretas… Yo lo más fuerte que tengo es una conversación con Susie en la que nos burlamos de la ropa de la profesora de Informática.

Respiro aliviada. Tenía la sensación de que podría haber visto cosas horribles y ahora sé que no. Menos mal.

Una vez solucionada mi angustia vital, que tampoco puedo compartir con mi mejor amiga, me voy a la sección de mensajes y veo que tengo varios.

Abro primero los de Ron y enseguida se me pone una sonrisa tonta en los labios.

El Gilipollas de Carter 🐽:

Cambia ahora mismo el *nick* que me has puesto.

Me río y no le hago caso. Por mucho que me guste este chico, para mí siempre será el Gilipollas de Carter.

El Gilipollas de Carter 🐽:

Más te vale que hayas vuelto a poner «Ron, el Amor de mi Vida». Es lo mínimo que merezco después de haber dejado que me besaras ayer, Moon.

El Gilipollas de Carter 🐽:

Ahora en serio, va. Espero que estés bien y que no le haya pasado nada a tu madre. Cuando puedas, dime algo. Aunque no lo creas, me preocupo.

El Gilipollas de Carter 🐽:

También quería decirte que hoy jugamos un partido en el pabellón de Pitt a las 12. Por si te apetece venir, luego iremos a comer algo.

El Gilipollas de Carter 🐽:

Hermione te manda recuerdos. No ve la hora de empezar las clases.

Compruebo que ha comenzado a escribirme sobre las nueve de la mañana, y al no obtener respuesta por mi parte, ha seguido hablando solo, el pobre. La verdad es que no me imagino a alguien como Ron sentado sobre su cama enviando mensajes a una chica que no le contesta. Todavía no creo que todo esto me esté sucediendo a mí. Pero la realidad es que Ron es capaz de cambiar mi estado de ánimo con un simple mensaje.

Hasta hace cinco minutos tenía un humor de perros y ahora me siento feliz. Esta situación es de locos y no tengo ni idea de cómo afrontarla. Ron nunca fue una posibilidad real en mi vida, siempre fue una utopía. Alguien con quien solo me atrevía a fantasear. Y de repente…

Decido contestarle:

Te alegrará saber que por supuesto no he cambiado tu *nick* porque te veo más identificado con el Gilipollas de Carter. Después de lo de anoche te lo has ganado, y sí, me refiero al beso que me robaste.

Me río al imaginar su cara cuando lea lo del beso. Le mando una captura de pantalla para que compruebe que sigue siendo el Gilipollas de Carter 🐽.

Me acabo de despertar y supongo que el partido ya irá por la mitad. Estoy en casa de mi madre, así que, cuando llegara al centro, ya habríais terminado. Mejor lo dejamos para otra ocasión. ¡Pasadlo bien! PD: Dile a tu hermana que yo sí que tengo ganas de empezar las clases. ¡No veo la hora!

Contengo las ganas de despedirme con un beso, por si es demasiado, o se agobia, o… yo qué sé.

Pongo la lavadora con toda la ropa que he ensuciado estos dos días y después decido llamar a Susie. Esto no puede seguir así.

Las primeras diez veces no me contesta, pero después sí.

—¿Por qué me llamas? —me espeta.

—Susie, vale ya, no puedes estar todo el tiempo enfadada conmigo por cualquier cosa.

—¡Ah! ¿Y por qué no? Si te comportases como lo haría mi mejor amiga, no tendría que enfadarme, pero es que parece que te han abducido los extraterrestres y no eres tú —bufa enojada.

—Tienes razón en algunas cosas, pero en otras no. Y todo se puede hablar. No arreglaremos nada si sigues fingiendo que no existo como si tuvieras cuatro años —le reprocho.

—Eso pensaba yo, que hablábamos las cosas, pero he descubierto que no es así, que tú me las ocultas. —Suena más herida que enfadada—. Y si me escondes algo o me mientes, es porque no te fías de mí. Eso es lo que me duele.

—¿Cómo puedes decir eso, Susie? Eres la única persona en la que confío, la única que lo sabe todo de mí.

—Entonces ¿por qué hay cosas que no me has contado?

Respiro hondo.

—Porque no quiero hacerte daño.

—¿Pues sabes una cosa? No hay nada que me haga más daño que ver cómo mi única amiga se aleja de mí sin saber el motivo.

Cierro los ojos para pensar muy bien qué decirle. Normalmente, tendemos a preocuparnos de nuestros propios sentimientos y no de los de la otra persona. Ahora me doy cuenta de que ella también se ha sentido sola y decepcionada conmigo.

—Está bien, ¿quieres saberlo todo? Pues ven a mi casa y te lo contaré, pero con la condición de que no te enfades —propongo.

—No. Con la condición de que no vuelvas a mentirme —dice.

—Trato hecho.

—En media hora estoy allí. Llevo comida, que seguro que te estás alimentando a base de bolsas de patatas fritas —apunta.

Sonrío y le digo:

—Gracias.

En cuanto suena el timbre, abro la puerta y al verla me abalanzo sobre ella. Odio los abrazos y no me siento cómoda con las muestras de cariño, pero con ella es diferente. La necesito tanto que solo el hecho de volver a tenerla aquí me hace completamente feliz. El amor que siento por Susie no es comparable con nada; es incondicional y puro, sin interés ni envidia que lo corrompa. La amistad verdadera es el tesoro más preciado que alguien puede tener, sobre todo a nuestra edad.

—Vale, vale, no seas pesada. Yo también te he echado de menos —musita riéndose y tratando de separarse de mí.

Entramos las dos en casa mucho más relajadas. Susie ha traído unos cuantos *tuppers* de su madre con comida para un regimiento, así que congelo algunos y los otros los dejo fuera para subsistir hoy y mañana.

—Mi madre me ha dicho que me lleve los *tuppers* que te dio el mes pasado y que estén ya vacíos —me informa.

Ambas sabemos lo valiosos que son los *tuppers* para una madre.

La mía compra comida precocinada para calentar en el microondas cuando se acuerda, pero muchas veces se le olvida. Al comer yo en la uni de lunes a viernes, lo de cocinar tampoco es algo que le quite el sueño, y los pocos fines de semana que vengo, me busco la vida como puedo. Por eso siempre digo que Helen es mi segunda madre.

Nos sentamos a comer en los pufs que hay junto a la mesa baja del salón; la estancia es tan pequeña que no cabe ni un sofá. El mueble más grande que hay está en un rincón y es el sillón viejo que mi madre heredó de mis abuelos. Susie me pasa un recipiente de plástico que lleva mi nombre escrito en un pósit y ella come de otro.

—Y bien. Comienza a cacarear, gallinita —me anima con la boca llena de fideos chinos.

—Es que no sé por dónde empezar.

—Taylor…

—Vale. A ver. La otra noche, Ron se presentó en la residencia —suelto sin vaselina y sin nada.

Ella casi se atraganta.

—¿Qué dices? ¿Así de repente? ¿Y por qué?

—La excusa fue llevarme el móvil porque, como ya sabes, lo había perdido en la pelea con aquella imbécil, pero luego me pidió que le diera clases particulares a su hermana —continúo—. Que, por si te interesa, para eso era el *casting*, y no para elegir novia, mongola.

Dudo si obviar la parte en la que me cotilleó el móvil y se puso de *nick* «Ron, el Amor de mi Vida». Pero le he prometido no volver a mentirle, aunque eso signifique hacerla sufrir.

—Todo eso es muy raro, ¿no crees? —Frunce el ceño.

Asiento.

—Demasiado raro. ¡Yo todavía estoy flipando!

—¡Esto es de locos!

—Pues eso no es todo. Al devolverme el móvil descubrí que había guardado su número entre mis contactos, o sea, que deduje que también habría cotilleado todas mis fotos, conversaciones…

—¡¡¿Cómo?!! ¿Y la contraseña? —me interrumpe.

Le va a dar un parraque.

—¡Lo mismo pensé yo! Imagino que, teniendo tanto dinero y tiempo libre, será capaz de conseguir cualquier cosa.

—¿Quieres decir que ha visto nuestras conversaciones? ¿Esas conversaciones en las que digo que será el padre de mis hijos? ¿Y que, además, ha visto las fotos editadas en las que he puesto su cara y la mía a parejas de Google?

Creo que se va a desmayar.

Aprieto los dientes y cierro los ojos mientras asiento. Cuando dije que no habría descubierto nada demasiado escabroso, me refería siempre viéndolo desde mi perspectiva, claro.

—Sí —susurro con la esperanza de que no me haya oído.

Ella se levanta y se pone a dar vueltas por el salón como si se hubiese vuelto loca. Normal, si yo estuviese en su situación, me moriría de la vergüenza.

—Taylor, ¡¿eres consciente de que este será el mayor trauma que recuerde el resto de mi vida?! —Me mira con ambas manos sobre la cabeza.

—Ayer dijiste lo mismo sobre lo de ser virgen y mira, hoy ya lo has superado, creo que esto tampoco será para tanto.

Se detiene y clava los ojos en mí. Trato de no reírme por lo absurdo de la situación.

—Pero ¿tú quieres animarme o hundirme en la miseria, tía? —grita.

Al final termino riéndome, no he podido aguantarme.

—Susie, Ron no me dijo nada acerca de esas fotos, en serio. Con un poco de suerte, puede que ni las haya visto. Lo que le interesaba era que le diese clases a su hermana y punto —intento animarla.

Ella opta por sentarse de nuevo y beber sorbitos de agua hasta que logra calmarse.

—Pero ¿por qué tú? —quiere saber.

—Pues supongo que, por alguna extraña razón, pensará que su hermana y yo podemos entendernos. Por lo visto, ha tenido varias profesoras y ninguna le ha durado un suspiro. Es una *killer*.

Ella me observa intrigada.

—¿Y por qué sabes que su hermana es una *killer*? —pregunta.

Cierro los ojos y tomo aire para armarme de valor. Los abro.

—Anoche mis padres tuvieron movida y terminaron en la estación de policía. Mi madre me pidió que me fuera a dormir a tu casa, pero tú no me cogiste el teléfono, pensé que no querías saber nada de mí…

—¿Y te fuiste a casa de Ron Carter? ¡¡¡¿En serio?!!! —me interrumpe.

—¿Adónde iba a ir si no?

—¡A la residencia! —grita.

—No cogí dinero para pagar el taxi.

—¡Oh! ¿Cómo no? —se queja.

Vuelve a levantarse para seguir flipando, pero enseguida recapacita, se acerca a mí y me coge las manos.

—Un momento, ¿qué pasó con tus padres? ¿Cómo terminaron en la comisaría? ¿Tu madre está bien? Joder, Tay, siento muchísimo no haber estado ahí para ayudarte. Tú pasando por toda esa mierda sola y yo enfadada por gilipolleces. —Las lágrimas asoman a sus ojos y nos abrazamos—. Lo siento, lo siento muchísimo. Perdóname.

—No pasa nada. No lo sabías, no puedes sentirte culpable por algo que desconocías. Pero podrías haber cogido el móvil, la verdad.

—¡Me da mucha rabia no haber estado cuando más me necesitabas! —solloza mientras se separa de mí para poder mirarme. Veo la rabia reflejada en sus ojos.

—Susie, ya no merece la pena que te martirices por eso. Ron me acogió en su casa. Es muy buena persona, estaba equivocada con él. Me dio de cenar y enseguida me acosté en un cuarto de invitados porque estaba muy cansada. Mi madre vino a buscarme a las cuatro y media de la madrugada. Y eso es todo —le explico.

—¡Es que no me lo puedo creer! ¡Has estado en casa del puto Ron Carter! —exclama nerviosa.

Me pide que le describa cada rincón de la casa, en especial su habitación. Se parte de la risa cuando le cuento lo de Hermione con el papel higiénico y siente mucha pena por que sus padres nunca estén en casa. La verdad es que está entusiasmada con la historia. Pero ahora llega lo peor.

—Susie, tengo que contarte lo último porque nos hemos prometido no mentirnos —musito en un tono arrepentido.

Ella clava sus ojos en los míos. Me conoce. Sabe de sobra lo que voy a decir.

—¡Os liasteis! —augura.

—¡No! Bueno…, fue un beso muy fugaz… Casi un roce de labios furtivo —miento. Mentira piadosa, lo juro.

En realidad, el primero sí que fue así. El segundo no cuenta por culpa de la inoportuna interrupción de su hermana, así que no se lo pienso contar. Considero que son demasiadas emociones para ella en tan poco tiempo.

—Le… gustas… —balbucea—. Mi mejor amiga le gusta al chico de mis sueños. ¡Qué puta mierda!

—Susie, no creo que le guste, es solo que sintió pena por mí —intento animarla.

Y realmente lo creo así. Ron tontea con todas.

—He visto como te mira, Tay. No quiero que me ocultes la verdad. Puedo vivir con ello. Lo que me importa es si él te gusta a ti.

Me quedo pensativa durante unos minutos.

—No lo sé.

Susie no puede evitar que las lágrimas recorran sus mejillas; de hecho, se limpia enseguida como si no quisiera que la viese así.

—¿Desde cuándo?

—Susie, no sé cómo ha ocurrido, de verdad que lo último que quiero es hacerte daño. Aunque necesite el dinero de las clases, le diré que no puedo hacerlo. Para mí, lo primero eres tú.

No sabe muy bien cómo reaccionar, su cerebro va a mil por hora, sé que no quiere hacerlo, pero duda si pedírmelo o no. Su cabeza y su corazón están librando una cruenta batalla. Entonces me mira fijamente y lo suelta:

—Si realmente eres mi amiga, demuéstramelo.

—¿A qué te refieres?

—Ron es mío. A ti nunca te ha gustado. Pero ahora, por ser más guay, te dejas querer, y eso no es propio de una buena amiga. Creo que siempre te he ayudado y ha llegado el momento de que me lo devuelvas. Si me quieres tanto como dices, déjalo en paz.

—Pero…

Se levanta y se marcha sin siquiera permitirme hablar, haciendo gala de su personalidad bipolar y dejándome hecha una mierda.

# 13
# Amistad

> Si es posible que una persona sea herida por alguien, entonces es posible que esa persona sea curada por otro alguien.
>
> SOHMA HATORI, personaje de *Fruits Basket*

Es lunes y voy en el bus camino de la uni. Llevo unos vaqueros con deportivas, un jersey fucsia y el pelo suelto. Nada que ver con el arrebatador *outfit* del viernes.

Me he pasado el fin de semana yendo de la cama al baño y del baño a la cama. Algo debió de sentarme mal, por lo que he estado con escalofríos y mucha fiebre. Creía que me moría del dolor de estómago.

Mi madre estuvo en casa las noches del sábado y del domingo, pero no se acercó a mí, ni siquiera entró en mi cuarto porque no se puede permitir el lujo de contagiarse y faltar al trabajo. Me preguntaba qué tal estaba al llegar a casa después del trabajo a través de la puerta. Luego se iba a dormir porque estaba agotada.

A mí, en realidad, me vino fenomenal estar enferma porque así no me hizo preguntas sobre mis lágrimas.

Desde que se fue Susie, he sentido un vacío inmenso en mi corazón que me resulta imposible llenar. He tratado de ponerme en su lugar, y de las mil posibilidades que se me han pasado por la mente, en ninguna de ellas habría actuado como lo hizo ella. Yo siempre quiero su felicidad, incluso si esta pasa por encima de la mía.

Ron nunca va a fijarse en ella. Durante todos estos años se lo ha dejado más que claro por activa y por pasiva. Tampoco se había fijado en mí, estoy casi segura de que todo esto es algún tipo de juego, pero, incluso siendo así, yo siempre elegiría a Susie antes que a él. Tengo muy claro que mi amistad con ella está por encima de cualquier chico, por eso me atormenta que me haya amenazado. Que me haya hecho elegir. Como si dudase de mí.

Lo ocurrido se repite en buble en mi cabeza todo el tiempo. Nunca creí posible que Susie me dedicara semejantes palabras. Me sentí como si no me conociese… Me duele tanto que me haya hablado así, y que haya pensado tan mal de mí, que ni siquiera puedo perdonarla, por mucho que lo intente con todo mi corazón.

El móvil no ha dejado de sonar durante el fin de semana. Ron me escribió varias veces, pero no le contesté. Al final, anoche lo bloqueé sin siquiera leer lo que me decía. De haberlo hecho, no me habría resistido a contestarle. Es mejor así. Sin pensar. Sin vacilar. Me encuentro desolada, porque estaba muy ilusionada con todo lo que vivimos en su casa y porque estoy loca por él. Además, se portó muy bien conmigo. Pero tengo que olvidarme de él. Susie está por encima de todo.

«Lo siento, Ron. En algún momento lo entenderás…, y yo también», pensé mientras lo sacaba de mi vida para siempre con los ojos anegados en lágrimas y el corazón roto.

Al llegar a la facultad y bajarme del bus, noto que me duele todo el cuerpo. Debo de tener las defensas por los suelos y unas ojeras kilométricas. Me siento muy débil. Camino cabizbaja hacia la puerta, arrastrando los pies, cuando alguien me intercepta.

—¡Eh, Taylor!

¡No!

No. No. No. No. No. No. No.

Es él.

¿Me estaba esperando?

Continúo mi camino haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad, intentando no mirarlo, pero viene detrás de mí. Me coge de la muñeca y tira de mí hacia él. Me choco contra su pecho. Mis latidos se aceleran. ¡Dios! Es duro como un yunque…, pero también cálido y reconfortante. Huelo su perfume y al instante me entran ganas de acurrucarme entre sus brazos. Ahora sí que me resulta imposible esquivar su mirada penetrante.

Lleva un chandal negro un poco entallado de Nike que le sienta de lujo.

—¿Qué coño haces? —protesto, tratando en vano de separarme de él, pero me sujeta por los hombros.

No responde. Solo me examina. Me mira. A los ojos. El cuerpo. Busca algo.

—Suéltame, Carter. —Me aparto de él.

Intento que no note que ha incendiado todo mi ser con su cara bonita. El deseo se aviva y trago saliva para tratar de sofocar el fuego de mi interior. Parece muy cabreado. Aunque, en realidad, él siempre parece cabreado con el mundo.

—¿Por qué no me has contestado ni un puto mensaje? Casi me vuelvo loco.

Vale. No está cabreado. Está preocupado. No sé leerlo todavía.

Esa mirada, que no debo corresponder si no me quiero quedar sin mi mejor amiga, me incinera.

—Se te va la olla, Carter.

Ahora sí que me fulmina. Lo invade la mala hostia.

—¡¿Que se me va la olla?! Joder, tía, no he pegado ojo en todo el fin de semana pensando que te podría haber hecho algo el hijo de puta de tu padre —murmura entre dientes para que nadie pueda oírlo.

Se revuelve el pelo, nervioso. Noto que se está aguantando las ganas de darme un abrazo porque parece muy aliviado al verme, pero también está descolocado por mi reacción. A mí también me encantaría que me abrazase fuerte y llorar sobre su hombro. Pero no. No debo. Mejor hacer esto de una vez. Un golpe seco y ya está. Por mucho que nos duela.

—Lo siento, Ron. Gracias por ayudarme el viernes, fuiste muy amable, pero te pido que te

alejes de mí, ¿vale? —Intento sonar lo más borde posible. Lo esquivo y sigo caminando hacia la puerta de la universidad porque si me quedo junto a él me descubrirá. Tengo un nudo tan grande en la garganta que no me deja respirar.

Él permanece inmóvil sin dejar de mirarme. No da crédito. Normal, yo también estoy confundida.

—¡Y una mierda! —gruñe cabreado—. Esto no se va a quedar así.

Acelero el paso y entro en el edificio para que no me vea dudar. Si permanezco a su lado un solo segundo más, me derrumbaré. No parece que se haya quedado demasiado convencido. Si me conoce lo más mínimo, sabrá que me ocurre algo. Aunque quizá le dé igual. En realidad, no somos nada.

En cuanto traspaso las puertas de la uni, las lágrimas comienzan a brotar de mis ojos para después recorrer mis mejillas. La gente me observa intrigada al cruzarse conmigo. No quiero ir así a clase. Todos me preguntarán qué me pasa. Susie pensará que lloro porque estoy enamorada de Ron y se enfadará más conmigo.

Veo que la puerta de la biblioteca está semiabierta y decido colarme en ella para tratar de calmarme un poco. Entro sin hacer ruido, mirando hacia todas partes. Si me pillan, me va a caer una buena bronca porque el acceso al público no se permite hasta más tarde, pero, por suerte, la bibliotecaria todavía no ha llegado, así que me cuelo a hurtadillas hasta el fondo de uno de los inmensos pasillos llenos de libros y me siento en el suelo.

En un principio me siento en plan indio, pero no sé cómo termino acurrucada en el suelo, abrazada a la mochila y llorando sin poder parar. Llorar con tantas ganas tratando de no hacer ruido es una de las cosas más difíciles que he hecho en mi vida.

El destino es muy traicionero, no te avisa de cuándo vas a encontrar al amor de tu vida, de repente levantas la vista y…

—Si te hace sufrir así, es que no te merece.

La voz de Raysu logra que levante la cabeza de inmediato y la mirada que obtengo de vuelta no me tranquiliza en absoluto, pues me observa preocupado. Intento limpiarme la cara y los mocos con las mangas del jersey, pero hay demasiado de todo. Él me sonríe con dulzura mientras me pasa un paquete de pañuelos de papel que tenía en el bolsillo.

—Gracias —sollozo todavía con hipos del llanto.

Uso un par de pañuelos y después le devuelvo el resto. Debo de estar roja e hinchada, vamos, un cuadro de persona. ¡Qué vergüenza!

—Debo de parecer una loca realizando un ritual satánico —sollozo con sarcasmo para que se le borre esa expresión de horror del rostro.

—Ciertamente estremecedor —admite muy serio.

Suelto un bufido.

—Ahora sí que no querrás mi número.

—Te equivocas. Ahora lo quiero más que nunca. —Me guiña un ojo y me dedica una sonrisa mientras hace un gesto con la mano para que hable más bajo, porque, si nos pillan, nos expulsarán.

Le sonrío con complicidad.

—¿Qué te pasa? —pregunta.

Toma asiento a mi lado, se quita el abrigo y descansa la espalda en una de las estanterías,

apoyando los codos en sus rodillas. Me mira con esos ojazos enormes, de un azul tan intenso que marea. Lleva unos vaqueros negros ajustados, unas deportivas negras y una sudadera morada de los Steelers.

Suspiro. No sé si por su impresionante presencia o por la situación.

—No es por un chico. Es por mi amiga.

—¿Se ha aliado con los secuaces de Carter para perseguirte? —bromea para destensar el ambiente.

Y lo consigue, porque suelto una risilla nerviosa.

—No, de momento no me persigue. Me ha amenazado con dejar de ser mi amiga si sigo hablando con el chico que le gusta, que a su vez, por alguna extraña razón que nadie entiende, parece haberse fijado en mí —le resumo.

—Déjame adivinar: ¡¿Carter?! —se burla poniendo los ojos en blanco.

Asiento.

—No hace falta que te diga que es un capullo, pero lo más importante, y siento ser yo quien te lo diga, es que alguien que te hace eso no es tu amiga, Taylor.

Nos miramos y no puedo evitar volver a llorar.

—Es lo único que tengo en el mundo. Es como mi hermana. No podría vivir sin ella —me sincero.

Ahora mismo, si él quisiera, podría coger mi corazón y aplastarlo, porque se lo estoy entregando en bandeja al mostrarme tan vulnerable. No aprendo, y me pasa una vez tras otra: me fío de la gente, me entrego y luego me traicionan.

Raysu me mira indeciso, sin saber muy bien si contarme algo o no, pero al final lo suelta:

—Yo también creí eso una vez.

—¿El qué? —pregunto perpleja.

—Que no podría vivir sin una persona.

—¿Y?

—Sigo vivo. —Abre los brazos para que compruebe que efectivamente no es un fantasma, pero ahora tiene un halo de tristeza en su rostro.

—¿Qué pasó?

—¡Eh! ¿De qué vas? Ni siquiera tengo tu número, no pienso contártelo. —Se hace el indignado, pillándome por sorpresa, y le doy un puñetazo en el brazo.

Me río porque me encanta que me provoque y a mí también me fascina pincharlo. Acabo de descubrir algo adictivo en ello.

—Si no sé lo que ocurrió, no creo que pueda sacar ninguna moraleja —insisto—. Esa es la lección número uno de *Cómo dar consejos a gente triste*.

Él se ríe por mi ocurrencia.

—No pretendo darte consejos ni sermones. Lo único que quiero que entiendas es que el amor no es siempre correspondido de la misma manera. Es un flujo de energía que nace en ti para llegar a los demás, pero no tiene por qué volver a ti con la misma intensidad. Eso depende de la otra persona. ¿Y sabes un secreto? No hay nada que tú puedas hacer para aumentar o disminuir ese flujo. Por más que te empeñes o lo intentes. Además, eso se aplica a todos los tipos de amor, tanto de pareja como de familia y amigos. Es libre.

Es tan bonito y profundo lo que acaba de decir que no tengo palabras que añadir. Es una

definición del amor que nunca me había planteado. Quizá acertada o quizá no, pero es su forma de verlo. Yo no tengo opinión al respecto porque soy una total inexperta en el amor.

—¿Eso fue lo que te ocurrió a ti, Raysu? ¿Una chica no te correspondió? ¿Por eso eres un lobo solitario? —Me muero de la rabia, quisiera matar a esa idiota.

Aparta la mirada.

—No soy un lobo solitario —refunfuña.

—¡No! ¡Qué va! Siempre estás rodeado de gente, eres de lo más popular —ironizo.

—¿Te recuerdo quién es la que quiere crear un metaverso en el que solo viva ella? —Evita sonreír y vuelve a mirarme.

—Es que no hay mucha gente que me caiga bien —digo para defenderme.

—A mí no me cae bien nadie.

Me pongo la mano en el corazón de manera teatral y abro mucho la boca.

—Gracias, pero no necesitaba que me dieran más caña hoy —me quejo.

Ahora sí que deja escapar la risa retenida.

—Nunca creí que fuera a decir esto, pero… tú sí me caes bien.

Abro los ojos de manera exagerada y él se toca la nuca, nervioso. Como si me hubiese declarado su amor. Muchas veces me pregunto qué estará pensando cuando me mira de esa manera.

—¡Repítelo! —le pido emocionada—. No, espera, no lo repitas todavía, deja que encienda la grabadora del móvil.

Él rompe a reír y niega con la cabeza. Probablemente sea la risa más adorable que haya escuchado en mi vida. Bueno, después de la de Ron, claro. ¿O antes?

—No hagas que me arrepienta de lo que acabo de decir, Tay.

Ambos nos reímos hasta que, poco a poco, nos quedamos en silencio. No sé por qué, pero no me siento nada incómoda estando callada a su lado, y eso no suele ocurrirme a menudo porque cuando me pongo nerviosa suelo hablar sin control y sin sentido.

—¿Te gusta? —pregunta al cabo de un rato.

—¿Qué?

—¿Te gusta Carter?

Desvío la mirada indecisa. Me he ruborizado. Claro que me gusta Ron, pero por alguna razón no soy capaz de confesárselo a Raysu. Siento que, si se lo digo, se me cerrarán las puertas con él, y si algo tengo claro, es que quiero que estas puertas estén abiertas de par en par, aunque sea una locura que nunca sucederá.

—Es guapo —musito con la esperanza de que cambie de tema.

—Eso puede decirlo cualquiera que tenga ojos en la cara. No te he preguntado si te parecía guapo.

Me tiembla todo mientras siento su mirada sobre mí.

—Me parece atractivo. Nada más —miento.

—Pues yo estoy seguro de que tú a él sí le gustas.

—¿Por qué?

—Porque es imposible que no le gustes.

Cierro los ojos. De repente todo estalla en mi interior. Quiero gritar. Mi mente es un cúmulo de sensaciones de todo tipo. ¿Sería posible gustarle a Raysu? Pero la respuesta enseguida me

saca de mi mundo de color rosa y me dejo llevar por todos los miedos y voces que me gritan que no va en serio, que no soy digna del amor de nadie. Mis inseguridades no me permiten aceptar lo que ocurre en realidad, sino que me dibujan un escenario muy diferente. Uno en el que Raysu se burla de mí.

—Te agradezco que quieras animarme, pero no hace falta.

—No lo digo por…

—Raysu —lo interrumpo—, déjalo.

Frunce el ceño molesto, sin dejar de mirarme. Creo que intenta entender lo que estoy pensando, pero no se atreve a llevarme la contraria. Puede ser que me vea demasiado frágil.

—¿Sabes lo que significa *Tai* en chino? —pregunta cambiando de tema.

—Ni idea. Seguro que algo en plan «*loser* de mierda».

—No. Todo lo contrario. Hace referencia a algo muy superior, como algo sagrado.

Clavo mis ojos en los suyos tratando de averiguar qué intenta. Su mirada me devuelve todo el afecto del mundo. Pero no veo atracción por su parte. ¿Cómo alguien como él iba a fijarse en una persona como yo? Lo único que siente es lástima por una NPC que llora desolada y sola en el rincón de una biblioteca.

Dudo si morderme la lengua, aunque algo me ocurre con Raysu, y es que puedo ser yo misma. Creo que me siento tan cómoda con él porque no me juzga.

—¿Por qué sabes eso? ¿Lo has buscado en Google porque te dejé tan impresionado con mi falda el otro día que querías sorprenderme con algún truco barato para ligar conmigo? —Me hago la dura. Mi típico caparazón.

Él se sonroja. Y también disimula.

—Mis abuelos son chinos. No hablo el idioma, pero algo entiendo. —Toma bofetón de realidad.

—¿Y tus padres?

Desvía su mirada de manera brusca. Me da la impresión de que no quiere tocar el tema.

—¡Perdona si te ha molestado la pregunta! —me apresuro a decir.

—No te preocupes. Mi padre es japonés porque mis abuelos se mudaron a Japón por negocios antes de que él naciera, y mi madre era de aquí. Ella… murió.

Al pronunciar esa última palabra se le quiebra la voz. De pronto lo veo tan vulnerable como un niño pequeño, desprotegido y triste. No puedo evitarlo y me abalanzo sobre él para abrazarlo.

Se queda rígido y no sabe muy bien cómo reaccionar. Yo, sin embargo, en cuanto siento su cálido contacto y su olor a hierba fresca me olvido de cuanto nos rodea. Todo se desdibuja para entrar en otra dimensión, una en la que solo existimos él y yo, suena música de violines y caen pétalos de rosa sobre nosotros. Su cuerpo me reconforta, me aporta paz.

—¿Puedes, por favor, dejarme respirar? —me pide apurado.

Trago saliva. He sido demasiado impulsiva, y eso a la gente no le gusta. Me aparto de él con sumo cuidado, como si fuera a desvanecerse. De pronto me siento tan delicada como una niña pequeña a la que acaban de meter en una jaula llena de tigres hambrientos. Qué situación más incómoda. Aparta la vista y carraspea.

—Lo siento. Te juro que odio los abrazos, pero he sentido la necesidad… No he podido aguantarme. No sé. Yo… —me excuso con la cara roja por la vergüenza.

En una realidad paralela de mi mente perturbada, Raysu me abraza con fuerza y me besa.

Pero, por lo visto, va a ser cierto eso de que la energía no fluye con la misma intensidad en ambas direcciones. No sé dónde meterme ni dónde mirar ni qué decir. Me gustaría que me tragase la tierra ahora mismo.

—Pues ¿quién diría que odias los abrazos? Porque ayer cuando te lanzaste sobre mí no parecía que te molestase en absoluto el contacto físico, más bien se te veía bastante cómoda con los pechos en mis manos.

Clavo mis ojos en él.

—¡¡¡¿¿¿Qué???!!! ¿Cómo que me lancé sobre ti? ¡Me tropecé con la raíz del árbol! ¡Fue sin querer! ¡Fue un accidente! —No me salen las palabras de lo furiosa que estoy.

El muy cabrón rompe a reír y enseguida me contagia. Menos mal, porque ahora sí que me estaba muriendo de la vergüenza.

—¡Te odio! —grito.

—Los dos sabemos que eso no es cierto.

Nos miramos de nuevo y le saco la lengua. Él hace un gesto con la mano para que nos mantengamos en silencio, porque seguro que la bibliotecaria nos ha oído y ya debe de estar viniendo hacia nuestro rincón para comprobar qué sucede. O eso o está sorda. Una de dos. Pasan unos minutos en los que nos mantenemos expectantes mirando hacia el pasillo central, pero no ocurre nada.

Me armo de valor para admitir que Raysu ha conseguido que mi estado de ánimo cambie. Ahora me siento… feliz.

Sin meditarlo demasiado, poso una mano sobre su rostro. Él contiene el aliento sin dejar de mirarme desconcertado mientras me acerco y le doy un tímido beso en la mejilla.

—Gracias, Raysu. —Le sonrío con timidez.

Por un momento parece algo aturdido, pero enseguida reacciona.

—No tienes que darme las gracias. Pero sí me gustaría que aprendieses a distinguir qué tipo de personas tienes cerca. No te conformes nunca con menos de lo que mereces, Tay. Eres demasiado inocente. No todos son buenos. Hay mucho hijo de puta suelto.

Finjo que todo esto no ha puesto patas arriba mi mundo.

—Lo haré. Te lo prometo.

—Pues empieza por esa chica a la que llamas «amiga» —me aconseja mientras se levanta para marcharse.

—Pero es que Susie y yo somos las mejores amigas. De verdad. Ella siempre ha estado a mi lado. Solo que ahora se le ha torcido un poco el cable. Estoy segura de que enseguida se dará cuenta, se arrepentirá, me pedirá perdón y todo volverá a ser como antes. —Creo que estoy diciendo todo esto porque necesito escucharlo yo más que él.

Asiente a modo de saludo.

—*Ja, mata,*[2] *Tay!* —se despide.

—*Mate ne*[3] —le contesto con una enorme sonrisa.

Observo cómo camina tan tranquilo por el pasillo, me recuerda a un tigre, elegante, peligroso y seguro de sí mismo.

—¡Raysu! —lo llamo.

Se vuelve para mirarme.

—No te he dado mi número —le recuerdo.

—Lo sé.

Sonríe de medio lado antes de continuar su camino hasta salir al pasillo central de la biblioteca. No tardo en oír el grito lejano de una mujer. Supongo que será de la bibliotecaria, que al ver aparecer de la nada a alguien en medio del pasillo como si fuera un espíritu le habrá dado un infarto porque pensaría que estaba sola. Pobrecilla, se ha debido de llevar un susto de muerte. Aprovecho que la algarabía suena cada vez más lejana para coger mis cosas y salir también. Asomo la cabeza. Todo está despejado. No hay rastro de nadie.

Una vez más, Raysu me ha protegido. Se ha llevado él la bronca para que yo salga de la biblioteca sin ser vista. Ilesa.

¿Qué opináis? Yo creo que de aquí al matrimonio hay un paso.

# 14
# Amigas

> No puedes seguir esperando a tu príncipe azul en su caballo, a veces es mejor montar en tu propio caballo e ir en busca de él.
>
> SAILOR MOON,
> protagonista de *Sailor Moon*

Al entrar en clase, Susie está sentada como siempre en nuestro sitio. Me sonríe como si nada, pero, aunque pretenda negarlo, algo se ha roto entre nosotras.

Tomo asiento a su lado.

—¿Dónde has estado a primera hora? —me pregunta.

Su tono me pone a la defensiva. Seguro que se imagina que he estado con Ron montándomelo en el baño. Se merece que la mande a la mierda.

—He ido a la biblioteca.

—¿Y eso? No has ido a la biblioteca en tu vida. ¿Para qué sirven las bibliotecas hoy en día si todo está en Google? Además, hasta las once está cerrada.

—Estaba abierta. Me encontraba un poco mareada y no me apetecía venir a clase —insisto—. Me importa una mierda si no me crees. Estoy harta de que me juzgues.

Se sorprende por mi respuesta, pero en vez de preguntarme por qué estoy tan demacrada o por qué me encuentro mal, me suelta:

—¿Has hablado con Ron? He visto que ya no os seguís por Insta.

La miro a los ojos, intentando buscar a mi amiga, pero lo único que encuentro es a una persona fría, manipuladora y egoísta que me muestra una enorme sonrisa falsa.

—Sí, ya le he dado tu recado: le he dicho que no podemos ser amigos.

—¡¿De verdad?! ¡Ay, muchísimas gracias, Tay! ¡Te quiero tanto! —exclama emocionada.

Saco las cosas de la mochila y paso de ella. No tengo fuerzas para mandarla a la mierda ahora mismo.

Raysu tenía razón, esta persona no es mi amiga, y si lo es, algo le pasa. No pierdo la esperanza de que recobre el sentido común. Espero que sea pronto.

El resto del día me cuesta muchísimo mantener la concentración en las explicaciones de los

diferentes profesores. No es solo porque me encuentre fatal físicamente, sino porque perder a alguien y ser consciente de ello duele mucho más que cualquier dolor físico. Y yo este fin de semana he perdido a demasiadas personas que me importaban.

En el descanso no salgo fuera, me invento que tengo que estudiar y me quedo en clase haciendo garabatos en el cuaderno sobre la mesa incorporada que tiene cada silla, ni siquiera me apetece ver vídeos en TikTok, y eso ya es preocupante.

Recuerdo todas las veces que Susie y yo hemos estado juntas, que ha sido toda la vida. Prácticamente nacimos al mismo tiempo, nuestras madres se conocieron en el hospital y desde entonces no nos hemos separado. Quizá las que son amigas de verdad son ellas, y nosotras solo hemos sido la sombra de un amor que nunca fue suficiente. La verdad es que Helen da mucho más en esa relación que mi madre; puede que en alguna conversación o en algún comentario entre adultos Helen se haya quejado de ello y quizá Susie haya sentido que a ella le pasaba lo mismo conmigo, en cierto modo.

Tengo un vídeo del primer día de preescolar, cuando teníamos tres años; lo grabó Helen cuando nos llevó a las dos a clase. Susie llevaba el babi impoluto y dos coletas perfectas. Yo llevaba el babi arrugado y un desastroso moño mal hecho. La verdad es que mi amiga nunca se ha avergonzado de mí por ser menos que ella, aunque puede que en aquella época, como mi padre aún vivía en casa, nuestras economías no fueran tan diferentes.

Aquel día teníamos miedo. No lo sabíamos explicar con palabras, pero ambas lo notábamos. Era la primera vez que nos separábamos de nuestras madres. Susie se negaba a entrar, no dejaba de llorar y patalear. La cogí de la mano y se calló. Entramos en clase como si nada pudiera con nosotras, y dijo la profesora que no nos soltamos en toda la mañana. Fuimos un ancla la una para la otra desde entonces. Y eso siempre nos ha hecho fuertes. Las dos contra el mundo.

Recuerdo las risas que nos echábamos viendo canales de YouTube absurdos años más tarde. Llorábamos a carcajadas hasta no poder más. ¡Una vez hasta tuvimos agujetas en la tripa de tanto reír! No nos importaba lo que ocurriese en el resto del universo porque para Susie solo existía yo, y viceversa.

También recuerdo la muerte de Max. Era un pastor alemán que tenían mis padres antes de que yo naciera. Mi madre siempre cuenta que el día en que Max me vio por primera vez todas sus prioridades cambiaron y yo me convertí en alguien que estaría dispuesto a proteger con su vida. De hecho, eso fue lo que hizo: Max murió por mi culpa, por salvarme; pero eso ahora no viene al caso.

Fue la primera muerte de un ser querido, algo muy traumático que me habría costado meses de terapia si mis padres hubieran querido pagarla, pues lamentablemente la salud mental de los niños siempre es algo que se pasa por alto.

Susie me acompañó cada día durante más de un año y medio al lugar en que lo enterró mi padre: un descampado cercano al colegio. Tendríamos diez años y al salir de clase siempre íbamos hasta allí, yo lloraba desconsolada sobre el hombro de mi amiga, le pedía perdón a Max y nos volvíamos a casa. Y ella no se quejó ni una sola vez; aunque nevase o lloviera, aunque no le apeteciera, nunca me dejó sola.

También recuerdo las continuas broncas de mis padres. Las noches que pasé en casa de Susie mientras mi madre se recuperaba de los golpes. Entonces no lo sabía porque era muy pequeña, pero hoy solo tengo que sumar dos más dos. Tanto Helen como Susie se ocuparon de que nunca

me enterase de lo que ocurría y de que jamás perdiese la sonrisa.

Cuando mi madre me contó que se iban a divorciar, durante mucho tiempo estuve muy enfadada con ella, pues, ya ves, para mí mi padre era un héroe. Nunca se me ocurrió pensar que era un maldito bastardo, alcohólico y maltratador. Durante años, todos se encargaron de limpiar su imagen a petición de mi madre. Susie me escuchó soltar toda la mierda contra mi madre sin contradecirme. Solo me calmó, me ayudó a pensar en otras cosas y nunca habló mal de mi padre, a pesar de saberlo todo. Lo hizo por mi bien.

Imaginar no tenerla a mi lado el resto de mis días me asfixia. La necesito. No concibo mi vida sin ella. Todo sería mucho más oscuro sin su risa, no tendría sentido. Trato por todos los medios de excusar su actitud, de pensar que un error lo comete cualquiera y que debo perdonarla. No es como dice Raysu. Ella es buena; siempre me lo ha demostrado. No me entra en la cabeza que vayamos a separarnos, ni siquiera me lo planteo.

En todos y cada uno de los recuerdos de mi infancia, mi mejor amiga siempre ha estado a mi lado, ayudándome, demostrándome su amor sin pedirme nunca nada a cambio. No le ha importado que se metieran conmigo por no pertenecer a la mayoritaria clase social que venía al colegio. De hecho, a ella siempre la admitían en el grupo de los populares y, aun así, prefirió ser una «marginada» por estar a mi lado. Ahora, sin embargo, no tengo tan claro que vaya a hacer lo mismo. Estoy segura de que le encantaría pertenecer al grupo de los populares y estar al lado de su querido Ron.

—¡Maldito Ron Carter! Lo has jodido todo. ¡Todo! —grito.

Sin darme cuenta, estoy apretando tanto el bolígrafo que traspaso la hoja del cuaderno. Pego varios golpes con los puños cerrados en las hojas cuadriculadas y, por ende, en la mesa, soltando toda mi rabia y todo mi dolor. Termino agotada, tendida sobre la pequeña madera, llorando.

—¿Puedo saber qué es exactamente lo que he jodido?

Su voz.

¡¡¡Su voz!!!

Mierda.

# 15
# Explicaciones

> Las personas más solitarias son las más amables. Las personas más tristes son las que más sonríen y las personas más dañadas son las más sabias.
>
> *Fairy Tail*

Levanto la cabeza de repente y lo veo apoyado en el marco de la puerta de brazos cruzados. «A este chico le pagan por lucir ropa deportiva de Nike, ¿o qué?». El impacto que sufro al descubrir su intensa mirada verde fija sobre mí va directo a mi entrepierna.

«Disimula. Disimula. Disimula», me obligo.

—¿Qué haces ahí? ¿No tienes otras chicas a las que embelesar con tu perfección? —me quejo.

—¿Y si a la que quiero embelesar es a ti?

¡Oh! Ahogo un gemido.

—Te he dicho que me dejes en paz —suelto desganada.

Él no logra evitar esbozar una leve sonrisa de triunfo. Seguro que sabe que me tiene en el bote. Tiene que notarlo, aunque no sé cómo, porque no puedo ser más hostil.

Avanza sin prisa y sin apartar sus ojos de los míos hasta detenerse delante de mí. Coge la silla que hay a su lado, que al mismo tiempo está delante de la mía, y se sienta a horcajadas, apoyando los brazos en el respaldo, de tal manera que está demasiado cerca de mí. Me mira fijamente. Se me corta la respiración. Toda mi determinación sale volando por los aires. Me arde todo. Quiero desaparecer.

—No pienso dejarte en paz hasta que me cuentes qué cojones te pasa conmigo —dice con voz ronca.

—No me pasa nada.

—¡No me jodas, Taylor! Eso no hay quien se lo trague.

—¿No puedes soportar que alguien no esté colado por ti, Carter?

—Lo que no puedo soportar es que un día te presentes en mi casa y al día siguiente te portes como si no me hubieras visto nunca —gruñe.

—¡Oh, vamos, no dramatices! Tú viniste a hacerme una visita a mi residencia. Yo te la

devolví. Eso es todo. Fin de la partida, *noob*.

Lo vacilo, pero por lo visto no cuela.

—Alucino —dice para sí—. Creo que merezco una explicación.

Lo miro intrigada. Parece que de verdad le importa. No le había visto esa expresión, está conmocionado. Me parte el alma portarme así con alguien que lo único que ha hecho ha sido tratar de ayudarme.

—Ron, si de verdad quieres hacerme un favor, aléjate de mí —susurro apenada.

Niega con la cabeza.

—Cada vez que intento hablar contigo me siento idiota. No sé por qué tengo la necesidad de seguir intentándolo —musita reflexivo.

—Será porque todas te lo ponen demasiado fácil.

Estudia mi rostro durante unos segundos que se me antojan eternos.

—¿Tienes novio? ¿Es eso? —tantea.

—¡No!

Sonríe aliviado con cierta aura victoriosa.

«Mierda, Taylor, podrías haberle dicho que sí, ¿por qué hablas sin pensar, joder?», me reprendo.

—¿Tus padres te han prohibido verme por algún motivo?

—No.

Él se echa hacia delante, tanto que casi se sube encima de mi mesa. Alarga la mano para coger la mía, pero la retiro antes de que ni siquiera me roce. Esa seguridad en sí mismo me vence. Da la impresión de ser un tío temperamental y altivo, pero cuando se trata de mí se convierte en otra persona, una detallista, amable, dulce y tierna; mucho me temo que ese va a ser mi punto débil.

—Mira, tía, si algo tengo claro es que no puedes aparecer y desaparecer de la vida de las personas cuando te dé la gana. Vienes a mi casa y me cuentas una historia de mierda sobre tus padres. Me paso el fin de semana preocupado por ti. Te llamo, te escribo y ni siquiera respondes con un simple «Sigo viva». Hoy te veo con esa cara demacrada y ¿crees que ni siquiera merezco que me expliques qué cojones te pasa? ¿Me pides que te deje en paz y a tomar por culo? ¿Y qué se supone que tengo que hacer yo? ¿Pasar de todo? ¡Pues siento decirte que no soy un puto robot!, ¿sabes?

Su expresión denota inseguridad, decepción, desconfianza, miedo, dudas, rabia… A pesar de su fama, de su coraza de chico duro, creo que tiene un corazón enorme, y, por mucho que me cueste admitirlo, creo que siente algo por mí.

—Ron, te he dicho que estoy bien. No sé qué más quieres que haga.

Da un golpe sobre la mesa. Está muy cabreado.

—¡Y una mierda, Taylor! ¡No te creo! No te conozco desde hace mucho, pero has aparecido como un huracán en mi vida y has puesto patas arriba mi mundo. Nunca, en mi puta vida, había sentido nada parecido a lo que sentí al besarte. Y tú tampoco. Esas cosas no pueden fingirse. La manera en que me miras no puedes esconderla, por muchas murallas que levantes a tu alrededor. Hay algo especial entre nosotros; eres tan transparente para mí que solo con mirarte veo en tu interior.

Parpadeo confusa. Intento apartar de mi mente las palabras «hay algo especial entre nosotros»

para centrarme en la última parte.

—¿Y qué ves?

—Miedo.

Un ruido a su espalda consigue que desvíe la mirada hacia la puerta y descubro que Susie nos está mirando con la boca abierta. Ahora sí que me entra el miedo de verdad. Pánico. Creo que está en *shock* y no puede reaccionar. ¿Cuánto rato llevará escuchando?

Ron sigue mi mirada con la suya y la descubre, entonces ella sale corriendo.

—¡No! ¡Susie! ¡Espera! ¡No es lo que parece! —grito mientras me levanto a toda prisa.

Ron me coge de la muñeca para detenerme.

—¿Es por ella? —quiere saber.

Tiro de mi brazo para soltarme y salgo corriendo detrás de mi amiga para intentar alcanzarla. Pero no la veo por ninguna parte.

Susie solo puede estar en un sitio.

Desde pequeñas, cuando nos portábamos mal en el jardín de infancia, nos llevaban al aula de música, en el edificio de educación infantil. Como estaba insonorizada, no se oía al castigado o la castigada. No os confundáis, aquello no era una tortura, pues la mayoría del tiempo nos lo pasábamos mejor allí que en clase. Era solo un aviso.

Según fuimos creciendo, fuimos visitando ese aula de manera voluntaria cuando queríamos privacidad. Era como campo santo, un lugar donde nada malo podía ocurrir, donde nadie te molestaba. Al empezar la universidad, pasamos un día por delante de una pequeña aula insonorizada y nos reímos al recordar nuestras trastadas del colegio. La frase de Susie fue: «Ya tenemos nuevo sitio favorito».

No llamo a la puerta, entro directamente.

Enseguida la descubro sentada en un rincón, abrazada a sus rodillas, llorando.

—¡Déjame en paz! —grita al verme.

—Susie, por favor, escúchame —le pido.

—¡No quiero escucharte! ¡Eres una mentirosa!

No le hago caso. Me acerco y me pongo en cuclillas frente a ella para poder mirarla de frente.

—Me importa una mierda si no quieres escucharme, porque yo sí quiero hablar.

Parece que ponerme seria y levantar la voz provoca en ella cierto desconcierto que aprovecho para continuar:

—No sé qué bicho te ha picado, Susie, pero te estás comportando como una egoísta y tú no eres así…

—¡¡¡¿Egoísta?!!! ¡¡¡¿Yo?!!! —me interrumpe—. ¡Tú eres la que se ha liado con el *único* —enfatiza— chico del que siempre he estado enamorada! ¿Qué pasa? ¿Que no hay más tíos? ¿Solo existe Ron en el mundo? Siempre quieres lo que tienen los demás, ¿y la egoísta soy yo? ¡Pues entonces tú eres una envidiosa!

Voy a pasar por alto el concepto del verbo «tener» en su discurso y me voy a centrar en apaciguar las cosas.

—¡Joder, Susie! No se trata de lo que tú quieras, se trata de la libertad de las personas. Tú no puedes decidir de quién se enamoran los demás, por mucho que te duela. A lo mejor tú vives

enamorada de Ron, mientras que hay un chico que solo tiene ojos para ti. Así es el mundo. Es muy injusto, lo sé, pero no puedes enfadarte conmigo por eso. Yo no tengo la culpa de que Ron vaya detrás de mí, ¿no lo entiendes?

—Claro que no tienes la culpa de que vaya detrás de ti, pero sí que la tienes de darle esperanzas al irte a su casa ¡y meterte en su cama!

—¡¡¿Qué?!! ¡¡¡Yo no me metí en la cama de nadie!!!

—Eso no es lo que van contando por ahí —responde.

—¿Quién?

—No lo sé, lo he oído en el pasillo, por eso había ido a buscarte. —Se encoge de hombros.

Estoy segura de que se lo está inventando, porque nadie sabe lo que ocurrió y no creo que Ron lo haya ido contando. Se lo acaba de sacar de la manga para ponerme a prueba.

—Pues las dos sabemos que eso es mentira —insisto con firmeza.

—Lo sabrás tú, yo no sé nada. Solo sé que, después de prometerme que no volverías a acercarte a él, lo primero que haces es dejarme tirada en el descanso para poder meteros mano en clase. ¿Crees que soy tonta y no me iba a enterar? Bueno, tonta sí que soy, por preocuparme siempre por ti.

Suspiro para armarme de paciencia. Cuando nos enfadamos, solemos decir cosas de las que luego nos arrepentimos.

—De verdad, tía, no se puede hablar contigo si todo lo ves como una conspiración contra ti… Yo estaba sola en clase y él ha aparecido para preguntarme por qué no he contestado sus mensajes. Se merecía una explicación después de lo que hizo por mí, ¿no crees?

—Claro, y se la estabas dando entre beso y beso, ¿no?

—Pero ¿a qué beso te refieres? —protesto.

—¡Os he visto! ¡No lo niegues! ¡Os estabais enrollando! —solloza.

¿Puede que desde donde ella estaba, al estar Ron tan inclinado sobre mí, le haya parecido que nos estábamos besando?

Cierro los ojos con fuerza para tomar aire y tratar de comprenderla, porque, de lo contrario, la mataría. Parece que está poseída. Abro los ojos y la miro intentando entender sus celos y su enfado, por eso utilizo un tono de voz tranquilo.

—Mira, Susie, he tratado de hacer las cosas bien…

—Con «hacer las cosas bien» —entrecomilla con sus dedos mientras me interrumpe—, te refieres a mentirme y ocultármelo todo, ¿no? Porque el problema aquí es que ya no puedo fiarme de ti. ¡De ti!

No quería, pero al final yo también estoy llorando.

—No te he mentido nunca, es solo que me daba miedo tu reacción y por eso te he ocultado algunas cosas, y ¡mírate!, al final tenía razón en hacerlo.

—¡Esto es muy fuerte! ¿Ahora me culpas a mí?

—Vamos, Susie. Somos amigas desde que nacimos. Hemos pasado por mil cosas juntas y nos quedan otras muchas por vivir. ¿Vas a permitir que un tío rompa todo eso?

Me niego a repetirle de nuevo que renunciaría a Ron por ella, porque eso es tóxico y posesivo, y quiero renunciar a Ron porque a mí me dé la gana y no porque ella me obligue o me haga chantaje emocional. Tiene que comprender que la amistad no es eso. Y si yo me enamoro de Ron, por mucho que a ella le duela, deberá aceptarlo, porque él no la ama.

Susie clava sus ojos rojos y llenos de determinación en los míos.

—¿Te gusta Ron? —pregunta.

Desvío la mirada y dejo escapar un suspiro. De nada me va a servir seguir mintiéndole. Es hora de afrontar la verdad y sus consecuencias.

—Sí —admito.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace mucho.

Ella suelta un bufido lleno de ira.

—Ya puedes desbloquear a Ron. No te preocupes por mí. Os doy mi bendición —ruge colérica al tiempo que se coloca bien el flequillo con ambas manos.

Se levanta y se dirige hacia la puerta, pero antes de marcharse, me dedica una última mirada:

—Olvídate para siempre de que existo. No me mereces como amiga.

—Su…

No me da tiempo ni a pronunciar su nombre, porque ha pegado un portazo antes de marcharse.

Se me seca la boca. Me cuesta respirar. Lo veo todo borroso. Me mareo. Me dejo caer al suelo y me hago una bola, como cuando era pequeña y una sala parecida a esta se convertía en mi refugio.

Ni siquiera puedo llorar más. No me quedan lágrimas.

Me siento vacía. Desolada.

Alguien por quien habría puesto la mano en el fuego sin dudar acaba de dar portazo a nuestra amistad. No le ha importado hacerme daño. No se ha preocupado por cómo me siento. Le ha dado igual si su actitud está bien o mal. Solo ha pensado en ella misma.

No puedo más, todo esto es demasiado. Estoy agotada.

Termino quedándome dormida.

# 16
# La búsqueda

> Vas a tener batallas duras y habrá dolor, pero eres un verdadero guerrero, así que levántate, pelea y gana.
>
> GOKU, protagonista de *Dragon Ball*

Una fuerte vibración en mi trasero consigue despertarme. Me llevo por inercia las manos al bolsillo del vaquero para comprobar que se trata del móvil. Soñolienta, trato de averiguar quién me llama a estas horas. Veo que es un número desconocido.

—¿Sí? —contesto.

—¿Cómo que sí? ¿Me explicas qué coño haces ahí metida? —Es una voz masculina y parece algo furioso.

Miro a mi alrededor desconcertada. Todo está en penumbra. No sé muy bien dónde estoy; esta no es mi habitación. Enseguida caigo en la cuenta de que me quedé dormida en la clase de música… Bueno, o en lo que sea esta aula. He debido de dormir tanto que ha anochecido. Al incorporarme, me duelen todos los huesos del cuerpo.

Nota mental: «No volver a dormir en el suelo».

—¿Quién eres? —pregunto, palpando la pared buscando un interruptor, dado que no veo casi nada.

—¿No reconoces mi voz?

—¿Raysu? —Su risa me da la respuesta—. ¿Cómo tienes mi número?

—Eso no importa ahora. Tienes que hacer lo que sea para salir de ahí. Han cerrado el aula con llave.

—¿Qué? —Me entra el pánico—. ¿Y tú dónde estás?

—Al otro lado de la puerta. —Suspiro aliviada. Saber que está cerca me tranquiliza.

—Pero ¿cómo te has quedado dentro del edificio? —le pregunto.

Si es de noche, han debido de cerrarlo todo.

—Deja de hacer preguntas, Taylor, y céntrate en salir.

—Vale. Sí. Pero… ¿qué hago?

Otra pregunta.

Me lo imagino poniendo los ojos en blanco y sonrío.

Por fin encuentro el interruptor y enciendo la luz. Menos mal. Comenzaba a ponerme demasiado nerviosa imaginando que había un asesino en serie conmigo y que ambos estábamos buscando el interruptor… Bueno, él me buscaría a mí para matarme, pero ¿por qué razón me querría matar…?

«¡Céntrate, tía!», me increpo.

—En primer lugar, busca algo que te sirva para hacer palanca. Bueno, espera. —Cuelga.

—¡Raysu! ¡No me cuelgues! —le grito al móvil.

Enseguida entra una llamada por Facetime. Vale, mejor. «¿Cómo que mejor? ¡A saber las pintas que tienes!», me advierte mi voz interior. ¡A la mierda! Lo primero es salir de aquí, después ya me preocuparé por mi aspecto. Acepto la videollamada y no tarda en aparecer su precioso rostro en la pantalla del móvil. Él logra contener una sonrisa, pero yo no.

—Hola —lo saludo inquieta.

—Tay, pareces un oso panda moribundo, tienes unas ojeras kilométricas y el rímel corrido. Has ido a peor desde esta mañana.

—Yo también me alegro de verte, idiota. —Pongo los ojos en blanco y él sonríe.

—A ver, muéstrame el aula con el móvil, para que vea qué te puede servir de palanca —me pide.

Hago lo que me dice cambiando la cámara frontal por la trasera, moviendo el teléfono por todos los rincones hasta que vuelvo a mirarlo y lo pillo con una expresión muy rara: tiene los ojos entornados y el ceño fruncido. Al verme a mí de nuevo, se apresura a poner su cara de guapo.

—¿Crees que soy Batman y tengo visión láser o qué? —se queja.

—¿Por qué?

—Joder, has movido tan rápido el móvil que ni siquiera me ha dado tiempo a ver nada.

—Vale, abuelo, espera, que lo repito más lento —bromeo.

Hago lo mismo, pero esta vez más despacio, acercando el móvil hasta las cosas que hay metidas en cajas.

—¡Para! ¡Para! ¡Eso de ahí! —grita.

Miro en la dirección hacia la que estoy apuntando para comprobar de qué se trata y resulta ser una flauta. La cojo y me enfoco.

—¿Quieres que abra la puerta tocando la flauta? —me mofo.

Él se ríe y niega con la cabeza. ¿Por qué es tan jodidamente atractivo cuando se ríe?

—Con la flauta no, ¡con la vara que hay al lado, *loser*!

Me río.

Dejo la flauta donde estaba y cojo una especie de palo de escoba.

—No sé qué pretendes que haga con esto, pero te advierto que este fin de semana no ha sido uno de los mejores para mi habitual entrenamiento en tirar puertas abajo. ¡Ah! ¡No, espera! ¿Quieres que lo use a modo de varita mágica como Harry Potter?

—¡Déjate de gilipolleces, tía, y céntrate! —me riñe, pero está al borde de la risa.

—Venga. Dime.

—Solo tienes que colocar ese palo entre la manilla y la puerta. Después tiras hacia atrás y se supone que debería abrirse —me explica.

—¿Sueles abrir puertas en tus ratos libres, Raysu? ¡Eres una caja de sorpresas! Al final

tendrás hasta una llave *bumping* —lo vacilo.

—No seas tonta. Lo he visto en un vídeo.

—¿Dónde?

—En TikTok.

Miro a la pantalla con cara de *WTF?*

—¡Tú lo que quieres es grabarme para salir en el canal de Mr. Beast y que todos se rían de mí! —lo acuso.

—Sí, venga, lo que tú digas, pero abre la puta puerta de una vez, que me quiero largar de aquí.

No protesto porque ha sonado convincente, pero, vamos, que no voy a abrir la puerta con un palo ni en siete vidas. #Yatelodigoyo.

Corto la llamada y meto el móvil de nuevo en el bolsillo del vaquero. Intento hacer lo que me ha dicho, pero enseguida vuelve a llamarme. Lo cojo poniéndole cara de pocos amigos. Ahora mismo debo de parecerme a Nyanta, con la boca hacia abajo y el ceño fruncido.

—¿Qué quieres? ¿No tenías tanta prisa?

—¿Por qué me cuelgas? —pregunta flipando.

—Porque estoy ocupada abriendo una puerta, ¿recuerdas? —Pongo voz de ña ña ña.

—Pero quiero verlo por si haces algo mal.

—Mira, Raysu, *darling*, si ya de por sí me resultaba complicado de narices hacer esto con ambas manos, si encima pretendes que lo haga solo con una mientras con la otra sujeto el móvil para que no te pierdas ningún detalle y puedas criticarme a tus anchas, ya puedes ir yéndote a la mierda.

Él no se aguanta y suelta una carcajada.

—¿Sabes que también puedes dejarlo en el suelo, *darling*? —dice tratando de imitarme.

Le hago burla arrugando la nariz y negando con la cabeza.

—Yo no tengo esa voz —reniego.

—Ya lo creo que sí.

Se ríe más.

—Cada día te estoy cogiendo más manía, en serio —protesto mientras dejo el teléfono en el suelo.

—¿Qué haces? ¡Así solo veo tus pies! —se queja.

Cojo el móvil de nuevo para mirarlo con cara de asesina.

—¡¿Por qué coño no te largas y me dejas tranquila?! ¡Ya ni siquiera quiero salir de aquí! ¡Deja de tocarme las narices! —le grito, y se parte de la risa otra vez.

—Vamos, influencer de pacotilla, pon el móvil bien enfocado. ¡Que tú puedes, crac! —bromea.

Pongo el maldito aparato encima de la mesa del profesor, apuntando hacia la puerta. Me sitúo al lado y saludo con la mano.

—¿Ahora lo ves bien, Tarantino?

Él levanta el dedo pulgar en señal de que sí. Por fin.

Vale. Ahora no solo tengo la presión de lograr algo imposible, sino que Raysu está observando con detenimiento cada gesto que hago, y tendré que hacer movimientos gráciles como si fuera una Barbie. ¡De puta madre todo!

Unos diez minutos más tarde, estoy sudando, despeinada y muy cabreada. Tengo ganas de matar. Si me asegurasen que no me haría daño, daría hostias a esta maldita puerta hasta atravesarla. ¡A la mierda las posturas de Barbie!

Lo he intentado como mínimo diez veces. Otras cinco dando golpes con el palo. Hasta me he liado a patadas con la puerta de la rabia, pero no ha habido manera. Esto solo podría hacerlo Hulk, y yo soy más bien Ant Man… Bueno, Ant Girl.

Apoyo la espalda en la puerta y me deslizo hasta que caigo de culo al suelo y me quedo con la cabeza metida entre mis brazos. Me rindo.

—Voy a morir aquí dentro. Encontrarán mi cadáver algún día junto al de algún dinosaurio —lloriqueo.

—Apártate de la puerta, anda. —Oigo la voz de Raysu.

¿Raysu?

Es como si durante todo este tiempo hubiera desaparecido. Casi ni me acordaba de que seguía ahí. Cuando me dijo que quería verlo todo, supuse que iba a estar burlándose de mí todo el rato, sin embargo, me ha dejado hacer sin meterse conmigo ni una sola vez.

—¿Qué quieres? —pregunto mirando a la pantalla mientras me levanto de golpe.

—Échate a un lado. No quiero hacerte daño.

En cuanto estoy de pie a un lado, le digo «Ya» y enseguida suena un tremendo porrazo a mi lado. Acto seguido, la puerta se abre, quedándose medio colgada de los pernios. Raysu aparece ante mí rodeado por un aura blanquecina y acompañado de música celestial, como si fuese mi salvador divino. Y es que en realidad lo es. Yo no logro cerrar la boca ni apresar la cantidad de corazones que salen flotando de mis ojos.

Juro que nunca he fumado marihuana.

—¿No podías haber hecho eso desde el principio? —Disimulo mi enamoramiento repentino.

—Tenía fe en ti. Quería que al menos lo intentaras. Estaba seguro de que lo conseguirías —confiesa.

—Ya. Pues siento haberte desilusionado.

—No me has desilusionado, más bien todo lo contrario.

No soy consciente de que sigo respirando. El labio inferior me tiembla. El corazón me late tan fuerte que no sé si está en mi pecho o ha salido a correr un *sprint*. Noto los ojos húmedos, la boca seca y cómo la sangre sube ardiente a mis pómulos. Me he quedado petrificada. El calor traicionero decide viajar desde mis mejillas por todo mi cuerpo hasta llegar a lugares muy poco apropiados. Mis ojos siguen anclados a los suyos.

Él me contempla preocupado.

—¿Estás bien? —susurra.

No le contesto. Me lanzo a su pecho con fuerza para envolverlo entre mis brazos como puedo, pues es más grande que yo. Él tiene los suyos a ambos lados, justo donde se encontraban antes de que yo me estampara contra su cuerpo. Permanece inmóvil. Es como abrazar a una escultura de mármol, dura e indestructible.

—Has venido a buscarme —sollozo acurrucada sobre su cálido pecho mientras escucho el fuerte latido de su corazón acelerado.

Al cabo de unos segundos parece que se relaja. Acaricia mi pelo, aunque no lo hace demasiado seguro, y enseguida aparta la mano.

—Te estaba esperando a la salida para preguntarte cómo te encontrabas, pero no te vi salir. Fui a tu clase y entonces me di cuenta de que tus cosas todavía seguían sobre la mesa. Le pedí el número a tu amiga, me lo dio y me dijo que estabas aquí. Te llamé varias veces, pero no contestabas, así que esperé a que lo hicieras.

Doy un paso lento hacia atrás y alzo la mirada. Él apenas pestañea, me está analizando con esos enormes ojos azules. ¿Qué estará pensando? Aunque parezca una tontería, yo solo quiero volver a apoyar la mejilla en su pecho, pero esta vez, a ser posible, me gustaría que me devolviera el abrazo. Ya sé que todo esto es ridículo porque estoy convencida de que Raysu solo me ve como a una pobre niña perdida a la que salvar cuando se mete en líos, pero dicen que siempre hay que soñar a lo grande, ¿no?

Eleva una mano como si quisiera tocarme. Siento que la sangre se arremolina justo en un punto muy concreto de mi cuerpo. Después se esparce por todo mi ser como si hubiese explotado una bomba mientras yo le sostengo la mirada y compruebo cómo se le oscurecen las pupilas. Pero de pronto retira la mano muy rápido, como si se hubiese quemado, como si tuviese miedo de que me desvaneciera. La cierra en un puño y la esconde en el bolsillo del vaquero a toda prisa.

—Me dio miedo que fueras a hacer alguna estupidez —musita.

Se ha preocupado por mí y además se ha puesto en peligro por mí.

Solo puedo mirarlo extasiada, sorprendida… Me cuesta respirar…

—Creo que la estupidez la voy a hacer yo ahora mismo.

Y, sin darle tiempo a reaccionar ni ser consciente de las consecuencias que me acarreará, me lanzo a su boca.

En cuanto mis labios entran en contacto con la fina piel de los suyos, siento un fuerte cosquilleo. Supongo que va a quedarse igual de rígido que las demás veces que me he acercado a él, pero me deja atónita cuando me coje por la cintura con ambas manos para atraerme hacia él con ímpetu. Ahora mismo no sé si mis pies están sobre el suelo o flotando.

Toda mi piel pide más a gritos, estremeciéndose bajo su tacto. «Más. Más. Más». Entonces, sin saber cómo, él parece escucharlo y responde haciendo el beso más intenso. Un gemido le nace de un lugar muy profundo dentro de la garganta y su erección se aprieta contra mi estómago. Cada una de mis células está ardiendo, las venas me queman y la sangre hierve, ahora mismo podría incendiar esta aula si me lo propusiera. Toda yo soy una zona erógena.

De la garganta de Raysu sale otra especie de gruñido ronco y profundo, como si estuviese luchando consigo mismo. Arruga mi jersey entre sus puños cerrados y tira de mí hacia atrás para lograr separarnos. Como si su propio cuerpo no le obedeciese.

Abrimos los ojos a la vez. Casi tengo un orgasmo espontáneo al descubrir que su mirada es más negra que azul. Es puro fuego. Y lo he encendido yo.

Todavía respiro con dificultad. Mi pecho sube y baja con fuerza. Él me sigue mirando con ojos llenos de tormentas, como si acabase de confesarle que tengo una enfermedad terminal. Siento vértigo. Estoy en un punto de inflexión que no puedo controlar. Me siento frágil.

Permanezco inmóvil durante un breve instante, dándome cuenta de que siento algo nuevo, algo diferente y chispeante. Algo con lo que no estoy familiarizada: un sentimiento, una emoción inesperada, como si algo se me descongelase por dentro. «¿Serán estas las famosas mariposas?». La respuesta llega enseguida, en cuanto descubro que tengo una enorme y estúpida sonrisa que no se me borra de la cara.

—Joder. No puedo hacer esto —sentencia con una voz demasiado ronca.

Deja caer su cabeza hacia el pecho. Abatido. Ahora se me borra la sonrisa de un plumazo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

¡Oh, no! ¡Seguro que tiene novia!

¡Qué imbécil soy! No sé captar las señales. Si lleva huyendo de mí desde que nos conocemos. Hay que ser cortita de narices, Taylor, hija.

He pasado del éxtasis a la consternación en un solo segundo. «¿Y qué esperabas? —me pregunto—. Solo ha sido un breve instante entre dos personas que no tiene por qué significar nada más, aunque tú eres capaz de verte casada y con hijos, pedazo de tonta». Pero para mí sí que ha significado. Todo. No me voy besando por ahí con todos los tíos con los que me cruzo… Bueno, últimamente parece que sí.

¿Y ahora qué?

—Perdona, Taylor, me he dejado llevar y no debería haberlo hecho. Joder. Soy un puto gilipollas. —Da un fuerte golpe a la pared que tiene a su espalda con el puño, cosa que consigue sacarme del estado de tontería romántica en el que me había sumido.

Me armo de valor y suelto:

—Claro que eres gilipollas.

Mi respuesta consigue que clave los ojos en mí. Estoy segura de que no se lo esperaba.

—¿A qué viene eso?

—A que solo ha sido un beso de agradecimiento, Raysu. No te he pedido matrimonio. No hace falta que te vuelvas loco.

Parpadea confuso. Creo que se había hecho a la idea de que yo era un ser delicado que necesitaba su protección y ahora está reseteando ese pensamiento.

—Además —continúo antes de que consiga abrir la boca—, besas de pena.

Eleva los ojos al cielo.

—¡Y una mierda!

Ahora soy yo la que está flipando, y no quiero reírme.

—¿Qué?

—¡No beso de pena! ¡Beso de puta madre!

—¿Y eso quién lo dice? —Me cruzo de brazos esperando su respuesta—. Porque te advierto que la opinión de uno mismo no cuenta.

Se me acerca y se planta a dos milímetros de mi rostro; está tan cerca que al hablar casi roza sus labios con los míos. Dios, voy a morir.

—Lo dice cada parte de tu cuerpo. Se te ha erizado el vello, se te ha acelerado la respiración y me has mirado como si fueras a devorarme entero. No puedes fingir que no has sentido nada, *darling* —pronuncia esta palabra con un tonito de burla, imitándome.

—Eso no lo niego —admito, y sonríe—. Pero sigo manteniendo que besas de pena.

Niega con la cabeza.

—Entonces me temo que voy a tener que demostrarte lo equivocada que estás. —Su voz parece afónica.

—Sí.

Esa es mi respuesta, sí. Tal cual. Y se la suelto sin más, sin filtros y sin que venga a cuento. Pero es que su rostro se encuentra tan cerca del mío que no lo puedo evitar, me nubla la razón.

Sonríe de medio lado con malicia y el corazón se me acelera.

Entonces me besa. Sí, es él quien me besa. Con fuerza y determinación, sin titubear, con las manos firmes en mi mandíbula y mi cuello. En cuanto siento de nuevo el cálido contacto de su lengua con la mía, se desata un hambre voraz en mi interior que no reconozco, pero que consigue que responda a su beso con la misma fuerza y determinación.

Le rodeo el cuello con los brazos y enredo mis dedos en su pelo, como si pretendiese atraerlo más hacia mí, como si no lo tuviese ya lo suficientemente cerca. Él suelta un gruñido que se va directo a mi entrepierna. *OMG*…

La verdad es que nunca me había interesado el sexo como tal. Creo que hasta hace unos segundos estaba en el último lugar de mi lista de prioridades, pero de repente, y por culpa de Raysu, ha escalado posiciones hasta situarse en el primer puesto. Besarnos como posesos ha influido bastante.

Sus manos descienden hasta mi trasero y me empuja contra su erección con fuerza. Ahora el gemido que se escapa entre nuestros labios es el mío. Deja mi boca para bajar al cuello y me falta aullar cuando lo hace. Literal.

Se golpea con una grada a la altura de los tobillos que tiene tras él y, como yo por inercia lo empujo, perdemos el equilibrio y nos caemos al suelo de golpe. Raysu de espaldas y yo encima de él.

—Vaya hostiazo —se queja.

Nos miramos durante un instante, respirando con dificultad, aún sedientos el uno del otro. Puede que esto haya sido una señal divina para que no vayamos más allá o puede que…

—Todavía dudo si besas bien o mal. No lo tengo claro —suelto casi suspirando.

Él me come con los ojos mientras sonríe. Tiene una sonrisa de escándalo, nariz afilada, dientes perfectos y una mandíbula que promete ser muy potente dentro de unos años. ¡Y sus hoyuelos! No había descubierto sus hoyuelos hasta ahora mismo, quizá porque no me había sonreído nunca así, con lascivia.

—Me cago en mi puta vida, Taylor —gruñe.

—¿Qué?

—Me ardes en las venas.

Esto es un lenguaje nuevo para mí. No he tenido nunca novio. Ni siquiera un rollo pasajero como ha tenido todo el mundo. Yo solo he vivido para los estudios y para el manga. ¿Será este el lenguaje previo al sexo? Si es así, le está dando resultado, porque a mí él también me quema en las venas.

Niega con la cabeza, como si estuviese sucumbiendo a algo que le prohíbe su religión, parece debatirse consigo mismo, sufriendo por dejarse llevar o no.

Al final enreda sus dedos entre mi pelo y vuelve a besarme. Muerde mi labio inferior y succiona mi boca con ganas. Es el hecho de verlo tan encendido, de sentirme tan deseada, lo que me enciende a mí también.

Rodamos uno sobre el otro sin parar de besarnos hasta que él termina de nuevo con la espalda en el suelo y yo a horcajadas sobre sus caderas, besándole el cuello como una vampiresa, que acabo de descubrir que le pone mucho. Y a mí también.

Eleva las rodillas y pone las plantas de los pies sobre el suelo para empujarme hacia delante y conseguir así que caiga sobre su rostro, cosa que aprovecha para subirme el jersey, meter su

cabeza dentro y besarme los pechos a través de la fina tela del sujetador. Jadeo. Estoy tan excitada que siento un fuerte cosquilleo entre los muslos. Necesito frotarme con lo que sea. Decido que es una buena idea hacerlo contra su erección, aunque, a juzgar por el bufido que deja escapar, no lo ha sido tanto. ¿O sí?

Necesito más. Mucho más.

Introduzco mi mano dentro de sus pantalones para capturar su polla con fuerza. El suave contacto de su piel en mi mano me provoca un cosquilleo y cierto pudor, que trato de disimular actuando como si llevara toda la vida haciendo lo que estoy haciendo. Él suelta un lamento en un idioma que no entiendo, parece hebreo. Saca la cabeza de mi jersey para poder mirarme. Levanta la cadera hacia mí y entonces muevo mi mano arriba y abajo por instinto. No sé si lo hago bien o mal. Nos miramos a los ojos fijamente. Ninguno de los dos tiene el control sobre sí mismo. Se muerde el labio inferior. Atrapa mi muñeca con una de sus manos para detenerme.

—Si sigues, no voy a aguantar mucho más —susurra.

Me enciendo. Verlo en ese estado de embriaguez con ese tono de voz me quema por dentro. No solo continúo, sino que lo hago con más ímpetu.

Él me desabrocha los vaqueros con una sola mano y la introduce sin remilgos entre mis piernas. Sentir sus dedos entre mis pliegues me lleva a otra dimensión. Gimo. Nadie me había tocado ahí antes y es una sensación muy íntima y al mismo tiempo abrasadora. Me acaricia con precisión, sabiendo lo que se hace, formando círculos en mi clítoris. Me pierdo en su mirada de depredador, no soy capaz de apartar mis ojos de los suyos. Su expresión de placer será mi nueva droga, con la que soñaré en las tórridas noches de verano a partir de hoy.

Acelera un poco el ritmo y enseguida me elevo al infinito. Ni siquiera ha introducido ningún dedo. No le ha hecho falta. Absorbe mis jadeos con sus labios. Me corro como nunca. Fuerte e intenso. Al verme, echa la cabeza hacia atrás cerrando los ojos con fuerza. Contrae cada músculo de su cuerpo y tras dos o tres espasmos termina derramándose en mi mano. ¡Qué impresión me da! Nunca había tocado algo así.

Yo sola había hecho mis pinitos sexuales y sabía lo que era un orgasmo, pero esto ha sido un nivel superior. ¡Es mucho mejor!

—¡Joder! ¡La hostia! —bufa entre dientes.

Su cuerpo se queda laxo debajo del mío. Me dejo caer a su lado, manteniendo la cabeza apoyada sobre su pecho mientras trato de recobrar mi temperatura y respiración normales.

Esto ha sido… ¡buah! Ha sido increíble.

Ambos permanecemos en silencio. No sé qué decir después de un momento de tanta intimidad con alguien a quien casi ni conozco, por eso me callo y espero a que sea él quien hable primero.

Como no hace nada, levanto la cabeza para observarlo. ¿Se habrá quedado dormido? Está despeinado, se ha colocado una mano por detrás de la cabeza y con la otra trata de no rozarme demasiado. Tiene los labios rojos e hinchados. La piel tersa y los ojos brillantes.

—Desde luego, nadie podría negar que estás recién follado.

Intenta contener la risa.

—¡Qué romántica eres tú!, ¿no?

¿Quiere que sea romántica?

—Perdona. ¿No se puede negar que acabas de hacer el amor? —me corrijo.

—No es lo que hemos hecho.

Ya. Solo hemos hecho el cerdo.

—Esto solo ha sido una demostración de lo mal que besas. Me ha quedado claro —bromeo.

Clava sus ojos en los míos.

—Pues ni te imaginas lo mal que follo —suelta tan campante.

A mí se me escapa una risa tonta, pero trato de mantener la compostura.

—Una lástima que no hayas podido demostrármelo.

Él se incorpora, rodeando una de sus rodillas con un brazo mientras con el otro aguanta el peso del cuerpo contra el suelo.

—¿Eso significa que me tienes ganas, Tay?

Suelto un bufido seguido por una carcajada. Ha vuelto a encenderme con solo siete palabras, joder.

—¿Qué tipo de pregunta es esa?

—Yo te tengo muchas ganas. Tantas que ni siquiera he pasado de los preliminares y eso no es algo que me ocurra a menudo —admite algo avergonzado—. Lo siento.

Dejo de reírme y me quedo seria. «A menudo» implica que lo hace a menudo, no como yo, que no lo he hecho nunca.

Por otro lado, «¿Cómo que lo sientes? ¡Si ha sido el mejor orgasmo de mi vida! Podría correrme con solo mirarte, ¿qué leches vas a sentir?», le grita mi mente.

—Es normal. No te preocupes. Les pasa a todos. No cualquiera se enrolla con alguien que ha alcanzado el grado S de *zettai ryouiki* —lo vacilo, y se ríe, pero su expresión cambia de golpe y se queda muy serio.

—Lo de antes iba en serio, Tay. No puedo tener nada con nadie. Esto ha sido un error. No te estoy diciendo que me arrepienta ni nada por el estilo, ha sido la hostia, pero, no debe repetirse. ¿Vale?

Vale.

Mi ego acaba de volar por los aires.

—Descuida. Tampoco tengo ningún interés en repetir —miento.

Lo bueno de conocer a alguien de nuevas es que puedes fingir ser quien no eres. Raysu no sabe nada sobre mí, así que puedo permitirme el lujo de contarle que me he acostado con mil tíos y quedarme tan pancha, aunque mucho me temo que me pillaría enseguida.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta mientras se incorpora.

Miro mi mano todavía pringosa.

—Lo primero, ¡ir al baño!

# 17
# El rescate

> Te haré estar tan enamorada de mí que cada vez que nuestros labios se toquen morirás un poco.
>
> AI YAZAWA, creadora de *Nana*

—¡¡¿Me puedes explicar otra vez cómo coño te has quedado dentro de la facultad encerrada?!! —Creo que a mi madre le va a dar una embolia.

No he debido contárselo. Con darle las buenas noches diciendo que estaba ya en la residencia hubiera sido suficiente, pero muchos días se presenta allí por sorpresa si la han llevado a limpiar a alguna empresa por el centro y no quería que descubriese que no me encontraba en mi habitación. Desde niña aprendí que es mejor afrontar las consecuencias de mis actos que mentir a mi madre.

Raysu se parte de la risa al ver cómo separo el móvil de mi oreja cuando me grita. Estamos en el gimnasio y lo veo moviendo unas cuantas colchonetas de aquí para allá. Menos mal que mi madre ni se imagina que estoy con un chico, porque, de ser así, la tendría entrando aquí ahora mismo con las fuerzas especiales, helicópteros y tanques incluidos.

—Mamá, no es para tanto, va. Sabes que el fin de semana estuve malísima y casi no pegué ojo. Me quedé dormida en clase y nadie me vio. No hay que dramatizar —trato de calmarla en vano.

—¡¿Dramatizar?! —Está fuera de sí—. ¿Cómo se queda una persona dormida y nadie la ve? ¿Y los profesores? ¿Y Susie? ¿Y el bedel? ¡No puedo creerlo! ¡Me estás mintiendo!

—No te estoy mintiendo. —Pongo los ojos en blanco. Se lo he repetido ya mil veces.

—A ver si vas a estar con el chico ese con el que te quedaste a dormir el viernes. —Se horroriza al pensar que ha dado con la clave.

—¡Mamá, no seas malpensada! ¿En serio crees que pudiendo ir a casa de Ron otra vez, íbamos a preferir quedarnos en la facultad encerrados?

—¡Ay, madre santísima, no me digas eso! ¡Mañana va a arder Troya! ¡Voy a salir hasta en las noticias! ¡Ya verás! ¡A estos se les cae el pelo como que me llamo Mary!

—Mamá, voy a dormir en un aula que parece bastante cómoda. Míralo por el lado bueno, mañana no tendré que madrugar.

Imagino su cara de «¿te crees que he nacido ayer?».

—¿El lado bueno? ¿Y qué vas a cenar? ¡Además, está nevando! ¡Ahí hará un frío de narices!… Ay, hija, por Dios, no puedo con la vida, no me das más que disgustos. —Escucho que se echa a llorar y me da mucha pena.

—Mamá, por favor, no llores —susurro.

—¿Cómo no voy a llorar? —Se suena los mocos.

—¿Habrías preferido que te mintiese?

Hace una pausa para sonarse los mocos.

—Sabes que no.

—Si te lo he contado, es porque no le doy importancia. No pasa nada. Aquí hay calefacción y no hace nada de frío. Si quieres, te mando un vídeo para que veas que no tengo puesto ni el abrigo.

—¿Y la cena? ¿Y el desayuno? Llevas tres días sin comer casi nada, cariño.

—Pues es que no puedo comer nada con la gastroenteritis, así que me viene bien no poder hacerlo. Tengo en la mochila la botella de suero y hay máquinas de sándwiches en los pasillos. Además, ¿quién se muere por no comer una noche, por Dios? —Me río, y ella también.

—¿Seguro que no hay nadie más ahí dentro? A ver si va a haber algún violador…

—¡Mamá! —la reprendo.

Ella ve violadores, secuestradores y asesinos en serie potencialmente mortíferos para mí por cualquier parte.

—Bueno, cariño. ¿De verdad no quieres que llame a la policía para que vayan a sacarte? Yo me quedaría más tranquila.

—Que no. En serio. Piénsalo. Cuando quieran venir y abrir el edificio, será de madrugada y al final no voy a pegar ojo. Voy a seguir arrastrando horas de sueño. Prefiero quedarme a dormir toda la noche aquí tranquila —insisto.

Permanece en silencio. No se queda demasiado convencida.

—Ahora te mando una foto con la cama tan mona que me he preparado con las colchonetas del gimnasio. No tiene nada que envidiar a mi cama de la resi.

Ella se ríe.

—Te voy a creer. Intenta descansar. Mañana hablamos. Un beso.

—Un beso, mami.

Cuelga. Raysu ya no se ríe tanto y yo me siento superculpable por mentir de esa manera a mi madre. Aun así, me hago una selfi junto a las colchonetas y se la envío.

—¿Por qué ha dicho que solo le das disgustos? No pareces una chica que dé preocupaciones a sus padres, más bien todo lo contrario —comenta.

Está en un rincón tumbado sobre una especie de cama que ha hecho con algunas colchonetas en el suelo. Yo me tumbo a su lado. Se está bastante cómodo. Me cubro con mi abrigo. No hace frío, pero siempre me ha gustado taparme hasta el cuello para dormir, incluso lo hago en verano con una sábana fina. Él me pone su abrigo también por encima para taparme los pies, que me quedaban al descubierto.

—¿Y tú? ¿No tienes frío? —le pregunto al cabo de un rato.

Estamos tumbados de costado, uno frente al otro, con el brazo flexionado a modo de almohada, mirándonos fijamente.

—Alguien ha conseguido subirme la temperatura. —Me guiña un ojo y yo me sonrojo—. No has contestado a mi pregunta.

—No creo que se refiera a los disgustos que tú te imaginas.

—¿A cuáles se refiere entonces? —insiste—. No te pongas a la defensiva, es una pregunta sin más. Simple curiosidad.

No sé si quiero contarle la mierda de infancia que he tenido, ahora que piensa que soy una tía guay.

—Bueno, digamos que desde pequeña todos los niños me veían como si fuera un bicho raro. Nunca han entendido mi pasión por el mundo manga ni por ninguna otra cosa. De ahí los disgustos.

Él me mira con la compasión reflejada en su rostro.

—Sé de sobra de lo que hablas.

—¿En serio?

—A mí me ocurrió algo parecido.

—Pero tú eres popular —conjeturo.

—¿Popular? ¿Qué te hace creer eso?

—Susie me dijo que tu padre es un abogado muy importante, y la gente importante siempre es popular.

—Depende de lo que para ti signifique ser popular. Para mí alguien popular es Carter, por ejemplo. —En cuanto lo nombra me siento como una traidora. Como si le hubiese puesto los cuernos—. Solo tienes que verlo. El capitán del equipo de baloncesto. Hijo de empresarios brillantes. Con dinero. Todas las chicas se mueren por él. Guapo, influyente y con buen cuerpo. Si hasta Nike le ha hecho una propuesta para ser su embajador en redes.

¡Lo sabía!

No voy a desvelar que Ron cambiaría cualquiera de todas esas cosas por un simple abrazo de sus padres el día de Navidad.

—¡Vaya! ¿Tú también eres su *follower*? —lo pincho.

—No hace falta seguirle, ya se encarga él de que todos sepan todo eso con su constante pavoneo. Siempre ha sido así.

—¿Os conocéis?

—Nos conocemos desde niños. Íbamos al mismo colegio. Nuestros padres son íntimos amigos, para mi desgracia. Él era uno de los que más se metían conmigo por ser friki. Aunque al menos él lo hacía fuera del colegio. Según mi padre, solo trataba de ayudarme a integrarme con el resto.

Entonces ¿Raysu iba al mismo colegio que Susie? No me suena haberlo visto por allí.

—Nadie debería vivir ese infierno por el simple hecho de ser diferente a la mayoría —musito dolida al recordar ciertas escenas cruentas de mi vida.

—Hay que seguir avanzando y creciendo, Tay. No puedes quedarte atascada en esos recuerdos. Yo he aprendido que toda aquella mierda me ha llevado a ser quien soy. No lo agradezco, porque, joder, me habría gustado más crecer rodeado de amigos y risas, pero tampoco me arrepiento de ser la persona en la que me he convertido. Me mola el manga, ¿qué hay de malo? A otros les van otras movidas y a mí me la suda. Quizá sin aquellas vivencias no valoraría ciertas cosas que hoy sí valoro.

—¿Como cuáles? —quiero saber.

—La gente auténtica, por ejemplo. Tú eres auténtica.

—Los *otakus* somos auténticos. —Le sonrío.

Él me devuelve la sonrisa. Lo miro ensimismada. Es tan guapo…, pero me da la impresión de que le está dando vueltas a algo todo el tiempo.

—¿En qué piensas? —le pregunto.

Me mira. Creo que se está planteando si contármelo o no.

—¿Te has acostado con Carter? —suelta.

—¡¿Qué?!

—Tu madre te ha preguntado antes si estabas con el chico con el que pasaste la noche el viernes, y cuando le has contestado, he descubierto que era Ron.

Nota mental: «Tay, chiquitina, mira, nunca vuelvas a permitir que nadie escuche las conversaciones con tu madre. Son un arma de destrucción masiva».

—¿Y eso te importa porque…? —Le dejo tiempo para que conteste.

—No me importa. —Parece sorprendido por mi pregunta.

Quizá he sido demasiado borde.

—¿No estarás celoso, Raysu? —lo pincho.

—¡No seas cría! —despotrica.

Pasan unos segundos. ¿Le cuento cómo fue?

—No pasé la noche con él. Mi madre es una exagerada porque hasta media hora con un chico le parece demasiado. Fui a su casa tarde porque voy a dar clases particulares a su hermana. Solo fui a conocer a la niña —miento.

Pero ¿por qué miento?

—¿A Hermione?

—¡Sí!

Entrecierra los ojos.

—¿Tú?

Me encojo de hombros.

—Lo mismo pensé yo. No hay ninguna explicación lógica.

—Yo creo que sí la hay.

—¿Cuál?

—Le gustas.

—¡¡¡¿Yo?!!! ¿A Ron «Soy el Puto Amo» Carter?

Raysu suelta una carcajada y yo me contagio al verlo.

—Te subestimas, Taylor.

Permanecemos un momento en silencio.

—¿Puedo hacerte una pregunta yo a ti? —le digo.

—Dispara.

—Antes has dicho que te acostabas *a menudo* con chicas. Alguien que no es popular no hace eso, ¿no? —Se me ha quedado ahí la espinita clavada. Quiero ver si lo pillo en un renuncio. Alguien como Raysu es imposible que no llame la atención de las tías.

Él niega con la cabeza y sonríe.

—¿En serio? ¿Te vas a quedar con cada palabra que suelte?

—¡Claro!

—Lo que he dicho no es que me acueste a menudo con chicas, he dicho que no me ocurre a menudo lo de correrme con un simple roce.

Vuelvo a sonrojarme y a quedarme mucho más tranquila al saber que no es un *fucker* profesional. No me preguntéis por qué.

—Bueno, es que mi toque no lo tiene cualquiera —lo provoco levantando dos veces las cejas mientras me río para tratar de disimular mi propia vergüenza.

—No me jodas, si no ha sido ni una paja en condiciones. Me he corrido como un puto adolescente. ¡Me da hasta vergüenza, hostias!

Se me escapa una carcajada porque se está tapando la cara con ambas manos.

—De todas formas, ya no importa —le digo.

—¿A qué te refieres?

—A que nunca sabremos si habrías aguantado hasta el final o no, porque no se volverá a repetir.

Él me observa pensativo.

—Cierto —termina asumiendo.

Me doy la vuelta para darle la espalda. No quiero que descubra la decepción en mis ojos.

—Buenas noches, Raysu. Gracias por venir a salvarme.

—Buenas noches, Taylor. Ha sido un *placer*, en todos los sentidos.

Se me escapa una risita, pero no abro la boca para no emitir sonido alguno y que me pille.

# 18
# La huida

> Nunca mientas, incluso si se trata acerca de tus sentimientos.
>
> MISAKI AYUZAWA, protagonista de *Kaichou wa Maid-sama*

Un fuerte golpe cercano consigue despertarme. Levanto la cabeza, estoy muerta de sueño y no sé muy bien dónde me encuentro, solo veo un enorme brazo que descansa encima de mi cintura. Sigo con la mirada ese brazo y llego hasta… ¡el cuerpo de Raysu! Miles de imágenes de lo que hicimos anoche pasan a toda velocidad por mi mente consiguiendo que me sonroje.

Vale, ya me acuerdo, estamos en la facultad.

«A ver, Taylor, cálmate». Lo miro con atención. Su rostro refleja paz. Está relajado. Tiene el pelo revuelto. Los labios rosados y entreabiertos. Me entran ganas de besarlo, pero no como anoche, que nos consumieron las ganas, sino saboreando su piel, despacio. Entonces soy consciente de que compartimos algo especial. No solo me gusta hablar con él y que se meta conmigo, es que a su lado puedo ser yo.

Vuelve a sonar otro golpe. Procede del otro lado de la puerta del gimnasio. Supongo que estarán comenzando a llegar los trabajadores.

—¡Raysu! ¡Eh! ¡Despierta! —Lo muevo y gruñe—. ¡Raysu! ¡Nos van a pillar! ¡Date prisa! —Ahora mismo esto me recuerda a *Avatar*, como si en cualquier momento una excavadora gigante fuese a echar abajo la puerta y a abalanzarse sobre nosotros.

Él abre los ojos solo un poco para tratar de enfocarme, pero no parece que lo consiga, porque me mira como si no me conociese de nada. Todavía está sumido en el sueño.

Me levanto a toda prisa, pasándole su abrigo. Él se incorpora confundido. Genial. Es de los que necesita su tiempo para volver a la tierra. No como yo, que me despierto como una ardilla puesta hasta el culo de anfetas.

—Vamos a escondernos a los baños hasta que empiecen a llegar todos. Luego nos colaremos en clase y así nadie sabrá lo que ha pasado —susurro.

Como sigue sin saber quién soy, lo cojo de la muñeca para que me siga. Caminamos pegados a la pared hasta la puerta. Me asomo. No hay moros en la costa. Le hago una señal con la mano para indicarle que venga detrás de mí.

El trayecto hasta los baños se me hace eterno, pues todavía no han abierto las puertas a los estudiantes y, si nos pillan, nos resultará muy complicado explicar qué hacemos aquí. La adrenalina acelera mi pulso.

Nos asomamos por una esquina para salir al pasillo principal y, justo cuando vamos a salir, su brazo se interpone en mi camino.

—¡Chisss! ¡Quieta!

Raysu me abraza para que vuelva atrás, apretándome con su cuerpo contra la pared. Mil pensamientos libidinosos se disparan en mi cerebro. «No es momento», regaño a mi mente perturbada.

—¿Qué pasa? —le pregunto en voz baja.

Señala con un dedo hacia el pasillo y de pronto aparece una de las señoras de la limpieza empujando un carrito lleno de sus útiles de trabajo. Pasa tan tranquila por delante de nosotros, pero como va mirando algo en el móvil, ni siquiera nos ve. Yo, sin embargo, tengo la respiración a mil, no sé muy bien si por tener así de cerca a Raysu o por miedo a que nos pillen.

Me mira con una expresión extraña, elevando las cejas.

—Por los pelos —susurra separándose de mí.

Continuamos nuestro camino hasta que por fin llegamos a los baños. Él me sigue hasta el de chicas porque en el de chicos parece haber alguien. Nos encerramos en uno de los cubículos y permanecemos en silencio.

*POV*: un chico y una chica escondidos en un baño mientras saltan chispas entre ellos. Nos van a pillar. Fijo.

Nos miramos en la penumbra. No podemos encender la luz y, encima, estamos casi pegados porque no hay demasiado espacio. Me estoy poniendo muy nerviosa.

Me sonríe con complicidad.

—No puedes ir a clase con esos pelos, pareces Cruella de Vil —me dice para romper el hielo.

Suelto un bufido.

—¡Tú es que no te has visto! —le respondo mientras trato de peinarme con los dedos muerta de la vergüenza.

Empiezo a darme cuenta de que Raysu bromea cuando se siente nervioso, y esa ironía que lo caracteriza me encanta.

—¿No me habrás traído aquí para meterme mano, Taylor?

Se me escapa una risa. Es un payaso.

—Me has pillado.

—Deberías esforzarte un poco más en disimular, no me gusta que me pongan las cosas tan fáciles.

¡Será imbécil!

Le doy un codazo en todo el estómago, que, por cierto, lo tiene duro como una piedra, y él se agacha fingiendo que le he hecho daño. Miro al cielo y niego con la cabeza.

—Cuando vengas suplicándome de rodillas y te rechace, ya verás lo fácil que soy, *darling* —le respondo, y se ríe.

—Quita el sonido del móvil, anda. Tu madre es capaz de llamarte justo ahora para comprobar que sigues viva —me recuerda.

Ambos lo silenciamos por si acaso y al cogerlo veo que tengo como veinte wasaps de Susie.

Los leo un poco por encima y después me lo guardo en el bolsillo del abrigo.

—¿Ocurre algo malo? —me pregunta al verme la cara.

—Es Susie. Quiere hablar conmigo.

—¿Tu querida amiga, la víbora?

—¡No es una víbora, idiota!

—Ya. Es tu *bae*, la pena es que tú no eres el de ella. A ver si abres los ojos de una puta vez. No puedes permitir que la gente haga contigo lo que le apetezca.

—¿Y a ti qué te imp…?

De pronto suena la puerta de entrada al baño y Raysu se apresura a taparme la boca con una mano para que deje de hablar. Su expresión se torna seria. Ambos contenemos el aliento mientras nos miramos a los ojos fijamente. Permanecemos rígidos como estatuas durante un rato. Quienquiera que sea el que esté al otro lado de la puerta se está tomando su tiempo en acicalarse frente al espejo. Solo espero que no quiera entrar a hacer pis, porque entonces se daría cuenta de que uno de los cubículos está ocupado.

No sé los minutos que pasan, pero Raysu continúa cubriéndome la boca con la mano mientras se aprieta cada vez más contra mí. Tanto que noto su erección en la entrepierna.

Poco a poco, afloja la mano. Mueve su pulgar con sutileza para tocar mi rostro, como si no quisiera que me diera cuenta. Acaricia mis labios sin dejar de mirarme. De nuevo descubro el deseo en sus ojos, y con él se enciende el mío. Me pide una cosa, pero hace la contraria.

¿Así que quiere pelea?

¡Pues se va a enterar de quién soy yo!

Separo los labios y me introduzco su pulgar en la boca con sumo cuidado, sin prisas. Su mirada se vuelve más turbia aún. Comienzo a succionar y a lamerle el dedo con ganas. Sabe algo salado y es áspero. Nuestras frentes permanecen juntas. Cierra los ojos con fuerza tratando de retener un bufido. No podemos hacer ruido.

Me tiene aprisionada contra la pared. Aprieta su cadera contra mí para que sienta su enorme erección. Mueve el dedo adentro y afuera. Escucho su respiración cada vez más agitada. Como sigamos así, nos pillarán. Ahogo un gemido y sonríe de lado con una mirada traviesa. Victorioso. Me invade una sensación muy cálida a la que bien podría acostumbrarme.

Cabrón.

Sus ojos brillan con fuerza. Sin dudas. Me coge con ambas manos el rostro para besarme, pero me armo de valor para retirar la cara justo cuando estaba demasiado cerca.

—No —susurro.

Se aleja un poco para poder mirarme mejor. Está confundido. Como yo. Que no se piense que me va a tener comiendo de la palma de su mano cuando le apetezca. Soy tonta, pero todo tiene un límite. Ya lo que me hace falta es tener un bipolar en mi vida.

Suena la puerta cerrarse, por lo que supongo que la persona que estaba aquí acaba de salir. Todo permanece en silencio.

—Has dicho que no querías que se volviese a repetir lo de anoche, así que ¡no! se volverá a repetir —susurro todo lo bajo que puedo.

Él se aparta de mí a toda prisa, como si le quemase. Juro que estoy conteniendo el aliento para no asesinarlo. Sus ojos me suplican que haga algo, como si yo tuviera todas las respuestas que busca, pero no puedo concederle eso porque no las tengo.

—Lo siento, Taylor. Yo…, joder. No sé qué coño me pasa cuando estoy contigo. Es como si perdiese el control. Soy un gilipollas. Perdóname, por favor.

Aprieta los puños a ambos lados del cuerpo. Está muy cabreado y espero que sea consigo mismo.

—Perdonado.

Lo miro sin vacilar y noto cierta presión en el estómago. Una tensión inesperada. Raysu no es solo lo que ven todos. No es un rostro bonito o un bicho raro. Es más. Mucho más. Es perspicaz. Inteligente. Amable. Y un buen confidente. No es solo una sonrisa de infarto. Raysu es un cúmulo de sorprendentes cualidades, cuyos secretos me atraen cada vez más.

No voy a mentir, ahora mismo tengo un calentón que bien podría derretir el polo norte. Con Raysu me veo poderosa, como alguien capaz de coger la batuta que rige el mundo, como si fuese alguien importante y sin miedo. Él saca a la luz una parte de mí que hasta ahora ni conocía: la Taylor vacilona, la Taylor chispeante y, por lo visto, una Taylor muy sexual. Por Dios, con Ron me enciendo, pero es que con Raysu ardo en llamas. No sé cómo va a terminar esto, pero todo apunta a que nada bien.

Salgo del baño a toda prisa porque necesito oxígeno. El aire entre nosotros era tan espeso que empezaba a costarme respirar. Escucho al otro lado de la puerta algunas risas. ¡Bien! Ya van llegando los alumnos.

Echo una ojeada rápida a mi espalda. Raysu está detrás de mí con una expresión de «la he cagado» que no me apetece ver más.

—Primero salgo yo —le advierto.

Asiente.

Cuando abro la puerta para marcharme, me coge por la muñeca.

—Espera.

Me vuelvo para mirarlo.

—Taylor, lo siento, yo…

—Raysu —lo interrumpo tajante—, no tenemos doce años, ¿vale? Déjalo estar. Me voy. Adiós.

Tiro un poco de mi mano para que me suelte y salgo por la puerta sin dudarlo ni un segundo; no podía permanecer más tiempo fingiendo que no me importan sus cambios de «ahora sí, ahora no».

Cuando voy camino de clase, cambio de idea. No quiero aguantar un día entero sentada junto a Susie, ni tengo fuerzas para prestar atención al profesor, ni tomar apuntes, tampoco puedo enfrentarme de nuevo a Ron… Así que decido marcharme a la residencia para dormir y descansar. Lo necesito más que respirar.

# 19
# La verdad

> Cuando una flor muere, nunca vuelve a florecer.
> La gente, las aves, los insectos, incluso las estrellas que brillan intensamente; la vida ocurre solo una vez, por eso es tan hermosa y preciada.
>
> ORFEO DE LIRA, personaje de *Saint Seiya*

Siento una mirada sobre mí. Desconozco si lo estoy soñando o es real. No sé dónde estoy, floto sobre una nube peluda que ronronea, pero de repente caigo al vacío y… ¡me despierto sobresaltada gritando!

En cuanto abro los ojos, me incorporo en la cama de un salto y me doy un susto de muerte al chocarme contra un bulto enorme en mi colchón, pero para cuando mi cerebro quiere asimilar que no es otra cosa que Susie enredando con su móvil, ya he soltado otro fuerte alarido y ella, en respuesta, chilla también.

A todo esto, Nyanta, que estaba acurrucado junto a mí, maúlla histérico mirándonos a ambas, horrorizado. Pobrecito, creerá que está pasando algo terrible, en plan destrucción del mundo o algo así, y él no lo ve venir. Lo cojo entre mis brazos corriendo para tranquilizarlo y noto que su pequeño corazón va a mil por hora.

—¡¿Estás tonta?! ¡Qué susto me has dado! —Mi amiga se lleva la mano al pecho todavía atemorizada.

—¿Yo? ¡El susto me lo has dado tú a mí, idiota! —le recrimino.

—¡Estabas dormida plácidamente y de pronto te levantas a toda hostia gritando como la niña del exorcista!

—¿Y tú qué haces ahí sentada como un espíritu acechándome? ¡Casi me da un infarto!

Entonces nos miramos y no somos capaces de contener más la risa. Nos descojonamos durante un buen rato.

—¡Tenías que haberte visto la cara! —exclamo llorando de la risa.

—Imagino lo que debe de estar pensando Nyanta: «Humanas idiotas, vaya forma de despertarme. Mi venganza será terrible y caerá sobre vosotras como un rayo celestial». —Lo imita con su voz. Bueno, con la voz que ella supone que tendría el gato si hablase.

Volvemos a reírnos y Nyanta, como si supiera que nos estamos burlando de él, se baja de mis brazos para ir al baño, a su arenero, y Susie vuelve a poner su voz:

—«Tomad, un ñordo para vosotras, desgraciadas».

Otra vez nos reímos. ¡Cuánto necesitaba esto!

No sé qué hora es, pero veo por la ventana que es de noche. ¿He dormido durante todo el día? Cojo el móvil para comprobarlo. Son las nueve. Afirmativo. He dormido todo el día. Esta noche no voy a ser capaz de pegar ojo.

—No sé nada de ti desde ayer, Tay. Vine a tu cuarto y no estabas. Te he petado el móvil a wasaps y llamadas, pero no me has contestado. Tampoco has ido a clase. Iba a llamar a tu madre. Estaba preocupada.

—¿Preocupada? Creí que me habías dicho que me olvidase de ti para siempre o algo por el estilo —le reprocho.

Pone los ojos en blanco.

—Taylor, te eché laxante en la comida del sábado —suelta.

—¡¿Qué?! ¡Dime que no es verdad!

Asiente arrepentida.

—¡Serás zorra!

—No aguantaba más sin contártelo. Te quería pedir perdón. Perdón. Perdón. —Pone ambas manos juntas como si me estuviese suplicando—. Lo siento mucho y sabes que voy en serio. Me arrepiento mucho. No sabía que te ibas a poner tan mal. Solo eché un poquito.

Me dejo caer sobre el colchón de nuevo cubriéndome la cara con un brazo. O sea que todo lo mal que he estado durante casi tres días ha sido por la cabrona de mi amiga. Bien.

—No puedo creerlo —murmuro indignada—. Eso es ser mala persona.

—Por eso me siento tan mal. Me he pasado, tía. Demasiado. Lo admito. Y he venido a contarte toda la verdad. No aguanto más escondiéndolo, y discutir contigo me ha hecho ver que ya es hora de que lo sepas… todo.

—No quiero saber los detalles sobre cómo me echaste el puto laxante. Da gracias a que no te tire por la ventana —reniego cada vez más cabreada.

—¡No quiero hablarte sobre el laxante!

—¿Entonces? ¿Te estás muriendo? Porque es la única razón por la que te perdonaría. Y solo para poder matarte yo antes.

—Ojalá me estuviera muriendo —musita apenada—, esto es peor.

Suspiro. Sé que es una *drama queen*, por eso ni me preocupo.

Me levanto para hacerme un café. Total, ya no voy a poder dormir, así al menos aprovecharé para estudiar. Tengo puesto un mono azul de peluche a modo de pijama, pero ni siquiera recuerdo haberme cambiado al llegar. Creo que el último trayecto a la resi lo hice en *mood* zombi.

—¿Me has puesto tú esto? —le pregunto.

—Sí.

Mientras deambulo arriba y abajo cogiendo la taza, la cápsula, la leche de la mininevera, el azúcar, la cuchara…, Susie me observa con cara de arrepentimiento. Ni siquiera sé qué decir. Ahora mismo la odio. Me siento en la silla junto a la mesa una vez que tengo el café perfecto y humeante entre mis manos. Doy un sorbo. Cierro los ojos para degustarlo pasando de ella por

completo.

Carraspea.

—Necesito contarte una cosa. ¿Me haces caso, *please*? —me pide.

—Estoy muy cabreada contigo, Susie. No puedes venir y contarme alguna de tus idioteces para que me olvide de todo lo que has hecho. Ni lo sueñes porque yo…

—¡Me gustan las tías! —me interrumpe—. Soy lesbiana.

Abro los ojos de manera sobrenatural y escupo el café que tenía en la boca como un aspersor a propulsión sobre ella.

—¡¿Qué?! —chillo.

Se limpia con cara de asco mientras confiesa:

—Ron ha sido una tapadera todo este tiempo. Bueno, a ver, me hizo gracia hasta los once años más o menos, pero luego me crucé de acera.

Espera…

—¡¿Qué?! —repito. Estoy flipando. Lo siento, no soy capaz de decir otra cosa.

—Tenía miedo de que la gente me descubriese, porque últimamente se me van los ojos a los pechos de las chicas. Por eso me presenté al *casting* de Carter, para gritar a los cuatro vientos que me gustaba un tío. Él siempre ha sido la tapadera perfecta: alguien que nunca se fijaría en mí.

—Pero…

—Por eso me sentí perdida al ver que le gustabas. No sabía cómo debía actuar porque se supone que tengo que estar muy enfadada si mi mejor amiga se lía con el amor de mi vida, y al final me pasé tres pueblos con el papel de celosa. Fui una egoísta. Traté de que te alejaras de él solo pensando en mí. Pero es que yo no tenía ni idea de lo que sentías en realidad por Ron.

Cierro los ojos. Niego con la cabeza. Los abro. La miro confundida.

—Esto tiene que ser una broma.

—Déjame terminar, por favor —me suplica.

—Vale. —Hago un gesto con la mano para que continúe.

—Luego me sentí tan dolida contigo… No por el hecho de que le gustases a Ron, sino porque no entiendo cómo pudiste ocultarme durante tanto tiempo que él te gustaba a ti.

—¡Pero si tú has hecho lo mismo! ¡Tú también has estado ocultándome cosas importantes de ti! —le grito cabreada.

—Por eso te lo estoy contando todo ahora. No podía estar enfadada contigo por algo que también estaba haciendo yo. Tú nunca me habías mentido. Yo conocía la desconfianza que me generaba el hecho de no serte sincera y, por eso, al darme cuenta de que tú sentías esa misma desconfianza hacia mí…, no sé, me puse celosa, se me fue la olla. No sé si me estoy explicando bien. Esto es un puto lío.

—De los gordos.

Me levanto para dar vueltas por el cuarto con una mano sobre la frente y la otra en la cintura. Necesito moverme. Necesito hacer algo, porque mi cerebro está recapitulando recuerdos con mi amiga a la velocidad de la luz y en ninguno me parece ver que le gusten las chicas.

—No me lo puedo creer, Susie —le recrimino.

—No te lo he contado antes porque tampoco era algo seguro al cien por cien.

—¡No me jodas, tía! Nos contamos las veces que vamos al baño, ¿y no me cuentas que crees ser lesbiana? —me quejo.

—Me daba miedo.

—¡Miedo! ¡¿Yo te daba miedo?!

—No, tú no. Me daba miedo decirlo en voz alta. Sentía que, si lo hacía, se haría real. Y me da pánico que sea real. Tengo miedo.

Me detengo para mirarla. Tiene los ojos anegados en lágrimas.

—Susie…

Me siento a su lado y nos abrazamos mientras llora desconsolada sobre mi hombro. Se me ablanda el corazón al verla sufrir así.

—Venga, que no es para tanto, no seas tonta, joder, que no es nada malo. Si no quieres que lo sepa nadie, nadie lo sabrá. Cuando estés preparada, lo dices, y si no quieres, no lo cuentes nunca. Eso será decisión tuya. Todo a su tiempo —la consuelo con cariño.

—Lloro porque me siento una mierda por haberte tratado como lo he hecho, Tay. He sido una hija de puta contigo… Me sentí acorralada y no supe cómo reaccionar, así que lo hice atacando. Supongo que me pudo el miedo a que todo cambiase entre nosotras si te enterabas de… —solloza.

Nos separamos para mirarnos una a la otra.

—Pues sí. No te voy a quitar culpa. Lo he pasado muy mal. —Se me escapa alguna lagrimilla —. Pero el hecho de que te gusten las chicas no va a cambiar nada entre nosotras. ¿Estás tonta?

Nos reímos las dos entre lágrimas.

—Taylor, ¿me perdonas? Por favor. Casi me muero estos días sin ti. Te he echado tanto de menos…

Me hago una idea. Yo también la he echado de menos.

—Me has hecho mucho daño. Me hiciste prometer que no tendríamos secretos y tú me ocultabas la bomba más gorda de todas las bombas —me quejo.

—No.

—¿No qué?

—La bomba todavía no la he soltado…

Abro mucho los ojos.

—¿Estás enamorada de mí? —espeto.

Suelta una sonora carcajada.

—¡Pero bueno! ¿Quién te crees que eres, Taylor Swift? A ver si ahora no tienes suficiente con Carter y Raysu —protesta.

—Joder, qué susto. ¡¿Entonces?!

—Me he enrollado con Lily. ¡Ha sido mi primer beso con una chica! —exclama emocionada.

La mandíbula debe de llegarme al suelo.

—¡¿Lily?! ¿Lily mi vecina? —Señalo la pared que da a la de ella.

Asiente con una enorme sonrisa. Una sonrisa y un brillo en los ojos que, ahora que me doy cuenta, hacía tiempo que no le veía.

Nos pasamos horas hablando sobre lo que ha sentido y cómo surgió todo. Aún no doy crédito, pero la veo feliz y eso me hace feliz a mí.

Nos despedimos sobre las dos de la madrugada.

—Te quiero —susurra.

—Yo más.

—No vuelvas a apartarme.

—Pase lo que pase. Te lo prometo.

Antes de marcharse por el pasillo, volvemos a abrazarnos por última vez. Al dejarme caer sobre la cama, respiro de nuevo con normalidad, con los pulmones a pleno rendimiento y el corazón blandito. Hasta ahora no era consciente del amor que sentía por Susie y de lo que la necesitaba. En lo más profundo de mi corazón siempre me negué a aceptar que fuera real que me estuviese haciendo daño a propósito, y me alegro muchísimo de haber sabido por fin la verdad.

# 20
# Las clases particulares

> Mientras tengas vida y el don de vivir, debes hacer que los milagros ocurran.
>
> ATENEA, personaje de *Saint Seiya*

—Tay, acuérdate de que tenemos que ir a comprar mi traje para la fiesta —susurra Susie mientras la profesora de Análisis Vectorial nos suelta un rollo desde hace media hora.

—¡Yo ya lo tengo casi terminado! —canturreo.

Pone los ojos en blanco al ver mi enorme sonrisa de satisfacción.

—Este año pienso ir mucho mejor que tú —me pincha.

—Sabes que eso nunca pasará.

—Llegará el día —dice con voz siniestra. Ambas nos reímos.

La fiesta internacional de *cosplay* que se celebra anualmente en Nueva York es lo único por lo que me mantengo cuerda el resto del año. Allí no me siento un bicho raro, soy yo misma. Sin censuras. Feliz.

La primera vez que me llevó mi madre, por recomendación de mi psicóloga, cuando tenía tan solo diez años, estuve la mitad del día llorando de la emoción y la otra mitad hablando por los codos con todo el mundo. Descubrí que ¡había más gente como yo! Que no tenía nada malo ni defectuoso en el cerebro. Y mi madre se dio cuenta de que su hija era una persona totalmente diferente cuando se rodeaba de sus iguales. Yo era un pez viviendo entre tigres y, cuando me lanzabas a chapotear en el agua, me sentía viva.

Desde aquel año, acudir al Anime NYC se convirtió en una tradición y Susie no dudó ni una sola vez en acompañarnos. Creo que hasta se flipa más que yo, que ya es decir. Siempre he sabido que mi amiga llevaba una friki dentro.

Además, este año es el primero que nos dejarán ir solas. Mi madre no estaba demasiado convencida, me sobreprotege porque soy hija única y tiene pánico por mi padre, pero Helen insistió en que ya somos mayores de edad y responsables, y que sería solo una noche. Nos reservó un hotel justo enfrente del Javits Centre y nos hizo jurar sobre la Biblia que en cuanto llegásemos las llamaríamos. Todo controlado. Aunque mi madre ese día necesitará una dosis extra de Prozac. Daños colaterales.

—Ya he visto un par de discotecas que están cerca —susurra.
—¡No vamos a ir a ninguna discoteca, Susie! ¿Quieres que me quede huérfana o qué?
—Tu madre no se va a enterar, tía.
—No. Me niego.
—Ya lo veremos.

Hola.

El Gilipollas de Carter 🐽:

¿Sigues viva, Moon?

No lo tengo claro.

El Gilipollas de Carter 🐽:

Creí que nunca me desbloquearías.

Acaba de salirme una sonrisa de gilipollas.

¿Ves por lo que te llamo el Gilipollas de Carter?

El Gilipollas de Carter 🐽:

Ja, ja, muy graciosa.

¿Se puede saber a qué se debe el milagro de que me hables?

Digamos que han cambiado algunas cosas.

El Gilipollas de Carter 🐽:

Llámame loco, pero algo me dice que no vas a contármelo…

No por aquí.

El Gilipollas de Carter 💩:

¿Dónde entonces?

Tengo que ir a Hogwarts a dar clases a una niña.

¿Te parece bien después?

El Gilipollas de Carter 💩:

Dime a qué hora voy antes de que me arrepienta.

El Gilipollas de Carter 💩:

¿A las cinco?

Ok.

El Gilipollas de Carter 💩:

Hasta luego, Taylor.

Espero que cuando llegues ya se me haya borrado esta incómoda sonrisa de imbécil.

No le contesto, pero, entre nosotros, no creo que su sonrisa sea más grande que la mía.

A las cinco en punto me encuentro justo delante de la puerta de la villa de los Carter. Hay un autobús que me deja muy cerca. Me tiembla la mano cuando voy a llamar al telefonillo. Dudo por un momento si hacerlo o no. Entonces se abre la puerta por arte de magia.

—¡Oh! ¡Qué susto! —exclamo poniéndome la mano sobre el pecho.

Un señor trajeado, muy serio, de pelo blanco y espeso bigote me mira intrigado desde el otro lado.

—¿Usted es la nueva profesora de Hermione? —pone en duda.

—¡Hola! ¡Sí! Me llamo Taylor, encantada. —Le tiendo la mano temblorosa y me devuelve el saludo con reticencia.

—Encantado, señorita. Yo soy John.

—¿El mayordomo? Ron me ha hablado de usted.

Vuelve a sorprenderse, pero disimula y me invita a pasar.

—La señorita Carter la espera en la sala de estar. La acompañaré.

—Gracias.

A la luz del día todo parece muchísimo más grande. Me vuelve a impresionar. De camino a la sala de estar, le pregunto por Ron.

—Tiene entrenamiento hasta las cinco y media. Me ha dicho que no la deje escapar hasta que vuelva. De hecho, sus palabras exactas han sido: «Si tienes que atarla o encerrarla, lo haces».

Suelto una risa porque lo dice como si nada, sin ningún tono, pero a mí me ha dado un vuelco el corazón.

—Las clases son de una hora, no voy a escaparme, John, puede estar tranquilo —alego.

Carraspea.

—Digamos que nadie ha llegado a estar la hora completa.

—¿Por qué?

—Ahora lo descubrirá. —Se detiene para abrir una puerta. Me indica el camino con la mano —. Es aquí.

Entro. Cierra la puerta y se marcha.

Lo primero que veo es a Hermione junto a un gran ventanal cruzada de brazos y con los morros sacados. Lleva el uniforme del mismo colegio privado carísimo al que asistía su hermano. Supongo que habrá llegado de allí hace poco.

—¡Hola, Hermione!

No responde.

—Tu hermano me ha dicho que te mueres de ganas de empezar las clases.

Mira hacia la ventana. Seguro que se está mordiendo la lengua.

—Te apuesto lo que quieras a que no tienes más ganas que yo —musito para mí misma con ironía mientras me acerco a la mesa para soltar la mochila que traigo con unos libros para la clase.

—Entonces ¿por qué vienes? —se queja.

—¡Vaya! ¿Tienes lengua? ¡Qué decepción! Creí que estarías toda la hora calladita.

—Ya te gustaría —dice.

—Bueno, espero que, si no estás en silencio, al menos no molestes.

Me observa con los ojos entrecerrados. Yo tomo asiento y espero a que haga lo mismo.

—No pienso dar clases contigo —me dice al cabo de un rato.

Miro la hora en el móvil. Ya hemos perdido casi siete minutos.

—Vale. Como quieras. Yo tengo que estar aquí una hora para que me paguen. Si me gano la pasta gratis, mejor para mí.

—No te van a pagar si no me enseñas cosas.

—¿Quieres apostar? —la provoco.

—¡Tú lo único que quieres es ligarte a mi hermano! —me acusa enfadada.

—¡Vaya! ¡La sororidad a la mierda, Hermione! No me esperaba esto de ti, hermana —la vacilo negando con la cabeza, y ella retiene la risa.

Sigue sin moverse, así que saco el Kindle de la mochila, me pongo cómoda en la silla y empiezo a leer.

—¿De verdad no vas a darme la clase? —pregunta.

—Eres tú la que no quiere. Yo no pienso pasarme una hora de mi vida discutiendo con una niña malcriada que tiene demasiadas cosas y que por eso no las valora. Prefiero leer, la verdad.

—Pues vaya profesora —se queja.

La miro de reojo con indiferencia.

—Haz lo que quieras, pero en silencio, por favor. El libro está muy interesante.

—¡No voy a dejar que leas mientras mis padres se gastan dinero en que me des clases!

—Tarde —le digo—, ya estoy leyendo.

Se sienta frente a mí.

—Venga, que ya estoy lista.

—Te he dicho que ya es tarde. Estoy leyendo. Silencio, mocosa.

Y con un par de ovarios me paso la hora leyendo mientras ella no me quita el ojo de encima, protestando y quejándose.

Suena la puerta. Las dos nos miramos. Ella sale corriendo hacia allí cuando se abre y aparece su hermano. Lo abraza como si fuese su salvador después de haber estado tres meses en una isla tras un naufragio. Qué peliculera es. Este numerito victimista le habrá servido con las demás, pero conmigo no cuela esta *skin* de angelito que se acaba de marcar.

En cuanto los ojos de Ron se fijan en mí, siento cómo el enjambre entero de mariposas que dormitaba en mi estómago alza el vuelo con violencia. Creo que acaba de ducharse, porque tiene el pelo todavía un poco mojado. Lleva una camiseta de manga corta, pues en su casa la calefacción está puesta a mil grados, y puedo ver esos brazos torneados que me vuelven loca. Es como un imán para mí, no soy capaz de apartar la vista.

—Me parece increíble veros juntas —comenta con una enorme sonrisa en su rostro—, es como contemplar a Dios y Satán echando una partida de ajedrez.

—Espero ser Satán —añado.

Nos reímos los dos. Hermione, sin embargo, permanece seria sin despegarse de él.

—¡Ron! ¡Se ha pasado toda la hora leyendo! —me acusa.

—¿En serio? —Finge que se escandaliza llevándose una mano a la frente.

—Sí —admito—, de hecho, creo que hacía años que no leía durante una hora entera seguida. Casi me termino el libro. Me encanta darte clases, Hermi.

—¡Ni se te ocurra llamarme Hermi! —monta en cólera.

—¡Oh! ¿Por qué no? Eres tan mona… Hermi te pega mucho.

—¡Como vuelvas a…!

—Vale, fiera —la interrumpe su hermano sujetándola por los hombros antes de que dé rienda suelta a toda su furia contra mí—. Cuéntame por qué Taylor también te parece mala profe. La última vez me dijiste que estabas harta de viejas que no hablaban tu mismo idioma. ¿Y ahora?

Me contempla pensativa.

—Ella tampoco habla mi idioma.

Me indigno en exceso, dramatizando un disgusto que no tengo. «Yo también sé ponerme *skins*, aprendiz de bruja», le reprocha mi subconsciente.

—Perdona, pero hablo varios idiomas. Solo he usado el inglés porque es en el que tú te has dirigido a mí —la pincho.

No da crédito. Se acerca a mí intrigada y enojada al mismo tiempo.

—A ver, ¿qué idiomas hablas, lista?

Empiezo a gruñir, soltando aullidos y ruidos extraños. Ella alucina y Ron se parte de la risa.

—Ese es *shyriiwook* —la informo.

—¡Eso no es un idioma! —protesta.

—¡Oh! ¡Qué decepción, joven *padawan*! —Pongo la mano sobre mi pecho—. Es el idioma de los *wookiees* como Chewbacca… —Me detengo al ver su cara de no entender ni papa y me tapo la boca simulando terror—. ¡Un momento! ¡¿No has visto *Star Wars*?! ¡¡¿No has visto la puta *Star Wars*?!! Me largo, Carter, lo siento, pensaba que esta niña estaría a la altura de las circunstancias, pero si ni siquiera ha visto…

—¡No quiero ver esa basura! —se defiende atacando, como cabía esperar de una niña de su edad, claro.

—¿Por qué llamas basura a algo que no has visto? —Creo que necesita clases de manera urgente, pero de educación.

—Porque todo es basura, menos lo que me gusta a mí.

—Querrás decir que *a ti todo te parece* —enfatizo— una basura, no que lo sea —la corrijo.

—Si así te sientes más feliz… —Se encoge de hombros, la cabrona.

—Vale. A ver, ¿qué es lo que te mola que no es una basura? ¡Sorpréndeme!

—¡Veo *Sakura, cazadora de cartas*; *Hunter x Hunter*, *My Hero Academia*, *One Piece* y muchas más! —Se cruza de brazos disimulando su dolor.

Abro mucho los ojos. Ahora lo entiendo todo. Por supuesto que las dos hablamos el mismo idioma. Ron sonríe enamorado de su hermana y… a mí también me mira con unos ojos de corderito que me rompen los cimientos.

—¡Vaya! ¿Pues sabes quién tiene todas las cartas Clow en su casa? —exclamo.

Ella abre la boca, esta vez sin disimulo.

—¡¿Quién?!

Me señalo a mí misma con el dedo, victoriosa, y ella flipa.

Han sido años buscándolas en cientos de países y ahorrando mucho, pero por fin tengo la colección oficial completa. Por un momento se le llenan los ojos de lágrimas de emoción, pero enseguida se obliga a contenerse. Creo que está alucinando simplemente por el hecho de que alguien en el mundo sepa lo que son esas cartas. Entiendo cómo se siente. Yo también me sentía como ella a su edad, por eso levanto un poco el pie del acelerador.

—No me lo creo —musita cortada.

—Si eres aplicada, me obedeces y estudias mucho, te llevaré un día a mi casa para

enseñártelas. Puede que hasta te deje cogerlas. ¡Son una pasada! —me emociono.

—¿De verdad? —masculla.

Asiento.

—De ti depende ser Meiling o Tomoyo.

De repente echa fuego por los ojos.

—¡De eso nada! ¡Yo soy Sakura!

Para los que no están puestos en el tema, Sakura Kinomoto es una niña de diez años que lucha por conseguir las cartas Clow, esparcidas por el mundo, para que no caigan en manos equivocadas porque tienen poderes mágicos con los que se podría dominar el mundo. Muy típico del manga, claro. Meiling es su enemiga porque le quiere arrebatar al amor de su vida: Syaoran Li. Y Tomoyo es su mejor amiga y cómplice. Básicamente, esa es la trama.

—¿Quién tiene las cartas? Yo. ¡Así que Sakura soy yo! —la pincho otra vez, y explota.

—¡Ven aquí!

Me coge de la mano y tira de mí con fuerza para que la siga. Ron nos sigue unos pasos por detrás; está flipando.

Cuando entramos en su cuarto, abro la boca por lo bonito que es. Me quedo maravillada. Tiene libretas, peluches, pósters, figuras, pegatinas, ropa… ¡Hasta el edredón es manga! Todo el *merchandising* de un montón de series, no solo de Sakura, está entre estas cuatro paredes. ¡Esto es el puto paraíso! Pero no puedo admitirlo, claro. Nos encontramos en pleno campo de batalla y tengo que ganarme su confianza.

—¿Quién es Sakura ahora? —me pregunta con altanería.

—No está mal —le concedo—, pero sigo siendo yo.

Ella clava sus ojos en mí.

—¿Cómo que no está mal?

La he herido de muerte. Me ha traído a su templo sagrado y lo estoy despreciando. Creo que tengo que aflojar, es una niña.

—No está mal para una niña de tu edad.

—¿Qué quieres decir?

—Que vas por buen camino, Hermione, pero eres una principiante. Todavía te queda mucho por conseguir. ¿Sabes cuándo comencé yo a coleccionar esas cartas?

—¿Cuándo?

—Cuando tenía tu edad, más o menos. Siempre pedía dinero en mis cumpleaños. Y cuando fui más mayor, trabajaba los fines de semana en una hamburguesería o limpiando algunos días con mi madre para poder comprarlas. Tú ese problema no lo tienes porque dinero no te falta.

—¡Ja! ¡Mañana tendré esas cartas en mi poder y serán mucho mejores que las tuyas! —celebra con aires de grandeza.

Yo arqueo una ceja y me cruzo de brazos. El que ríe el último ríe mejor, enana.

—El problema que tienes tú es mucho peor que el mío.

—¿Por qué?

—Porque ya no las fabrican, por lo tanto, tienes que comprárselas a coleccionistas que quieran desprenderse de ellas. Difícil. Por no decir imposible. Y te doy otra mala noticia: las cartas no son de las cosas más fascinantes de conseguir. Cuando seas más mayor, descubrirás que hay millones de tesoros coleccionables que querrás tener. Siempre querrás más y más.

¡Nunca será suficiente!

Su carita de pena casi me hace llorar. Ron la abraza y me odia un poco por lo que le acabo de decir a su hermana. Quizá he sido demasiado cruel, pero esta mocosa necesitaba una lección.

—Bueno. Sigo teniendo otras cosas bonitas —se anima a sí misma, la pobre.

—Claro que sí, nena —la consuela su hermano con una voz dulce.

—Pues claro que sí —me apresuro a añadir—. Por ejemplo, a mí me chiflan los funkos y no tengo ninguno. —Me encojo de hombros señalando un montón de ellos expuestos en varios estantes.

Entonces hace algo que me deja atónita. Se acerca a la estantería para coger uno en especial, el número 331 de edición limitada, y me lo da.

—Te lo regalo. —Miro el funko entre mis manos como si me hubiese entregado su vida—. Mi hermano siempre dice que te pareces a ella.

No sé qué decir. Miro a Ron, retengo la lágrima traicionera que está a punto de salir de mis ojos.

—Creo que en siete años es el primer regalo que hace. Me voy a poner celoso y todo. Que el que la aguanta cada día soy yo. —Me guiña un ojo.

—Tuxedo es moreno, si no, te lo regalaría, *bro* —le dice Hermione a su hermano.

—¿Quién es ese?

—El novio de Usagi —responde ella.

—¿Y esa quién cojones es?

—¡Sailor Moon, Ron, no te enteras de nada! —se queja ella poniendo los ojos en blanco.

Yo suelto una risilla tonta al ver su expresión de «la mato», porque lo está dejando en ridículo delante de mí. Lo mejor es que ha quedado en el aire el detalle de «el novio» y nadie ha comentado nada al respecto.

—Es que tu hermano solo entiende de triples, balones y canastas —lo pincho.

—Vaya dos frikis, sabía que os ibais a llevar bien.

—Anda, mira, ¡si viene con Luna y todo! —exclamo al abrir la caja del funko, y se lo enseño a Ron, embargada por la emoción.

—Aparta ese puto gato de mi vista. No quiero volver a saber nada de gatos. —Ron se cruza de brazos y suelto una carcajada al recordar su encuentro con Nyanta.

—¿Qué te pasa con los gatos? —le pregunta su hermana.

—Taylor tiene un gato escondido en su cuarto y, como no puede salir, está tan gordo que podría bajar rodando una montaña. Además, como está de mala hostia por no tener novia, se me lanzó al cuello y casi me asesina —le explica.

Yo suelto otra carcajada por la exageración.

—¡Ah! ¿Por eso tenías esa herida en el cuello? —indaga ella, y él asiente.

—¿Qué dices? ¡Eso no fue así! Tu hermano vino a mi residencia y se tumbó en la cama encima del gato. Empezó a tirarle de la cola y a burlarse de él, y el pobre no tuvo más remedio que defenderse.

—¡No se defendió! Si se hubiese defendido, me habría atacado nada más tumbarme, pero ¡me mordió cuando llevaba allí un buen rato!

—Porque tardó en llegar hasta ti.

—¡Dios! Ese gato es como un puto sumo con bigotes. —Se descojona.

Me contagia y terminamos riéndonos los dos.
Hermione nos estudia con los ojos entornados.
—Yo creo que aquí hay gato encerrado, y nunca mejor dicho —conjetura.
—¿Por? —quiere saber él.
—¿Qué hacías tú echado en su cama?

# 21
# Confesión

> La estupidez es mucho más fascinante que la inteligencia. La inteligencia tiene límites, la estupidez no.
>
> KILLUA, personaje de *Hunter x Hunter*

Al llegar a la resi, saludo a Nyanta y juego un rato con él. Le encanta perseguir la luz láser y yo me parto de la risa porque parece que esté poseído.

Susie:

¿Estás aquí ya?

¿Dónde es «aquí»?

Susie:

(Me manda un *sticker* de un mono cubriéndose la cara).

¿Recuerdas que tenemos que ir a comprar mi traje?

Claro. Pero son las siete y media. Ya no tenemos tiempo. ¿Mañana?

Susie:

Mañana sin falta.

Prometido.

Susie:

¿Dónde has estado toda la tarde?

Dando clases a la hermana de Ron.

Susie:

¡Sube ahora mismo! Necesito toda esa información.

Al cabo de un rato llamo a su puerta. No tarda en abrirme y entro.

—¿Bajamos a cenar? —me pregunta.

—¿No es pronto?

—Prefiero cenar en el turno de las siete. El de las ocho me parece demasiado tarde, y además es cuando bajan todas.

Me siento en la cama mientras deambula de aquí para allá nerviosa.

—Susie.

—Dime.

—¿Qué te pasa?

Se detiene y clava sus ojos en mí. La conozco mejor que a mí misma. Parece aterrada.

—Creo que las idiotas de al lado se han enterado de lo mío con Lily. Llevan toda la tarde con cuchicheos y bromitas.

—¡¿Qué?! ¿Cómo? ¡Si casi no lo sé ni yo!

—Ha sido Lily. —Toma asiento a mi lado.

—¿No le dijiste que no lo contara?

—No. ¿Cómo iba a pensar que lo proclamaría a los cuatro vientos? —se queja.

—¿Porque no es nada malo? ¡Estará contenta y lo explica!

—Ya sé que no es nada malo, pero es mi intimidad y no puede ir aireándola por ahí sin contar conmigo.

—¿Has discutido con ella?

—Sí.

—Y ahora te sientes como una mierda.

—Sí.

—¡Oh, Susie! Es que eres muy bruta.

La atraigo hacia mí para poder abrazarla.

—Menos mal que te lo conté antes de que te enterases por esta panda de harpías —musita agobiada.

—¡Buf! De esa te has librado, porque entonces sí que te habría matado.

Nos reímos.

—¿Qué hago, Tay? Me ha dicho cosas muy feas.

—¡Y seguro que tú te has quedado mudita! ¿A que sí? —ironizo.

Ella suspira apenada.

—Compruébalo tú misma. —Me pasa su móvil.

¿Me puedes explicar cómo coño se ha enterado toda la residencia de que nos hemos liado?

—Vaya, veo que empiezas con tacto y cuidado, muy bien —le recrimino.

—¡Sigue leyendo!

Ella:

¿Y se puede saber qué coño hay de malo en eso?

—¿La llamas Ella? —pregunto con una sonrisilla tonta.

—¡Sigue leyendo!

—Vaaaleee.

¿Cómo que qué hay de malo? ¡¡¡Todo!!! Yo no te he dado permiso para que lo cuentes.

Ella:

¡Oh! Perdone, su majestad, no sabía que tenía que pedirte permiso para hacer NADA.

Claro que puedes hacer lo que te dé la gana sin pedirme permiso, pero CON TU VIDA.

En el momento en el que me implicas a mí, deberías cortarte un pelo. No quiero que nadie lo sepa.

Ella:

Pues si no querías que tus amiguitas pijas de la última planta se enterasen, haberme avisado. Y si tanto te avergüenzas de mí, no haberlo hecho.

—Vaya con Lily, no sabía que era tan brava —comento.
Susie pone los ojos en blanco.

No me avergüenzo de ti, pero sí que me arrepiento de lo que hicimos.

Ella:

Pues no te preocupes, que no volverá a ocurrir. No me gusta que me nieguen ni que me escondan, Susan. Si no sabes quién eres, encuéntrate antes de meter a nadie en tu vida.

No te pongas así, Lily. Te dije que nadie lo sabía y que necesitaba mi tiempo. Eres una egoísta. ¡Me has sacado del armario a patadas!

Ella:

¡Vete a la mierda!

¡Vete tú! ¡Ah! No, espera, que ya estás en ella.

«Ella te ha bloqueado».

Le devuelvo el móvil sin saber qué decir.

—¿Qué opinas? —pregunta.

—Déjame pensar…

—¿Crees que es muy grave?

La miro.

—Define «grave».

—Pues, no sé, ¿grave nivel «te bloqueo para siempre» o grave en plan «te bloqueo un rato hasta que se me pase»?

—¿La verdad?

—Siempre —me pide.

—Yo te bloquearía para siempre y además te metería una bomba fétida en la cama. ¡Joder, tía! Le has dicho que te arrepientes de haberte enrollado con ella cuando seguramente estaba emocionadísima. ¿No crees que has sido demasiado cruel? Es que eres muy impulsiva, actúas, sueltas toda la artillería y luego te arrepientes. No aprendes.

—Pero es que ella se ha pasado de la raya. No tenía derecho… —insiste.

—Vale, en eso tienes razón.

—¿Entonces?

—Son las formas, tía. ¿Por qué siempre atacas antes de escuchar?

—¡No me vengas ahora con mierdas psicológicas, Tay!

—¿Ves? No me ataques. Solo quiero entender qué te pasa por la cabeza para comportarte así con todo el mundo. Lily no ha hecho nada malo. Todas sabemos que es lesbiana y se siente orgullosa de ello. Tú deberías hacer lo mismo, en vez de esconderte y cagarte de miedo por el qué dirán. Al final, te ha hecho un favor contándolo. Era el empujón que necesitabas. Tú jamás lo habrías hecho y habrías vivido infeliz para siempre.

Mi amiga juguetea con sus propios dedos, con la mirada perdida en ellos.

—No van a dejar de meterse conmigo —murmura.

—¿Y qué? ¿Cuántas veces se han metido conmigo por gustarme los dibujos animados a mi edad? ¿O por sacar matrículas de honor en todo? ¿O por dormir en la primera planta? Da igual, ¿no entiendes que siempre habrá alguien al que le moleste tu mera existencia?

—¿Por qué?

—Porque el mundo es muy grande, Susie, y a nosotras nos tocaron más gilipollas que al resto. Hay que vivir con ello.

Sonríe.

—Tengo miedo, Tay. No estoy preparada.

—Claro que lo estás. Tienes dos ovarios bien puestos. Lo único que necesitas es dirigir el ataque hacia el objetivo correcto, no hacia los que te queremos, sino hacia esa panda de

envidiosas remilgadas. ¡Y darles bien fuerte!

—Mmm…

—Nadie tiene derecho a meterse contigo por el simple hecho de ser diferente. Lo llevamos tatuado a fuego en el alma desde que éramos niñas. ¿Recuerdas? Hasta ahora he sido yo la que ha luchado contra el mundo, pero ahora te toca a ti, y yo, querida amiga, estaré a tu lado para ayudarte.

Asiente algo más animada. Al final, mi vocación va a ser de psicóloga y no de informática.

—Te quiero mucho, Tay.

—Y yo a ti, mi valiente guerrera.

Volvemos a abrazarnos.

—¿Bajamos a cenar, entonces? —propone.

—Si pasamos antes a buscar a Lily.

No me mira muy convencida.

—No va a querer venir —dice.

—Vamos a intentarlo.

De camino al comedor, que está en la planta baja junto a la recepción y la sala de la tele, pasamos por el cuarto de Lily, pero no hay nadie. La llamo al móvil, pero no responde. Así que suponemos que habrá salido.

—¿Crees que estará con alguna chica? —me pregunta Susie mientras nos comemos un filete de salmón a la plancha sentadas en nuestra mesa habitual.

—No lo sé.

—Podrías mentirme por lo menos.

—¿Quieres que te mienta?

—Claro.

—Pues, Susie, no te preocupes, porque Lily y tú tenéis una relación superconsolidada y ni de coña va a ponerte los cuernos.

Me observa frunciendo el ceño.

—Eres idiota, ¿lo sabías?

—¡Pues anda que tú! Mandas a la mierda a una chica a la que le molas, le dices que te arrepientes de lo que pasó entre vosotras y encima te pones celosa. ¡Pobre Lily! No sabe lo que le espera —bromeo.

—Joder, Tay, estoy hablando en serio.

—¡Y yo! —A Susie se le llenan los ojos de lágrimas, y entonces piso el freno—. Tía, te has pasado mucho con ella. Tendrías que haber hablado del tema en plan bien para que entendiese cómo te sientes, y no tratarla como si no significara nada para ti. Siempre haces lo mismo y esa mierda de coraza no te funciona. Esa chica tiene ahora mismo el corazón roto y, si te importa lo más mínimo, más te valdría ponerte a hacer guardia en su puerta con un ramo de flores.

—Es gótica. No creo que le molen las flores.

—A todas las tías nos gustan las flores.

Parpadea un par de veces antes de contestarme:

—¿Sabes dónde hay una floristería abierta?

—¡Búscalo en Google!

Se levanta y sale del comedor a toda prisa.

—Gracias, tontita —exclama mientras se marcha.

Voy a añadir a mi currículo de *coaching* motivacional «asesora sentimental».

Le recojo su bandeja con una enorme sonrisa. Suspiro pensando: «¡Qué bonito es el amor!». Nótese el tono irónico. Obvio.

Una vez en mi cuarto, cuando ya me he lavado los dientes y me he puesto el pijama, me dejo caer en la cama para bichear las redes, a ver qué se cuece. Suena la alarma de WhatsApp. Solo con ver su nombre sonrío. ¿Estaré enferma?

El Gilipollas de Carter 🐽:

Mi hermana me ha pedido mil veces que te convenza para que le enseñes esas malditas cartas. Por favor, dime dónde se compran. Si me lo repite una vez más, me tiro por un puente.

Tiene que aprender a ganarse las cosas.

El Gilipollas de Carter 🐽:

¿Qué eres, la reencarnación del señor Miyagi?

Ja, ja, ja, ja. Ya veo que también hay un friki en ti.

El Gilipollas de Carter 🐽:

Me ha hecho comprar las 6 putas películas de *Star Wars*.

*Really, George???!!!*

El Gilipollas de Carter 🐽:

*Really* de la hostia. Llevo media hora tratando de averiguar cuál es el orden correcto para verlas.

¡Y casi me da un infarto porque me acabo de enterar de que hay más! ¿No tenías otra mierda que recomendarle?

No puede ser una friki en condiciones sin haber visto *Star Wars*, Carter. Un respeto.

El Gilipollas de Carter 🐽:

Pues por lo menos dime en qué puto orden las vemos. Me voy a tirar todo el fin de semana metido en casa viendo esa mierda. Te odio.

Te propongo un trato.

El Gilipollas de Carter 🐽:

Soy todo oídos. Bueno, soy todo ojos.

Te digo el orden de las pelis si me hacéis un hueco para verlas con vosotros.

El Gilipollas de Carter 🐽:

Estás de coña.

No.

El Gilipollas de Carter 🐽:

¿Y por qué razón querrías perder un fin de semana entero con nosotros? ¡Porque esas horas no pienso pagártelas!

¿Quieres la verdad o una excusa?

El Gilipollas de Carter 🐽:

¿Tú qué crees?

Nunca he visto una peli en 3D.

El Gilipollas de Carter 🐽:

¿Podrías dejar de ser tan *random*? Al final voy a terminar enamorándome de ti.

*#Lol*

El Gilipollas de Carter 🐽:

Porque tú no quieres.

Me tiemblan las manos y decido dejar el móvil sobre la mesa para tranquilizarme. Pero enseguida vuelvo a cogerlo para releer la frase una vez tras otra: «Al final voy a terminar enamorándome de ti».

Sé que Ron ronea con todas. Nunca mejor dicho. Pero no es algo a lo que yo esté acostumbrada, por eso me creo todo lo que me dice, aunque luche por no hacerlo. Mi subconsciente me traiciona y sueña con que sea verdad.

Entro en su Instagram. Acaba de subir una foto de las seis pelis de *Star Wars* en la cesta de la compra de Amazon. Pero lo mejor es el comentario que hay debajo.

@RonCarterJR
En un principio me jodía tener que tragarme esta mierda. Ahora estoy deseando verlas contigo.

Está publicado hace dos minutos, cuando yo ya le había dicho que iba a verlas con ellos… Lo admito, ahora mismo estoy en *mood* muero de amor por Carter. Por supuesto, ya le han escrito como seis tías proponiéndole ver las pelis en su casa y lo que surja. Las mataría a todas. ¿Y luego pretendo que Susie no se ponga celosa? ¡Jesús!

Vuelve a sonar el móvil y corro para comprobar si es él.

Número desconocido:

Llevo varios días sin verte. Espero que estés bien.

¿Quién eres?

Número desconocido:

¡No jodas, tía! Te salvo la puta vida, ¡¿y ni siquiera guardas mi número?! ¿Escuchas el sonido de mi corazón al romperse? ¡Qué crac eres!

¡¡¿Raysu?!!

Número desconocido:

Al menos te acuerdas de mi nombre.

Pensé que no querías volver a saber nada de mí.

Añado su nombre en la agenda de contactos. Me tiembla un poco la mano y siento algo raro en el pecho al hacerlo, porque le pongo un emoji de corazón al lado.

Raysu ❤:

¿Y qué te hizo pensar eso?

Pues no sé…

Raysu ❤:

¿Crees que me dedico a quedarme encerrado por las noches en sitios aleatorios y tú fuiste una simple coincidencia?

Acabo de soltar una carcajada.

Raysu ❤:

Al menos te hago gracia. Ya es un paso.

Es que…, joder, me tienes confundida.

Raysu ❤:

¿Yo?

Sí. ¡Tú! Hay veces que pareces majo. Y otras…

Raysu ❤:

¿Otras… qué?

Pues que me apartas de ti… Huyes… Por eso no sé muy bien cómo tratarte. Estoy hecha un lío.

Ya está, ya se lo he dicho. Ahora los nervios en mi estómago se agitan como si estuviese delante de un examen para el que no he estudiado. A ver qué me contesta.

Raysu ❤:

¿Podemos hablar de esto en persona?

Sí. Claro.

Raysu ❤:

¿Qué haces mañana después de clase?

Nada en especial. Volver a la residencia.

Raysu ❤:

Te invito a merendar. ¿A las cinco en el Hard Rock?

¿En Station Square?

Raysu ❤:

Sí, en el 230W.

Hecho.

Raysu ❤:

¿No me mandas un beso?

No. Recuerda que no quieres besos.

Raysu ❤:

Cierto. Hasta mañana, Taylor.

Hasta mañana, idiota.

De nuevo me descubro con una enorme sonrisa de imbécil en la cara. Pero ¿qué diablos me pasa? Se supone que no debería sentir lo mismo por dos personas. Desde pequeña me han vendido que el amor verdadero es solo uno y que lo iba a sentir cuando lo encontrase, y resulta que yo vibro por Raysu y por Ron.

Ahora mismo tengo un jaleo en mi cabeza… Bueno, más que en mi cabeza, el jaleo lo tengo por todas y cada una de las partes de mi cuerpo. Por un lado, Ron me vuelve loca, con él soy fuego, pero no creo que sienta por mí lo mismo que yo siento por él, y, por otro lado, me encanta Raysu, con él me siento libre y comprendida, pero tampoco creo que mis sentimientos sean correspondidos. Así que me voy a dejar llevar y que pase lo que tenga que pasar. A ver hacia dónde fluyen todas esas energías, ¿no?

Me quedo dormida escuchando ruidos en la habitación de Lily, pero no sabría interpretar si son ruidos de sexo o de discusión acalorada entre susurros. Mañana me lo contará Susie.

—Tú sí que eres mi amor verdadero. —Besuqueo a Nyanta, que ronronea acurrucado a mi lado.

# 22
# El olvido

> Te amo para amarte y no para ser amada, puesto que nada me complace tanto como verte feliz.
>
> *InuYasha*

—Susie, en serio, es el vestido número cinco millones que te pruebas. ¿Puedes parar ya? Quiero dormir en la resi hoy, no aquí.

Son las siete de la tarde y llevamos desde las cinco en la planta baja de una tienda de disfraces. Yo me he sentado en el suelo en plan indio, pero un indio desesperado. La dependienta mostró interés durante la primera media hora, después se fue a la planta de arriba con la excusa de atender a alguien y nunca más volvió.

—Es que no me gusta ninguno —lloriquea.

—Eso es porque a lo mejor viene Lily. Ningún año has dudado tanto.

—Es que quiero ir muy guapa. ¡Y los vestidos que me quedan bien no son manga!

—Pero vamos a ver, te he dicho mil veces que te pilles un vestido que te guste y luego le añadimos complementos para customizarlo. Pelucas, zapatos, armas…, ¡pero si ni siquiera has elegido de qué personaje quieres ir!

—Al final me disfrazo de Pikachu y terminamos echando leches —se queja—. Este año volverás a ir mejor que yo, como siempre.

—¡Cuenta con ello!

Tres cuartos de hora más tarde, salimos de la tienda cargadas con muchas bolsas. Se ha comprado millones de cosas que no sé para qué le van a servir, pero ella jura que lo tiene clarísimo.

—Vamos a la resi, soltamos todo esto y te invito a cenar en el bar de abajo —me dice mientras llama a un taxi. A Susie no le gusta usar el transporte público, es lo que tiene ser pudiente.

—¿Y por fin me contarás vuestra reconciliación? Porque no veo normal que no hayas querido abrir el pico en todo el día.

—Es que quiero que esté Lily también; así no me acusarás de inventármelo. Aunque también te faltarán mis comentarios mordaces sobre algunos asuntos sexuales que me veré obligada a

omitir por estar ella delante.

—Puedo imaginármelos. Te conozco de sobra. —Pongo los ojos en blanco.

—Por cierto, llámala para avisarla de que ya vamos, que me he quedado sin batería —me pide cuando subimos en el taxi.

Saco el móvil de mi bolso y compruebo que yo tampoco tengo batería.

—Qué raro, ¿no? Juraría que la tenía a tope —le digo a Susie enseñándole el móvil apagado.

—Creo que en ese sótano de mala muerte donde hemos estado no había cobertura. Los móviles habrán estado buscando señal todo el tiempo y por eso nos habremos quedado sin batería.

—Espero que no me haya llamado mi madre, porque, si no nos ha localizado a ninguna de las dos, le habrá dado un síncope.

—Un síncope le va a dar cuando nos vayamos a Nueva York. El otro día mi madre estuvo disuadiéndola por teléfono de que se quitara de la cabeza lo de ir de extranjis a vigilarnos.

Niego con la cabeza.

—Pues verás cuando descubra que eres lesbiana.

Nos partimos de la risa.

—¡Ya sé lo primero que va a pensar! —exclama Susie—: Que ha estado toda la vida preocupada por los chicos y resulta que tenía al enemigo en casa.

Volvemos a reírnos y así nos pasamos el trayecto.

Cuando llegamos a la residencia, ella sube a su habitación para dejar las compras y yo aprovecho para ir a mi cuarto a cargar el móvil. Saludo a Nyanta y entro en el baño para darme una ducha exprés.

En cuanto salgo, me pongo un vestido de color verde agua y de punto que me llega a mitad del muslo, unas medias tupidas oscuras y unas botas negras hasta la rodilla. En cuanto enciendo el móvil, comienza a pitar y a vibrar como un loco. Algo va mal. Miro la pantalla. Me entran unas ganas enormes de llorar en cuanto veo su nombre…

¡Raysu!

¡Mierda!

¡Me olvidé por completo de que había quedado con él!

Madre mía, debe de estar cabreadísimo.

Me apresuro a leer sus cinco wasaps. Pocos me parecen; si me lo llega a hacer él a mí, le habría petado el móvil con insultos. Pobrecito. Me siento fatal. Me entran ganas de llamarle sin leer lo que me ha escrito, pero al final me armo de valor para tantear cómo de cabreado está.

El primero es de las 16.50.

Raysu ❤:

Ya voy para allá. Tengo muchas ganas de verte.

El segundo es de las 17.05.

Raysu ❤:

He cogido una mesa que da a la calle. Espero que te guste.

El tercero es de las 17.20.

Raysu ❤:

El café se me está enfriando. Resulta que en este sitio hay inhibidores de frecuencia y pensaba que por eso no me llegaban tus mensajes. He ido al otro lado de la calle para comprobar si me habías escrito. Ya veo que no. Voy a empezar a pensar que me has dado plantón.

El cuarto es de las 17.58.

Raysu ❤:

Te he llamado y no contestas. Ni siquiera me has avisado de que no ibas a venir. No me lo esperaba de ti.

El quinto es a las 20.17. Miro la hora. Hace justo tres minutos exactos. Me invaden los nervios. Se me encoge el estómago al ver lo largo que es.

Raysu ❤:

He sustituido el café por el whisky desde hace un rato. Ya ves, sigo estando donde habíamos quedado, como un puto gilipollas.

Me negaba a admitir que te importase tan

poco, pero cuando he visto que estabas en línea…, la hostia ha sido fina. En realidad soy imbécil porque no he perdido la esperanza de verte entrar por esa puerta ni un solo segundo. De hecho, todavía la tengo.

No pensaba escribirte. Tenía planeado fingir mañana que no me importaba una mierda que me hubieses dejado tirado. Pero como estoy pedo, siempre tendré la excusa perfecta del motivo por el que confesarte lo contrario: que me siento perdido. Porque me juré a mí mismo no volver a abrirme con nadie y lo he hecho. Patético, ¿no?

¿Sabes, Taylor? La primera vez que te miré a los ojos, lo supe. En cuanto te sentaste a mi lado aquella maldita mañana, sentí que algo en mí estallaba en mil pedazos. Era mi caparazón. Lo derribaste con un simple batir de pestañas, y eso que llevaba años construyéndolo. Me dejaste sin palabras y solo pude sonreír como un tonto. Hacía mucho tiempo que no sonreía y tú le arrebataste a mi desidia las ganas de volver a hacerlo. De volver a reír con ganas, hostias, ¡y con qué ganas!

Para ser sincero, no me extraña que no hayas venido. La otra noche, cuando nos quedamos encerrados, me porté como un auténtico subnormal contigo. Lo sé. Me lo merezco. Pero es que no estaba preparado para lo que pasó entre nosotros, y mucho

menos para la violencia con la que arrasaste con mi cordura. El corazón me bombeó más fuerte y rápido que nunca. No supe gestionar aquel huracán de emociones. Me moría de miedo y a la vez de ganas de besarte. Fue una locura y no supe reaccionar. No supe, joder.

Me invade a todas horas una puta lucha entre la cabeza y el corazón que me está matando. Ya amé una vez. Y no quiero que se repita, porque perderla fue lo peor que me ha pasado en la vida. Todavía duele, aunque el dolor sea invisible, lo siento y noto cómo me oprime el pecho con fuerza. No podría volver a pasar por algo así dos veces. Sería mi ruina.

Te dije que el amor fluye entre dos personas con fuerzas de distinta intensidad, así que no espero ser correspondido, solo te cuento toda esta movida para que entiendas por qué me cierro a ti. Por qué me niego a abrirme.

Quiero que entiendas que tengo que alejarme de ti por mi bien. Hoy iba a decirte todo esto en persona, pero no has venido, y no hay mayor señal del destino para que no ocurra nada entre nosotros. Ahora lo veo con total claridad.

Eres la persona perfecta en el momento equivocado. No lo entenderás hasta que te hagan tanto daño como a mí. Lo siento,

Taylor. Te pido por favor que borres mi número y que, si alguna vez coincidimos en la facultad o en cualquier otro sitio, finjas que no me conoces. Yo no sé si podré hacerlo, por eso te suplico que lo hagas tú por mí.

Podría haber sido bonito… lo nuestro.

Un par de gotas caen sobre la pantalla del móvil. No me he dado cuenta hasta ahora de que tenía los ojos anegados en lágrimas. No puedo terminar de leer el mensaje porque veo todas las letras borrosas.

Raysu.

Cojo el móvil, aunque aún tiene poca batería, y corro escaleras arriba hasta la habitación de Susie. Al llegar aporreo la puerta. Abre con cara de pánico.

—¿De qué vas, tía? ¡Casi me da un infarto!

—Déjame veinte dólares, porfa —le pido mientras intento recobrar el aire por subir tan rápido.

—¿Qué pasa?

—¡Nada! ¡Luego te lo cuento! ¡Date prisa, Susie! ¡Tengo que irme ya y no tengo dinero!

—Vale, vale. Pero dime al menos adónde vas —me pide mientras saca de su monedero dos billetes de diez.

—Había quedado con Raysu en el Hard Rock Café esta tarde y se me ha olvidado con la movida de tu disfraz. Me ha mandado un wasap diciendo que está emborrachándose allí. Voy a pedirle perdón. ¡Gracias por la pasta! —Levanto el dinero mientras corro por el pasillo.

—¡Échale un buen polvo! ¡Las flores no valen de nada! —me grita.

—¡Déjame en paz, idiota!

La oigo gritar de emoción a lo lejos.

En cuanto salgo a la calle, pillo un taxi.

El camino se me hace eterno. Hay muchísimo tráfico, para variar.

Por fin me deja cerca de la cafetería y salgo corriendo hacia allí después de pagar, claro.

«Por favor que siga estando aquí», imploro a los cielos. Miro la hora en el móvil y veo que son las nueve. Joder, es muy tarde.

Abro la puerta del bar. Me falta el aliento.

# 23
# ¿Nos reconci+liamos?

¿Existe un límite para amar a alguien?
No importa cuánto lo hiera o sea herido por él, me encuentro lejos de odiarlo.
En realidad, espero que esas heridas cicatricen como quemaduras. Dejando huella.
Porque así nunca podrá olvidarme.

KAMIJOU HIROKI,
personaje de *Junjou Romantica*

Busco con la mirada por todas partes y no lo veo.

Quizá se haya ido a casa.

Me dijo que estaba en una mesa desde la que se veía la calle, así que recorro todas las mesas que dan al exterior. Pero nada. Los nervios no me permiten pensar en qué diablos voy a decirle si me lo encuentro. Ni siquiera sé qué leches hago aquí. Solo sé que necesitaba venir.

Entonces lo veo.

¡Ahí está!

Mi corazón comienza a latir con fuerza. Me obligo a tomar aire para armarme de valor… ¡No voy a poder hacerlo! Será mejor que me dé la vuelta y desaparezca de su vida para siempre. Me tiemblan las piernas. Siento como si el suelo de repente se hubiese transformado en una delicada capa de cristal en el que hay una grieta y que, si doy un solo paso, se desquebrajará bajo mis pies.

Lo miro durante un breve instante en silencio. Lleva unos vaqueros oscuros con deportivas y una sudadera azul marino con la cremallera abierta, la camiseta no logro verla. Está sentado en un sofá estampado, inclinado sobre la mesa, agarrando con una mano un vaso ancho casi vacío y con la otra su cabeza. Tiene el pelo revuelto y la mirada vacía. Sus ojos no resplandecen como siempre, están opacos y sin vida. Es una de las escenas más tristes que he visto jamás y es justo el impulso que necesito para acercarme.

—Raysu —susurro. No me sale la voz.

¿Qué es lo que determina que un recuerdo se haga inolvidable? No lo sé. No sabría descifrar

los motivos por los que el cerebro clasifica un recuerdo como irrelevante y, sin embargo, el siguiente te deja una huella imborrable para el resto de tu vida, pero, sin duda, la mirada que me dedica Raysu al levantar la cabeza para mirarme al escuchar su nombre será uno de esos recuerdos que permanecerá para siempre en mi memoria.

Tiene los ojos hinchados e inyectados en sangre, en parte por haber llorado y en parte también por el alcohol. A mí se me parte el alma al verlo tan vulnerable. Siempre es un chico muy seguro de sí mismo. Permanezco congelada sin poder moverme. Me sudan las manos y me pica la garganta, por no hablar de mi corazón desbocado. Tengo un miedo atroz que me paraliza.

—Has venido… —musita incrédulo.

El atisbo de esperanza al que se aferraba se acaba de convertir en realidad. Lo veo en sus ojos, que brillan de repente.

Me siento en el sofá que está frente a él. Temblorosa. No apostaría por que mis piernas siguiesen sosteniéndome durante muchísimo más tiempo. Él no logra separar sus ojos de los míos. Todavía no está seguro de que yo no sea una alucinación inducida por el whisky. Por eso me armo de valor y le cojo las manos por encima de la mesa. Su tacto me estremece. El miedo a ser rechazada se apodera de mí, ensombreciéndolo todo, y lucho contra él con todas mis fuerzas.

—Lo siento —admito con pesar.

—Llevo cuatro horas mirando esa puerta —susurra como si no quisiera que le oyese—, y al final… ¿de verdad estás aquí?

Los ojos me escuecen por las lágrimas que amenazan con salir de ellos, pero trato de retenerlas.

—Raysu, perdóname, por favor. Lo siento mucho. —Ni siquiera voy a inventarme una excusa porque no se lo merece.

Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos con fuerza. Después vuelve a mirarme… con miedo.

—Lo último que quiero es darte pena, Taylor. No soporto esa mirada compasiva. ¿Puedes largarte y dejar que me emborrache tranquilo? —Aparta sus manos de las mías.

Durante una milésima de segundo, y solo por esa mínima fracción de tiempo, mi impulso es mandarlo todo a la mierda y marcharme corriendo a llorar por mi desgracia, pero algo en mi interior me frena porque al instante entiendo que su actitud borde es tan solo de una coraza. Lo entiendo mejor que nadie, pues yo también llevo puesta una desde hace años. De hecho, lo que acaba de intentar Raysu es lo mismo que hace poco le hice yo a Ron para que se alejara de mí.

Cierro los ojos y respiro profundamente. No puedo permitir que el miedo siga envenenando mi vida. No va a controlarme más. Todo lo que me ha ocurrido en el pasado no puede condicionar mi futuro, porque esos recuerdos solo están en mi mente, aunque duelan. Cuando abro los ojos, están cargados de determinación.

—No pienso irme a ninguna parte. No todo el mundo desaparece, Raysu. Yo voy a quedarme. —Trato de sonar calmada, aunque en mi interior esté como un flan.

—Eso no puedes saberlo. Ella me prometió lo mismo y se fue sin más, de repente. —Se le quiebra la voz y hunde su rostro en el antebrazo para que no lo vea llorar.

Joder, a lo mejor no es que una chica lo haya dejado, puede que sea algo mucho peor… Pero me da igual; sea lo que sea, no aguanto más estando tan lejos de él. Ansío acercarme, es una exigencia física. Necesito sentirlo cerca y me da igual si me aparta o se retira. Yo, en su

situación, haría lo mismo. Miento. Yo ya me habría ido. Él me ha esperado.

Me levanto a toda prisa para tomar asiento junto a él y abrazarlo con fuerza. Para mi sorpresa, me deja hacerlo. Apoya la cabeza sobre mi hombro. Derrotado. Lo sostengo como a un niño, enredando mis dedos en su pelo; temo que, si lo suelto, se caiga al abismo. De repente, me abraza también, con fuerza, atrayéndome hacia su pecho. Noto un compulso remolino de sentimientos encontrados en mi pecho. Me siento reconfortada, pero triste al mismo tiempo; emocionada, pero abatida…, y terminamos llorando juntos. Es una auténtica catarsis. Somos dos lobos expulsados de sus manadas. Moribundos.

—No sé vivir sin ella —admite al cabo de un rato, tomando una bocanada de aire después del llanto. Se separa de mí y me dice con la voz rota—: No puedo.

Deseo que el mundo colisione contra algo y esta realidad desaparezca de repente. Quiero desaparecer. Pero sé que Raysu me necesita, y eso puede más que el pánico que se apodera de mí.

—Eh. —Tomo su rostro entre ambas manos para que me mire—. Tú mismo lo dijiste: «Claro que se puede, nadie muere de amor». Has vuelto a sonreír, y eso no significa que la quieras menos ni que la hayas olvidado, pero hay que pasar página y seguir adelante. Por muy duro que sea.

Me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja con sumo cuidado mientras me mira embelesado.

—No quiero sonreír por ti, Taylor. No quiero que mi felicidad dependa de nadie…, porque si te vas, todo se irá contigo.

Esto es lo más bonito y a la vez lo más duro que me han dicho nunca. Quizá sea pretencioso pensarlo, pero con unas pocas palabras se puede cambiar el mundo. Y él acaba de cambiar el mío. Bajo capas y capas de mentiras, habita una niña aterrada y llena de inseguridades que nunca permite que nadie se acerque demasiado. No dejo que nadie me conozca demasiado. Pero hoy las heridas del lobo han comenzado a sanar y dejo entrar a Raysu en mi reino. Hoy renace la esperanza en mi alma de que esa niña se convierta en una mujer segura de sí misma.

—Vale. Eso me parece perfecto. Debes sonreír por ti mismo. Pero no tienes por qué apartarme de tu vida. No sería justo.

Clava sus ojos en mí. Como si él también supiera que algo ha cambiado.

—Taylor, no creo que quieras estar en mi vida de la misma forma que yo quiero que estés. Hoy me he dado cuenta del daño que puedes hacerme sin ser ni siquiera consciente y no puedo permitirlo. No quiero que te salpiquen mis traumas de mierda. Tú tampoco te mereces esto. Se te ha olvidado que habíamos quedado y punto, no tienes por qué aguantar a un tío escupiendo sus penas.

El tono de su voz no es el de siempre, está envalentonado por el alcohol, y por eso no se corta, pero estoy segura de que mañana se arrepentirá. No sé muy bien qué hacer o decir a continuación. Me vendría muy bien un chupito de tequila, pero creo que no es la opción más sensata.

—No eres un tío penas. ¿O acaso pensaste eso de mí cuando la que lloraba era yo? No. Tú viniste a buscarme a aquella maldita biblioteca y me salvaste. Ahora me toca a mí. —Me sonríe al ser descubierto, pero sigue estando muy triste.

Acaba de dejarse caer en el sofá donde estaba sentado y parece que se dispone a dormir. ¡No!

—¡Raysu! ¡No puedes dormirte! ¿Cómo has venido hasta aquí? ¡Tengo que llevarte a casa!

No contesta.

Lo zarandeo.

—¡Raysu!

Entonces se espabila de golpe y me mira como si me viese por primera vez. Me sonríe con una expresión tan bonita que me hace temblar.

—Has venido —musita sin perder esa sonrisa—, sabía que vendrías.

¿Se acordará de lo que ha pasado hasta ahora? Da igual.

—Sí, he venido, y ahora tenemos que irnos. Vamos.

Me levanto, le ofrezco la mano y la coge con reticencia.

Raysu está en guerra contra sí mismo desde que lo conozco. Unas veces toma ventaja su cabeza y otras su corazón. Ahora mismo es el segundo el que va ganando, por eso me aprovecho.

Tiro de él para ayudarlo a levantarse; no obstante, le cuesta. Tiro más fuerte hasta que por fin se pone en pie. Es altísimo. Por eso el hecho de verlo tambalearse y que yo sea su único apoyo me pone un pelín nerviosa, pero tengo que hacerlo. Rodeo su cintura con un brazo y se sorprende por mi cercanía.

—¿Qué haces? ¿Te estás aprovechando de un pobre borracho indefenso? —inquiere risueño.

Pongo los ojos en blanco sin poder evitar reírme.

—Apóyate en mí, anda. No quiero que te caigas.

—Si me apoyo en ti, te tiraré al suelo.

—Pues haber pensado en eso antes de beberte todo el alcohol del bar. Eres muy tonto, ¿lo sabías?

Suelta una risa.

—¿Adónde vas a llevarme? —pregunta en un tono muy sexy que consigue estremecerme.

«No tontees ahora conmigo, ojos azules, porque tengo que reunir todas mis fuerzas para mantenerte en pie, y si estoy todo el rato deseando besarte, terminaremos los dos por los suelos», le pide mi subconsciente, que no ha dejado de suspirar por él ni un solo segundo en cuanto le ha visto el pelo revuelto.

—A tu casa —le contesto.

—¿Cómo?

¿Cómo? Eso es precisamente lo que tengo que decidir.

—¿Tienes dinero para un taxi? —pregunto.

—Mi cartera está encima de la mesa.

Echo una ojeada rápida, pero no hay ninguna cartera. Busco debajo de la mesa y tampoco hay nada.

—Mírate en los bolsillos —le pido.

Se palpa los vaqueros y niega con la cabeza.

—¿Me han robado? —pregunta partiéndose de la risa—. ¡Nunca me habían robado!

—¿Y te parece gracioso?

Me mira intentando ponerse serio, pero no puede y termina soltando una carcajada. ¡Qué risa más bonita tiene el muy capullo!

—Sí.

—¿Cómo te puede parecer gracioso que te roben? ¡Estás fatal! —le recrimino, tratando de no

reírme también.

Se aparta un poco de mí para conseguir mirarme a los ojos.

—Taylor, hace unos minutos era el tío más desgraciado del mundo, pero… has aparecido y, ¿sabes qué?, me has movido todos los putos cimientos con tu sola presencia. ¿Crees que me importa una mierda la cartera?

«¡Bésalo!», me grita mi yo colado por él. Sacudo la cabeza para hacer desaparecer a mi yo desatado.

—Vale, muy bien, pero entonces ¿cómo vamos a tu casa? Solo me quedan seis de los veinte dólares que me ha dado Susie… Omito que el fin de semana tendré que hacer horas extras de camarera para devolvérselos.

—Conduce mi coche —me interrumpe.

—¡¿Qué?! ¡Ni de coña!

No me escucha, está buscando las llaves en los bolsillos y por un momento me preocupo al ver su expresión de pánico. Los dos estamos pensando lo mismo: le han robado también las llaves. Y como le hayan robado el coche, puede que a él le parezca muy gracioso ahora, pero mañana no va a opinar lo mismo. Sin embargo, por fin las saca y me las muestra victorioso. Tiene un llavero de piel donde pone «Bugatti». Rezo para que sea un llavero de los que regalan para hacer publicidad, aunque parece de calidad.

—Ya podemos irnos —dice.

—Sé conducir, pero no tengo carnet, Raysu.

Aprendí a manejar el coche del padre de Susie este verano por el barrio. Nos dio clases a las dos, pero mi madre no tiene coche ni dinero para pagar las tasas del examen, y no he vuelto a conducir desde entonces.

—Ni de coña voy a llevarlo. Le hago un arañazo y me muero.

—Está asegurado —insiste.

—¿Y si nos pillan? Me meterán en la cárcel por secuestrar a un borracho contra su voluntad.

Vuelve a soltar otra carcajada.

—Si mi voluntad pudiera hablar, ahora mismo estaría gritando que me follases en el baño como si se acabase el puto mundo —dice con una voz ronca que consigue que todo mi cuerpo palpite.

¿Ha dicho «follar»? Joder, con esa simple palabra podría dominar el mundo.

*OMG*. ¡Juro que no tengo un orgasmo repentino de milagro!

Me sonrojo como nunca. Aparto la vista para disimular mi turbación. Tengo que aparentar ser una chica segura, aunque no tenga curvas de escándalo ni ropa carísima. Al menos esta noche.

—¡Ya lo tengo! —festejo, tratando de salir del círculo vicioso y abrasador donde me he metido.

Vuelvo a agarrarlo por la cintura para dirigirlo a la calle. Cuando pasamos por delante de la barra, me acerco a una de las camareras para contarle lo sucedido y dejarle mi número de teléfono por si encontrasen o devolviesen la cartera. Todos sabemos que eso no va a pasar, pero puede que el ladrón haya cogido solo el dinero y que no le interese la documentación. La esperanza nunca se pierde.

Ella me informa de que justo al lado hay una estación de policía, por si queremos poner una denuncia. Sí, estamos ahora como para poner denuncias. Aun así, se lo agradezco y nos

marchamos.

Una vez en la calle, me siento aliviada al respirar de nuevo aire fresco; el ambiente en el bar estaba demasiado cargado con tanta gente. Raysu cierra los ojos para recrearse un momento con la brisa en su rostro. Me deleito mirando su piel suave y su expresión relajada. Podría permanecer así el resto de mi vida. No sé cómo explicarlo, pero a pesar de ser yo quien le esté ayudando a él, me siento protegida a su lado. Qué ridículo, ¿no?

—¿Preparado?

Me mira y sonríe.

—Si quiero potar, te aviso y te apartas corriendo.

—¡Oh! Sería todo un detalle, la verdad.

Nos reímos.

Atravesamos las calles como podemos, cruzándonos con un montón de gente que ni siquiera nos mira, con algún traspié, algún vaivén, risas y sobre todo mucho toqueteo porque lo llevo agarrado por donde puedo. Menos mal que no ve mis mejillas ardientes desde su posición, pues deben de estar rojas como las brasas.

Las opciones que barajamos no son demasiadas. Para llegar a casa de Raysu, esté donde esté, solo podemos hacerlo en taxi o en autobús. La opción del autobús la descarto de inmediato. Sería una pesadilla, dadas las circunstancias. Así que me quedo con la primera.

Llegamos a la parada de taxis y logro meterlo dentro de uno. El taxista no nos mira demasiado bien.

—Dale tu dirección a este amable señor, Raysu —le pido en un tono muy agudo.

—No puedo.

—¿Cómo que no?

—Tay, si mi padre me ve así, me matará. No podemos ir a mi casa —susurra a modo de secreto.

—¡¿Qué?! ¿Y me lo dices ahora? ¿Adónde te llevo entonces?

Él se encoge de hombros, aunque puedo discernir cierto fulgor de regocijo en sus ojos.

—¿Adónde vais? —pregunta el taxista en un tono seco y para nada amable. Estoy segura de que nos ha visto a través del cristal dando bandazos hasta llegar al vehículo.

Reacciono como puedo.

—¿Podría llevarnos al East End?

—¿A Carnegie Mellon?

—Sí. A Margaret Morrison Avenue, por favor. A la residencia Scobel House —lo informo.

Al ver que yo no llevo la cogorza de mi acompañante y que vamos a una residencia religiosa, se tranquiliza y arranca.

—¿Le puedo pagar con Apple Pay? —pregunto apurada.

—Sí. No hay problema.

—Gracias. —Vale. Una complicación menos.

Raysu se recuesta bocarriba sobre el asiento trasero y apoya la cabeza sobre mis piernas. No aparta la mirada de mí y eso me intimida bastante. Es que es tan guapo, y ahora mismo tiene este aspecto salvaje al que no estoy habituada…, que me entran ganas de rugir.

En el momento en el que nuestras miradas se cruzan, me estremezco. Nunca me acostumbraré a la intensidad de ese azul. Es embriagador. Mi mano cobra vida propia y se posa sobre su

cabeza para que los dedos se enreden en su pelo. Cierra los ojos saboreando mi caricia y entonces…

—¡Mierda! —Se incorpora de golpe, cubriéndose la boca con ambas manos.

—¡No vomites! —le pido aterrorizada al imaginar la escenita.

El taxista frena en seco. Nos vamos hacia delante por la propulsión del vehículo, pero aun así Raysu consigue abrir la puerta y salir, no sé muy bien cómo. Yo también salgo a toda prisa para ayudarlo a que no se caiga al suelo. En cuanto estoy fuera, el taxista acelera y se larga.

—¡Eh! —increpo al conductor—. ¡No tiene vergüenza!

¡Muy bien! ¡Maravilloso! Nos ha dejado tirados.

—Tay —me llama Raysu.

—¿Qué?

Como no dice nada, me vuelvo a mirarlo. Está erguido perfectamente y me sonríe moviendo las llaves de su coche delante de mis ojos.

—Mi padre es abogado. Si te multan, no te preocupes.

—¡¿Pero tú no estabas vomitando?!

—Ha sido una falsa alarma.

—¡¿Una falsa alarma?! ¡Eres un tramposo!

Él se ríe a carcajadas. Será cabronazo. ¡Lo ha fingido! Y, para colmo de males, se me cae la baba al verlo.

—¿Y si nos pasa algo? —lo increpo.

—Vamos. No pasará nada.

Lo pienso durante unos segundos, me parece una locura, pero no tengo ninguna otra salida.

Le arrebato las llaves y sonríe victorioso.

—¡Sabía que tenías cojones!

—Cojones no, ovarios. Y como pase algo, te mataré con mis propias manos. Tu padre no podrá librarte ni de coña.

—No va a pasar nada. Yo te cuidaré —afirma.

Por un momento nos quedamos mirándonos. Siento cómo algo similar a la electricidad recorre mi cuerpo y es imposible que él no lo sienta. «Porque, con esa mirada, si me pides que vuele, yo vuelo», añade mi mente. «¡Bésalo!», insiste mi subconsciente atrevido.

Muevo la cabeza a ambos lados para centrarme.

—¿Dónde está el coche?

Señala con el dedo un precioso cochazo negro aparcado justo enfrente. No lo había visto antes porque había varias personas haciéndose fotos con él, y lo tapaban. Me muevo un poco para conseguir un ángulo mejor y justo veo la parte trasera donde la palabra «Bugatti» ocupa todo el espacio.

—¡¿En serio?! —No logro cerrar la boca. Es una auténtica pasada, sí, pero ni de coña pienso conducir ese coche. ¡Ni de coña! Ni. De. Co. Ña.

¡¡¡Ni de coña!!!

—Taylor…

Me saca del bucle.

—¿Qué coño haces tú con ese coche? —lo interrumpo—. ¡Los frikis como nosotros no conducimos Bugattis!

—Taylor…

—Vamos en bus, la residencia no está tan lejos de aquí. Y si vomitas, que lo limpien mañana. —Ya no sé ni lo que digo.

—*La Voiture Noire* —susurra en francés al ver que no le hago ni caso.

Al escuchar su acento francés, mi mente se ha detenido en seco para enamorarse un poquito más.

—¿Qué dices?

—Es el nombre del coche. Me has preguntado por qué un friki como yo tiene este coche. Me enamoré de él en cuanto lo vi. —Lo mira embelesado, y eso consigue que me ponga celosa—. El padre de Ron me lo regaló cuando cumplí los dieciocho. Creo que es la segunda vez que lo uso, porque no podemos permitirnos mantenerlo. No sé por qué mierda lo habré traído, supongo que para impresionarte.

—¡Oh! ¡Pues sin duda me has impresionado! ¡Te lo garantizo! —protesto enfadada—. A mí y a media ciudad, por lo visto. —Señalo con la mano a todas las personas que rodean el coche.

¿Por qué diablos no habrá venido en una vespino? Ahora tendremos demasiados testigos que verán ¡que no tengo carnet!

—*Sorry* —musita.

Permanecemos en silencio durante un instante que se me antoja eterno, mirando el pedazo de coche que tenemos delante.

—Raysu, creo que tu querido bólido francés se va a quedar ahí aparcadito hasta mañana. Yo no pienso conducir esa máquina mortal.

—¿Por qué no?

—Porque no sabré ni abrir las puertas —le explico—. Me da miedo hasta mirarlo por si se raya.

—No seas tonta. No dudes de ti. Me jode mucho que no creas en tus capacidades. Piensa que es como conducir un coche de choque, solo tienes que mover el volante, ¡ni siquiera tiene marchas! —insiste.

—¿Como conducir un coche de choque, dices? ¡Ja! ¡Nunca se me habría ocurrido una comparación más acertada! Porque nos chocaremos justo contra ese muro y toda esa gente lo grabará. —Señalo la pared que hay a unos metros del vehículo y después al público.

—Vamos, Tay, solo tiene mil quinientos caballos y seis tubos de escape, por lo demás es igual que cualquier otro coche automático. Si no creyera que puedes hacerlo, ¿crees que te dejaría tocar semejante joya?

Lo miro y parpadeo confusa. No sé si eso ha sido una charla motivacional o la manera definitiva de hundirme en la miseria. Cuanto más me aprieta, más ganas tengo de hacerlo. Definitivamente, va a salirse con la suya.

—Yo a ti ya te veo mucho mejor —digo—, conduce tú.

—Estoy mejor, pero no para conducir.

—¿Qué es peor: conducir borracho o conducir sin carnet?

Se encoge de hombros.

—Ni puta idea. Con una nos matamos y con la otra nos multan. Lo que quieras.

Entorno los ojos.

—¡Te odio!

Me dirijo hacia el coche enfurecida sorteando a la gente. Tengo miedo. Pánico. Terror. Todos comienzan a murmurar en cuanto apunto con las llaves al puto Bugatti y las luces se encienden.

—Tranquilos, yo tampoco puedo creerme que vaya a hacer esto —comento hacia la multitud.

Como veo que Raysu no viene, miro hacia atrás y me lo encuentro sentado en el bordillo de la acera.

—¿Qué haces? —lo increpo.

—Extasiándome con la imagen que tendré grabada en la memoria el resto de mi vida.

Le saco el dedo corazón por encima del techo del coche y se le escapa una sonrisa, aunque continúa observándome como si estuviera hambriento de mí.

—¡Añade esto a tu imagen! —exclamo—. Y como no muevas tu culo hasta aquí me largaré sola.

Se ríe más, niega con la cabeza y se levanta como puede.

Abro la puerta y lo espero dentro. A salvo. La gente sigue grabando y haciendo fotos con sus móviles para tratar de sacar el interior del vehículo. Enseguida, Raysu aparece en el asiento del copiloto y cierra la puerta.

—Joder, no me imagino cómo tiene que sentirse Beyoncé —comenta enfadado.

—Si tú eres Beyoncé, ¿yo quién soy?

Lo miro y advierto una sonrisa formándose en sus labios.

—Tú…, joder, Taylor, tú eres un puto sueño hecho realidad.

# 24
# Petricor

> Nunca es tarde para empezar a construir recuerdos felices.
>
> DOCTOR TENMA, protagonista de *Monster*

—Tómate todo el tiempo que necesites, ¿eh? Sin prisas —ironiza al ver que aún no he metido las llaves para arrancar el coche.

No sé por qué, pero sus palabras no me tranquilizan (nótese la ironía). Me está provocando para que nos pongamos en marcha de una vez. Me quito el abrigo y lo lanzo al asiento trasero. Me acabo de dar cuenta de que él va a cuerpo.

—¿No has traído abrigo?

—Me lo habrán robado también. —Se encoge de hombros.

—¿Y no tienes frío?

—Sí, pero ¿de qué sirve que te lo diga?

Me quedo en silencio y por fin reacciono. Meto las llaves, las giro para poner el contacto y enciendo la calefacción. Sale aire frío. Lo miro.

—Hasta que no arranques y aceleres no se calentará —me informa como si nada—, así que moriré de frío por tu culpa.

Se recuesta en su asiento y se pone el cinturón de seguridad tan tranquilo.

—No soy capaz. Tengo miedo —admito, pasando de su bromita.

—Taylor, yo confío en ti. Tú eres la única que no lo hace. Arranca el puto coche y que les den por culo a los miedos —dice sin mirarme.

Ese tono pasota restándole importancia a todo consigue que haga lo que me pide. Giro la llave y el motor ruge como si una bestia acabase de despertar bajo mi cuerpo. Me abrocho el cinturón de seguridad aterrorizada.

Las voces de las personas que me han rodeado durante toda mi vida siempre me han dicho: «No vas a poder, no serás capaz, es demasiado para ti», y por eso me lo he terminado creyendo, tanto que se ha convertido en mi voz interior. Por eso me resulta tan sorprendente que alguien confíe ciegamente en mí. Pero… ¡joder, qué bien sienta!

«Venga, Tay, esto no es tan difícil», me animo envalentonada. Miro la palanca de cambios,

pone más letras que en las del coche del padre de Susie, pero los dos pedales son iguales.

—Solo conozco la P, la D y la R, ¿qué son todas esas otras letras? —pregunto agobiada.

Abre los ojos y me mira.

—Son *Winter, Sport*… —se detiene—, solo polladas. Necesitas conocer las tres que has dicho, pasa de las demás.

—Si nos la pegamos, que conste que todo esto ha sido por tu culpa —le recuerdo.

—*Mea culpa*. Ok. —Eleva las manos en señal de rendición.

Niego con la cabeza. Estoy segura de que, cuando se despierte con la horrible resaca que espero que tenga mañana y le recuerde todo esto, se va a odiar, aunque ahora se lo esté pasando en grande.

—¿Sabes qué? —le pregunto.

—¿Qué?

—Que prefiero al Raysu sobrio. Este no me cae bien.

Vuelve a partirse de la risa.

—Mejor, porque el Raysu sobrio y gruñón es el que soy siempre —alega guiñándome un ojo.

Vale. Nos vamos.

Miro al frente, piso el freno, quito el freno de mano, meto la marcha D (*Drive)* para ir hacia delante en el secuencial y levanto el pie del freno muy despacio. ¡Dios, me tiembla todo el cuerpo en cuanto el coche avanza un centímetro, y eso que ni he tocado el acelerador!

—¡Nos estamos moviendo! ¡Ay, madre mía! —exclamo.

—Deja de estar rígida como un yunque y gira el volante si no quieres que nos peguemos la hostia de verdad.

—¡Voy!

Piso el acelerador un poquito y giro a la derecha para incorporarme a la calle, pero la gente no se aparta, por lo que tengo que frenar en seco y se detiene el coche de golpe. Raysu baja la ventanilla.

—¡Quitaos de en medio, hostias, que ya habéis hecho bastantes fotos!

Nada, ni caso.

Pone la palanca en la P.

—Pisa el acelerador a fondo, Taylor —me ordena.

—¿Qué?

—¡Hazme caso!

Lo hago y el motor ruge como un tigre cabreadísimo. La gente salta despavorida a refugiarse corriendo sobre la acera. Lo suyo sería que desapareciésemos de la escena del crimen a todo gas fundiéndonos con el asfalto, pero emprendemos la vergonzosa huida a un centímetro por hora porque no quiero ir más rápido. Raysu no sabe dónde meterse y se cubre la cara con disimulo para no ver a la gente descojonarse de risa con nosotros.

Al cabo de diez minutos se han acumulado como tres coches detrás de mí que no dejan de pitarme porque esta calle es de un solo sentido, demasiado estrecha para que me puedan adelantar.

—Creo que me iré andando a casa. No puedo perder una semana de clase hasta que llegues a tu residencia —protesta, cruzándose de brazos mientras yo no despego la mirada de la carretera.

De repente, se me han olvidado las calles y no sé el camino.

—Al menos ya sale aire caliente. —Señalo la rendija de la calefacción con un dedo sin soltar el volante.

—Sí, justamente eso era lo que más me preocupaba. —Pone los ojos en blanco.

Me obligo a parar cuando me encuentro con un semáforo en rojo. Respiro aliviada. Raysu mira pensativo a través del cristal, no sé en qué demonios estará pensando. En cuanto la luz se pone verde, me vuelven los nervios porque todos los coches que tenía detrás aprovechan para adelantarme mientras me increpan por las ventanillas. Yo bajo el cristal de la mía para gritarles:

—¡A la mierda!

Raysu suelta una carcajada mientras niega con la cabeza.

—¿De qué te ríes? —le pregunto furiosa.

—Te has cargado mi fantasía erótica de verte conducir este coche.

Entonces no aguanto más y yo también suelto una carcajada dejando escapar con ella toda la presión que me había impuesto a mí misma.

El sonido de un fuerte estruendo en el cielo detiene nuestra risa para dar pie al silencio más absoluto.

Cierro los ojos y saco la cabeza por la ventanilla para degustar la mejor sensación del mundo o, mejor dicho, el mejor olor del mundo: el petricor. Este olor me transporta siempre a mi infancia, cuando todo era divertido y no tenía preocupaciones. A las tormentas de verano en el campo, cuando Susie, Max y yo nos mojábamos bajo la lluvia sin poder parar de reír. A cuando mis padres se querían.

—Tay, sube la ventanilla, anda, que te vas a empapar —me aconseja Raysu con dulzura devolviéndome al presente. De repente se ha puesto a llover.

Lo miro algo desconcertada y me sonríe.

—Me encanta ese olor —susurro.

—¿A tierra mojada?

—Petricor.

—¿Qué?

—Ese olor se llama «petricor» —le digo.

—Pues gracias por regalarme este recuerdo.

—¿Qué recuerdo?

—Tú y el petricor. Ahora siempre que llueva no podré evitar acordarme de ti. Tan efímera como el petricor.

Subo la ventanilla porque me he sonrojado sin poder evitarlo. ¿Por qué pensará que soy efímera? ¿Tendrá él tanto miedo como yo? Porque no lo parece.

Pensaba que iban a caer cuatro gotas, pero esto se está convirtiendo en una maldita lluvia torrencial. Suena otro trueno que consigue hacerme estremecer.

—¡Mierda! ¡Una tormenta! ¿Qué más cosas pueden pasarnos? —sollozo dejándome caer sobre el volante mientras los coches continúan adelantándonos, insultándonos y pitando.

—Métete por esa calle —propone.

—No veo nada. No puedo conducir así.

Me contempla con dulzura. Parece que mis continuas dudas, lejos de molestarlo, lo enternecen.

—Hay un pequeño descampado justo detrás de esta calle —me explica para que no entre en

pánico—. Aparcaremos allí y esperaremos a que deje de llover. No podemos quedarnos aquí en medio, a no ser que quieras morir asesinada.

—No. Soy muy joven.

Nos reímos.

La escena vista desde fuera tiene que ser, cuanto menos, rocambolesca. Yo también me partiría de risa viendo semejante cochazo avanzando como si fuera pisando huevos.

No pienso contar cómo aparco, pero el caso es que consigo hacerlo. Eso sí, ocupando tres plazas.

Apago las luces y el motor. Todo permanece en silencio. Solo se oye la lluvia cayendo sobre el coche. Parece que estemos en medio del diluvio universal. Miro las gotas resbalando por el cristal delantero. Me resulta relajante. La única iluminación con la que contamos es la de una farola lejana. Estamos en una pequeña burbuja aislados del mundo. Solos Raysu y yo.

—Raysu, ¿qué sucedió?

En cuanto nuestras miradas se cruzan, sabe perfectamente a lo que me refiero.

—No quiero hablar de eso. —Se vuelve para mirar por la ventanilla.

—Pues yo sí. No puedes mandarme un mensaje diciéndome todo lo que te da la gana y luego actuar como si no hubiese pasado nada, por muy borracho que estés. Creo que me merezco una explicación.

—Te la mereces, sí, pero no quiero dártela ahora.

—¿Por qué?

Se vuelve para clavar sus ojos en mí.

—Porque no estoy preparado.

—No vas a estarlo nunca. Creo que tenemos una oportunidad de oro. —Señalo con las manos a nuestro alrededor—. ¿Crees que tendremos otro momento como este?

—Espero que no. —Sonríe de medio lado, de manera falsa—. No he pasado tanta vergüenza en mi vida.

Pongo los ojos en blanco. No voy a permitir que cambie de tema como si fuera un político en apuros.

—Raysu, ¿qué pasó? —le repito.

Él mira de nuevo hacia el exterior, contemplando la lluvia.

—Echo de menos esa sensación de llegar a casa y que alguien me reciba con un abrazo. El olor a comida en el horno. Que todos mis problemas desaparezcan con un beso o con un «te quiero». Dios, hace tantos años que nadie me dice «te quiero»… Echo de menos reír a carcajadas. Sentirme protegido. Contar con alguien. Creo que echo de menos cada cosa de ella.

Se me rompe el alma al ser testigo de cómo se le quiebra la voz.

—¿Sabes que puedes confiar en mí?

Al cabo de un rato, saca el móvil del bolsillo trasero del vaquero para buscar algo en él. Enciende el equipo de música del coche y conecta el *bluetooth*. Unos acordes de guitarra comienzan a sonar. Lo miro buscando una explicación.

—Esta canción de The Struts va a explicarte mejor que yo lo que siento —asume con la mirada triste.

Miro en la pantalla que se trata de «Somebody new». Habla sobre alguien que le pide a otra persona que lo perdone, le explica que lo ha intentado con todas sus fuerzas, que no desearía

tener que pronunciar esas palabras, que quizá se arrepienta, pero que debe ser honesto porque hizo una promesa y no la romperá nunca.

*It's not that I don't care*
*the way that you do.*
*It's just my heart's not ready yet*
*for somebody new.*
*When you've been broken,*
*some wounds remain open.*

No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que no termina de sonar la canción. Y las palabras «*It's just my heart's not ready yet for somebody new*» resuenan sin cesar en mi interior.

Lo miro y la expresión de sus ojos es de absoluto dolor. Lo cojo de la mano.

—¿Qué pasó, Raysu? —le repito con dulzura.

—Me quedé destrozado cuando se fue. No he vuelto a ser la misma persona —susurra con la mirada perdida en la lluvia.

Lo observo con un fuerte nudo en la garganta. Espero a que esté preparado para seguir:

—Mi madre… Tuvo un accidente de tráfico. Estuvo varios meses en coma, pero nunca despertó.

No logro decir nada. No encuentro las palabras. Le tiendo la mano y me la coge.

—Mi padre se gastó todo el dinero que teníamos. Vendió todos los pisos. Se obsesionó con la idea de que se recuperaría, a pesar de las indicaciones de los médicos. Se volvió loco. Nos quedamos en la ruina, y lo peor fue que ninguno de los tratamientos funcionó. Se fue. Y nosotros con ella.

—Raysu… —Acorto la distancia que nos separa para abrazarlo.

Permanecemos abrazados durante un buen rato. Después me aparto un poco para comprobar si se encuentra mejor. Se enjuga las lágrimas con la manga como si no quisiera que lo descubriese llorando. Llorar en silencio duele mucho. Estoy segura de que su máscara es mucho más pesada que la mía.

—Harry Carter, el padre de Ron, le debía muchos favores a mi padre y, gracias a él y a mi abuelo, hemos podido seguir adelante. De no ser por Harry, yo no podría estar estudiando. Aunque mi padre le va devolviendo el dinero en cuanto gana algún caso.

—Algo me dice que todo eso no le ha salido gratis a tu padre, Raysu.

—Todo lo contrario. Le salió muy caro. Se convirtió en su siervo.

Trago saliva.

—Dejemos ese tema ahora. Háblame de tu madre.

—Ella era…, siempre se estaba riendo. —Se detiene. Cierra los ojos con fuerza y niega con la cabeza. Al rato los abre y veo que están rojos—: Me cuesta mucho hablar de ella porque no quiero superarla. No quiero que deje de dolerme. Volver a ser feliz implicaría olvidarme de ella, y eso sería lo último que podría soportar.

—Ser feliz no significa que dejes de quererla, Raysu, más bien todo lo contrario. ¿Qué crees que te diría ella si estuviese aquí?

—Lo sé. Todos los psicólogos a los que he acudido a lo largo de estos cinco años me han dicho lo mismo, pero no puedo. Cada vez que me río me siento culpable al instante. Como si la estuviese traicionando. Por eso me alejé de mis amigos y me quedé solo. Además, la gente con la que solía juntarme era adinerada y, al enterarse de que mi padre ya no pertenecía a su grupo, me dieron de lado.

—Todo eso debió de ser muy duro.

—Lo fue. Mucho. —Hace una pausa—. También hubo una chica con la que estaba saliendo cuando ocurrió. Quizá confié demasiado en el amor. Me dejó porque yo no quería ir a fiestas. Supongo que se aburrió de que estuviese siempre triste. Con quince años, lo único que quieres es divertirte. Y mi padre…, él ni siquiera podía con su alma; no estaba para atender a un adolescente depresivo.

Lo miro rota de dolor porque, de alguna manera, yo también me he sentido sola, aunque no fuese por la misma razón.

—Raysu…

—No, déjame decirte algo —me interrumpe, acariciándome el pelo—: Hasta esta noche pensaba que alejándote de mí me ahorraría sufrimiento, por eso te mandé ese wasap.

—¿Hasta esta noche? —me extraño.

Coge mis manos y clava sus ojos en mí. Todo a mi alrededor desaparece.

—Cuando te he visto en el bar, todo ha cambiado, Taylor. Todo mi puto mundo ha cambiado. Hasta ese momento me había convencido a mí mismo de que pasabas de mí y que por eso ni siquiera te habías molestado en avisarme.

Eso me duele mucho.

—¿Qué? ¿Por quién me tomas? No lo hice a propósito, ¿cómo pudiste pensar algo así de mí? —protesto.

—Lo sé, lo sé, lo sé… Ahora lo sé, ¿vale? Pero es mi mente la que cree que todos van a herirme, que tarde o temprano se irán, y que si los aparto de mi lado, no sufriré. Creo que eso puede resultarte familiar. Hasta hoy estaba casi convencido de esa mierda, pero la alegría que me he llevado al verte ha superado todos los miedos que pudiera tener. ¿Lo entiendes? Por primera vez en mucho tiempo, lo positivo ha ganado la batalla y he descubierto que volver a sentir es maravilloso.

Vale. Ahora siento mucho vértigo.

—Contigo soy más yo que con nadie, Taylor. Sacas mi lado friki, ese que tanto me han obligado a ocultar; mi lado irónico; el Raysu protector y el que tiene ganas de vivir y reír a todas horas. Joder, si hacía años que no me reía. Creo que esa es una de las razones por las que me he colado tanto por ti.

Un momento.

¡¡¿¿Qué??!!

—¿Te has colado por mí? ¡¿Por mí?! —repito sin poder dar crédito a que alguien como él se haya fijado en alguien como yo.

Asiente algo nervioso.

Tengo tanto calor que me arden las mejillas, aunque no creo que sea precisamente por la calefacción del coche. Suspiro tratando de que este nudo que acaba de formarse en mi garganta desaparezca.

—Cuando nos besamos, lo supe. Mi alegría lleva tu nombre, y eso me aterra, pero estoy harto de huir. No pienso esconderme más. Esto es lo que soy.

Admiro su valentía. Yo ahora mismo estoy en *shock*. Acabo de ser consciente de lo que me gusta este chico. Ha arrasado conmigo como un tsunami. En muy poco tiempo se ha convertido en mi refugio. Siento una complicidad con él que nunca he sentido con nadie, ni siquiera con Susie.

—¿Por eso saliste corriendo? Cuando dijiste: «Esto no se volverá a repetir» —bromeo imitando un tono exagerado de su voz cabreada.

Sonríe de medio lado y niega con la cabeza.

—¿Conoces esa sensación de estar perdido y no saber hacia dónde ir? Pues yo supe adónde quería dirigirme exactamente en el mismo momento en que te miré a los ojos después de besarte. Fuiste mi brújula. Quería ir hacia ti. Por primera vez después de la muerte de mi madre me permitía pensar en un futuro feliz. Pero al mismo tiempo me acojoné.

—¿Por qué?

Frunce el ceño.

—Porque no quiero cargarte con esa responsabilidad. No quiero que estés conmigo porque sientas pena, Taylor. No quiero amargarte la vida con mis historias, como hice con aquella chica. Por eso salí corriendo en la dirección contraria. Para liberarte.

Entonces, sin pensarlo, cojo una de sus manos y me la coloco sobre el pecho, a la altura del corazón que late desbocado desde hace un buen rato.

—¿Crees que mi corazón latiría así por pena? —susurro algo enfadada.

Él me contempla con la mirada llena de esperanza, y se me parte el alma al ver también sus dudas en esa maldita y torturada mirada azul. Miedo. Veo miedo, tanto que está temblando. Quiero arrasar con esas putas dudas de una vez por todas, no aguanto más, y me lanzo sin dudarlo a sus labios.

Me acoge entre sus brazos para subirme a horcajadas sobre su regazo. Su boca busca la mía con desesperación, casi con violencia. Agarra mi espalda con fuerza y yo enrosco los dedos en su cabello de la misma manera. Nos aferramos uno al otro como si no estuviéramos dispuestos a separarnos nunca. Ansío su calor más que nada en el mundo, y me prende fuego con el simple contacto de su lengua. No sé el tiempo que permanecemos devorándonos. No nos cansamos.

Besarlo de nuevo es como volver a respirar después de haber estado debajo del agua durante una vida entera. No era consciente de lo que me gustaba hasta que he vuelto a hacerlo.

Raysu separa sus labios de mi boca para bajarlos a lo largo del cuello, lo hace con tantas ganas que mil chispazos violentos recorren mi cuerpo para ir a parar justo entre mis piernas. Echo la cabeza hacia atrás para degustar la sensación. Entonces hunde los dientes justo debajo del lóbulo de la oreja y dejo escapar un gemido. Lo miro a los ojos y veo que todo arde en él.

Le quito a toda prisa la sudadera y la camiseta y me detengo para admirar su cuerpo. No está demasiado musculado, pero sí muy definido. Es perfecto. Mis manos se lanzan hacia su pecho sin pedir permiso ni perdón. Necesito tocarlo, sentir su cálida piel. Volvemos a besarnos.

Introduce sus manos por debajo de mi vestido y me acaricia los pechos. Parece que lo han reconocido, porque suelto otro gemido al notar las yemas de sus dedos. Siento su excitación en mi entrepierna. No puedo parar de besarlo; estoy ensimismada saboreándolo.

De pronto pega su frente a la mía y se aparta de mis labios con una expresión de sufrimiento

para conseguir hablar.

—Cada vez que te toco no puedo parar —jadea con fuerza.

Le retiro el pelo de la frente para poder ver bien su mirada consternada.

—Pues no pares —susurro.

—No quiero que nuestra primera vez sea en un coche. Quiero que sea algo especial, Taylor.

Lo miro asombrada porque no puedo parar, no quiero parar. Respiro con dificultad debido a la excitación. Hace un minuto estaba convencida de que hoy sería el gran día, pues nunca he hecho el amor con nadie. Para mí siempre será especial, no importa el lugar, él lo hará especial; pero tiene razón, si esperamos, quizá ese algo especial se convierta en algo mágico.

Permanecemos mirándonos a los ojos durante un buen rato, sin decir nada, los suyos brillan como nunca antes los he visto brillar. Todavía estoy subida sobre sus muslos. Le aparto el pelo de los ojos con cuidado, pero acabo deslizando los dedos entre sus mechones enmarañados hasta alcanzar su cuero cabelludo. Cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás, recostándose en el reposacabezas. Deja escapar un gemido. Me tiene cogida por la cintura, noto que sus manos cobran vida de nuevo y se me escapa una sonrisa. Se relame los labios y termina mordiéndose el labio inferior, un gesto típico en él que me enciende como pocas cosas lo hacen. Clava sus ojos ardientes en mí.

—No seré capaz de parar dos veces —gruñe.

Doy al *play* en el equipo del coche para que «Somebody new» vuelva a sonar. Necesito que esta canción cobre otro sentido para él. Me sonríe negando con la cabeza.

—No tenías que haber parado la primera —le digo mientras me lanzo de nuevo a devorar su boca.

Y entonces comienza la acción. La ropa sale volando, aunque todavía no sé muy bien cómo logro quitarme las medias. Gruñidos, manos, labios, gemidos, caricias, piel, saliva, preservativo…; todo se torna una explosión de…, no sé…, de él y de mí…, de nosotros. Juntos.

No deja en ningún momento de mirarme a los ojos. No hace falta que hablemos, porque con la mirada él me pregunta si estoy bien y yo le confirmo que nunca he estado mejor. No tengo miedo, sé que él me cuidará. Va despacio y con suma delicadeza. La canción resuena en nuestros oídos. Es una sensación muy intensa y demasiado bonita al mismo tiempo.

«Está dentro de mí —pienso. Pero luego añado—: Estuvo dentro de ti desde el primer momento en que lo miraste».

Una vez que todo ha terminado, seguimos temblando y sudando mientras contemplamos en silencio cómo cae la lluvia sobre los cristales ahora completamente empañados. Cuando vuelvo la vista hacia él, descubro que me está mirando con absoluta devoción. Tiene los labios hinchados y algunos mechones de pelo mojado pegados a la frente. Estoy tan relajada que soy incapaz de moverme, pero, aun así, consigo recostarme sobre su pecho. Me abraza poniéndome mi abrigo sobre la espalda.

—Vaya, pues iba a ser cierto que, además de besar fatal, también follabas de pena.

Se cubre el rostro con ambas manos mientras se parte de la risa. Esa risa es un sonido celestial.

—Tendrás que ayudarme a mejorar.

Al cabo de un rato siento que me contempla como si dudase si decirme algo o no.

—¿Qué pasa? —musito.

—No me habías dicho que era tu primera vez —susurra mientras me da un beso en la sien.

—¿Cómo lo has sabido? —No lo miro porque me da demasiada vergüenza, sigo recostada sobre su pecho mientras me acaricia el pelo.

—Lo he visto en tus ojos.

Maldito. Soy demasiado transparente para él. Ya de nada sirve hacerme pasar por una matahari.

—Creía que si te lo contaba saldrías corriendo —le confieso.

Deja escapar un suspiro.

—No quiero que tengas secretos conmigo, Taylor. Tenemos que confiar el uno en el otro.

—¿Eso significa que va a haber un nosotros?

Sonríe de medio lado.

—Depende. ¿Hay algo más que quieras ocultarme para que no salga corriendo?

—Muchas cosas.

—Pues creo que sería un buen momento para confesarlas.

Bostezo porque de repente tengo mucho sueño.

—Prefiero que sigas haciéndome mimos.

—¿Ves? En ese metaverso en el que solo estés tú no podrás sentir mis preciadas caricias. —Continúa acariciándome.

—Mmm… Puede que te deje entrar alguna vez —murmuro en éxtasis, y él se ríe.

Trato por todos los medios de no dormirme, para degustar este momento, para hacerlo eterno dentro de su talante efímero, como el petricor, que, por mucho que trates de preservarlo, se esfuma. No se puede meter en un bote para olerlo cuando quieras, solo sucede cuando se dan las circunstancias oportunas. Durante unos breves segundos en los que debes obligarte a parar todo tu mundo para degustarlo como se merece. Después simplemente desaparece.

Los párpados me pesan cada vez más mientras me sumo en estos pensamientos abstractos. Me siento a salvo en nuestra pequeña burbuja. Nuestra. De los dos. Relajada. En paz.

Y al final me quedo dormida.

# 25
# Pervertido

> Si mañana acabara el mundo, yo sería feliz por haberte conocido.
>
> SAILOR MOON, protagonista de *Sailor Moon*

Unos golpes muy fuertes me despiertan de repente. Me incorporo en plan niña del exorcista y me doy un susto de muerte al descubrir la cara de un hombre desconocido frente a mí. Menos mal que nos separa el cristal de la ventanilla, porque, de lo contrario, podría haber muerto del susto.

—¡Hay niños por aquí, pervertidos! —grita—. ¡Vaya cerda! ¡Esto no es un puticlub!

Abro y cierro los ojos intentando centrarme. Me miro y descubro enseguida la razón por la que un señor con bigote de mediana edad y trajeado nos increpa: yo aún estoy desnuda encima de Raysu, que solo lleva los vaqueros, en el asiento del copiloto que anoche echamos hacia atrás para estar más cómodos. En algún momento de la noche se ha debido de caer el abrigo con el que Raysu me había tapado.

—¡Raysu! —Lo muevo al tiempo que me cubro los pechos con las manos toda digna bajo la atenta mirada del tío cabreado de la calle.

Él parece no reaccionar. Normal, seguro que el subconsciente le pide a gritos que no lo haga, pues la resaca que va a tener va a ser de órdago.

—¡¡¡Raysu, despierta, coño!!! —le grito de nuevo.

Ahora sí, abre los ojos y los clava en mí como si fuese la Catrina que viene a llevárselo. No sabe ni dónde está. No puedo evitar reírme al verlo. Está flipando.

—¿Qué pasa? —pregunta mirando hacia todas partes desconcertado.

—Ese señor —señalo con el dedo la cara cada vez más colorada del tipo en cuestión— me está llamando cerda. Creo que deberíamos irnos.

Parpadea. Mira al hombre al otro lado del cristal. Vuelve a mirarme. Mientras procesa la información que acabo de soltarle a bocajarro, busco mi vestido y me lo pongo a toda prisa.

Baja la ventanilla con el ceño fruncido.

—Oye, tío, ¿has llamado cerda a mi chica? —pregunta con una voz de asesino que me da miedo hasta a mí.

Un momento…, ¿ha dicho «mi chica»? ¡¡¿¿Yo??!! ¡¿Soy su chica?!

—¡Sí! ¡Eso es lo que la he llamado! —exclama el otro, que se envalentona también.

Raysu me mira y me susurra al oído:

—¿Puedes pasarte al otro asiento, por favor?

No entiendo el motivo por el que quiere que conduzca de nuevo esta máquina infernal estando él ya sobrio. Aun así, lo hago, me cambio al asiento del conductor.

Ni siquiera he terminado de sentarme cuando abre la puerta como alma que lleva el diablo y le propina un fuerte golpe al tío en todas sus partes nobles. Suelto un grito por el susto.

Raysu lleva solo los vaqueros puestos, por lo que puedo comparar con facilidad las corpulencias de uno y de otro. El idiota que me ha insultado es el doble de ancho, pero *mi chico* parece tener el triple de fuerza, o al menos el triple de mala hostia.

Lo engancha de la pechera de la chaqueta que lleva y lo empotra contra uno de los coches aparcados junto al nuestro para asestarle un puñetazo que al otro lo deja KO.

—¡Pídele perdón ahora mismo o te parto la cara, cabronazo! —ruge sin soltarlo.

El hombre levanta las manos en señal de rendición y Raysu lo suelta, pero en vez de venir a pedirme perdón, sale corriendo a toda hostia. Normal. No se esperaba que un simple chiquillo se transformase en el increíble Hulk y le soltase semejante leche por defender mi honor. Yo no logro cerrar la boca.

Clava sus ojos en mí. Me estremezco. Se dirige hacia el coche con paso firme. Observo su torso desnudo bajo la luz del sol. ¡Oh, mama! En mi mente se mueve a cámara lenta y al ritmo de «…Ready For It?» de Taylor Swift. Me lo follaría ahora mismo contra el capó del maldito Bugatti. Entra de nuevo en el vehículo y cierra la puerta. Respira con dificultad. Lo miro todavía alucinando.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunto.

—¿El qué? —protesta de mala gana poniéndose la ropa que reconoce como suya.

—¡¿El qué?! ¿Tengo que especificar? ¿En serio?

—Nadie tiene derecho a insultar a una mujer porque le dé la gana. Estoy hasta la polla de tanto anormal machista.

Vaya. No sé qué decir.

—No me imaginaba que tuvieras tanta fuerza. Ese tío era más grande que tú —musito.

Me mira. Suspira y al ver mi expresión de horror sonríe.

—Digamos que las resacas me sientan como el culo. Tengo que canalizar.

—¿Y canalizas soltando hostias como panes? —bromeo.

—Ese payaso no se merecía menos. La próxima vez que quiera meterse con alguien, se lo pensará dos veces.

Permanecemos en silencio durante unos segundos.

—De todas las posibles maneras que había imaginado despertarme a tu lado, sin duda esta era la última… Bueno, para ser sincera, ¡esa agresividad gratuita no estaba ni entre las posibilidades! —confieso.

—¿Y cuál era la primera que habías imaginado? —pregunta con una sonrisilla traviesa obviando mi tono de reproche.

Me pongo roja.

—No te lo voy a decir.

Echa la cabeza hacia atrás para soltar una sonora carcajada. Me contagia y al final me río

también.

—Si tiene algo que ver con esa mirada lujuriosa, puedo imaginar por dónde van los tiros. —Me guiña un ojo—. Pero he de confesarte que con esos pelos de loca no me pones nada.

—¡Oye! —Le doy un débil puñetazo en el brazo y se ríe.

—A ver esa *agresividad gratuita*, señorita Smith —dice imitándome.

Antes de que me dé tiempo a protestar se acerca a mí, posa una mano en mi nuca para atraerme hacia él y besarme con ganas.

—¿Algo así era lo que imaginabas? —ronronea contra mis labios.

Ni en mis mejores sueños lo habría visto así, la verdad.

—¡No te lo tengas tan creído!

Volvemos a reírnos y nos cambiamos los sitios para que pueda conducir él.

Verlo al volante de este coche es algo fascinante, parece fácil, natural, como si llevase toda la vida sobre estas cuatro ruedas. Acabo de decidir que la imagen de Raysu conduciendo será mi nueva fantasía sexual.

Aprovecho que va distraído buscando música decente (según él) en la radio para poner a cargar el móvil. En cuanto lo enciendo, compruebo que tengo varias llamadas perdidas de Susie y un solo mensaje de ella. También me han escrito Ron y mi madre.

Miro el de mi amiga primero.

Susie:

> Espero que haya merecido la pena tenerme al borde del infarto. No has venido a dormir y no me has avisado. Si mañana a las nueve no has dado señales de vida, llamo a la policía.

¡Mierda! Seguro que ya me está buscando el equipo completo del CSI.

Miro la hora y respiro aliviada al comprobar que son las nueve menos diez. La llamo corriendo.

—¡Te odio, joder! ¡No he pegado ojo! —me grita.

—¡Lo siento, tía, me quedé sin batería!

—¿Y tu novio no tiene móvil? ¡No hay excusa que valga! ¡Sabes que me preocupo, Taylor!

Parece que…

—¿Estás llorando? —le pregunto.

—No —solloza.

Raysu me mira con cara de chiste. Estará pensando que somos unas dramáticas. Voy a obviar la palabra «novio».

—¡Oh, Susie! ¡Lo siento, de verdad, perdóname!

Se queda en silencio.

—Susie…

—Espero que al menos te hayas pasado toda la noche follando. De lo contrario, no te lo

perdonaré jamás. He estado superasustada.

—¡Susie, que Raysu te está escuchando! —me quejo muerta de la vergüenza.

—¡Raysu, más te vale haberle regalado a mi amiga diez putos orgasmos! —chilla a voz en grito.

Él se parte de la risa y se frota con una mano la mandíbula.

—Siento decepcionarte, Susie. La verdad es que no llegamos ni al segundo, pero… para mí valió por veinte —asegura mirándome con los ojos negros de deseo.

Joder.

Aprieto los muslos para disimular el fuerte estremecimiento que ha nacido en mi entrepierna y se ha expandido hasta el resto del cuerpo como una llama incandescente.

—Ahora te veo, tonta. Vamos para allá. Te quiero —le digo a toda prisa.

—¡No! ¡De eso nada! ¡Quiero todos los detall…!

Cuelgo.

Raysu niega con la cabeza y sonríe.

—Nunca he tenido un amigo así.

—Somos como hermanas. A veces la mataría y otras la amo.

—¿Ya estáis bien?

Le cuento que hemos estado hablando y muchas de las cosas que ha hecho mi amiga por mí en todos estos años, y parece que se relaja un poco con respecto a ella. Luego miro el mensaje de mi madre, que me da las buenas noches. Me apresuro a darle los buenos días para que no sospeche que anoche su querida hija, en lugar de estar en la residencia con las monjitas, estaba en un coche en mitad de un descampado perdiendo la virginidad.

Al final echo un vistazo muy rápido a lo que me ha escrito Ron para que Raysu no lo vea.

El Gilipollas de Carter 🐶:

Mañana te puedo llevar a casa con la moto.

No tengo entrenamiento.

OK.

Le respondo y guardo el móvil corriendo.

Cuando llegamos a la residencia, son casi las nueve y media. Me he perdido la primera clase y, para cuando llegue a la uni, también me habré perdido la segunda. Menos mal que Susie me pasará los apuntes. Es lo bueno de haberla convencido para estudiar la misma carrera. Estoy segura de que juntas diseñaremos el mejor metaverso de la historia.

—¿Vas a ir a clase? —me pregunta Raysu al detener el motor.

—Claro.

—Pues date prisa. Te espero.

—Pero vas a llegar…

—¡Vamos!

Nos reímos y salgo corriendo hacia el interior de la resi. Rose me mira con cara de pocos amigos al ver las pintas que llevo y las horas que son, pero no me pregunta nada, se limita a darme los buenos días.

Llego al cuarto. Nyanta no está. Supongo que se lo habrá llevado Lily al ver que no llegaba a dormir. Enchufo el móvil. Me dirijo al baño a toda prisa, lanzando la ropa por el cuarto. Me miro en el espejo y descubro una mirada que nunca antes había estado ahí. Mis ojos resplandecen y mi piel brilla.

—*Wow!* —me digo sonriente—. ¡Vaya pibón!

Eso sí, los pelos que tengo no tienen solución. Hay que lavarlos. Y los dientes. Ahora tengo que saber mejor que nunca porque no sé cuándo Raysu me dará un beso. Me entra una risilla tonta. Muy tonta.

¡Vamos, Taylor, céntrate!

Al salir del baño, ya duchada y con el pelo seco, compruebo que ha pasado media hora. No sé qué me ocurre con el tiempo. No logro calcular bien los minutos cuando hago algo. Encima tengo la maldita manía de no mirar el reloj para no saberlo, prefiero guiarme por mi desastrosa intuición. Y así me va. En mi mente solo pasa un minuto, pero en la vida real transcurren cinco, entonces siempre llego tarde.

Me pongo unos *leggins* negros con una sudadera fucsia con capucha, del Shein, y unas deportivas blancas. Me dejo el pelo suelto porque no tengo tiempo de hacerme ningún peinado. Me aplico un poco de rímel en las pestañas y brillo rosa en los labios. No puedo dejar de mirarme en el espejo. En serio, estoy guapísima. Me echo un poco de Scandal, un perfume con piernas en el tapón que me regaló Susie en mi cumple, y cojo la mochila y el móvil a toda prisa. Antes de marcharme entro en la habitación de Lily con la copia de sus llaves para asegurarme de que Nyanta está bien. Lo veo plácidamente dormido sobre la cama, me acerco a toda prisa, le doy un beso y salgo. Ahora sí me voy.

Mientras voy hacia el coche, veo que Raysu está absorto en la pantalla de su móvil. En cuanto abro la puerta y me siento, lo guarda. Me va a echar una bronca de la leche por tardar tanto. Me abrocho el cinturón muy rápido para no tardar más, cierro la puerta y, al volverme hacia él, me doy cuenta de que me está mirando como si me viera por primera vez. Le brillan los ojos. Nadie me había mirado así nunca y se me escapa una sonrisilla tonta.

—¿Qué? —le pregunto hecha un manojo de nervios.

—Eres preciosa, Taylor —susurra emocionado sin poder apartar los ojos de mí.

—Gracias —respondo algo cortada—. Tú tampoco estás mal.

Mira un instante hacia la calle, parece nervioso. Después clava sus ojos en mí. Se muerde el labio inferior.

—Esto… —No arranca el motor.

—¿Qué pasa?

—Quería hacerlo de otra manera, pero es que no me aguanto.

—¿Qué dices, Raysu? ¿Te pasa algo?

—Joder, es que… Venga, vale, allá va… —Cierra los ojos, resopla y vuelve a mirarme—: ¿Quieres salir conmigo?

—¡¡¡¿Qué?!!! —Estoy alucinando y no puedo dejar de sonreír.

—¿Que si quieres…?

—¡Raysu! —lo interrumpo nerviosa—. ¡La gente ya no hace esa pregunta!

Su expresión es de «por favor, no me hagas daño» y suelto un suspiro al verlo tan en pánico. No voy a alargar más su agonía, pobrecito.

—¡Pues claro que quiero salir contigo, idiota!

—¿En serio? Espera… ¡¿En serio?!

—¡Sí! —exclamo riendo.

—¡¡¡Dios, soy el tío más afortunado que existeee!!! —grita por la ventanilla.

Una señora se vuelve y le pregunta sorprendida:

—¿Por qué?

—¡Porque tengo la novia más jodidamente increíble del mundo! —Su mirada refleja la más absoluta de las dichas, aunque todavía advierto algún resquicio de ese miedo que no le permite abrirse del todo, pero nada comparado con el Raysu de ayer.

—¡Estás fatal! —Niego con la cabeza sin poder parar de reír.

Él tampoco puede.

Mi corazón palpita muy fuerte en el pecho. Creo que una chica sabe cuándo alguien es especial. Lo siente muy dentro. Y yo siento en lo más profundo de mi corazón que Raysu es algo muy mío. Solo es él conmigo y solo soy yo con él. Es el calor que me recorre el cuerpo con solo rozarme. Es una ilusión más bonita que una mañana de primavera. Es cada vez que me mira. O cómo mi corazón se ha desbordado al oírle decir que ¡soy su novia!

Se acerca a mí y nos damos un beso. Sabe a menta. Siempre sabe a menta o a eucalipto. Se habrá comido un chicle. Se aparta lentamente para arrancar el coche sin dejar de mirarme con esa intensidad con la que te mira alguien cuando está a punto de tener un orgasmo. Y a mí me fascina. Todo él. Raysu.

¿Es posible enamorarse de alguien de repente?

# 26
# «It Must Have Been Love»

Te ríes del amor, pero… el amor te hará llorar.

YASUSHI TAKAGI, personaje de *Nana*

No he visto a Raysu en todo el día. Al llegar a la facultad, nos despedimos sin ni siquiera darnos un beso en el aparcamiento porque enseguida rodearon el coche un montón de estudiantes ávidos de selfis con el Bugatti. La última mirada que me dedicó a través de la ventanilla mientras yo me alejaba fue de «tierra trágame».

En clase, Susie me taladra el cerebro con una entrevista demasiado escabrosa sobre mi pérdida de virginidad, acompañada de varios comentarios no menos escabrosos sobre su reconciliación con Lily, conversación que teníamos pendiente. Por lo visto, mi vecina era alérgica a las flores y lanzó el ramo por la ventana. La bronca terminó en el mejor sexo de la historia lésbica. Y anoche lo repitieron después de ir a cenar sin mí. Menos mal que no estuve en mi cuarto.

—O sea, que así es como has pasado la noche tan preocupada por mí —la acuso.

Ella pone los ojos en blanco.

—Claro que estaba preocupada, idiota. Solo intentaba estar ocupada, porque, de lo contrario, me habría vuelto loca pensando que te podrían haber secuestrado.

Suelto un bufido.

—Sí, claro. Entre orgasmo y orgasmo… ¡Eres una mentirosa compulsiva, Susie! —Me río sin poder evitarlo, y el profesor nos manda callar.

Tras un buen rato fingiendo que tomamos apuntes…

—Mañana nos vamos a Nueva York. ¿Lo tienes todo preparado? —cuchichea mi amiga.

—Me encanta cuando cambias de tema porque no te conviene algo.

—Lo aprendí de ti —me reprocha—. Dime, ¿has hecho la maleta?

—Pues pensaba hacerla ayer, pero…

—Ya, ya —me interrumpe—, follar en un Bugatti con tu friki-alma gemela era más importante.

Niego con la cabeza conteniendo la risa y con las mejillas sonrojadas.

—Y esta tarde tengo que ir a casa de Ron a dar clases a su hermana, así que prepararé las

cosas cuando llegue a la resi. Pero no olvides comprar la lista de cosas que te mandé por wasap.

Me examina con esa mirada suspicaz que conozco de sobra.

—¿Qué? —me quejo.

—¿Cómo que qué? ¿Te has olvidado de Ron de repente? ¿O es que te gustan los dos?

Esa es precisamente la pregunta que me he estado negando a contestarme a mí misma desde hace días. Justo la pregunta que llevo haciéndome desde que besé por primera vez a Raysu. Porque llevo queriendo a Ron desde hace mucho tiempo, no puedo olvidarlo así de repente, pero Raysu ha llegado y me ha desmontado el mundo entero. Lo ha lanzado todo por los aires.

—Pues creo que Ron ha pasado a la historia —admito.

—¡¿En serio?! ¿Tan bien se lo hace Raysu?

—¡¡¡Susie!!!

Suelta una carcajada que consigue que el profesor nos eche una charlita que ocupa el resto de la clase sobre el respeto.

No tengo noticias de Raysu en toda la mañana. No dejo de mirar el móvil cada cinco minutos, pero nada. Hasta compruebo varias veces que tengo datos y cobertura. Nada. Así que decido escribirle yo:

Cucú. ¿Qué tal llevas la resaca?

Nada, ni rastro. Ni siquiera aparece en línea.

Me acerco a su aula en uno de los cambios de clase y no lo veo. Qué raro. Salgo al aparcamiento y compruebo que tampoco está su coche. Quizá haya tenido que marcharse por algo. Vuelvo a escribirle:

Raysu, no te veo por ninguna parte. Dime algo. Estoy preocupada.

Sobre las cinco, una vez terminada la última clase, vamos Susie y yo por la puerta hablando sobre lo que llevarnos a Nueva York cuando escuchamos un silbido. Ambas miramos en esa dirección y el corazón se me para de golpe.

—¡Rubia! ¿Te vienes?

Susie me mira con la boca abierta.

—*OMG!* ¡El polvo que tiene el muy cabrón! —protesta.

Ron, montado en una enorme moto negra y enfundado en una cazadora de cuero del mismo color que le queda como a un maldito modelo de ropa interior, me observa con una mirada de depredador hambriento mientras sostiene un casco en su mano. Otro casco descansa en el manillar.

—¿Te refieres a mí? —bromea Susie entusiasmada.

Él sonríe como un canalla.

—¿Eres rubia? —le responde.

—Soy rubia de espíritu —alega ella.

—Entonces no me vales. Quiero descendientes rubios.

—¡Qué superficial!

Ron le guiña un ojo con expresión de seductor.

Susie me da un beso en la mejilla. Yo sigo en *shock*. ¡Es que no se puede estar más bueno!

—Esta noche nos vemos —se despide mi amiga, susurrándome al oído—: No se te ocurra follártelo, que luego te enamoras y no quiero que me arruines el fin de semana con tus movidas. Déjalo para la vuelta.

—¡Eres tonta!

Se marcha riéndose.

Me acerco a Ron, que amplía su sonrisa de macarra en cuanto estoy a su lado. Me tiende el casco para que lo coja.

—¿Preparada para soltar adrenalina?

—Como vayas demasiado rápido, me tiro de la moto —le advierto al mismo tiempo que me pongo el casco.

—No me digas que te da miedo.

«Me das miedo tú», pienso.

—Solo he montado en la *scooter* de mi madre para ir por el barrio, y no pasa de ochenta por hora.

Suelta una carcajada mientras se coloca el casco. Después clava sus ojos en los míos a través del espacio del visor. Se puede adivinar la maldad mezclada con lujuria en el verde de sus ojos.

—Tú agárrate fuerte.

Da dos palmaditas en el asiento para que me suba. Miro la parada del bus sin darme cuenta. Todavía estoy a tiempo de cogerlo. Pero en el último momento mi pierna cobra vida propia y se eleva para montarse en el sillín. El sonido de la moto al arrancar consigue que alguna que otra chica me mire con odio. Y cuando me refiero a alguna que otra, quiero decir que media facultad nos está grabando con el móvil.

—¿No te molesta que sea noticia cada cosa que haces? —le pregunto, acercando mi cabeza a la suya para que pueda oírme a pesar de los cascos y del sonido del motor.

—Estoy acostumbrado. —Acelera, pero todavía no ha quitado la pata que sostiene la moto, solo está vacilando. Lo que le gusta llamar la atención. Justo lo opuesto a mí—. ¿Lista?

Vuelvo a mirar con anhelo la parada, donde acaba de llegar un bus.

—¡Si no nos vamos ya, me bajo! —grito.

Ahora sí, quita la pata de cabra con un golpe seco del pie, el motor ruge —mis nervios también—, mete la marcha, acelera y ¡salimos a toda hostia! Creo que hasta hace un leve caballito.

—¡Te matooo! —grito como una histérica, agarrándome a su cintura con todas mis fuerzas.

—Disfruta de la vida, Moon —aúlla divertido.

«Eso es lo que quiero, tener una vida que disfrutar; no perderla por tu culpa», vocifera mi mente, cagada de miedo.

—¡¡Paraaa, joder!! —chillo acojonada.

Me niego a abrir los ojos. Esto es peor que la montaña rusa.

El pánico se ha apoderado de mi estómago y en cada curva estoy a punto de vomitar sobre su

espalda el sándwich que me he comido antes de mala gana en el bar. El ruido del motor de la moto y el del resto de los coches que vamos adelantando haciendo eses mitigan mis palabrotas; sin embargo, mis instintos asesinos van en aumento. En cuanto ponga los pies en el suelo, juro que me lo cargo.

—¡Te voy a matar, maldito cabronazo! —vocifero histérica tras cada curva que superamos.

Él no deja de reírse.

Cuando por fin detiene la moto en la puerta de su casa, me bajo de ella como alma que lleva el diablo y me quito el casco a toda prisa porque necesito respirar. Aire. ¡Ufff!

Él se quita el suyo también y lo deja colgado en el manillar.

—Eres una floja, Moon. —Me mira con cara de vacilón. Está a punto de soltar una carcajada, pero se contiene al ver mi expresión de *killer*.

—¡¿Floja?! —Clavo mis ojos en los suyos.

Me acerco a él con paso firme mientras se baja de la moto. Levanto la mano de manera involuntaria para propinarle un buen guantazo, pero me sostiene por la muñeca sin siquiera hacer esfuerzo.

—¿Adónde ibas, Moon? —gruñe.

Tira de mi brazo. Me atrae hacia él con ímpetu, de manera que mi pecho impacta contra el suyo y siento los latidos desbocados de su corazón. Su perfume logra distraerme de mis intenciones. Dejo caer el casco que tenía en la mano para agarrarlo del pelo, cerrando el puño con fuerza para aprisionar el máximo posible de sus mechones sedosos entre mis dedos. Los dos nos miramos fijamente a los ojos, inmóviles y respirando muy fuerte. Quiero matarlo.

—¡Dios, Taylor, cómo me pones! —gruñe muy cerca de mis labios.

Ambos nos lanzamos a la boca del otro con hambre y desesperación. Su lengua se cuela entre mis labios, arrasando con todo a su paso, sobre todo con mi fuerza de voluntad. Nos devoramos uno al otro entre gemidos y jadeos, hasta que mi espalda choca con el muro de piedra que cerca la propiedad de los Carter.

Baja las manos hasta mi trasero para acercarme todavía más a él, para que sienta su erección. Yo empujo entonces mi cadera hacia su entrepierna como si necesitase enfermizamente esa fricción. Es puro instinto salvaje. Me da la sensación de que estamos follando con las lenguas, lo que me hace sentir es algo brutal. Pierdo el control por completo. Me nubla la razón.

Abandona mi boca para besarme el cuello con absoluta devoción mientras aspira mi aroma con ansia. Es como si quisiera saborear mi piel. Me tiemblan las piernas. Voy a perder el equilibrio. De pronto, levanta la vista para mirarme con sus ojos verdes llenos de deseo. Mierda. Es tan guapo que duele.

—Nunca había tenido tantas ganas de alguien —jadea, tratando de respirar.

Niego con la cabeza.

Me lanzo a su boca de nuevo, desesperada, es como si echase de menos su sabor en cuanto se aleja. Consigo meter una mano debajo de su cazadora para pellizcarle un pezón y da un fuerte respingo. Su cuerpo siempre responde a la más mínima caricia, pero con esto acabo de desatar a la bestia.

Me coge a pulso por los muslos y le rodeo la cintura con mis piernas. Aprovecha la postura para apoyar mi espalda contra la pared y tener mejor acceso a mis pechos. En cuanto lo hace, siento cómo se derrite al tocarme y ese mínimo atisbo de vulnerabilidad consigue enloquecerme;

eso y que mi piel se estremece bajo sus dedos. Lo agarro con ambas manos del pelo para hacer más profundos nuestros besos. No me sacio.

Se aparta de mí. Abro los ojos y me lo encuentro contemplándome con la mirada turbia, sucia, llena de sexo. El pelo revuelto. Un fuerte escalofrío recorre mi columna vertebral. Soy fuego entre sus brazos; ahora mismo sería capaz de abrasar la puta Antártida.

—Vamos a mi habitación —susurra.

De pronto dos ojos azules aparecen en mi cabeza y la Antártida se vuelve a congelar.

—No puedo hacerlo, Ron.

—¿Qué?

—Estoy saliendo con alguien.

Y ahora mismo me odio por haberme dejado llevar.

Me suelta de golpe por la impresión que le causan mis palabras, pero no se aleja. Tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no caerme, menos mal que sigo agarrada a sus hombros.

—¿Estás de coña?

—Solo llevo con él un día, pero… no quiero fallarle.

No entiende nada.

Hunde la cabeza en mi cuello, como si se desplomase sobre mí. Respira con dificultad, mientras permanecemos inmóviles. Tengo un nudo en la garganta tan grande que apenas puedo respirar. Necesito espacio. Me siento orgullosa de haberme controlado antes de cometer la mayor cagada de mi vida, pero también muy arrepentida por haber besado a Ron.

Se aparta un poco de mí para lograr mirarme a los ojos y entender algo. Sé lo que está pensando, escucho los engranajes de su cerebro desde aquí.

—Después de cómo me has besado dudo que estés muy enamorada de esa persona —gruñe.

Entiendo su desconcierto. Pero es que pierdo la razón cada vez que se me acerca. No entiendo qué mierda me pasa. Ahora mismo me odio. Me doy asco. Niego con la cabeza y él insiste:

—¿Acaso crees que lo que acabas de hacer no es traicionarlo? —Ahora parece enfadado.

—No… Sí… No lo sé… Yo… Mierda.

—Mira, Taylor, tú y yo somos como el fuego y la gasolina, ¿sabes? Por mucho que intenten separarnos, siempre terminamos juntos, y cuando eso sucede, algo estalla. Da igual las veces que trates de evitarlo. Es algo que tiene que ocurrir. Somos inevitables, joder.

—No.

—Solo es cuestión de tiempo.

—No —repito.

Salgo corriendo en la dirección opuesta a su casa. Necesito irme de aquí. Poner distancia entre nosotros.

—¡¡¡Taylor!!! —vocifera Ron a mi espalda.

Dicen que la mejor manera de evitar la tentación es cayendo en ella, pero yo prefiero alejarme. No pienso fallar a Raysu, si es que no le he fallado ya. Pero esto no ha significado nada. No ha pasado nada. Solo un par de besos. Se lo prometí. Se lo debo. Me lo debo a mí misma. Me merezco creer en el amor. Me merezco a Raysu, y no pienso cagarla por no ser suficiente. Por necesitar la continua aprobación de Ron para sentirme deseada.

Por fin llego a una parada de autobús bastante alejada del barrio de los Carter. Necesitaba correr para eliminar malas vibraciones y pensamientos autodestructivos. No he podido parar

hasta ahora.

Mientras espero el bus, llamo a Raysu, pero no responde. Vuelvo a comprobar los wasaps que le he escrito esta mañana y veo que ni siquiera los ha leído.

—¿Dónde estás, joder? —le grito a la pantalla del móvil, todavía algo alterada—. Necesito hablar contigo.

Cuando llega el autobús, me subo y voy a la residencia. De camino escribo a Susie.

Reunión de urgencia.

Susie:

Mira que te dije que no te lo follaras. Estoy en mi cuarto. Nyanta y Lily están conmigo.

Pongo los ojos en blanco. ¿Tan evidente es que pasa algo entre nosotros? Yo no lo he visto venir. A ver, Ron me atrae desde siempre, pero nunca imaginé que él pudiese fijarse en mí. Es como soñar que tu cantante preferido va a casarse contigo; se supone que es algo que nunca se hará realidad, joder. Me aguanto como puedo las ganas que me entran de llorar al recordar a Raysu diciéndome entusiasmado que soy su novia.

«Vaya mierda de novia», me recrimino.

En cuanto entro en la habitación de Susie, me lanzo a sus brazos y ahora sí me permito llorar.

—¡Eh! ¡Tía! —Me abraza con fuerza mientras cierra la puerta.

Nyanta se acerca maullando y se restriega contra mi pierna para mostrarme su apoyo.

—¿Qué me he perdido? —pregunta Lily alucinando.

Me separo de Susie y veo a su novia gótica tendida sobre la cama. Es como un bulto negro sobre la colcha rosa. Cojo a Nyanta en brazos y me siento a su lado.

—Mal de amores —sollozo.

—¡¡¿Mal de amores?!! El tío más bueno de toda la ciudad y probablemente de todo el condado va detrás de ella, y también se ha colado por ella el tío más friki. Y cuando digo «friki» me refiero a uno como ella, de su misma especie. Es como si hubieran encontrado pareja para un animal en peligro de extinción. ¡Como un milagro! —le resume Susie.

Sé que exagera las cosas y les añade humor para restarles importancia y que yo no dramatice en exceso, pero hay veces que es tonta.

—¿Y por eso lloras? —pregunta Lily.

—No lloro por eso. Ya conoces a Susie. Es imbécil —me defiendo.

La susodicha se sienta en la silla que tiene frente al escritorio para poder mirarnos bien a las dos.

—Pues a ver, cuéntanos por qué lloras entonces. Ilumínanos —me pide.

Miro a Lily con desconfianza.

—¿Ahora somos tres en el equipo? —le pregunto a Susie.

Ninguna de las dos se esperaba mi salida. Pero es que no me siento cómoda mostrando mi

vulnerabilidad en público. Me costó mucho tiempo aprender a confiar en Susie.

—Si queréis, me piro —señala Lily.

—No —digo—, es solo que si te cuento algo espero que no lo vayas soltando por ahí. No me malinterpretes, pero no tenemos ese tipo de amistad.

La conozco porque se queda con Nyanta, así que solo hemos tenido conversaciones triviales y poco más. Nada íntimo ni personal. Sé que es buena gente, y lo sé porque, de lo contrario, no estaría con mi amiga, pero ahora necesito a Susie solo para mí.

Clava unos ojos tan oscuros como su alma en mi amiga.

—¿Eso es lo que le has contado a tu mejor amiga sobre mí? ¡¿Que voy por ahí soltando cosas sobre los demás?! —le recrimina.

—¿Qué? ¡No! —protesta Susie mirándome para que le eche un cable, sin entender nada.

—Bueno, te fuiste de la lengua cuando contaste a diestro y siniestro que Susie era lesbiana —añado la estocada final.

—¡No puedo creer que a mí me dijeras que todo estaba bien y a tu amiga lo contrario! ¡Vete a la mierda, Susie! —grita Lily mientras se levanta y se marcha pegando un fuerte portazo.

Susie me observa atónita. Me encojo de hombros y festejo:

—¡Por fin solas!

—¡Te mato!

—Así las dos tendremos penas que contarnos el fin de semana.

# 27
# «New York, New York»

¿No es asombroso el cielo?
No importa cuántas veces lo mires, nunca es el mismo dos veces.
Este cielo de ahora solo existe en este instante.

HITSUGAYA TOUSHIRO,
personaje de *Bleach*

—Todavía no puedo creerme que me hicieras esa putada con Lily —se queja Susie mientras subimos en el ascensor del hotel a nuestra habitación.

—Te debía una por haberme echado laxante en la comida.

—¡Eres lo peor! No tenía que haber venido a esta mierda para acompañarte. No te lo mereces. Ha sido lo más rastrero que has hecho en tu vida.

—¡Oh! ¡Es que llevas años enseñándome!

Llevamos todo el viaje en el avión discutiendo sobre quién tiene menos razón. Es evidente que me pasé demasiado con Lily, fue un golpe bajo, pero tenía esa espinita clavada por lo mal que Susie me lo hizo pasar con todo el tema de Ron y necesitaba liberar mis mierdas con alguien. Ahora me arrepiento, pero ya está hecho. No puedo retroceder en el tiempo.

—¿Ahora quién dramatiza? Me dijiste que no querías que te jodiera el finde con mis movidas, ¿no? —ataco.

—¡Y es justo lo que has hecho!

—No. Lo ha hecho tu *novia* —canturreo para provocarla.

Entramos en la habitación y nos quedamos en silencio al ver que es preciosa, pero ninguna abre el pico porque se supone que estamos enfadadas. Me asomo por la ventana y descubro que da justo al Javits Centre, que es donde se celebrará en unas horas el Anime NYC.

—Tía, yo paso de estar enfadada, ¡esto es la hostia! —chillo de los nervios.

—¡Menos mal! ¡Ya me estaba cansando de fingir que no estaba emocionada!

Nos miramos y nos partimos de la risa. Vale, somos idiotas y lo sabemos.

Aclaramos las cosas. Le pido perdón, me pide perdón, nos abrazamos y todo arreglado. Las dos somos iguales, no guardamos rencor una vez que hablamos. Es más, ni siquiera recuerdo por

qué nos hemos enfadado en tantos años de amistad.

Hago una videollamada a mi madre para que compruebe que estamos vivas y lo cerca que está el hotel del evento. Se lo enseño todo con la cámara.

—Tened cuidado con los secuestradores, niñas —nos suplica.

—Mary, este finde tómate doble ración de Prozac —le recomienda Susie.

—Ya lo he hecho, pero aun así tengo taquicardias.

—Mamá, no te preocupes. El hotel está lleno de *otakus* como nosotras. Susie dice que son unos pringados inofensivos.

—Y además nos han dicho en recepción que esta noche no permitirán el acceso ni a violadores ni a secuestradores. Puedes estar tranquila —le asegura mi amiga.

—Ja. Ja. Qué graciosa eres, Susan, has heredado el humor de tu santa madre —se mofa mi progenitora, y nosotras nos reímos.

—Luego te mando una foto cuando estemos vestidas, mami. Un beso.

—Un beso, cariño. No bebas, y si lo haces, tapa el vaso. Ten cuidado con los coches, por favor. No te fíes de ningún chico y…

—Mary, dile a mi madre que estamos bien. Ciao. —Susie me quita el móvil de la mano y cuelga—. ¡Qué pesada es!

—Y que lo digas.

Nos miramos con una enorme sonrisa.

—¡¡¡Vamos a pasarlo de puta madreee!!!

—«Concurso Asian Dance, Japan Weekend Lipsync Battle, Karaoke, Idol Festival, videojuegos retro…». —Susie está leyendo en voz alta el cartel mientras esperamos en la cola.

—El Europa Cosplay Cup es un concurso individual, y Pop Culture Hiroshima e International Cosplay League son concursos por parejas —le recuerdo.

—Tía, hace media hora que no sé de lo que hablas. Tú haz como siempre, me indicas lo que tengo que hacer y punto —me pide Susie.

—Vale, ¡es que estoy muy nerviosa! —grito emocionada.

Cuando por fin llegamos a la mesa de admisión para que nos sellen los pases, una chica disfrazada de Erza Scarlet nos saluda:

—*Irasshaimase!*[4]

—Gracias —le respondo—, ¿hay alguna norma nueva este año? Me he leído el programa y no entiendo muy bien el tema parejas.

—Solo hay que cumplir las normas más restrictivas de los concursos a los que queráis optar; es decir, si vais a escoger, por ejemplo, a PopHi, ICL y JWCS, tenéis que seguir las normas de PopHi en cuanto a temática (solo personajes japoneses) y las de ICL de cara a la confección. Si vais a optar a JWCS y E2C siendo un participante individual, tenéis que seguir las normas de E2C. Si os saltáis las normas de un concurso, dejaréis de optar a él automáticamente y a los quinientos dólares del premio.

—Vale. Lo pillo —digo.

—Os pongo el ejemplo de esas dos que acaban de pasar. —Señala con el dedo a dos chicas que están entrando por la puerta—: Quieren participar de Ariel y Úrsula de *La Sirenita*, pero con

esa temática solo van a poder optar a ICL y a JWCS debido a que PopHi tiene unas normas más restrictivas, ya que solo se permiten personajes de procedencia japonesa. ¿Lo entiendes?

—Sí. Para poder optar a JWC, ICL y PopHi, tendrían que haber ido de algo japonés y seguir las normas de todos los concursos.

—¡Eso es! —Me sonríe.

—¡Ah! ¡Genial! ¡Pues nosotras cumplimos todas las normas! —festejo embargada por la felicidad.

Susie parpadea y después señala con el dedo a la chica, llena de indignación.

—¡¿En serio has entendido una sola palabra de lo que nos acaba de decir?! ¿Me estás vacilando?

—¡Pues claro! ¡Vamos!

Mi amiga niega con la cabeza mientras me sigue. Cogemos sendas mochilas de bienvenida, que siempre tienen varias cosillas de regalo, y meto en la mía el libro que me he traído de casa para que luego me lo firme el ilustrador.

—Otra vez vamos a adentrarnos en un mundo de frikipsicópatas —se queja Susie con voz siniestra—. ¿Sabes una cosa? Cada año me pregunto cómo coño consigues convencerme para que te acompañe a esta mierda. —Siempre tiene un momento de pánico antes de entrar, pero después se lo pasa en grande, incluso mejor que yo.

—Porque me quieres y porque el resto del año yo te acompaño a ti en tu mierda de mundo. Por dos días que estés en el mío no te va a pasar nada.

—*Touché* —admite.

Entramos en el paraíso y contemplo boquiabierta todo a mi alrededor. Luces, focos y canciones por todas partes. Hay un sinfín de personas caracterizadas de sus personajes favoritos hablando y actuando como ellos, porque los jueces se mezclan entre el público y, si te pillan en un renuncio, te descalifican.

Cada año me sorprendo más. Esto es una auténtica pasada. Lo han ambientado todo inspirándose en *Dragon Ball*. Me resulta alucinante comprobar la autenticidad de las cuevas, la vegetación y los puentes levadizos.

—¿De quién me has dicho que voy disfrazada? Es que se me ha olvidado —susurra Susie en mi oído.

Pongo los ojos en blanco. Es que no tiene remedio.

—De la vampiresa Krul Tepes.

Le he puesto lentillas de color rojo, lleva las orejas puntiagudas y una peluca larga de color rosa. Se lo he atado con una cinta que se asemeja a las alas de un murciélago. Lleva un vestido corto, estilo lolita gótica, de color negro y con mangas abombadas y puntillas. También un collar blanco en el cuello con una cinta roja que lo atraviesa. Le he prestado unas botas negras que le llegan unos centímetros por encima de las rodillas. ¡Está impresionante!

—¿Y de qué serie era?

—De *Seraph of the End: Vampire Reign.* —Creo que se lo he repetido como veinte millones de veces—. No me creo que estés estudiando una ingeniería con esa memoria, tía.

Niega con la cabeza.

—¿Te importaría contestar tú si alguien me pregunta? ¡O mejor! Puedo fingir que soy sordomuda, así no meteré la pata —propone.

La aniquilo con la mirada.

—¿Y si eres sordomuda cómo piensas bailar?

—Joder, ¿es que no hay ningún personaje que se llame Kate o Hilary? Algo fácil y simple.

—¡Déjate de mierdas y vamos al karaoke! —la animo señalando el lugar.

—¡¡¡Karaoke!!! ¡Oh, Dios! ¡Gracias al cielo que por aquí no me conoce nadie!

Yo me he metido en el personaje de Winry Rockbell de *Fullmetal Alchemist*. Se trata de una chica rubia con un pañuelo negro anudado en la cabeza, el pelo suelto, una camiseta de tirantes negra escotada que le cubre el pecho de manera escasa, un mono de taller de color beige anudado a la cadera por las mangas, botas militares negras y manchas de aceite por todo el cuerpo. Me he puesto lentillas azules, pues mis ojos son de color miel. También llevo guantes con los dedos al descubierto y una llave inglesa de plástico enorme.

Es uno de mis personajes favoritos porque posee una inteligencia inigualable y habilidades para la creación de todo tipo de artículos de metal que hasta los propios alquimistas envidiarían, aunque también es demasiado sexy para mi gusto. Es que los *japos* tienen una obsesión enfermiza por crear a sus *waifus*[5] sensuales de cojones. Menos mal que la calefacción está a nivel LUT, porque si no moriríamos congeladas.

Susie y yo cogemos los micrófonos para cantar una melodía de los Doping Panda. En cuanto comienzan a salir las letras en japonés en la pantalla, mi amiga me mira horrorizada y yo me descojono de la risa. Intenta cantarlo como puede mientras yo sigo la canción al pie de la letra porque me la sé de memoria. Acabamos haciendo una coreografía que ni Britney Spears en sus mejores tiempos, y tiradas por el suelo de la risa. Todo el mundo nos aplaude.

Después nos dirigimos al escenario principal porque dos actores muy conocidos van a escenificar una escena de una de las series más famosas que existen, se trata de una adaptación del manga *One Piece*.

—Tía, parece que te hayan abducido los extraterrestres. Eres otra persona cuando estás aquí. Eres… más tú. —Susie me pega un codazo—. Mira ese tío del pelo verde lo bueno que está.

—¡Cállate! Déjame disfrutar.

Paso de ella y del tío al que está señalando sin disimulo. Estoy ensimismada con lo bien que lo están haciendo los personajes en el escenario.

—Yo me voy a por un mojito, me aburro —dice.

Pongo los ojos en blanco. Me voy a perder el final por su culpa. Yo veo que nos están regalando un adelanto de la nueva temporada y que ¡somos unos privilegiados!, pero Susie solo ve dos personas disfrazadas de carnaval hablando de cosas que ni entiende.

—Está bien. Vamos a por un mojito, pero que sepas que te odiaré el resto de mi vida por esto —la amenazo.

—¡Gracias!

Una vez que nos han servido los mojitos en el bar, Susie saluda de una manera muy efusiva a unas chicas que llevan minifaldas. Ellas se ruborizan y se ríen con pudor metiéndose en el papel de colegialas.

—Recuerda que eres una vampiresa asesina que odia a los humanos, no puedes ir por ahí saludando a todo el mundo —le recrimino.

—Taylor, no lo entiendes. Es el primer año que miro a las chicas con libertad. Sin fingir que no me gustan.

La estudio asombrada. Tiene razón.

—¡A la mierda el concurso entonces! —Brindamos y nos reímos.

Después de echar algunas partidas a un videojuego de Pokémon en el que hemos pateado a todos nuestros adversarios, nos dirigimos a la pasarela de los *Idols*. Y de repente lo veo. Como si se tratase de un fulminante resplandor en el ojo de un volcán irradiando una luz cegadora en medio de la oscuridad. Siempre se distingue entre la gente. Y sí, va disfrazado del puto Izuku Midoriya. No podía ser otro, porque él es mi perdición. El personaje con los ojos más verdes que existe. Unos ojos idénticos a los del gilipollas de Carter.

Al cruzarse conmigo ni siquiera me mira y no es porque no me haya visto. Sigue su camino pasando de mí como si fuera invisible, y algo parecido a la ira se remueve en mi interior. Es como si no lo sorprendiera encontrarme aquí mientras yo me acabo de quedar en *shock* al verlo. Me giro para observar atónita cómo se aleja. Susie lo mira de la misma forma mientras murmura a mi lado:

—En serio, Tay, muy bien se lo tiene que montar Raysu para que pases de Carter. ¿Has visto cómo le quedan esos pantalones?

—Lo he visto… y lo seguiré viendo el resto de mi vida cada vez que me duerma —gruño.

Susie se parte de la risa y apoya una mano sobre mi hombro.

—No quisiera estar en tu lugar, amiga.

Ron lleva una especie de mono de tirantes color verde primavera con detalles en blanco, así que se le ven los músculos de los brazos a la perfección. El mono es ancho, lo que pasa es que tiene un cinturón a juego con las enormes botas rojas que le marca el trasero de manera pecaminosa. También lleva coderas y rodilleras negras y guantes blancos. Se ha teñido el pelo de verde y lo lleva a lo loco, justo como Deku. En serio, es mi sueño hecho realidad. Ron Carter y Deku en uno. Voy a morir. Así no se puede tener novio. Esto debe de ser una especie de putada del destino.

Algo se abalanza sobre mí dándome un susto de muerte y sacándome de golpe de mis lujuriosos pensamientos. Se trata de un cuerpo pequeño. Miro hacia abajo para descubrir qué es lo que me aprisiona la cintura.

—¡Hermione! —exclamo.

—Soy Sakura Kinomoto —me contradice risueña mientras me muestra unas cartas Clow falsificadas a la perfección.

—¡Oh! ¡Es verdad! ¡Eres igualita! —me sorprendo con una enorme sonrisa.

Me aparto de ella para admirar cada detalle de su vestido, maquillaje y peinado. ¡Es una auténtica pasada! Enseguida caigo en la cuenta de que su madre no está en casa, entonces ¿quién se habrá dedicado a ayudarla con todo esto?

—¡Sabía que te gustaría! —canturrea—. ¡Es el primer año que he podido venir y estaba deseando verte!

—¡¿A mí?!

—¡Claro! Una de las veces en las que mi hermano estaba *stalkeando* tu Instagram le pedí que me enseñara las fotos que tenías del Anime NYC.

¡Un momento! ¿Ron cotillea mi Insta?

—Bueno. Creo que me tengo que ir. Luego te veo. —Se despide con la mano cuando descubre a su hermano mirándola a lo lejos con cara de pocos amigos.

—¡Vale!

En cuanto Susie y yo nos quedamos solas, nos miramos.

—¿No me digas que tu minicuñada es una friki como tú? ¡Esto se pone cada vez más interesante! —Se frota las manos soltando una risa malvada.

Pongo los ojos en blanco.

—¡No seas cabrona!

—¿Cabrona? Cabrona sería si estuviese rogando al cielo que apareciera por esa puerta Raysu y poder ser testigo de cómo dos tíos macizos se pelean por ti.

—¡No me jodas, Susie!

—¡Sería la hostia! —Se ríe frotándose las manos.

Niego con la cabeza. Sí, sería la hostia.

Pienso en Raysu. No me ha contestado ni uno de los wasaps que le he escrito y la verdad es que estoy un poco preocupada por él. No entiendo que alguien pueda desaparecer de repente sin dejar rastro. Supongo que tarde o temprano me dirá algo, y espero que sea algo lo suficientemente convincente como para que no lo estrangule.

Al llegar a la zona de los puestos donde los *mangakas* están dibujando, nos situamos en la cola de uno de los ilustradores que más me gusta para que me firme su libro.

—¿No piensas decir nada sobre el tema? —pregunta Susie.

—¿Qué tema?

—¡Joder, Taylor! Tienes al puto Ron Carter babeando por ti. Te acaba de contar su hermana que te *stalkea*, ¿y tú te quedas tan pancha? ¿Qué coño te pasa, tía?

Me estoy agobiando.

—No lo sé.

—¿El qué no sabes?

—No sé cómo sentirme.

—¿Contenta? *Living?* ¿Flipando? —sugiere.

—No puedo estar contenta, Susie.

—Pero ¿por qué no? ¿No es con lo que siempre has soñado? ¡Ser la señora Carter!

—¡No seas idiota! ¡Ni que estuviéramos en la regencia, buscando marido como los Bridgerton!

—Es que, como siempre me lo has ocultado, pues he supuesto que es con lo que sueñas, ¿no? —Se encoge de hombros.

—No sueño con ser la mujer de nadie. Pero sí me habría gustado que se fijase en mí antes, no ahora.

—¿Antes de qué?

—¡Antes de Raysu, tía! —Pongo los ojos en blanco. Parece que se niega a aceptar que tengo novio. Actúa como si él no existiese.

Susie me mira fijamente y después me sujeta por los hombros.

—Taylor, *my darling* —imita a Rhys, el prota de *Una corte de rosas y espinas*, que sabe que me vuelve loca—, la gente hoy en día es poliamorosa. Ya no se lleva eso de la monogamia, ni siquiera que te atraiga el mismo sexo.

—¡¿Qué?! ¿Estás tonta? —Me separo de ella.

—¿Qué hay de malo en que estés con los dos? Todo el mundo lo hace.

—¡No hay nada de malo! ¡Pero yo no soy así!

—¿Así cómo?

—Pues así…, ya sabes. No podría engañarlo.

—No tienes por qué engañarlo. Díselo —propone.

—Raysu lo ha pasado muy mal, no se merece que le haga eso. Está muy contento porque ahora salimos juntos. No puedo traicionarlo. Ya bastante mal me siento por haber besado a Ron.

—¿No te das cuenta de que siempre hablas de él?

—¿Y de quién voy a hablar si no?

—Me refiero a que dices que él está muy contento, pero ¿qué hay de ti? ¿Tú estás contenta siendo su novia?

Parpadeo confundida.

—¡Pues claro! ¡Yo también estoy flipando! Desde que lo hicimos, vivo flotando en una nube. Me fastidia que no me haya contestado a los wasaps, por eso estoy un poco mosqueada, pero me gusta muchísimo, Susie. Nunca me había sentido así con nadie —le explico.

—Entonces ¿qué dudas tienes?

—No tengo dudas. ¿Por qué crees que las tengo?

—Porque trato de provocarte con Carter a todas horas y siempre te niegas a entrar al trapo, pero tu forma de mirarlo dice lo contrario.

Nos miramos. Me conoce de sobra y ahora mismo lleva el *mood* te pillé.

—Es que me atrae muchísimo Carter. Me pone mucho. Demasiado. Sé que es solo físico, pero… está ahí. Lo siento. Es algo tangible. Como, si cada vez que lo tuviese cerca, necesitara tocarlo o besarlo o… yo qué sé. Es como si me sintiera más atractiva si le gusto. Algo así.

—¿Seguro que es solo físico?

—No sé, Susie. Es que me gusta mucho que me vacile. Me atrae esa chulería suya, esa confianza en sí mismo. Y, además, en el fondo también es un chico sensible que se preocupa por mí.

—Pero… —Hace una pausa para que siga yo.

—Pero Raysu me gusta mucho más. Con él soy yo la que tiene que ir detrás. No soy su presa, soy la depredadora, y esa sensación de poder me hace sentir fuerte. Y nunca he sido fuerte. Siempre me he sentido menos que los demás. Asustada. Rara. Con él, no es tan físico… Bueno, sí, también. Pero además conectamos de una forma casi espiritual. No sabría explicártelo. Somos iguales en muchísimas cosas. Nos entendemos sin hablar, me siento especial.

Me contempla con los ojos llenos de orgullo.

—¿Ya le has contado tu mierda sobre el petricor?

Suelto un bufido seguido de una carcajada.

—¡Sí!

Abre mucho los ojos.

—¿Y no ha salido corriendo?

—¡No! ¡Todo lo contrario! ¡Le gustó mucho!

—¿También le contaste que ibas a llamar Petricor a nuestro metaverso cuando seamos millonarias?

—No. Eso no.

—Vale. Estaba empezando a acojonarme. —Suspira, y le doy con la mano en el brazo.

—Eres muy tonta, ¿lo sabes?

—Lo sé, y además una vampiresa buenorra de la hostia. —Saca morritos y le guiña el ojo a una tía que lleva un rato mirando sus piernas y su escote.

—Por cierto —carraspeo mirando de reojo a la susodicha—, ¿tú serías capaz de estar con otra tía al mismo tiempo que con Lily?

Lo piensa unos minutos.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? Pensé que estabas muy pillada.

—Y lo estoy. Pero me ha dejado muy claro que no es monógama, por eso te lo he planteado antes con tanta naturalidad, para ver si te escandalizabas tanto como yo o lo veías tan normal como ella. Me ha venido muy bien saber que no soy la única rarita anticuada que queda en el mundo.

Se me escapa la risa.

—Cada día me sorprendes más, en serio —me quejo—. ¿Y tú has aceptado compartirla con otras chicas?

—¿Y qué quieres que haga?

—¡Pues ponerle las cosas claras! No hay nada malo en que ella sea polígama, pero si tú no te sientes cómoda con esa situación, no tienes por qué aceptarla solo por miedo a que te deje, Susie.

—Lo sé, pero me gusta muchísimo. Eso que has dicho antes sobre Raysu es algo parecido a lo que me pasa a mí cuando estoy con Lily, pero encima añadiendo que me pone como una moto con solo mirarme. ¡No te imaginas lo que es capaz de hacer con la lengua! No me mires con esa cara, Tay.

—¡Es que no quiero saber lo que hace Lily con la lengua, joder!

Le encanta pincharme.

No sé la cara con la que debo de estar mirándola, porque estaba preocupada hasta que ha hecho el totalmente innecesario comentario de la lengua. Lily tiene cierta ventaja sobre Susie en lo que a relaciones sentimentales se refiere y no quiero que se aproveche de ella.

—Prométeme que en el momento en el que no puedas con ello se lo dirás —le pido cogiéndola de las manos.

—Prometido. Pero tú me prometes a mí que le vas a dar una oportunidad a Carter.

—¡Ni de coña!

—¡Pues te perderás el mejor polvo de tu vida!

—¡Tía, eres un pedazo de…!

—¡Señoritas! —nos interrumpe el mánager del dibujante al que hemos venido a ver. Las dos lo miramos como si se nos hubiese olvidado dónde estamos—. ¿Quieren que les firme o dejamos paso a los siguientes?

—¡La firma! —exclamo emocionada.

Una vez que tengo mi librito dedicado y firmado, lo guardo como un tesoro en la mochila. Después me hago una foto con el chico japonés que ha escrito el libro. Es un encanto. Enseguida subo las fotos a Instagram con la frase «Uno de los mejores días de mi vida. ¿Por qué será?».

Los comentarios no tardan en llegar.

@RonCarterJR

Está claro que es por cómo me has mirado el culo.

@MarySmith
O sea que me paso la vida sacrificada por ti y ahora resulta que un tío al que no conoces de nada te hace un par de rayas en tu libro y es el mejor día de tu vida. ¡Muy bien, hija!

@SusieLollipop
Coincido con @RonCarterJR. Su culo consigue que el mundo sea un lugar mejor.

@RonCarterJR
@SusieLollipop siempre he sabido que eras una chica lista.

@SusieLollipop
@RonCarterJR puedo ser lo que tu culo quiera.

—¡Susie! —le grito para que deje el móvil.

Y así se nos pasa toda la tarde. Yendo y viniendo por los pabellones. Riéndonos, bailando, conociendo a un montón de personas nuevas, saludando a gente de otros años, haciéndonos fotos… y, por supuesto, tratando de no coincidir con Carter.

# 28
# Explicaciones

> Incluso si fueses a desviarte del camino correcto, nunca te desvíes de lo que ha decidido tu corazón.
>
> RIN OKUMURA, personaje de *Ao no Exorcist*

Son las diez de la noche y estamos tiradas en la cama del hotel con los pies ardiendo —ni siquiera hemos tenido fuerzas para terminar la cena— cuando suena mi móvil. Miro la pantalla y veo que ¡es Raysu!

—Por cómo se te ha iluminado la cara, supongo que es tu madre —ironiza Susie—. Me bajo al bar.

Se levanta poniendo un gesto de dolor al posar los pies en el suelo y se dirige a la puerta.

—No hace falta que te vayas —le digo.

Se ha quitado la peluca, pero tiene el pelo todavía recogido con la redecilla y las pinzas. No sé lo que parece, una mezcla rara entre vampiresa y motomami drogadicta.

—Pues a mí sí que me importa que me escuches hablar con Lily. —Me enseña el móvil en su mano para que vea que la está llamando y me guiña un ojo.

Sé de sobra que se va para darme intimidad, pero para no hacerme sentir culpable finge que es ella la que quiere irse. Así es mi amiga.

—Pregúntale qué tal está Nyanta, porfa —le pido.

—Pues estará mejor que contigo. ¡Vaya tontería! —contesta antes de cerrar la puerta.

Cojo el móvil y me lo pongo en la oreja. «Trata de no parecer una psicópata desesperada, por favor», me ruego a mí misma.

—¡Hombre! ¡Has vuelto a dar señales de vida! —«¿Ves? Justo a esto me refería cuando te he pedido que te esforzases en no parecer una psicópata desesperada», me reprendo cerrando los ojos con fuerza.

—Taylor… —Su voz parece demasiado apagada.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Antes de nada, perdóname por no haber contactado antes contigo.

—Eso dependerá de la excusa que me des.

—Ojalá fuera una excusa.

Permanece en silencio.

—Raysu, ¿qué pasa? ¡Me estás asustando!

«Muy bien. Así. Poco desesperada», vuelvo a recriminarme.

—Es mi padre. Ayer nada más llegar a clase, me dijeron que lo habían ingresado en el UPMC Mercy Hospital. Le dio un infarto el miércoles de madrugada y me fui al hospital echando hostias. Me quedé sin batería y hasta ahora mismo que acabo de volver a casa no he enchufado el móvil. He venido solo para darme una ducha y cambiarme de ropa. Perdóname, Taylor.

—¿Que te perdone? ¡No hay nada que perdonar, Raysu! ¿Cómo está tu padre? ¿Cómo estás tú?

—Tengo mucho miedo… Si le pasa algo…

Se queda en silencio.

—¡Oye, oye, oye, Raysu! No va a pasar nada, ¿vale? Tienes que estar tranquilo. Mierda, lo que daría por estar ahí contigo ahora mismo para poder abrazarte.

—Estoy solo, Taylor.

Está roto y yo me estoy rompiendo con él.

—Cuelga —le pido.

—¿Qué?

—Cuelga y hazme una videollamada, así puedo verte.

Ni siquiera responde y enseguida suena el timbre de Facetime.

Ahora lo veo en la pantalla.

Dios, no sé en qué momento he podido decir que lo que siento por él no es algo tan físico, porque en cuanto lo veo se me encoge el alma. Sus ojos azules logran estremecerme, y eso que están al otro lado de la pantalla. Parece cansado.

—Hola. —Le sonrío y me devuelve una sonrisa tímida.

—Hola.

Pasan unos segundos en los que tan solo nos miramos.

—Estás realmente preciosa, Winry.

Sonrío al ver que ha reconocido a mi personaje tan solo con ver el pañuelo de mi cabeza.

—Tienes la mirada triste. Dime, ¿cómo está tu padre?

—Sigue inconsciente en la UCI. Casi no me dejan verlo.

—¿Y qué han dicho los médicos?

—Poca cosa, que le han hecho un baipás y que le han puesto un *stent*. —Se detiene al ver mi *pokerface* y añade—: Palabrejas de médicos. El caso es que hay que esperar. No se puede hacer nada más.

—¿Y no te han dicho si se va a poner bien? ¿Algo?

—No lo saben. No pueden asegurarme nada. —Se encoge de hombros.

—Joder.

—Me mata no haber estado con él, Taylor. Lleva toda su vida desviviéndose por mí… Si no hubiera estado mi abuelo cerca…, habría muerto. —Se le quiebra la voz y se cubre el rostro con el antebrazo para que no lo vea llorar.

—¡Eh!, Raysu… No puedes pensar eso. No puedes estar con tu padre a todas horas por miedo a que le pase algo. ¿Y cuando está de viaje? Podría haberle ocurrido en cualquier momento porque tiene una vida demasiado estresada, y tú no puedes cambiar eso. Tienes que estar

contento porque ha llegado a tiempo al hospital.

Me observa pensativo.

—Me alegro tanto de que hayas aparecido en mi vida. —Niega con la cabeza y se me escapa la risilla tonta—. Eras una persona completamente desconocida para mí y, de pronto, te has convertido en la más… —Se detiene de golpe—. Lo siento. Tengo que irme. No quiero estar mucho tiempo lejos de él.

—Raysu, prométeme que me escribirás al menos un par de palabras para saber que estás bien. Y si necesitas algo, dímelo. Me siento impotente estando tan lejos.

—No, Tay, has hecho más de lo que te imaginas. De verdad.

—Promételo.

—Lo prometo. Y tú prométeme que vas a olvidarte de esto y que vas a disfrutar de ese maldito evento como si no hubiera pasado nada. Llevas un año esperándolo.

—Bueno, eso no puedo prometerlo. No puedo hacer como si no hubiera sucedido nada, Raysu.

—Joder. No debería haberte llamado hasta el domingo. Ahora te lo he estropeado todo. Soy gilipollas.

—¡Eres gilipollas, sí, pero por pensar así! —Le sonrío—. Si no me hubieses llamado, estaría peor, porque no sabría qué te pasaba.

Nos miramos y parece que va a decirme algo, pero al final se mantiene en silencio. Otra vez esa lucha interna consigo mismo. Nunca llega a abrirse del todo.

—Debo irme. Pero no quiero colgar —susurra.

—¡No vamos a ser de esos que están siempre con el «cuelga tú»!, ¿verdad? —Me río, aunque él sigue mirándome muy serio.

—Joder, ¡cómo echaba de menos verte reír! Siempre me das el oxígeno que me falta.

Y lo suelta así, como si nada, como el que anuncia lluvias para el fin de semana. Es la manera que tiene de demostrarme su amor. Como sabe, como puede, como ha aprendido, como le han dejado. Por fin puede expresarlo con palabras; aunque sean palabras que no aspiran a ser gran cosa, para mí lo significan todo. En la vida hay que saber ver, escuchar y leer entre líneas.

—Todo va a salir bien. Ya lo verás. —Me despido lanzando un beso a la pantalla que lo hace sonreír.

—Tay —exclama con urgencia justo antes de que yo toque el símbolo rojo del teléfono para colgar.

—¿Qué?

—¡No le mires el culo a Carter!

Y la pantalla se queda en negro.

*WTF?!*

Corro a escribirle un wasap:

¡¡¡No le he mirado el culo a Carter!!! Es una broma de Susie, que está chiflada.

Raysu ❤:

Estaba de coña. Pásalo bien, señorita Rockbell. No sabes lo que daría por arrancarte ese disfraz. Y mándame más fotos porque no he podido apreciar si están bien caracterizadas las manchas de grasa del escote.

¡Pervertido!

Raysu ❤:

¡No pienso en otra cosa desde el miércoles!

Ahora miro los Bugatti con otros ojos. No son demasiado cómodos.

Raysu ❤:

Pues tendremos que probar en más sitios para ver cuál es el más cómodo.

¡Pervertido!

Raysu ❤:

Jajajaja. Cuelga tú.

No. Cuelga tú.

Y ya no me contesta. Supongo que se habrá ido al hospital. Y supongo que el hecho de estar tendida boca arriba sobre la cama abrazando el móvil con una sonrisa de idiota será algo muy

parecido a estar totalmente pillada por este tío.

# 29
# ¿Física o química?

> Si la felicidad tuviera una forma, tendría forma de cristal, porque puede estar a tu alrededor sin que la notes. Pero si cambias de perspectiva, puede reflejar una luz capaz de iluminarlo todo.
>
> LELOUCH, protagonista de *Code Geass*

Como ha pasado un buen rato y Susie no aparece ni responde a mis llamadas, decido bajar al bar a buscarla. Esta es capaz de estar dándose el lote con la primera tía con la que se haya cruzado si Lily le ha contado que está con alguien cuando han hablado.

Me he quitado la ropa de Winry y me he puesto unos vaqueros con las deportivas. Solo me he dejado el top porque supongo que tardaré un minuto en volver a la habitación.

Error.

En cuanto entro en el bar, que hace las veces de discoteca, descubro que medio Anime NYC está aquí, ¡incluidos los famosos! Todos continúan con los trajes y se lo están pasando en grande con la música de Ellegarden que suena ahora mismo. Busco con la mirada a la loca de mi amiga y no tardo en encontrarla junto a la cabeza verde de Deku. Están bebiéndose una copa y riéndose a carcajadas. Decidido: ¡voy a matarla! Me abro paso como puedo entre la gente para llegar hasta ella. En cuanto aparezco, ambos me miran como si les hubiese cortado el rollo. Susie es la primera en hablar:

—¡Tay, tía, esto es lo mejor del evento y nos lo hemos perdido todos los años! ¡Creo que Carter y yo somos los únicos que no sabemos qué cojones pintamos aquí disfrazados! ¡Ah! ¡No! Perdona, que no vamos disfrazados, vamos *caracterizados* —me imita. Se miran, sueltan un bufido y brindan mientras se parten el culo de la risa.

Pongo los ojos en blanco.

—Me vienes muy mal borracha, Susie —grito por encima de la música.

—¿Ah, sí? ¡Pues perdone, su majestad! —Exagera una reverencia que no le sale, a la muy anormal—. Pero mi novia ahora mismo se está acostando con otra y necesitaba evadirme. ¿Y sabes qué? Mi nuevo amigo Carter me estaba aconsejando que corte con ella. ¿Te suena?

—¡Oh! ¿Tu «amigo Carter»? —repito sorprendida mirándolo de reojo con desconfianza. Él

levanta la copa y bebe a mi salud.

—Le he aconsejado a Susie que deje a esa tía porque no están en la misma onda. Si ella solo quiere estar con su novia, esta debe respetar sus sentimientos, y si no lo hace, pues es mejor que lo dejen estar.

—¡Vaya! ¿Es que ahora entiendes de sentimientos? ¿Quién eres, el Doctor Amor? —Me cruzo de brazos.

Clava sus ojos en mí, me da un repaso de arriba abajo sin cortarse un pelo al pasar por mi escote y se pone muy serio de repente.

—La que no entiende de sentimientos eres tú, que los tienes delante de tus putas narices y no los ves —ruge con rabia.

—¡Vale! ¡Vale! ¡Vale! —Susie se mete entre ambos con los brazos abiertos—. Ya sé que saltan chispas entre vosotros dos en cuanto estáis a menos de un metro, pero, si no os importa, ¿podríais aparcar esa inoportuna tensión sexual durante unos minutos? ¡Porque estábamos hablando de mí!

Miro hacia otra parte para tratar de concentrarme.

—Vamos a la habitación, Susie. Cogerte un pedo no conseguirá que te duelan menos los cuernos de Lily, y mañana estarás hecha una mierda —le pido.

—¡Miiic! —imita el sonido de una alarma—. ¡Tarde, amiga! ¡Ya llevo un pedo del quince! —Vuelve a reírse.

Se tambalea y Ron la sujeta enseguida para que no se caiga. Los dos se ríen. No puedo evitar que me hagan gracia.

—Los que tenemos mal de amores nos entendemos entre nosotros. ¿A que sí, Carter?

Él no contesta.

—¡Sois idiotas! —Niego con la cabeza, dejando escapar la risa.

Si hace tan solo un mes hubiese visto esta escena por un pequeño agujerito, no habría dado crédito. ¡Lo que cambia la vida de repente!

—¡Esta canción me encanta! ¡Ahora vuelvo! —Susie sale disparada a la pista de baile.

La mongola de mi amiga no conoce ninguna de las canciones que están poniendo. Se ha largado para dejarme sola con el enemigo, y eso se considera alta traición. ¡Me la voy a cargar en cuanto la pille sobria!

—¿Dónde está Hermione? —le pregunto a Ron al no verla por aquí.

—Está arriba durmiendo. He contratado una niñera.

—Podrías haberme pasado su número para que le echase un ojo a esta también. La dejo sola un rato y mira la que lía —me quejo al verla bailar con un grupo de chicas y chicos como si los conociese de toda la vida.

—No quiere cortar con esa tía porque piensa que dejará de cuidar al tocino gigante que tienes por gato.

—¡¿Tocino gigante?! —exclamo herida por el infame insulto que acaba de dedicarle a mi pobre gatito.

Él suelta una carcajada al verme la cara.

—Vamos, Moon, que estoy de coña. ¡Qué poco sentido del humor!

—No me gusta que nadie se meta con Nyanta, ¡y menos tú!

—¿Por qué yo menos? —se sorprende.

—¡Porque vives por el culto al cuerpo! Y eso es muy superficial.

—¿Y tú no eres superficial juzgándome así?

—¡Oh! ¿Me vas a decir que no estás obsesionado con tus músculos? ¡Solo hay que ver a las Barbies y los Kens que te rodean. Todos muy feos y muy pro-*body positive*.

Se acerca a mí para mirarme con el ceño fruncido. Parece que su sentido del humor desaparece cuando me meto con sus amiguitos. Mierda, ese maldito perfume está haciendo de las suyas. Lo miro con indiferencia, pero es que me cuesta pensar que no es Deku de verdad. Es el colmo: el tío que siempre me ha vuelto loca es un clon del personaje del que estoy enamorada platónicamente desde que tengo uso de razón.

—¡Me tienes hasta los cojones, Taylor!

Me envalentono y no retrocedo ni un paso; es más, elevo la barbilla para mirarlo más de cerca.

—¡Y tú a mí, Carter!

—¡Bien! Pues me gustaría saber qué cojones te he hecho para tenerte tan harta, porque ¡eres tú la que me está juzgando por mi físico!

—¿Quieres saberlo?

—Adelante —gruñe cabreado.

—Odio todo lo que tiene que ver contigo porque eres justo el tipo de persona que siempre se ha metido con la gente como yo. Y odio que estés aquí tan tranquilo burlándote de nuestra música, de nuestra ropa y de todo cuanto hacemos. Pero lo que más odio es que todos aquí te acepten encantados cuando los de tu clase jamás aceptarían a uno de nosotros en su puto grupo de élite. ¡Tú representas todo lo que detesto, joder!

Él respira con dificultad. Parece que le ha afectado de alguna manera lo que le he soltado.

—Gracias. Me ha quedado muy claro. —Habla muy bajo mientras deja caer al suelo el vaso que tenía en su mano, que, por cierto, no se rompe—. Es una pena que para mí tú seas todo aquello que admiro.

Me dedica una última mirada que no sé descifrar porque está llena de reproches, pero también de algo que no me atrevo a nombrar. Baja la cabeza y deja caer los hombros. Parece derrotado. Después se aleja de mí y desaparece entre la gente. En un primer momento, he tratado de retenerlo agarrándolo por el brazo para pedirle disculpas, pero me ha esquivado y ha seguido caminando, dejándome con una sensación de vacío y culpa enorme.

Siempre acabo pagando con él los platos rotos porque lo veo fuerte. Estaba muy triste por lo de Raysu y buscaba a una amiga que me ofreciera consuelo y cariño, pero, lejos de eso, me los he encontrado a los dos de cachondeo. Eso me ha descolocado. No he sabido gestionarlo, les he cortado el rollo y al final he acabado diciéndole a Ron lo que le he dicho: mi patética manera de alejarlo de mí. Me siento demasiado atraída por él y jamás podría perdonarme que nos enrollásemos cuando Raysu está pasando por uno de los peores momentos de su vida.

Pero ¿qué demonios me pasa?

Me estoy volviendo loca.

Me acerco a Susie para que sepa que me voy a la habitación, pero ella pasa de mí y sigue bailando como loca. Ahora mismo le da igual todo. Verás mañana.

Llevo un buen rato acostada sin pegar ojo. Miro el reloj del móvil y veo que son las dos de la madrugada. Susie no está.

Decido escribir a Ron. Me siento fatal y necesito disculparme.

> Ron, creo que me he pasado contigo. Lo siento mucho. En realidad, no pienso todo eso de ti. Ha sido solo una manera de pagar mis mierdas contigo. ¿Me perdonas?

El Gilipollas de Carter 🐽:

> Que te jodan.

El vuelco que me da el corazón al leer su wasap no es ni medio normal. Me ha dolido. En serio. Ha sido físico. Lo he sentido como si fuera una hostia real.

Llamo a la recepción del hotel muy agitada. Me invento que mi hermana pequeña se ha escondido en una habitación y que no sabe decirme el número para ir a buscarla, solo me ha dicho que pone Carter en una tarjeta de visita que hay sobre la mesa. La empleada, muy preocupada, me facilita el número de la habitación enseguida.

«¡Te vas a cagar!», pienso de camino.

Toco varias veces con los nudillos en la puerta. No tarda en abrirse y juro que tengo que obligarme a mantenerme en pie al verlo en pijama, sin camiseta, con el pelo revuelto y todavía verde.

Abre mucho los ojos al descubrir que soy yo, aunque enseguida trata de disimular la sorpresa.

—Deja de babear con mis músculos si tanto los odias —gruñe.

Desvío la mirada rápidamente hacia sus ojos. No me había dado ni cuenta de que estaba mirando su torso como una pervertida. Mi subconsciente me ha traicionado. Pero es que mirarlo a los ojos tampoco me ayuda, porque consiguen que me pierda en ese verde esmeralda y ya no sé ni a lo que he venido.

—¡No estoy mirando tus músculos! —me defiendo.

—Ya. —Mira su carísimo reloj de pulsera—. Son las dos y cuarto de la madrugada. ¿Se puede saber a qué coño has venido?

—A que te disculpes.

—¡¡¿¿Qué??!!

—Me has dicho «que te jodan» —le recuerdo.

—¡Flipo! —Se pasa una mano por la mandíbula sin dejar de mirarme. Incrédulo.

—Yo me estaba disculpando contigo y tú me has mandado a la mierda. Creo que merezco que me pidas perdón —insisto.

—Pero ¿es que te crees que puedes manipularme así?

Antes de que me dé tiempo a contestar aparece por el pasillo el empleado de seguridad del

hotel y nos increpa por hacer tanto ruido a estas horas.

—Perdone, ya nos íbamos a dormir —me excuso.

Paso por debajo del brazo de Ron, que está sujetando la puerta, y me cuelo en su habitación. El de seguridad lo mira con recelo. Ron no sabe si echarme a patadas para que el amable caballero me acompañe de vuelta a mi habitación o cerrar la puerta para que me quede dentro. Su cerebro va a mil por hora.

Echo un vistazo rápido a la estancia. Está en penumbra porque el pequeño cuerpecillo de Hermione descansa sobre una de las camas. Duerme como una bendita.

—Disculpe las molestias —indica Ron finalmente mientras cierra la puerta.

En cuanto se vuelve, clava sus ojos en mí como un águila imperial sobre una mosca repugnante.

—No pienso pedirte perdón. Así que ya puedes largarte por donde has venido.

—¿Por qué no piensas disculparte?

—Mira, Taylor, no sé en qué clase de mundo vives, pero después de tratar a alguien como si fuera escoria, por mucho que envíes un mensaje pidiendo disculpas aludiendo a que has tenido un mal día, no se olvida todo como si no hubiese ocurrido nada. Por mucho que te empeñes en no verlo, tengo sentimientos, ¿sabes?, y esta noche los has pisoteado. Me has destrozado. Y duele, joder. Duele.

Me mantiene la mirada, pero le cuesta. La mezcla de rabia y tristeza que reflejan sus ojos me hace pedazos. Ahora me fijo que los tiene rojos. Ha llorado. He hecho llorar al implacable Ron Carter y, lejos de sentirme orgullosa, me siento fatal. Me abrazo a mí misma para darme un consuelo que ni siquiera merezco. Solo entonces soy consciente de que he venido descalza y con un camisón casi transparente. «Muy apropiado todo, Taylor».

—Ron…, sé que lo que diga no te va a servir para nada porque el daño ya está hecho, pero…

—No te molestes. No quiero escucharte —me interrumpe.

—Solo quiero alejarte de mí —le confieso.

Nos miramos.

—¿Por qué? Es que no lo entiendo. ¿Porque pertenezco a un grupo de gente que no te gusta? ¿Porque en el pasado alguien parecido a mí se metió contigo? ¿Porque…?

—Porque me gustas —lo interrumpo.

—¿Qué?

—Me gustas.

—Eso ya lo has dicho. ¿Y?

—Y no puedes gustarme porque tengo novio. Ya lo sabes. Por eso trato de alejarte de mí —le explico.

—¿Y por qué no dejas a tu novio?

—Porque a él lo quiero con todo mi corazón. —Me sale sin más, sorprendiéndome hasta a mí misma.

—Entiendo. Yo solo soy un trozo de carne musculoso. Por un momento lo había olvidado.

De nuevo se queda cabizbajo y evita mi mirada. No me gusta verlo así. Él no es así. Él es fuerte y seguro de sí mismo. Él es irónico y seductor. Él tiene un corazón de oro. Él es…

—No. No eres solo eso, Ron. Ni mucho menos. Eso es lo que yo pretendo que seas en mi mente para no hacer daño a otra persona. Pero es que, joder, no logro controlarlo. Cuando te

tengo cerca…, yo…

Ahora sí me fulmina con la mirada.

—No hace falta que me lo expliques. Yo siento lo mismo, Taylor. Es más fuerte que nosotros.

¿Será eso que llaman «química»?

—Pero no somos animales. Si no quieres hacer algo, no lo haces y punto. No es cuestión de dejarse llevar por el instinto. Por mucho que me atraigas y se me nuble la razón a tu lado, no quiero fallarle a Raysu porque él…

—¿Raysu? ¡No me jodas! —me interrumpe con rabia.

—No… —Me tapo la boca con ambas manos de manera impulsiva.

No me he dado cuenta de que he dicho su nombre.

—¿Y se puede saber qué coño ves en ese tío? —espeta molesto.

Me dejo caer sobre los pies de la cama. Jugueteo con mis dedos nerviosa. Él termina sentándose a mi lado.

—Lo siento. No tengo nada en contra de Raysu —suspira.

Lo miro.

—Da igual lo que vea en él o lo que vea en ti, Ron. Sois muy diferentes, pero me gustáis los dos. Estoy hecha un lío. Esto no me había pasado nunca y no quiero hacer daño a nadie. Ni siquiera creí que me pudieran gustar tanto dos personas a la vez. Necesito aclararme y decidir qué hacer.

—Pues yo creo que lo tienes bastante claro.

Quiero confesarle que se equivoca, porque la atracción que siento por él no la he sentido nunca por nadie, ni siquiera por Deku, pero me da vergüenza y decido callarme.

—No te preocupes, Taylor, por mi parte no habrá más intentos de nada. Yo también me canso de que me rechaces. He sido un gilipollas.

Se pone de pie y se aparta de mí para que no lo mire.

—No eres gilipollas, Ron. —Me levanto también.

Lo agarro de la muñeca cuando se aleja.

—Vete, por favor —me ruega con la voz quebrada.

—No pienso irme y dejarte así.

Consigo plantarme delante de él, pero me esquiva varias veces girando el rostro hasta que lo obligo a mirarme atrapando su mandíbula con ambas manos. Lo sabía. Tiene los ojos anegados en lágrimas que se esfuerza en ocultar.

—Ron —susurro con el corazón en un puño.

—No pasa nada. No me voy a morir. Estoy bastante acostumbrado a que me dejen tirado. Vete —solloza.

—No quiero irme.

Nos miramos.

Paso la yema de un dedo por su mejilla para enjugar una lágrima traicionera que se ha escapado de su párpado. Me coge la mano para entrelazar sus dedos con los míos y posar un suave beso sobre la palma sin dejar de mirarme.

—Amar es no tener que convencer a nadie para que se quede, Taylor. Si te quedas, será porque me elijas a mí y no quieras volver con él. No juegues conmigo.

—No voy a jugar con nadie. Necesito tiempo para hablar con él. Ron, tú sabes lo mal que lo ha pasado, no puedo hacerle daño. No quiero. Me siento sucia solo con pensarlo. Lo quiero.

Entonces me coje el rostro entre las manos para contemplarme con dulzura.

—¡Eh! Mírame, Moon —susurra muy bajito. Obedezco—: No estás haciendo nada malo. Eres una persona increíble, y por eso nos hemos pillado los dos por ti. Solo te pido que, decidas lo que decidas, te asegures de que sea lo que sientes y no lo que los demás esperan de ti o lo que se supone que es lo correcto.

¡¡¿Está pillado por mí?!!

Asiento con lágrimas en los ojos.

Es esa seguridad en sí mismo lo que más me atrae de él. Me hace sentir importante de una manera que no alcanzo a comprender. Siempre he sido el patito feo y él logra sacar al cisne.

—Y ahora ya te dejo ir. —Se separa de mí lentamente, como si no quisiera hacerlo—. La próxima vez que te bese será porque tú me lo pidas.

Me dirijo hacia la puerta, pero antes me vuelvo a mirarlo.

—Ron, ¿de dónde ha sacado Hermione el traje que llevaba hoy y todo lo demás? —le pregunto.

—Lo hemos hecho juntos. ¿Por qué? ¿Tiene algún defecto? ¿No es idéntico al original? Porque llevo un puto año viendo tutoriales de corte y confección —se queja—. Al menos podías haberme ahorrado el trabajazo de esas putas cartas.

Sonrío.

—Estaba todo perfecto. Solo sentía curiosidad —le miento.

Abro la puerta.

—Tarde o temprano me pedirás ese beso, Moon —augura.

Me guiña un ojo, sonríe y al final le sonrío yo también.

—Ya lo veremos.

Cierro la puerta tras de mí.

En cuanto estoy en el pasillo, apoyo la espalda en la pared para tratar de no marearme y caerme al suelo. Al menos he conseguido no besarlo. Creo que no estaba tan orgullosa de mí misma desde que me aceptaron en la universidad.

Me dirijo de vuelta a mi habitación con un dolor increíble en el pecho. Estoy hecha un auténtico lío. Cuando estoy con Raysu, me olvido de Ron y juraría que quiero estar con él, pero en cuanto Ron aparece en mi campo de visión, se me derrumban los cimientos y todo cuanto creía sólido se desvanece. No sé cómo voy a tomar una decisión tan complicada. Haga lo que haga, haré daño a uno de los dos, y eso me asfixia. Lo más lógico sería decidirme por Raysu porque es mi alma gemela y porque Ron se cansará de mí enseguida y no le costará nada encontrar a otra chica. Por otra parte, Ron sabe de la existencia de Raysu y ha aceptado que decida por mí misma, pero Raysu ni siquiera sospecha que tenga dudas sobre nuestra relación… Solo de imaginar su expresión de decepción al mirarme si se entera… Creo que no podría soportarlo.

He echado un vistazo y puedo cambiar el billete de vuelta sin coste. Entro en la habitación abstraída en mis pensamientos cuando veo a Susie roncando plácidamente sobre la cama. Tiene la ropa puesta. Ni siquiera se ha puesto el pijama. Me siento a su lado y la muevo un poco. Protesta.

—Susie, despierta.

—Ñññ… —Es el sonido más parecido a lo que sale de su garganta.

—¡Susie, me voy a Pittsburgh!

Se levanta de la cama de un salto para mirarme como si fuera el mismísimo Satán, que ha venido a llevársela. Si no fuese por la angustia que me invade, me partiría de la risa por la pinta que tiene. Ya no parece una motomami hasta el culo de heroína, ahora es una rastrojomami medio muerta.

—¿Qué dices? ¿Adónde vas? —pregunta frotándose los ojos.

—¡No hagas eso! —Le agarro las manos—. Te acabas de esparcir todo el rímel por la cara.

—No. El rímel ya estaba así de llorar —me corrige con una voz equivalente al estado de embriaguez en el que se encuentra.

—¿De llorar?

—He cortado con Lily. Lo siento por Nyanta.

—¿Qué? ¿Nyanta? ¿A qué viene Nyanta ahora? ¡Da igual! —me digo a mí misma—. ¡Susie! ¿Por qué has cortado con Lily?

—Porque es una zorra que no me quiere. —Se deja caer de nuevo sobre la cama cubriéndose la cara con las manos.

—¡Lily no es una zorra! Joder, no tengo tiempo para esto ahora, mi vuelo a Pittsburgh sale dentro de una hora. En cuanto esté en el avión, te llamo y me lo cuentas todo con pelos y señales. ¡No hagas nada más hasta que no hablemos! ¿Me oyes?

Vuelve a mirarme con el terror reflejado en su rostro.

—¿No pensarás largarte y dejarme aquí tirada con todos esos frikis raritos?

—Puedes quedarte, ahora que eres tan amiguita de Carter te puedes juntar con ellos mañana —le propongo.

—¡No soy su amiguita! Ha estado media hora contándome lo loco que está por ti y que tú pasas de él, y yo le contaba mis penas con Lily. —De pronto se cubre la boca y abre mucho los ojos.

—¿Qué pasa?

—Le prometí no contártelo.

—Da igual. Ya me lo ha dicho él mismo.

—¿En serio? ¡Ese tío es mi ídolo! ¡Ojalá no fuera lesbiana! Aunque eso daría igual, porque a él solo le molas tú. —Se queda pensativa luchando con cualquier chorrada que aparezca en su mente—. ¡Ser lesbiana solo me ha traído disgustos!

Y se parte de risa.

—¡Susie! ¡Céntrate, tía! ¡Que me largo! ¡Decide si te vienes o te quedas! ¡Pero decídelo ya!

Corro por la habitación metiendo todo cuanto encuentro a mi paso en la maleta a toda prisa.

—Joder. Si me haces tú la maleta, me voy contigo.

A las nueve de la mañana, el taxi que lleva a Susie a la residencia hace una parada delante del UPMC Mercy Hospital. Me despido de mi amiga, a la que he estado consolando durante todo el vuelo, y entro en el edificio con la maleta, unas ojeras de órdago y más vulnerable que en toda mi vida.

# 30
# La gran decisión

> Nadie puede entender perfectamente a otra persona, ya es bastante difícil entenderse a uno mismo.
> Tal vez por eso la vida es tan interesante.
>
> RYOJI KAJI,
> personaje de *Neon Genesis Evangelion*

En cuanto abro la puerta de la sala de espera de la UCI, lo veo. Está sentado en una silla de plástico azul con la espalda apoyada en la pared, las piernas estiradas cruzadas a la altura de los tobillos y la cabeza hacia un lado. Se ha quedado dormido abrazado a su propio cuerpo, como si necesitase ese abrazo más que nada en el mundo. Lleva unos vaqueros de los suyos, medio pitillo, medio caídos, las deportivas y un abrigo de paño de color gris oscuro puesto porque hace un poco de frío. Qué imagen tan maravillosa y triste a la vez. Se me remueve todo al mirarlo. Quiero abrazarlo, quiero besarlo, protegerlo del mundo, y que nadie nos separe nunca.

Me acerco a él muy despacio. Me tiemblan las piernas a cada paso. El corazón se me acelera. Me detengo a su lado para contemplar su plácido rostro relajado. Con esas pestañas oscuras tupidas y esos labios carnosos semiabiertos. Su pelo alborotado le cubre casi toda la frente. Ha estado nervioso, porque, cuando lo está, se revuelve el pelo. Me fascina mirarlo cuando lo hace; esta vez me lo he perdido…

Acaricio su mejilla con un dedo.

—Taylor —musita en sueños.

No puedo evitar sonreír al escuchar mi nombre salir de sus labios como si se tratase de una plegaria. Y es justo en este preciso momento cuando mi corazón decide con quién quiere estar; me duele demasiado pensar que Raysu no sea mío. No concebiría mi mundo sin él, porque ahora que ha aparecido es un mundo mucho mejor.

Una lágrima se me escapa.

«Lo siento mucho, Ron. Espero que lo entiendas. Este es mi lugar. Ahora lo sé. Por fin lo he comprendido», me disculpo.

Dejo la maleta en el suelo y me siento de lado sobre sus piernas para recostarme en su pecho, pero enseguida se sobresalta. Abre los ojos y parpadea un par de veces sin dar crédito a que

pueda estar aquí. Tan cerca. En mi rostro florece una enorme sonrisa.

—¿Taylor?

—Hola —susurro muy bajito.

Me abraza con todas sus fuerzas. Me moría por un abrazo así. Al cabo de unos instantes, se echa hacia atrás para mirarme, pero sin deshacer el abrazo, así que sus labios están muy cerca de los míos. Parece que quiere cerciorarse de que soy real.

—Has venido —susurra todavía confuso y con cara de sueño.

—Claro que he venido.

Poso las manos sobre su rostro, que ahora parece el de un niño. Enfoco mis ojos en los suyos. Tiembla como un animal herido bajo mi tacto. El corazón me late descontrolado y no consigo evitar que unas enormes ganas de llorar me opriman la garganta. Me siento en casa, estando entre sus brazos. ¿Cómo he podido dudar de que lo quiero tanto?

Se inclina hacia delante y me besa en los labios de manera muy suave y tierna.

—Te quiero —declara.

Me quedo congelada, en *shock*.

—¿Raysu, alias Témpano de Hielo, acaba de decir que me quiere?

Sonríe aturdido y muy avergonzado. Se ha sonrojado. No contaba con decirme tal cosa, se le ha escapado. Es lo más tierno que he visto nunca.

—No se lo había dicho antes a nadie —me confiesa.

Encima no puede revolverse el pelo porque me sostiene sobre sus muslos, por lo que se pone más nervioso y ni siquiera sabe dónde mirar.

—Pues ¿sabes qué?

—¡Oh! Vamos, no sigas burlándote…

—Que yo también te quiero, tonto —lo interrumpo.

Sus ojos, que hasta ahora estaban cansados y adormecidos, de pronto refulgen como si se hubieran convertido en dos diamantes Hopes. Me coge entre sus brazos como si fuera una pluma para colocarme a horcajadas sobre él y besarme con todas sus ganas.

Después me mira con una sonrisa de idiota que consigue que quiera comérmelo enterito. Creo que el amor es esto: algo bonito, reír sin un motivo aparente, no poder apartar los ojos de la otra persona, ponerte nervioso cada vez que tu pareja te roza, preocuparte por su bienestar, cuidar el uno del otro… El amor no solo tiene que doler como le ha dolido a mi madre. El amor puede sanar las heridas, y Raysu está curando todas las mías.

—Eres el mejor novio que he tenido —susurro para aliviar este momento tan embarazoso.

—Muy graciosa. No has tenido ninguno.

Nos reímos.

—¿Qué tal está tu padre?

—Igual. Los médicos solo me dicen que hay que esperar.

—Eso es lo peor. Esperar sin saber qué pasa.

—Pero la espera ahora será más dulce gracias a mi chica grado S de *zettai ryouiki.*

Lo observo divertida al recordar cómo me miró aquel día.

—Piensas en aquella falda a menudo, ¿a que sí? —lo provoco.

Sus ojos se oscurecen de repente. Se muerde el labio inferior y su mirada pasa de la dulzura a la lujuria.

—No pienso en otra cosa.

Dejo escapar una carcajada porque lo ha dicho como si estuviera arrepentido y me hace gracia.

—Oye, que no me molesta que me digas ese tipo de cosas. Todo lo contrario. —Le sonrío con malicia.

—¿«Todo lo contrario» qué significa exactamente? —Amplía más su sonrisa.

Pongo los ojos en blanco y ahora la que se sonroja soy yo.

—No quieras saberlo.

Me inclino hacia delante para esconder mi rostro entre su cuello y su hombro. Me muero de la vergüenza.

—¡Eh! ¡Tramposa! —Coge mi cabeza entre sus manos para obligarme a mirarlo y veo que se está riendo, pero también que está muy… excitado—. Claro que quiero saberlo. Me paso el puto día pensando en ti. Tengo derecho a saber si tú también piensas en mí. De hecho, es lo único que me importa.

—Yo también pienso en ti. Mucho. Más de lo que debería —le confieso.

Siento que algo impacta con violencia contra mi entrepierna y miro hacia abajo para comprobar que se ha empalmado. Muchísimo. El calor se propaga rápidamente por mi cuerpo.

—¿Eso es mucho? —ronronea contra mi cuello haciéndome cosquillas con la punta de su nariz, y me estremezco.

—Demasiado. No te mereces tanto. —Echo la cabeza hacia atrás para facilitarle el acceso al cuello. Lo aprovecha enseguida y me besa con tantas ganas que me enciende de golpe.

Un carraspeo nos saca de repente de nuestro particular delirio.

—Este no es lugar para eso, jóvenes —nos reprende un señor mayor con una bata blanca.

Me levanto del regazo de Raysu de un salto, muerta de la vergüenza.

—Lo siento, doctor —se apresura a decir él, pero sin lograr evitar sonreír de medio lado al verme tan apurada.

—Váyase a casa, hoy nada cambiará y al menos descansará un poco —le aconseja el médico —. Va a necesitar muchas fuerzas cuando su padre despierte.

Raysu se pone en pie y se acerca a él emocionado.

—¡¿Va a despertar del coma?! —le pregunta.

El médico enseguida se da cuenta del error que ha cometido y su expresión se torna más distante.

—No estoy autorizado para darle esa respuesta de manera oficial, joven.

Raysu baja la cabeza y deja caer los hombros, abatido. Me acerco a él y lo cojo de la mano para que sienta que estoy a su lado.

—No hace falta que vayamos a casa si prefieres estar cerca de tu padre. Podemos quedarnos aquí —le digo, y él me abraza en señal de agradecimiento.

El médico parece recapacitar, o enternecerse, no sé, pero deja escapar un suspiro mientras se quita la bata y la deja sobre una de las sillas.

—No puedo darle esa información de manera oficial, pero…, cuando no tengo puesta esa maldita bata, me convierto en un ciudadano normal. —Raysu y yo lo miramos entusiasmados—. Y, por mi experiencia, le diría que sí, joven, que su padre volverá a casa. Pronto. Así que les aconsejo a ambos que se vayan a descansar. —Vuelve a ponerse la bata—. O a lo que sea que

necesiten hacer. Buenos días.

—¡Gracias, doctor! —exclama Raysu embriagado de felicidad, aunque no grita demasiado porque estamos en la UCI.

Lo abrazo con todas mis fuerzas y me coge levantando mis pies del suelo para girar sobre sí mismo; los dos reímos sin parar.

—¡Se va a poner bien, Taylor!

Le sostengo el rostro entre mis manos.

—Claro que sí, está luchando contra la muerte y va a ganar esta batalla para no irse de tu lado. Ya lo verás. Todo va a salir bien.

Entonces me besa de una manera muy diferente a las anteriores. Me besa como si así sellase esa afirmación y después me mira como si yo pudiese interferir en el destino.

Hay veces que no sabes si algo saldrá bien o mal. Solo son meros pálpitos o sensaciones. Al fin y al cabo, esa es la gracia de la vida, que cada segundo sea una sorpresa. Pero esas veces en las que estás aterrado por si algo no sale como esperas, cuando alguien te coge de la mano para asegurarte que todo saldrá bien, sientes que esa persona es una señal del destino que ha venido para indicarte el camino. Ahora mismo, esa persona soy yo. Yo soy su destino. Y de cierta manera, eso me hace feliz y me aterra al mismo tiempo.

Raysu hace mucho tiempo que no tiene a esa persona, pero yo estoy aquí y pienso quedarme para que nunca olvide que lo importante no es el resultado, sino estar acompañado en ese camino. No pienso fallarle.

—Te amo, Taylor, joder, te amo más que a nada en este puto mundo.

# 31
# ¡¿Mi novia?!

Sé que no puedo quererte de la forma en que tú quieres, pero yo te voy a querer de la mejor forma que sé.

*InuYasha*

Después de haber hecho el amor como tres veces seguidas, estoy agotada.

Nos encontramos sudorosos, tendidos boca arriba en el sofá del salón de su casa. No hemos podido llegar a la cama. La primera vez ha sido rápida y fugaz en el coche. La segunda en la entrada y la tercera en el sofá.

La casa es una construcción muy antigua de dos alturas, situada en una de las colinas de la meseta Allegheny, desde la que se ve el río. El entorno es paradisíaco.

Raysu me mira sonriente y suspira aliviado mientras se revuelve el pelo con ambas manos. A través de los grandes ventanales del salón, veo que el sol brilla de manera tenue porque todavía es algo temprano.

—¿Crees que algún día llegaremos a la cama? —pregunta.

—No.

Se ríe y siento cómo su pecho sube y baja al hacerlo.

—Es que me perviertes. No sé qué mierda me pasa cuando te acercas. Pierdo el control sobre mí mismo. Es algo animal. Nunca me había pasado. —Parece algo enojado.

—¿Perdona? ¡No me eches a mí la culpa de no ser capaz de resistirte a mis encantos!

—No. La culpa es claramente de este culo respingón. —Me pellizca y doy un salto.

—¡Serás idiota!

Nos reímos.

Apoyo la cabeza en su pecho mientras me acaricia el pelo. Nunca antes me había sentido así. Liberada. Contenta. Incluso sensual. Estando con él, me siento capaz de hacer cualquier cosa. Me veo a través de sus ojos y descubro que tengo un poder que desconocía hasta ahora: el poder de ser feliz.

Miro al suelo, alargo el brazo y recojo la chaqueta que hace un rato lanzó junto al sofá para cubrirme con ella. No solo por el frío, sino porque después de la tormenta llega la calma y en esa calma me da mucha vergüenza estar tan… desnuda delante de él a plena luz del día.

—¿Qué haces? —pregunta frunciendo el ceño al verme cual contorsionista tratando de cubrirme los pechos y el trasero con un escaso trozo de tela.

—Tengo frío —miento.

—Eso es imposible, en esta casa siempre está la calefacción puesta a nivel pro.

—¿Puedo tener frío, señor controlador?

Suelta una carcajada.

—Nunca me habían llamado controlador.

—Pues lo eres.

—¡Ni de coña! ¡Retíralo!

—No pienso retirarlo. Estás controlando mi temperatura corporal.

—Es que sé perfectamente que no tienes frío, porque lo que tienes es vergüenza, y me jode que te sientas así conmigo.

Levanto la cabeza de su pecho para mirarlo.

—¿A ti no te da corte estar en pelotas delante de mí?

—¡¿Corte?! ¿Después de lo que acabamos de hacer? —Me observa atónito.

—¡Pero eso es mientras estamos con el calentón! En esos momentos, la vergüenza desaparece, se me olvidan los complejos y me centro en… otras cosas. —Me ruborizo solo de recordarlo.

Él levanta la cabeza para colocarse un brazo bajo la nuca y poder mirarme. Se ha quedado pensativo.

—¿Complejos? Taylor, no me jodas —se queja.

—¡Todo el mundo tiene complejos! —me defiendo.

—No tiene por qué. Todos los cuerpos son perfectos mientras estén sanos.

—¿Tú no tienes ningún complejo?

—No.

—¿Aunque sea pequeñito?

Se encoge de hombros.

—No hay ninguna parte de mi cuerpo que me haga querer esconderla.

—¡Dijo don Perfecto!

Pongo los ojos en blanco.

—Y tú no deberías tener ningún complejo tampoco, Taylor. Te garantizo que cada parte de tu cuerpo es increíble.

—Sí, claro, tengo un cuerpo perfecto.

La verdad es que siempre me he sentido acomplejada, pero no creo que tenga nada que ver con mi físico, pues tengo una anatomía muy normal, sino con la manera en que mi padre siempre lo ha criticado y ocultado para que nadie lo mirase. Como si no fuese digno de ser mostrado al mundo.

—Es perfecto para mí, solo por ser tuyo. Y deberías sentirte muy orgullosa, Tay, tienes un puto cuerpo para rezar y venerar.

Otra vez se le oscurece la mirada. En serio, ¡es insaciable!

—Eso lo dices para volver a echar un polvo conmigo —bromeo.

De repente se queda muy serio y mira hacia otro lado.

—¿Qué pasa? ¿He dicho algo malo?

—No —gruñe.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —insisto.

—Que no creo que lo que hacemos nosotros sea echar polvos.

Juro que intento con todas mis fuerzas no reírme, de verdad, pero suelto un bufido y se me escapa una carcajada.

—Entonces ¿qué es? —le pregunto en medio de la risa al verlo tan indignado.

—Da igual. Déjalo —contesta cabreado.

Antes de que me dé tiempo a responderle suena algo al otro lado del salón que llama mi atención.

—¡Hay alguien ahí! —grito señalando con el dedo hacia la puerta mientras corro a refugiarme en algún sitio agarrando la chaqueta entre las manos como si se tratase de un escudo.

Raysu ni se inmuta, solo se tapa sus partes nobles con un cojín.

—Buenos días, Walter, perdona el desorden. —Arruga la nariz.

—Buenos días, jovencito. ¿Cómo se encuentra tu padre?

El tal Walter me mira de reojo con cierta reticencia. Debe de rondar los sesenta años, tiene el pelo canoso y lleva unos pantalones de pinzas azul marino y un jersey granate.

—El médico nos ha aconsejado esta mañana que viniésemos a casa porque cuando él despierte necesitaré estar descansado, así que supongo que está fuera de peligro. —Le cuenta esto mientras se levanta para buscar los pantalones por el suelo con el cojín todavía cubriéndole las vergüenzas.

Walter sonríe de manera muy amplia y asiente.

—¡Me alegro mucho!

—¡Gracias!

Yo me he quedado congelada junto a la chimenea. No soy capaz de mover ni un solo músculo.

—Abuelo, te presento a mi novia, Taylor.

El hombre abre mucho los ojos. Está claro que se ha sorprendido al escuchar la palabra «novia», yo lo he hecho al oír que lo llamaba «abuelo». Cierro los ojos durante tres segundos rogando a los cielos que esto no esté pasando. O sea, Raysu de mi vida, ¿no tienes otro jodido momento para hacer las presentaciones? ¿Tenía que ser cuando trato de fusionarme con la pared?

—Encantado, Taylor —musita confundido.

Supongo que debería venir a estrecharme la mano o algo parecido, pero como se acerque me lanzo al fuego de la chimenea.

—Igualmente, Walter. —Sonrío apretando los dientes.

La cara de Raysu es la de alguien que se lo está pasando en grande viendo cómo me muero de la vergüenza, pues su sonrisa le cubre el rostro por completo. «Me las pagarás, amigo», pienso cuando lo miro con cara de asesina.

—¿Os apetece desayunar? —pregunta el señor.

—¡Sí! ¡Me muero de hambre! Los sándwiches de la máquina dispensadora del hospital no es que alimenten mucho —dice Raysu abrochándose los pantalones—. ¿Desayunamos en el porche trasero?

Walter sonríe, hace un gesto con ambas manos y se marcha.

—¿Sabes que voy a matarte? —le espeto.

Suelta una sonora carcajada. Se ríe tanto que se dobla hacia delante sujetándose el estómago.

—¡Me moría por sacarte una foto! ¡Tenías que haberte visto la cara! —indica mientras se descojona, el muy idiota.

—Te voy a matar.

Se acerca para abrazarme y darme un beso, pero le hago la cobra. Se ríe.

—¡No pienses ni por un segundo que con un besito voy a perdonarte! —protesto entre sus brazos.

—¿Y qué tengo que hacer para que me perdones?

—Ya lo pensaré —reniego.

Vuelve a reírse.

—¿Te parece bien una ducha de agua caliente con un masaje? —Arquea dos veces las cejas.

Lo miro fingiendo dudas. En realidad mataría por una ducha. Y ya ni te cuento por un masaje… suyo.

—De momento podría valer —le concedo.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco sabía que estaría en casa. A estas horas suele estar en el huerto.

—¡No me sirve de consuelo! —me quejo, y él se parte de la risa.

Me pongo su chaqueta que hace las veces de vestido y cojo la mano que me ha ofrecido.

—Deberías llevar esa chaqueta más a menudo. Me pasaría horas mirando tus muslos.

—¡Oh! ¡Cállate!

Le doy en el brazo y se ríe. Yo trato de contener la risa, pero al final no lo consigo.

De camino a las escaleras coge mi maleta para subirla. Aprovecho ese momento para recoger toda la ropa que habíamos tirado por la estancia suponiendo que íbamos a estar a solas, al menos yo lo suponía; él estará acostumbrado a vivir con gente en casa. Madre mía, qué vergüenza me da cada vez que pienso en que su abuelo me haya podido escuchar jadeando como una actriz porno. Por Dios.

Lo único que no he encontrado han sido mis deportivas. Creo que me las quité en el coche cuando… ejem.

La planta de arriba solo tiene tres puertas.

—Esa es la habitación de mi padre, esta otra la mía y aquella da a una terraza desde la que se puede ver el atardecer más bonito del mundo. Luego si quieres te lo enseño —me explica mientras abre la puerta que ha dicho que es la suya.

—¿Y tu abuelo?

—Duerme abajo.

Entrar en su habitación es como teletransportarse a otra dimensión. El resto de la casa tiene muebles bastante antiguos, pero esta es justo lo contrario. Todo está lleno de objetos de coleccionista del mundo manga. Mi mundo.

Corro a una vitrina donde tiene todos sus tesoros expuestos. Hay figuras antiguas y objetos que hoy en día pueden costar muchos miles de dólares.

—¿Te gusta? —pregunta algo cortado.

Lo miro como si fuese una niña pequeña chutada de azúcar en medio de un parque de atracciones.

—¿Estás de coña? ¡Este es el puto paraíso!

Sonríe metiendo las manos en los bolsillos traseros del vaquero y, como va sin camiseta, se le marcan los abdominales. Retengo las ganas que me entran de tocarlo, porque se supone que estoy enfadada. Me enseña sus tesoros más preciados, pero lo hace un poco por encima, porque hay demasiadas cosas. A mí me falta llorar de emoción.

—Es la primera vez que no me avergüenza que alguien entre en mi cuarto —confiesa.

—Te entiendo. Mi madre todavía cree que necesito ir al psicólogo porque me gustan los dibujos animados y los muñecos a mi edad.

Sonríe.

—Menos mal que nos hemos encontrado —susurra muy bajito cogiéndome por la cintura—, así iremos juntos al psicólogo.

—¡Ah, no! No pienso caer en la trampa de esos ojos seductores. Me debes un masaje y una ducha.

Su mirada sugerente vuelve a deshacerme por dentro.

—¡Lo estoy deseando! ¡Vamos! —Me coge en brazos y me lleva como si fuera una pluma mientras me río como una tonta.

# 32
# ¿Cuándo dejaré de meter la pata?

> La vida nos tira a todos alguna vez. Cada cual decide si quedarse en el suelo o levantarse y enfrentarla.
>
> GOKU, protagonista de *Dragon Ball*

He comido más de lo que mi estómago puede albergar en su interior, pero es que estaba todo tan rico y tenía tanta hambre después del viaje y la maratón de sexo que no podía parar de comer. Ahora me siento como un pez globo a punto de explotar. Me he puesto un vestido ajustado de punto color camel con unas botas de flecos del mismo color y parece que esté embarazada.

—Creo que puedo retirarme a hibernar unos cuantos meses. —Me recuesto en el sillón de mimbre en el que estoy sentada acariciando mi tripa hinchada.

Raysu se ríe.

—Por un momento he temido por tu salud —bromea.

—¡Es que estaba todo demasiado rico! En la residencia solo nos ponen galletas integrales.

—Pues tendré que traerte a desayunar aquí más a menudo.

La ducha, el masaje y otro polvo, por ese orden, me han dejado tan relajada que lo único que necesitaba para levitar era una comida copiosa.

—No sé cómo puedes acostumbrarte a vivir así.

—¿Así cómo?

—Pues rodeado de toda esta belleza. Es un lujazo, Raysu. Así los problemas deben de parecer mucho menos importantes.

Él contempla el jardín que tenemos delante lleno de árboles japoneses y sauces llorones, junto a un pequeño estanque con cisnes y nenúfares. Es un paisaje idílico.

—Los problemas no son menos graves dependiendo de lo que tengas, Taylor. Mírame a mí. Casi me quedo huérfano de padre y madre a los quince años. Cuando mi madre murió, ni todos los millones del mundo pudieron evitarlo. A mi padre casi le ocurre lo mismo ahora. Y yo soy una persona con miles de traumas, casi todos debidos a temas de sociabilización, y nadie, a pesar del dinero que se ha gastado mi padre, había conseguido que los superase. —Clava sus ojos en mí—. Hasta que llegaste tú y… ¡obraste la magia! Y eso no ha tenido nada que ver con el dinero.

—Yo no he hecho nada.

—¿Que no has hecho nada? ¡Has conseguido que vuelva a reír!

Me coge las manos por encima de la mesa.

—Raysu, yo… tengo que contarte algo.

Su mirada se torna preocupada.

—¿Qué pasa?

—Pero prométeme que vas a tener la mente abierta y no vas a salir corriendo antes de escucharme contarte la historia entera.

—Taylor, me estás asustando. ¿Qué has hecho?

El corazón me palpita desbocado y los nervios se han apoderado de mi estómago. Puede que fastidie la mejor relación que vaya a tener en mi vida, pero no quiero que haya mentiras entre nosotros.

—Es que yo…, bueno…, me besé con Ron.

Ya está. Ya lo he dicho.

—¡¡¡¿Qué?!!! —Se levanta de su sitio—. ¿Cuándo? ¿En el evento?

—No. El jueves.

—No me jodas. ¿Después de acostarte conmigo te enrollaste con Carter? —Ahora sí que suena mal.

—Raysu, no significó nada. Me llevó a su casa con la moto para darle clases a Hermione. Condujo como un psicópata y al bajar de la moto fui a darle una bofetada, me cogió por la muñeca y… nos besamos. Pero enseguida recuperé el sentido común y salí corriendo. Solo fue un beso. Y no sentí nada —miento.

¿Por qué miento?

«¿Puede ser porque estás viendo el terror reflejado en la cara de tu novio?», me contesto a mí misma.

—Lo siento…

—¡Y una mierda lo sientes!

—¡De verdad que no supuso nada para mí! No contestabas a mis mensajes, él me gusta desde hace mucho…

—Entiendo. Como no contesto a tus putos mensajes porque mi padre está a punto de morir, ¿te enrollas con otro? —me interrumpe.

Pega un golpe encima de la mesa.

—¡No! ¡Joder, Ron! —¡¡¡Mierda!!!

¡He llamado Ron a Raysu!

¡De puta madre!

Me tapo la boca con ambas manos al instante. Pero ¿por qué coño empiezan los dos nombres por erre?

Abre mucho los ojos y veo la decepción reflejada en ellos. Más que decepción es dolor. No dice nada, solo aprieta los labios y niega con la cabeza. Se da la vuelta y entra en la casa dando zancadas.

¡Ay, Dios, la que he liado!

Aparece Walter enseguida con la cara desencajada. Seguro que ha visto a Raysu hecho un basilisco y viene a comprobar qué le he hecho.

—¿Te encuentras bien, hija? —pregunta como si se sintiera aliviado al verme entera.

—Sí. Estoy bien.

—¿De verdad?

—Sí. Solo hemos discutido.

Se deja caer en una de las sillas que tengo a mi derecha y hunde el rostro entre sus manos. Parece cansado.

—No controla demasiado bien sus emociones —musita.

—¿Disculpe?

—¡Oh! No me hables de usted. Me hace parecer más viejo todavía.

Me sonríe con dulzura, aunque no logra que esa sonrisa llegue a sus ojos.

—Vale.

—Te decía que mi nieto no sabe controlar algunas emociones. Le cuesta afrontar ciertas cosas y algunas veces reacciona de manera impulsiva. Pero es un buen muchacho.

—Raysu está muy cansado por lo de su padre. Es solo eso —alego.

Él me observa con cautela. Duda si seguir hablando o no.

—Cuando murió mi hija, todos nosotros morimos con ella de alguna manera. No supimos ni conseguimos estar en los momentos que importaban. Raysu tuvo que buscarse la vida como pudo y no tenía la edad idílica para eso. Muchas malas compañías se aprovecharon de su situación. Fueron momentos muy duros.

—Lo siento mucho, Walter.

Él niega con la cabeza. Tiene los ojos enrojecidos.

—No veía reír a mi nieto desde hacía demasiado tiempo. Y últimamente ríe a menudo. No sabía el motivo hasta que te he visto aquí hoy. Lo he entendido todo al ver cómo te mira.

Me ruborizo y miro al suelo.

—Yo…

—Solo te pido que no le partas el corazón —me interrumpe.

—Lo que quiero es justo lo contrario, Walter.

Asiente y vuelve a sonreírme.

—Si necesitas algo… —indica.

—No. Gracias por haber hablado conmigo.

—Es un placer tenerte por aquí, señorita.

Se retira y yo permanezco sentada mirando al infinito. Mi primer impulso es largarme, porque creo que la reacción de Raysu ha sido exagerada, pero después recapacito y trato de ponerme en su lugar. No pienso irme. Por primera vez en mi vida voy a luchar por lo que quiero. No voy a rendirme.

El móvil suena. Miro la pantalla. Mi madre. ¿Por qué las madres tienen la habilidad innata de llamar justo en los peores momentos? Respondo porque se supone que sigo en Nueva York y no quiero que se vuelva loca sin comprobar que no me secuestraron anoche.

—Hola, mami.

Me dirijo hacia el estanque mientras ella me habla. Me siento en un banquito que hay bajo uno de los sauces llorones mientras observo los cisnes sobre el agua esquivar los nenúfares con absoluta delicadeza.

—… por eso creo que Julian no debería permitir que le paguen solo ocho dólares la hora —sigue hablando.

—Mamá, ¿cómo supiste que papá era el hombre de tu vida? —la interrumpo.

Permanece en silencio, además de por no escucharla, por la pregunta que le acabo de hacer.

—¿Te refieres al innombrable?

—Sí.

—¿Y a qué viene eso ahora, Taylor?

Me imagino su cara.

—Es que me gusta un chico, mamá.

Se queda muda. Justo lo que tarda en atar cabos.

—¿No será el hijo de los Carter?

—No.

—Menos mal, cariño, porque la gente que tiene tanto dinero nunca se tomaría en serio…

No voy a explicarle cómo el padre de Raysu perdió su dinero.

—Mamá —vuelvo a interrumpirla—, papá también tenía mucho dinero.

—Sí. Antes de bebérselo y esnifárselo.

Ahora ya hablamos sin tapujos de él y sus mierdas. Ya no soy una cría que tenga que proteger.

—Y se fijó en ti, que no eras precisamente una princesa, ¿no?

—Supongo.

—¿Cómo supiste que era el hombre de tu vida? Tuvo que haber un momento en el que os quisierais, ¿no? ¿O solo fui el producto de un accidente?

—¡No, hija! Fuiste un bebé muy deseado, de eso te doy mi palabra. —Suena enojada, así que la creo.

—Mamá, responde a mi pregunta. Lo necesito. —Estoy conteniendo el llanto.

—Si me prometes que después me contarás por qué estás a punto de llorar.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque soy tu madre y, aunque no te vea todas las horas del día, conozco cada silencio, cada gesto y cada sonido que emites. Podría saber de qué humor estás con tan solo mirarte un instante. A mí no puedes engañarme, cariño. Mi deber como madre es regañarte y sermonearte para que seas una buena persona, pero por encima de todo está el amor incondicional que siento por ti, y eso jamás lo podrá cambiar nada ni nadie. Nunca lo olvides, hija mía.

Vaya, nunca creí posible que fuera a decirme algo así. Ella es más de demostrar las cosas. Pero es cierto que a veces lo damos todo por sabido y no nos imaginamos el poder que tienen las palabras adecuadas en un momento concreto.

—Gracias, mamá.

Suspira.

—Vamos. Cuéntame qué te pasa.

—Vale. Te lo contaré si me dices cómo puedo saber si el chico que me gusta es el hombre de mi vida.

—¿Te hace reír? —quiere saber.

—Sí, mucho.

—¿Te mira como si fueses una granizada en medio del desierto? Una muy fresquita y sabrosa, ya me entiendes. —Suena apurada.

—¡Sí! —Me río.

—¿Te protege?

—Sí, demasiado.

—¡Ese chico me gusta!

—¡Mamá!

—Bueno, vale —admite—. ¿Te da buenos consejos, aunque te enfades con él?

—Sí, creo que sí.

—Y lo más importante de todo: ¿entiende que te gusten los dibujos animados siendo una persona adulta?

Suelto una carcajada en medio de las lágrimas. No estoy acostumbrada a hablar así con mi madre y me está encantando.

—¡Eso es lo más importante de todo, sin duda, mamá! ¡A él le gustan los dibujos animados más que a mí!

—Pues yo diría que entonces no has de tener ninguna duda, Taylor, hija. ¡Es el amor de tu vida! O al menos de tu vida a los dieciocho años, claro. Las cosas ya sabes que se van complicando con el tiempo.

—Ya, mamá, lo sé. Con eso cuento.

Suspira, quizá arrepentida de haberme metido en la cabeza desde pequeña que el amor no existe o que es una mierda demasiado complicada.

—Pero ahora sé feliz, hija. Estos años son los mejores. Y el amor es maravilloso cuando es de verdad. Ay, Dios mío, te has hecho mayor y no me he dado cuenta… ¡Quiero conocerlo! ¡Invítalo a casa el sábado que viene!

—Bueno, eso será si me perdona. Está muy enfadado conmigo ahora mismo. Se ha largado a su habitación sin dejar que le explique nada.

—Ya. Por eso tienes esa voz. ¿Qué ha pasado?

—Pues que me besé con el hijo de los Carter y se lo he contado porque me sentía fatal ocultándoselo.

Es mejor soltarlo así de golpe, sin vaselina ni medias tintas. Estoy segura de que su cerebro está echando chispas y ella se está poniendo de todos los colores. No dice nada.

—¿Mamá? ¿Sigues ahí?

Carraspea. Seguro que tiene los ojos cerrados y está mordiendo un trapo para evitar soltar sapos y culebras.

—Taylor, eso no me gusta. No quiero cortar el rollo de este momento entre madre guay e hija, pero yo no te he educado para que hagas eso. Si te gusta otro chico, primero dejas a este, no lo engañas.

—Mamá, por el otro chico solo siento atracción física. Es muy popular, me gusta desde hace mucho y me he dejado llevar porque ha tratado de ligar conmigo y porque me ha hecho sentir como nunca me he sentido: importante. Pero me he dado cuenta de que a quien quiero en realidad es a Raysu. Por eso le he contado que besé a Ron, porque necesitaba ser honesta con él y que no hubiera secretos entre nosotros. Pero se lo ha tomado muy mal.

—¿Raysu?

—Sí. Se llama Raysu.

—¿No será el hijo del abogado ese superfamoso?

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Joder, Taylor. Ha salido en todas las noticias que está hospitalizado porque ha sufrido un infarto. No hay muchos Raysus en Pittsburgh, que yo sepa.

—¿Su padre también se llama Raysu?

—¡Claro!

—No lo sabía.

—Por cierto… —Hace un silencio dramático—. Si se lo ha tomado demasiado mal y se ha ido a su habitación, ¿es que estáis juntos en Nueva York? Me parece raro, estando su padre al borde de la muerte… Me cuesta creer que él esté de fiesta.

¡Mierda! ¡El radar de madre me ha pillado! Si le digo que estoy en casa de Raysu, me mata. «¡Piensa! ¡Piensa! ¡Piensa!», me digo.

—¡No, mamá! Lo hemos hablado por teléfono y sé que se ha ido a su cuarto porque era por Facetime. —Mi voz suena demasiado aguda y carnavalera de repente.

—No te creo.

Respiro hondo.

—Pues no te queda más remedio que confiar en mí.

—Dile a Susie que se ponga.

—Ha salido. Y te pido que confíes en mí, por favor.

Se mantiene en silencio.

—Gracias por contarme lo de ese chico, hija.

—Gracias por tus consejos, mamá.

—No veo la hora de que vuelvas a casa. Estoy supernerviosa pensando que estés tan lejos.

—Bueno, no te preocupes, aquí no puede pasarnos nada. Esto está muy controlado. No es como los festivales hippies a los que ibas tú.

Se ríe.

—Te quiero, cariño. Estoy muy orgullosa de ti.

—Y yo de ti, mamá.

Cuelga.

# 33
# Reconciliarse

Los sueños comienzan cuando se cree en ellos.

*Suzumiya Haruhi*

Me he armado de valor para no irme a casa, quedarme y tratar de aclarar las cosas con Raysu. En un primer momento me he querido marchar para poner distancia entre nosotros y que pueda recapacitar, pero luego me he puesto en su lugar. Teniendo en cuenta la preocupación que tiene por su padre, el trauma que supuso para él la muerte de su madre y que la chica con la que salía entonces lo dejara, el *shock* por saber lo de Ron… Yo no habría reaccionado mejor, la verdad.

Después de haber estado un buen rato contemplando cómo los nenúfares flotaban sobre el agua del estanque, me he relajado bastante y he llegado a la conclusión de que no merece la pena irse y que las cosas se enfríen entre nosotros, porque puede que entonces lo nuestro terminara. Así que entro en la casa para ir a su habitación. Llamo, pero no contesta. Decido entrar.

Lo veo tendido sobre la cama con un chándal azul marino, no sé de qué marca. Me mira con desgana.

—No me jodas. ¿Todavía estás aquí? —protesta.

—¿Creías que me había ido?

—Sí.

—¿Porque eso es lo que hace la gente que te quiere? ¿Se va?

Clava sus ojos en mí. Entro y cierro la puerta.

—¿Puedo pasar? —pregunto.

—Eso tendrías que haberlo preguntado antes de entrar, ¿no crees?

—Raysu, no te pongas borde conmigo. Soy yo. Y nada ha cambiado desde hace unas horas.

—¿Crees que no ha cambiado nada? ¿En serio?

Se incorpora para sentarse en la cama con los codos apoyados en las rodillas, los dedos de las manos entrelazados y la mirada fija en mí.

—Lo de Ron fue el jueves. Si hubiese cambiado algo, ¿crees que estaría hoy aquí?

—¿Y si ha cambiado para mí?

Vale. Con eso no había contado ni por un solo segundo.

—¿Ha cambiado para ti? ¿Ya no quieres estar conmigo?

Mira hacia abajo, metiendo la cabeza entre las manos.

—Es que si consiento que me pongas los cuernos al principio de la relación, ¿qué más voy a tener que permitir en un futuro?

Avanzo para sentarme a su lado y me mira con dolor.

—Raysu, lo admito, ha sido la cagada más gorda de mi vida. Podría echarle las culpas a él y decirte que me presionó, pero te estaría mintiendo. Yo también lo besé. Había demasiada tensión sexual no resuelta entre nosotros y antes o después debía estallar. Pero ya está. Ahí se quedó todo. De verdad. Me he dado cuenta de que eres tú con quien quiero estar. Él es solo una tontería con la que soñaba de niña. No siento nada por él, comparado con lo que siento por ti. Te lo he contado porque te respeto demasiado como para mantenerlo en secreto. No volverá a ocurrir. Y… no sé qué más decir. Perdóname, por favor.

Se revuelve el pelo, nervioso.

—Me cago en mi puta vida, Taylor, ¡no quiero perdonarte! —ruge.

A mí se me parte el corazón. Siento una opresión en el pecho. Me duele mucho. Tomo aire para no venirme abajo.

—Está bien. Lo entiendo —asumo con lágrimas en los ojos.

Él vuelve a mirarme.

—Pero si no lo hago, sé que jamás podré perdonarme a mí mismo por haberte dejado escapar.

Clavo mis ojos en los suyos. El corazón se me va a salir del pecho.

—¡Joder! ¡Qué susto me has dado! —Me pongo la mano en el pecho para tratar de calmar el galope desbocado de mis latidos y me lanzo sobre él sin dudarlo para darle un beso.

Él me coge como puede y caemos en la cama. Yo sobre su cuerpo. Le ha pillado desprevenido mi reacción y ahora mismo intenta ahogar una enorme sonrisa.

—¿Crees que porque me des un beso voy a perdonarte así por las buenas? —protesta con la voz ronca parafraseándome.

—¡Venga ya! Todos sabemos que no puedes resistirte a mis besos —bromeo, tratando de besarlo mientras me hace la cobra.

—Vas a tener que hacer mucho más que eso, Taylor.

Me detengo para mirarlo fijamente.

—¿Como qué?

—Pues, no sé, ¿un estriptis con esa minifalda que llevaste a clase, por ejemplo? —propone con la mirada oscura.

Yo suelto una carcajada y niego con la cabeza.

—Estás loco.

—Estoy loco por ti.

Y me lo dice así, tan pancho, con esa cara bonita que tiene. Demostrándome una vez más que merece la pena arriesgarse porque cuando se gana es algo maravilloso. Me siento más viva que nunca. Los dos tenemos pánico. Él teme el rechazo; yo, el fracaso. Pero juntos derribaremos todas esas barreras.

Me coge la nuca entre sus manos y estampa sus labios contra los míos con tantas ganas que me desarma. Su contacto es más excitante que nunca. Somos un amasijo de brazos, pelo, bocas y piernas que rueda por su cama. Siento su corazón palpitar con fuerza contra mi pecho. Se detiene un momento para mirarme con la sonrisa más bonita del mundo. Una sonrisa que contiene tanto

amor por mí que incluso me abruma. Pero también veo esa lucha interna en sus ojos.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Ahora mismo estoy acojonado.

—¿Por qué?

—Por el poder que ejerces sobre mí. Hace unos minutos era el más desgraciado. Has aparecido, me has dicho dos palabras y ahora mismo me siento el más afortunado. Me da pánico todo esto.

—A mí me pasa lo mismo, Raysu —confieso.

Él se acomoda entre las almohadas y me coloca sobre su pecho mientras me acaricia la espalda a través del vestido.

—¿Sabes por qué no he traído nunca a ninguna chica aquí? —musita.

—No. ¿Por qué?

—Porque no he querido dormir con nadie en mi cama con quien no quisiera pasar el resto de mi vida.

Se me eriza el vello de todo el cuerpo. Levanto la cabeza de su pecho para poder mirarlo a los ojos. No soy capaz de abrir la boca, pero me obligo.

—Raysu…

—¿Sabes, Tay? Para mí, contigo no solo es follar. No es echar polvos —me interrumpe con la voz ronca—. Para mí es involucrarme.

Niego con la cabeza.

—Cuando dije lo de «echar un polvo», no quería frivolizar lo nuestro. Eres el primero y el único con el que lo he hecho, cuando todas las chicas de mi edad ya llevan siglos acostándose con chicos. Siempre he creído que la primera vez es un recuerdo que estará conmigo para el resto de mi vida, y por eso me parecía una gran decisión que no se tomaba a la ligera.

—Entonces ¿por qué dices que son polvos?

—Pues, no sé, califico lo nuestro como «echar polvos» porque no quiero que te agobies y salgas corriendo si te confieso que para mí también es… conexión. Cuando lo hago contigo, es energía. Pureza. Corazón. No sé. No quiero sonar cursi. Tampoco tengo con qué compararlo, Raysu, pero es algo casi espiritual. ¡Aunque no por eso es menos carnal! —Me pongo roja nada más decir esto último, porque me viene a la mente lo extremadamente carnal que es lo nuestro—. No me malinterpretes. Quería decir que no solo es espiritual… Yo… ¡¡¡Déjalo!!! —Pego la cara a su pecho para que no me vea roja.

Menos mal que suelta una carcajada y consigue aliviar mi vergüenza. No estoy acostumbrada a hablar con un chico sobre sexo. Se incorpora para poner la cabeza en la almohada y nos quedamos echados de perfil, uno frente al otro. Después me acaricia el rostro con un dedo, observándome atentamente con una leve sonrisa.

—¿Sabes una cosa? Siempre he creído que estaba loco. Incluso que tendría alguna disfunción eréctil o algún tipo de discapacidad.

—¡¿Disfunción?! ¡Yo diría que padeces justo de lo contrario! —Me entra una risilla tonta al recordar que hace unas horas hasta me ha puesto haciendo el pino, literal.

Pone esa sonrisa de pervertido que me vuelve loca y yo me pongo roja como un tomate otra vez. ¡Por Dios! ¿Qué me pasa?

—Fui a una cuantas consultas y, tras varias pruebas, me dijeron que todo estaba correcto. El

médico aseguró que se me pasaría con el tiempo, que podría deberse al estrés. Pero yo sabía que lo que me pasaba no era estrés, era que tenía unos estándares tan altos que no me empalmaba. Pasaba semanas, incluso meses sin acostarme con nadie, porque no encontraba ninguna chica adecuada y, aun así, cuando me acostaba con alguien sentía que eran simples pasajeras. Cada vez que lo hacía, me perdía más y me sentía triste, como vacío. Y al mismo tiempo me sentía estúpido por desaprovechar las oportunidades, porque todos los tíos de mi edad estaban deseando acostarse con la primera que se le cruzase en su camino… y a mí se me cruzaban muchas.

—Ese comentario no ayuda a mis celos, Raysu. —Le doy en el brazo y se ríe.

—¿Eres celosa?

¡Ahora mismo quiero matar a todas esas tías! ¿Eso son celos?

—No las tengo todas conmigo. Sigue —le pido, y sonríe.

—Daba igual las chicas que me entrasen, no sentía nada con ninguna. Pero tú… ¡me quemas! Joder, tan solo con mirarme consigues que me encienda como si estuviese en el infierno.

—¿En serio? ¡¿Yo?!

Asiente con rotundidad.

—Lo comprobé justo el día en que apareciste en mi clase y te plantaste a mi lado. —Se señala hacia abajo—. En cuanto hablamos un rato, mi «amiguito» se levantó con más fuerza que nunca. Y eso empezó a pasar cada vez que te acercabas. ¡La hostia, Taylor, me tienes como a un puto adolescente empalmado todo el día!

—¡Ay, qué vergüenza!

Se parte de la risa al ver cómo me sonrojo y me cubro la cara con las manos.

—A raíz de aquel día pude poner nombre a lo que me pasaba.

—¿Qué es?

—Soy demisexual.

—¡¿Eres qué?!

—Demi. Es una persona que no experimenta atracción sexual primaria basada en la vista, el olfato u otra información disponible al instante. Los demisexuales experimentamos atracción sexual secundaria, es decir, que necesitamos conocer a la persona, no nos excitamos solo porque haya una atracción física, tiene que haber una conexión.

—¿Y cómo has sabido eso?

—Porque pensaba que era asexual, pero aquel día comprobé que no. Entonces busqué información y la encontré. ¡Me has salvado incluso con eso, tía! Dios. Todavía recuerdo cómo me latía el corazón de rápido cuando me abrazaste en la biblioteca.

Me descubro la cara abriendo mucho los ojos, sorprendida.

—¿Te refieres a cuando te quedaste más rígido que una tabla? ¡Creí que te daba asco!

Se parte de la risa y niega con la cabeza.

—¿Asco? ¡Me empalmé como nunca! ¡No me lo esperaba! Y no podía dejarme llevar porque te habría empotrado contra las estanterías. No pude ni siquiera reaccionar. Me quedé quieto como un auténtico gilipollas para que no notases nada.

—Sí. Eso mismo pensé yo, que eras un gilipollas.

Nos reímos otra vez.

—Pero entonces descubrí que no solo me ponías cachondo, sino que sentía la necesidad de protegerte. Aquel día se me quitaron todos los miedos de ser disfuncional, pero me entró otro

mayor.

Sus ojos brillan mucho.

—¿Cuál? —le pregunto.

—Enamorarme de ti.

El corazón da un fuerte respingo en mi pecho. Nos miramos fijamente.

¿Está enamorado de mí? «No. Solo ha dicho que le daba miedo enamorarse de ti. No flipes», me respondo enseguida.

—Sí, claro, porque eso sería muchísimo peor —bromeo para disimular las enormes ganas de matarlo a besos que me han entrado.

Cuando se queda serio de nuevo, me coge las manos entre las suyas.

—Desde entonces te has convertido en alguien demasiado importante en mi vida, Tay, y el miedo se ha multiplicado por millones, porque la disfunción eréctil es física, pero el dolor cuando te rompen el corazón es la muerte de un pedacito del alma. Es arriesgarte a tener una nueva cicatriz en tu cuerpo, una cicatriz de esas tan profundas que no te puedes tatuar nada encima para disimularla. Y yo no puedo con más cicatrices.

—Raysu…

—Déjame terminar, por favor —me pide—. Por eso te suplico que no me hagas daño… ahora que he vuelto a reír. Hay millones de tíos en el mundo y, créeme, todos estarían encantados de estar contigo porque eres increíble, pero… si crees que no estás preparada para una relación seria o no sientes lo mismo que yo, te pido por favor que te vayas, Tay, porque ahora me destrozarías, pero si seguimos adelante y sucede algo…, yo… no podría con ello.

Lo miro atónita. Ha puesto palabras a lo que siento. Es exactamente lo mismo.

—Una vez me dijiste que no se puede morir de amor.

—Pues ahora lo retiro, porque tú me has devuelto a la vida y vivir sin ti sería lo mismo que volver a estar muerto.

—Raysu, te juro que no volverá a pasar nada con Ron ni con nadie. No sé qué hacer para que me creas, te lo demostraré porque ahora sé que eres tú con quien quiero estar.

—Lo sé.

—Pero también te digo que no podemos predecir el futuro y que pueden pasar muchas cosas que nos separen. Mis padres estuvieron muy enamorados y ahora se odian. No todo son cuentos de hadas.

—También lo sé.

—Así es el amor, ¿recuerdas? Me dijiste que era una energía que fluye entre dos personas y en la que no podemos influir. Imagina que eres tú el que me deja a mí. Hoy en día, la gente rompe las relaciones por mil motivos.

Me coge entre sus brazos para atraerme hacia sí.

—Pero es que yo no soy así.

—¿Así cómo?

—Me refiero a que yo nunca me había enamorado, por eso sé que eres la definitiva. Si no estuviera seguro de que serás tú, no querría estar contigo, pero a tu lado tengo ganas a todas horas… de todo. De cualquier cosa, me da igual: de reír, de charlar, de besarte, de viajar, de sexo, de salir, de bailar, de gritar… Lo quiero todo contigo, Taylor. La vida contigo. ¡Y poder decírtelo es una sensación de la hostia!

En el momento en que he escuchado la palabra «enamorado», se me han fundido los fusibles del cerebro.

—Yo también lo quiero todo contigo.

Nos besamos como nunca y nos pasamos el resto del día metidos entre sus sábanas reconciliándonos.

# 34
# Ay, mi madre

La vida misma es algo atemorizante para todos los seres humanos.
Ser fuertes no es fácil.

MIROKU, personaje de *InuYasha*

El sábado por la noche, después de ver el atardecer en la impresionante terraza de la casa de su abuelo, vamos al hospital y nos informan de que no hay ninguna noticia nueva sobre su padre. Estamos allí el rato que le permiten a Raysu estar con él y luego volvemos a la casa.

Echamos una partida de cartas con su abuelo después de cenar en el salón junto a la chimenea. Al principio, me muero de la vergüenza cada vez que me mira porque pienso que me verá como a una libertina, pero como me trata como si fuera su propia nieta, con cariño, enseguida se gana mi corazón.

En estos días he descubierto que no hay nada que me guste más en el mundo que dormir con Raysu. En serio, estar con él en la cama es como entrar en una cápsula en la que te reseteas por dentro. Un lugar en el que nada malo puede ocurrir. Solo cosas bonitas.

El domingo a mediodía, Susie me manda un wasap:

SOS. ¡Tu madre viene hacia aquí!

—¡Raysu! ¡Tienes que llevarme a la residencia cagando leches!

Él, que estaba recogiendo el tablero con el que hemos estado jugando a un juego de rol, me mira extrañado.

—¿Qué pasa?

—Mi madre va para allá.

Abre mucho los ojos, porque en estos dos días, entre otras cosas, le he contado la relación extraña que mantengo con mi madre, la opresora superprotectora. Hemos deducido entre los dos que le permito controlarme porque es lo único que todavía controla en su vida y, de no ser así, se volvería loca, pero tampoco puedo seguir con esa carga durante mucho más tiempo.

Se pone corriendo las zapatillas de deporte mientras yo recojo toda la ropa que tengo desperdigada por la habitación.

—Tay, deja eso, ya te lo llevaré luego. ¡Vamos!

Sale por la puerta a toda prisa y yo lo sigo.

Un cuarto de hora más tarde llegamos a la puerta de la residencia. Si no nos hemos matado de camino, poco ha faltado.

Salgo del coche y Raysu también, para despedirme. Me coge de la cintura y me da un beso.

—¡Taylor! —Oigo la voz cercana de mi madre.

Mierda. No me ha dado tiempo a subir a mi cuarto.

Miro a mi alrededor y la veo acercarse desde el otro lado de la acera. Lleva unos pantalones verdes de flores con unos zapatos marrones de tacón bajo y el abrigo de paño granate. Creo que acaba de bajar del autobús, porque no veo su moto por ningún sitio. ¿Nos habrá visto llegar con el coche?

La saludo con la mano de manera efusiva.

—¿Qué hago? ¿Me voy? —susurra Raysu a mi lado, muy tenso.

—Ni de coña. Ya te ha visto —le respondo entre dientes sin perder la sonrisa falsa.

—Joder.

Mi madre llega hasta nosotros y no es capaz de disimular su repentina admiración por Raysu. Es más alto que ella, por lo que eleva la cabeza para mirarlo a los ojos, que a la luz del sol deslumbran; además, con el abrigo parece mucho más corpulento.

—Oye, ¿y a mí no me dices nada? —le reprocho porque ha hecho como que no existía.

Ella sale de su ensimismamiento, vuelve la cabeza hacia mí con una sonrisa congelada muy sospechosa, como si fuera la muñeca Annabelle.

—¡Madre mía! ¡Qué guapo es! —suspira.

Pongo los ojos en blanco.

—¡Mamá!

—Lo siento, hija, es que es muy guapo —repite mientras por lo menos me da un abrazo y un beso.

—Encantado, Mary —la saluda Raysu, que sonríe como un gallito engreído.

Ella lo abraza y le planta dos besos como si lo conociera de toda la vida.

—Es un placer, Raysu, mi hija me ha hablado mucho de ti.

Me callo y no la desmiento, pero vamos, que es una exagerada.

—De ti también me ha hablado mucho. —Me pellizca el culo sin que ella se dé cuenta.

—Espero que bien —alega ella.

—¡Por supuesto! —exagera él.

—¿Has ido a buscarla al aeropuerto? —pregunta mi madre.

—¡Sí! Acabamos de llegar de allí —me adelanto a contestar.

—¿Y Susie? ¿Y las maletas?

—Ha subido con las maletas mientras nosotros nos despedíamos —vuelvo a mentir mientras Raysu sonríe desde hace un rato de una manera demasiado extraña, como si fuera una momia.

—¡Ah! Bien —comenta ella.

Nos quedamos en silencio los tres durante unos segundos que se me antojan eternos.

—Bueno, yo ya me voy —anuncia Raysu—. Os dejo. Que tendréis mucho de qué hablar.

Se acerca para darme un beso en la mejilla, pero mi madre lo agarra del brazo.

—¡No! Raysu, no te vayas —le pide—. Me encantaría que nos tomásemos un café.

Él me lanza una mirada rápida de pánico.

—Es que mañana tiene un examen muy importante, mamá —me invento.

Raysu asiente, fingiendo pena por no poder quedarse.

—Pues en mi época no había nada más importante que conquistar a la suegra. —Le guiña el ojo con picardía—. Prometo que solo será media hora.

Él sonríe. Yo casi lloro.

—Ya sé de quién ha heredado Taylor su poder de persuasión.

Mi madre se ríe como si fuera una colegiala que se ha salido con la suya y yo me quiero morir.

*POV*: mi madre, sentada frente a Raysu, lleva casi media hora contando anécdotas vergonzosas de cuando era pequeña mientras mi novio, sentado a mi lado, se parte el culo. Yo intento en vano cambiar de tema.

—Bueno, Raysu, no te entretengo más, espero que tu padre se recupere pronto. Lo he visto en las noticias de la tele local.

Madre mía, y ahora sale con esto. No sé qué es peor. Deberían darle el premio a la mejor conversadora del año.

—Sí, la verdad es que ha sido un golpe muy duro, pero por fin nos han dicho esta mañana que está fuera de peligro.

—¿Os han dicho? ¿A quiénes? —pregunta mi madre frunciendo el ceño, por lo que él se pone rojo.

—Mamá, es que Raysu tiene más familiares, no está solo, ¿sabes? —me apresuro a salvar la situación.

Ella clava los ojos en mi novio, que juguetea con una servilleta de papel, nervioso. Estoy segura de que mi madre sabe de sobra que he estado con él, pero no va a pillarnos tan fácilmente.

—¿Y qué estudias, Raysu? ¿Derecho?

—No. Mi padre quiso chantajearme de unas mil maneras posibles para que siguiera sus pasos, pero lo mío es la programación. Soy más de números.

—¡Eso me suena! —Me mira—. ¿Y qué opina tu madre de eso?

Él se queda mudo. Mira que se le da bien meter la pata, por Dios.

—Su madre murió, mamá —le digo.

—¡Oh! ¡Lo siento! —Pone una mano sobre la de él con mucho pesar.

Noto que lo lamenta de verdad, pero él rechaza el contacto.

—No te preocupes. No tenías por qué saberlo —la disculpa—. Pasó hace mucho tiempo.

—Mamá, ¿sabes que Raysu es el ingeniero de *software* con mejores notas de la facultad este año? —suelto para destensar el ambiente.

Ella lo mira asombrada.

—¡Vaya! O sea que no solo eres una cara bonita, chico. Me alegro mucho.

—¡Mamá, por Dios! —me quejo, y él se ríe.

Ella pone los ojos en blanco.

—¿Sabes, Raysu? A mi hija siempre le ha dado pudor cualquier cosa que yo hiciera. Si bailaba con su padre. Si me reía demasiado alto. Si la llevaba a algún cumpleaños con la ropa del trabajo. Si no sabía de qué hablaban las madres de sus amigas… Siempre he creído que se avergonzaba de mí. —Levanta la mano para no permitir que la interrumpa—. Porque mi exmarido siempre se ha movido en un mundo adinerado y yo no pintaba nada a su lado, era como un pez fuera del agua. Pero Taylor nunca se ha sentido incómoda rodeada de ese tipo de personas y sus lujos, ni tampoco con gente menos pudiente y sus miserias, como yo. Ella se adapta. Nunca se le han caído los anillos si ha tenido que ayudarme a fregar escaleras, aunque por la noche asistiera a una cena de lujo. Y esa es la educación que he querido darle desde niña. Que lo importante está en el interior de las personas. Porque el oro es muy bonito cuando brilla. El problema viene cuando se apaga la luz y no se ve su fulgor. Entonces, solo los que se han detenido a observar con la debida atención saben que sigue estando ahí, que sigue teniendo el mismo valor, aunque no brille.

Ellos dos se miran.

—Entiendo —dice él.

—Mi hija brilla como el oro en la noche más oscura, Raysu. Ha vivido cosas que no le correspondían a su edad y me fustigo por ello cada día. Pero es lo que nos ha tocado a ambas, y solo el que sepa observar con atención se dará cuenta de que su brillo es cegador, y no le importará si es de día o de noche para valorarlo.

Cuando me dispongo a hablar, me hace una señal para que lo deje hablar a él.

—¿Sabes lo que me dijo mi madre antes de morir, Mary? Fue la última vez que la vi con vida y no recuerdo por qué me lo dijo, pero sí que recuerdo sus palabras exactas como si fuera ayer.

—¿Qué te dijo? —pregunto sin poder aguantarme.

—Que el momento más oscuro del día es justo antes del amanecer. —Me coge la mano sin importarle en absoluto que mi madre esté delante y posa un beso sobre ella—. Siento no estar de acuerdo contigo, Mary. Taylor no es como el oro. En realidad, no sería capaz de compararla con ninguna joya conocida porque tu hija es mucho más que todo eso. Ella podría iluminar el mundo entero con una sola sonrisa, y eso vale mucho más que todo el oro que exista.

Mi madre sonríe con lágrimas en los ojos.

—Está bien, Raysu, te has ganado mi bendición. —Se levanta para marcharse—. Pero antes voy a decirte algo que no tiene nada que ver con el protocolo ni las buenas formas y que espero que no me tengas en cuenta el día de mañana: ¡cuida de mi hija o te cortaré los huevos!

¡La mato!

—¡¡¡Mamá!!! —exclamo atónita.

Menos mal que él se parte de la risa y ella se marcha sin añadir nada más.

Cuando nos quedamos los dos a solas por fin, respiro aliviada.

—Siento la charla que has tenido que aguantar. Mi madre está chapada a la antigua.

—¿Qué dices? Echaba de menos la calidez de una madre, y ver cómo te protege me ha hecho sentir reconfortado. Como en casa.

—¿En serio?

Asiente.

—¡Además, me lo he pasado en grande escuchando cómo tirabas al suelo la pintura de tu abuela y te escondías dejando el rastro de las huellas por toda la casa!

—¡Tenías que haber visto su cara cuando le juraba que no había sido yo! —Nos reímos—. Nunca he llevado bien las mentiras. Me pillaba con solo mirarme.

—Eso es bueno, *Cookie* —dice, haciendo énfasis en el apelativo cariñoso con el que me llamaba mi abuelo de bebé.

—¡No me llames así!

—Es que me hace mucha gracia. —Se parte de la risa.

—El que ríe el último ríe mejor. Cuando tu padre esté en casa, le pediré que me cuente historias tuyas de cuando eras pequeño y podré vengarme.

Él se pone serio de repente.

—No creo que te diga nada. Ha borrado cualquier recuerdo en el que estuviera mi madre, así que también ha borrado de su memoria toda mi infancia.

Lo miro apenada, pero me sonríe para no preocuparme.

—Lo siento, Raysu.

Se encoge de hombros.

—Cada uno lleva el duelo como puede. Creo que mi padre no lo superará nunca. Incluso creo que reza para morir pronto. No ha vuelto a ser el mismo. Es solo la sombra de lo que era. Pero no hablemos de eso, háblame de tu padre. Nunca hablas de él.

Miro hacia otra parte.

—No quiero hablar de él.

—Vale —musita confuso.

Lo he pillado desprevenido, porque él ni siquiera se imagina que mi padre no es lo que suponía: un buen padre.

—No. Sí que quiero hablarte de él, pero no ahora. Tengo que irme y no tengo tiempo. Es una historia demasiado turbia para contarla en cinco minutos —le explico.

—Pero no me dejes así. Me voy a ir preocupado. ¿Turbia en qué sentido?

—Turbia nivel pro. Turbia en plan maltratos, alcohol, robos, adicciones, mentiras… Mi madre está obsesionada con que yo no repita su trágica historia; a ella la cegaron el dinero y los bailes de gala.

—¡Joder, Taylor!

Me atrae hacia sí con todas sus fuerzas para abrazarme y me parece asombroso lo reconfortantes que me resultan sus brazos. No me siento avergonzada. Me siento bien. Me acurruco sobre su pecho y él me besa la coronilla. Después me aparto un poco para poder mirarlo.

—Cualquiera diría que hace unos días odiábamos los abrazos, ¿eh? —bromeo.

—Cualquiera diría que existías.

Me da un beso y nos fundimos uno en el otro sin que nos importe nada que no seamos nosotros.

# 35
# Allí me colé y en la fiesta me planté

> Los árboles gritan de dolor al morir, pero tú no puedes oírlos.
>
> SAN, protagonista de *La princesa Mononoke*

Por la noche, cuando Nyanta y yo estamos por fin acostados —estoy agotada porque me he pasado la tarde ejerciendo de celestina entre Lily y Susie—, suena el móvil.

El Gilipollas de Carter 🐶:

Hola, Moon. ¿Estás bien? Eres peor que Cenicienta, desapareces de la fiesta sin dar explicaciones y a mí que me jodan. Podías haberme avisado al menos de que te pirabas a Pittsburgh.

Hola, Ron. Perdona, pero pensaba que lo habrías dado por hecho cuando te dije que necesitaba aclararme y hablar con Raysu.

El Gilipollas de Carter 🐶:

No sé si preguntarte qué ha pasado.

Ron, yo… No voy a dejarlo. Lo quiero.

Tampoco daré clases a tu hermana. Espero que lo entiendas. Lo siento mucho.

La palabra «escribiendo» aparece varias veces bajo su nombre, después «grabando audio», pero no me llega ningún otro mensaje suyo.

Dudo por un momento si decirle algo más, pero creo que necesita tiempo para gestionarlo, y yo, para ser sincera, también lo necesito.

—Nunca tengas novia, Nyanta, todo esto de las relaciones es muy complicado y siempre sale alguien herido —le aconsejo a mi peluchito, que me mira con cara de puro amor.

Nos acurrucamos los dos y nos quedamos dormidos.

La última semana antes de las vacaciones de Navidad ha transcurrido demasiado rápido entre exámenes y trabajos de la uni. Me alegro de no haberme cruzado con Ron, porque no sé cómo habríamos reaccionado, ni él ni yo.

Raysu tampoco ha aparecido por la facultad en estos días porque ha estado todo el tiempo en el hospital con su padre, que por fin ha salido del coma. Aunque hemos hablado por wasap y Facetime cada noche, no lo he visto. Bueno, lo vi un día que vino a la facultad a recoger unos apuntes que tenía que darle un profesor. Se pasó por mi clase para plantarme un señor morreo bajo la atenta mirada de todos mis compañeros y después, tal como llegó, se fue, sonriendo victorioso. A Susie casi le dio un infarto aplaudiendo y yo me quedé roja como un tomate para el resto de la mañana.

Así que ahora me encuentro en mi habitación preparándome para la gran fiesta de esta noche, a la que Susie y Lily me obligan a asistir con la vil excusa de que será nuestra despedida por las vacaciones. Una chorrada enorme, porque Susie va a estar también en Hazelwood, pero bueno.

Cogemos un taxi las tres que nos deja cerca del barrio italiano. Los encargados de organizar la fiesta han reservado un local solo para nosotros; es decir, solo para los estudiantes de Computación más todo el que se quiera apuntar y pague la entrada.

Entramos, dejamos los abrigos en el guardarropa y vamos directas a la barra. Yo me he puesto un vestido negro ultraajustado de tirantes que me ha prestado Lily y que me queda demasiado corto porque ella es más bajita que yo. Y Susie me ha dejado unos zapatos de tacón de aguja fucsias con un minibolso a juego. Se lo han pasado en grande las dos rizándome el pelo como si fuera una Barbie, pero todo se ha quedado en sutiles ondas que me quedan preciosas. También me han maquillado como si fuera a una boda y me han hecho la manicura. Total, que no me reconocería ni mi madre si me cruzara esta noche con ella. Susie lleva un vestido de lentejuelas verdes y Lily va de gótica siniestra, como un cuervo: *leggins* negros y túnica negra.

Después de unas rondas de chupitos de tequila, nos vamos a la pista. Susie y yo, a bailar, y Lily, a criticar a la juventud. Hay tanta gente en la discoteca que unas chicas están tan pegadas a nosotras que parece que vamos todas juntas.

El alcohol se me está subiendo demasiado a la cabeza. Casi veo borroso, pero no puedo parar de bailar. Hacía mucho que no salía, así que voy a pasármelo bien por todo el tiempo perdido.

Susie me pide el móvil para mandar un wasap a mi madre y decirle que sí va a venir a cenar a

casa en Nochebuena. No entiendo la urgencia, pero ahora mismo la vida es maravillosa y paso de todo. Se lo doy y se pone a mandar varios mensajes. Veo que se ríe, pero también me da igual.

Pasa otro rato y bebemos más alcohol.

—Tay, no *lelas* —me dice Susie sin parar de bailar.

Si mi amiga parece una madre borracha en una berbena de pueblo, no me quiero ni imaginar la pinta que debo tener yo.

—¿Qué?

—Que no *yeyas*.

La miro arrugando la nariz.

—¡Vale!

—¡De *cuta ladre*, tía!

Y brindamos, descojonándonos de la risa las tres.

Al cabo de un rato suena mi móvil, lo miro para ver quién es y pongo los ojos en blanco al comprobar que en la pantalla pone «el Gilipollas de Carter». Me dispongo a volverlo a guardar en el bolso, pero Susie me lo quita de las manos y contesta:

—¡Hola, rubio!

Mi cara de «voy a matarte con mucho sufrimiento» debe de ser un poema.

—¡*Estera!* ¡*Espela* un momento! —Nos hace una señal con la mano para que nos acerquemos, y es entonces cuando trato de arrebatarle el teléfono, pero debo de ir demasiado borracha, porque no lo consigo y pone el altavoz para que Lily y yo lo escuchemos—. Repítelo, que no te he oído bien.

—¿Dónde cojones estás?

—En la fiesta de la uni, muñeco —le dice Susie mientras se descojona junto a Lily.

Yo me pongo la mano sobre la frente y niego con la cabeza.

—¿Te estás riendo de mí, Taylor? ¡Porque no tiene ni puta gracia!

—¡Nooo! —grito yo.

—¿Por qué cojones me llamas? Creí que me habías dejado bien claro que no querías volver a verme.

—¿Cómo no voy a querer volver a verte, chico, si eres un *progidio* de la *natuleraza*? —exclama Susie.

—¿Qué?

—Da igual. Solo quiero que vengas, Carter —le suelta.

—¡Me estás vacilando!

—¡Nooo! —grito yo—. Digo que ¡sí te está vacilando! ¡No vengas!

—¿Con quién estás? ¿Quién grita por ahí?

—Una *zumdada bocharra*, *boch*… *boacharr*.

—¿Estás borracha?

—Tengo que colgar.

—¡Ni de coña me cuel…!

—Un beso en tu culo prieto, Carter —canturrea interrumpiéndolo y partiéndose de la risa.

Cuelga. Me devuelve el móvil y yo me quedo petrificada observando el teléfono como si fuese algo maldito.

—¡Eres idiota, Susie! —grito sin poder parar de reír.

—¡Vaya novedad! —contesta.

Nos partimos de la risa y seguimos bailando, como si mi mente hubiese borrado al instante lo que acaba de pasar porque eso implicaría enfadarme con mi amiga y joderme la fiesta. Y de todos es sabido que una fiesta no se jode nunca, pase lo que pase.

Seguimos bailando y bebiendo. Creo que tengo el nivel de alcohol en sangre adecuado para que mi cuerpo mantenga solo las acciones estrictamente vitales y baile. Las demás funciones se han desconectado. Lo sé porque el dolor que me oprime el pecho cada día por la situación de mis padres ha desaparecido, no hay ni rastro del cabreo que tengo con mi amiga y la culpabilidad que me corroe por haberle dado falsas esperanzas a Ron también. Además, no veo nada, solo un borrón delante de mí, supongo que será el mogollón de gente que había en la fiesta. Tengo fichada a Susie porque es algo verde brillante que está siempre a mi lado; lo demás, ni idea.

No puedo dejar de reírme y me está empezando a doler la boca. Me sujeto la mandíbula para intentar parar un rato, pero no hay manera, la carcajada se escapa.

—¿Qué haces? —pregunta Susie.

—*Sutejarme* la boca para no reírme más —le explico.

Escucho sus risas y vuelvo a reír de nuevo. Joder.

—¡Para ya, Susie, que así no me ayudas! —me quejo.

—Si no estoy haciendo nada, ni siquiera me estás mirando.

—Me duele la boca de reírme, joder. Mira a ver si se me ha des… desgen… *dekencapado* la mandíbula —le pido.

—¡Se te ha *desencapalo* el cerebro!

Otra vez a partirnos el culo.

—¡Chicas, os quiero!

La cercana voz de Lily consigue que nos abracemos y nos tambaleemos las tres. Como el vaivén de las olas en medio de un maremoto.

Levanto la copa para brindar, no sé si acierto o no a chocar con las de ellas, pero con algo ha chocado, bien podría ser la espalda de alguien, y vuelvo a partirme de la risa. Por Dios.

—Vaya pedo llevas, Taylor —se desternilla Lily—, esta noche me quedo yo al gato, a ver si lo vas a confundir con la almohada.

—¡O con Raysu y le da un morreo! —añade la otra anormal.

No me da tiempo a contestar porque algo grande me arrebata el vaso de la mano. Me quedo mirando mi mano vacía con los ojos muy abiertos como si hubiese sido magia, o el mismísimo Dios, que ha bajado a quitarme el vaso.

—¿Y mi vaso? —le pregunto a la mano.

Entonces aparece algo en el lugar donde estaba el cubata y bebo tan tranquila, pero enseguida lo escupo.

—¡¡¡Es agua!!! ¡¡¡Qué asco!!! —grito horrorizada como si fuera veneno.

—¿Qué asco? ¡Vaya castaña te has pillado, joder!

Me quedo en *shock*. Esa voz es…

—¡¡¡El gilipollas de Carter!!! —murmuro al verlo mientras me tambaleo.

Bueno, creía que murmuraba, pero por lo visto lo he debido de decir en alto.

—¿Encima de que me atravieso la ciudad para venir a buscarte me llamas gilipollas? —protesta.

Agudizo la vista para tratar de enfocarlo. Esos ojos no merecen pasar desapercibidos.

—¡Uh! ¡Ahí están! —exclamo emocionada.

—¿Quiénes?

—¡Tus ojos! ¡Los he visto! ¿Cómo no verlos, con ese verde tan bonito? —Se me escapa un hipo y me río.

—Taylor, no puedes seguir bebiendo, te vas a coger un coma etílico. ¿Es que no sabéis parar? —le reprocha a Susie.

—¡A mí que me *regisquen*! —grita ella.

—Me cago en mi vida. Vamos fuera para que os dé un poco el aire.

—¡Ni de coña! —protestamos las tres.

Veo que se pasa la mano por el pelo y escucho cómo varias chicas se le acercan para intentar ligar con él, pero pasa de todas.

—Ron, ¿estás enfadado conmigo?

Ahora que no veo muy bien su cara, me atrevo a afrontar su mirada de decepción.

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¡Me dijiste en Nueva York que ibas a decirle a tu novio que lo dejabas por mí y desapareciste! ¿Cómo cojones quieres que me siente eso? —grita por encima de la música.

—¡¡¿¿Que te dijo qué??!!

Oh. Oh. Esa voz a mi espalda la reconozco al instante. ¡Raysu!

—¿Y a ti qué hostias te importa? ¡No estoy hablando contigo! —ruge Ron.

Mierda.

Se va a liar.

De pronto, las chicas que tenemos al lado comienzan a chillar como locas, moviendo las manos como si estuvieran poseídas. Me giro para comprobar de qué se trata y lo veo. Claramente. Como si el cabronazo de mi cerebro me hubiese dotado de visión nítida durante un instante.

Pongo una mano sobre mi pecho para conseguir que el corazón no se salga de su sitio. Resplandece entre la gente. Brilla con luz propia. Es brutal lo que me hace sentir. Es muy injusto que sea tan guapo. Lleva unos pantalones de pinzas oscuros que se le pegan demasiado para mi gusto, pues odio que estas tías de mi lado estén mirando su culo, ¡porque ese culo es solo mío! Se ha puesto una camisa azul y lleva el pelo como siempre, a lo loco. Por un momento se me pasa un fogonazo de cuando lo tengo encima haciéndome el amor con el pelo alborotado y casi tengo un orgasmo aquí mismo.

En cuanto sus increíbles ojos azules se encuentran con los míos, sus labios se tornan en una línea recta y sus cejas se fruncen. Voy a comérmelo enterito. No va a quedar nada de él. Le sonrío nerviosa, pero él parece enfadado. Entonces, justo cuando voy a acercarme para lanzarme a sus brazos, la chica que tengo junto a mí me empuja y es ella quien se abalanza sobre sus labios.

Pero, un momento, todo esto no puede estar sucediendo así. Seguro que mi mente se lo está imaginando. ¡¿En qué puto momento se me ocurrió emborracharme?!

—¡Vaya giro de los acontecimientos! —comenta Ron—. Tu novio liándose con otra tía

delante de tus narices. ¿Y por este imbécil me has rechazado?

—¡Eh! ¡¿Pero qué hace esa zorra?! —grita Susie envalentonada al ver la escena.

—¿A quién llamas zorra? —dice una de las amigas de la susodicha, tratando de defenderla.

—¡A la zorra de tu amiga! ¡Y a ti también!

—¡Zorra serás tú!

No lo veo venir. Un puño acaba contra mi cara. Todo arde. Todo se vuelve negro. Solo siento empujones, gritos y golpes por todas partes, mientras que a mí lo único que me preocupa es que no me viertan la copa, que cuesta diez pavos. ¿O era agua lo que tenía? Hasta que termino cayéndome al suelo. Definitivamente, voy a morir pisoteada, porque si ya me estaba costando la vida mantenerme en pie, imagínate levantarme de aquí.

Pero, de pronto, siento cómo me elevo entre la multitud. ¿Me habré muerto? ¡Claro! Me he muerto y ahora floto sobre la gente que ni se ha enterado de que están pisoteando mi cuerpo.

—¡Taylor! —Oigo una voz a lo lejos.

—¿Raysu? —murmuro aturdida al sentir unas palmaditas en mis mejillas. No soy capaz de abrir los ojos. Me pesan demasiado. Necesito dormir.

—Joder, Taylor, ¡dime algo! —Ahora lo oigo más cerca.

Abro los ojos como puedo y veo su rostro junto al mío, pero muy borroso, no consigo que se quede quieto.

—¿Eres tú? —Levanto la mano para intentar tocar su cara y él me la coge para posarla sobre su piel, porque parecía que yo iba a romper una piñata; estaba bastante desencaminada de su rostro—. ¡Eres tan guapo que hay veces que me da corte mirarte! —Bueno, eso es lo que trato de decir, porque en realidad suena como: *¡Eles tan vapo que hay lces que mda tort miparle!*

—Madre mía, vaya castaña que llevas, joder —gruñe—. ¡Tú! ¿No te había dicho que la cuidaras un rato porque iba a llegar más tarde! ¿Qué cojones entiendes por «cuidar»?

—¡A mí que me *regisquen*! —Oigo a Susie partiéndose de risa.

—¡Venga, vamos! —Me coge en brazos.

—¿Adentro? ¿A la fiesta? —me emociono.

—Sí, fiesta por mis cojones. Estás tú para ir adentro. Voy a llevarte a la residencia —se queja.

—*Guafistas* —refunfuño.

Llevo un rato dormida. Un rato o una vida entera, porque no sé ni qué hora es. Levanto la cabeza y me topo con cuatro ojos mirándome: los de Nyanta y los de Raysu, que está sentado en mi silla y tiene el gato cogido sobre su regazo mientras ronronea tan tranquilo.

Frunzo el ceño enseguida porque un fuerte estruendo me atraviesa el cerebro y veo las estrellas.

—¡Oh! ¡Cómo duele! —Me agarro la cabeza.

—Te lo mereces. Me has jodido la noche.

—¡¿Perdona?! Te ha metido la lengua hasta la campanilla una tía delante de mis narices y me ha pasado por encima una manada de rinocerontes. ¿En qué parte de la historia tengo yo la culpa? —Lo miro alucinando—. ¿Y cómo has conseguido entrar en la residencia? ¡¿Y qué haces con Nyanta?!

—Vaya, parece que de repente puedes hablar. —Su tono es de cabreo total.

Lo miro mejor y descubro que tiene el pelo alborotado y varias heridas en la cara, además de la camisa rota y los pantalones sucios.

—¿Qué te ha pasado?

—Una pequeña trifulca con tu querido Ron. Me dijo que el sábado viniste a dejarme, pero que al final te quedaste conmigo por pena.

—¿Qué? —Me intento levantar de la cama, pero me duele tanto la cabeza que no puedo hacerlo.

—Me ha dicho que estuvisteis juntos en el hotel de Nueva York, Taylor.

Cierro los ojos con fuerza.

—¡No estuvimos juntos! Él estaba con su hermana. Solo estuvimos hablando.

—¿Y por qué me ocultaste que estabais en el mismo hotel?

Lo miro. No puedo mentirle.

—Para que no te mosqueases, que es justo lo que estás haciendo ahora.

Él mira hacia otro lado. Después vuelve a posar sus ojos en mí, pero ya no es el mismo. Algo ha cambiado.

—Te pedí que decidieras si querías estar conmigo. Creo que tu cabeza te dice que sí porque soy un lugar seguro, menos arriesgado, pero que tu corazón quiere lo contrario. —Se le quiebra la voz.

—¡No!

Me levanto de la cama, aunque miles de alfileres me agujereen el cuerpo con saña. Levanta la mano para que no me acerque y se me parte el alma.

—Taylor, necesito tiempo.

—No, Raysu, yo te quiero. A ti. De verdad. Por favor. Tienes que creerme. No puedes creer lo que te diga un tío despechado. —Los ojos comienzan a arderme mientras se me llenan de lágrimas.

—¿Despechado?

—Sí. Le dejé claro que me quedaba contigo.

—Entonces ¿qué hacíais juntos esta noche en la fiesta?

—Él acababa de llegar…

—Taylor, no sigas mintiendo, por favor. Con cada palabra me destrozas un poco más y no puedo soportarlo —me pide con la voz rota.

Me mata verlo así y me mata no poder hacer nada.

Se levanta y Nyanta protesta cuando lo deja sobre la silla porque estaba muy a gusto con sus caricias. «Te entiendo», pienso.

—Raysu, ¿qué tengo que hacer para que me creas? —sollozo con el corazón en un puño.

—Comprueba tu móvil. Me importa una mierda si ibas borracha y no lo recuerdas. Yo no puedo estar con alguien que cada vez que bebe se olvida de lo que es la lealtad.

—¿Mi móvil?

—Así verás por qué no soy capaz de creerte.

Se dirige a la puerta, pero lo abrazo por la espalda con fuerza.

—Raysu, no me dejes. Te quiero. Por favor. No me dejes. Quédate y lo hablamos con tranquilidad —le suplico.

Se detiene un momento y una enorme sensación de esperanza me llena, pero enseguida suelta un suspiro y coge mis manos para quitárselas de encima. Se vuelve para mirarme. Está destrozado. Lo veo en sus ojos, que refulgen tratando de evitar que se le escapen las lágrimas.

—He esperado aquí solo para comprobar que estás bien. No tenemos nada de lo que hablar.

—¡No!

Sale como si nunca le hubiese importado. El sonido de la puerta al cerrarse, ni siquiera dando un portazo, se quedará para siempre grabado en mi memoria.

—¡No nos hagas esto, Raysu! —Me dejo caer sobre el suelo llorando con todas mis ganas. Siento que la vida se me escapa sin poder evitarlo.

Abatida, y después de llorar durante varias horas sin consuelo, decido coger el móvil para comprobar a qué se refería Raysu. Entonces lo veo:

¿Qué haces, Carter? ¿Sabes que llevo un vestidito muy corto, como esos que a ti te gustan? IMAGEN

El Gilipollas de Carter 🐽:

¿Estás loca? ¿A qué viene esto?

A que acad vez q t veo se me nubhla la ración. No te rindas, Ron. Luxa por mí.

El Gilipollas de Carter 🐽:

¿Estás borracha?

Estoy cachonda y solo tú me pones así. UBICACIÓN

¡¡¡Ahora mismo voy a ponerle las cosas bien claritas a Susie!!!

# 36
# Dulce Navidad

> De vez en cuando los humanos hacen cosas incoherentes.
>
> SHIZUKA, personaje de *Doraemon*

Hoy es el día de Navidad.

Llevo dos semanas metida en mi cuarto sin querer hablar con nadie. Mi madre me vio tan triste que hasta me dejó traerme a Nyanta a casa.

Cuando le conté a Susie la que se había liado con su maldita bromita de los mensajes a Ron, se arrepintió tanto que fue a casa de Raysu para intentar aclarar las cosas. La recibió y la escuchó, pero no sirvió de nada. Mi amiga me explicó que está más que convencido de que en realidad me gusta Ron y de que no va a interponerse entre nosotros.

Esta mañana decidí mandarle un mensaje felicitándolo, pero no he recibido respuesta por su parte, lo que me hace estar sumida en una tristeza de la que no soy capaz de salir. Me paso el día con la mirada perdida en el techo. Me alimento porque me obliga mi madre y respiro porque no soy capaz de dejar de hacerlo, aunque sin él no merezca la pena.

En cuanto Susie volvió de casa de Raysu, le dije que no quería que siguiéramos siendo amigas. Nuestra amistad es demasiado tóxica. Demasiado dependiente. Demasiado egoísta. No tenía derecho a meterse en mi vida, por mucho que a ella le cayese mejor Ron y por mucho alcohol que hubiese bebido. Todo tiene un límite. No me respetó. También me di cuenta de que últimamente nunca estaba para nada. Solo era yo la que arrimaba el hombro cuando ella estaba mal. Puede que hubiéramos sido las mejores amigas de pequeñas, pero ya no conectábamos. No se puede vivir de los recuerdos de una relación, hay que alimentarla cada día, porque, si no, se muere de hambre. Y eso era lo que nos había pasado a nosotras. Nos habíamos convertido en personas diferentes y puede que ya no encajásemos como cuando éramos pequeñas.

Hay que dejar salir a algunas personas de tu vida, sin guardarles rencor, para que puedan llegar otras nuevas. Cada persona aparece por un motivo y durante un tiempo. Unas permanecerán y otras no. Aunque te mueras de pena. Es tu evolución.

También culpo a Ron por meterse entre Raysu y yo. Él no ganaba nada con las mentiras que le contó. Pero, sobre todo, me odio a mí misma por no haberle parado los pies desde el principio

y haberme dejado llevar por mis ilusiones adolescentes y por esa tensión sexual que me invadía cuando se acercaba.

A decir verdad, ahora mismo odio a todo el mundo.

«Tay, vamos, tienes que salir de ahí. Esta noche viene tu padre y no querrás que te vea así para que se la líe a tu madre de nuevo», me advierte mi subconsciente.

Pero es que no me quedan fuerzas. Estoy vacía.

A pesar de estar dolida con ella, Susie ha pasado noches y días enteros metida conmigo en la cama sin pronunciar una sola palabra, incluso habiéndole pedido que me dejara en paz y que saliera de mi vida. Insiste en que no piensa dejarme sola, que va a luchar por recuperar nuestra amistad y que va a cambiar. Erre que erre. Vaya putas vacaciones.

—Taylor, estoy hasta los cojones de que estés aquí llorando por un tío que no te merece. Y no te merece porque ha creído las gilipolleces que le ha dicho cualquiera. Estoy hasta los cojones de que te culpes por todo lo que pasa en el mundo y estoy hasta los cojones de que venga tu puto padre cada año a jodernos a todos la noche de Navidad.

La miro extrañada al verla tan cabreada de repente. Ha mantenido un perfil muy bajo durante todo este tiempo.

—Susie, no hace falta que estés conmigo. Vete con tu madre y la mía, que seguro que os lo pasaréis bien. No tienes que hacer de carabina con mi padre —digo de mala gana.

—No pienso dejarte sola con ese hijo de perra. No es una opción.

—Haz lo que quieras. —Me encojo de hombros.

Todo me da igual.

Llega la noche y yo sigo metida en la cama cuando suenan unas llaves abriendo la puerta de entrada. Susie ha intentado por todos los medios que me levantara y me vistiera, pero es que no me apetece. Estoy harta de fingir. Y estoy harta de callarme. De poner sonrisas cuando mi corazón llora por dentro. Ya no aguanto más.

Mi padre irrumpe en mi cuarto sin siquiera llamar antes.

—¿Qué pasa? —pregunta cabreado.

A juzgar por sus ojos enrojecidos, ha bebido, aunque todavía no lo suficiente como para ser el mismo desgraciado de siempre.

—Hola, señor Smith —saluda Susie con desgana.

—¿Otro año más voy a tener que aguantar a esta imbécil? —protesta él.

Ella se encoge de hombros y se va a la cocina. Creo que ver a mi amiga agachando la cabeza al pasar por su lado con miedo es la gota que colma el vaso de mi límite. Nadie tiene que sentir miedo de otra persona, y mucho menos por protegerme a mí.

Me levanto de la cama de un salto.

—Las que tenemos que aguantarte somos nosotras a ti —le espeto sin pensarlo más.

Él se queda paralizado con los puños apretados.

Nyanta, que permanecía acostado a los pies de la cama, se eriza y bufa.

—¿De dónde ha salido este puto gato? ¿No os he dicho que no quiero animales en mi casa?

—Esta no es tu casa.

Clava los ojos en mí, ahora mucho más rojos, pero de ira.

—Ah, ¿no? ¿Es tuya acaso? ¿La pagas tú?

—La paga mamá.

Suelta una sonora carcajada.

—¿Tu madre? ¿Crees que con el sueldo de chacha de mierda que tiene puede mantener esta casa?

—Por lo menos cobra algo para que podamos vivir.

—¿Eso es lo que te ha contado? Lleva toda la vida metiendo mierda entre nosotros para que no me quede nada. Esa ha sido siempre su única intención, dejarme solo.

—¡Qué equivocado estás! Ella nunca me ha hablado mal de ti. Has sido tú mismo con tus propios actos el que ha conseguido que no te respete. Ella siempre ha ocultado tus malos tratos para que yo te siguiera queriendo. Pero llega un momento en el que los niños dejan de serlo y ven las cosas con sus propios ojos. Al igual que descubres que Santa Claus no existe, también descubres que tu padre no es un héroe, sino un maltratador alcohólico.

Cierra los ojos y se muerde el nudillo de la mano derecha con rabia. Tanta que se hace sangre. Cuando vuelve a abrirlos, ya no queda resquicio de mi padre, se ha convertido en un monstruo y ahora siento miedo.

—Te has propuesto joderme la única noche del año por la que tenía ilusión, ¿no?

—Yo no me he propuesto nada. Aquí estoy. Siguiendo la tradición.

—Esta no es la tradición. Estar metida en la cama con una persona vigilando que no te pase nada, con el móvil en la mano y el número de emergencias preparado no es lo que se considera una tradición entre padre e hija.

—Bueno, teniendo en cuenta que la última vez que nos vimos te abalanzaste sobre mí para agredirme…, no veo que sea exagerado que Susie se preocupe por mí. Por cierto, todavía estoy esperando a que me pidas perdón.

—¡No me hables así, Taylor! ¡Ya me estás tocando los cojones! Eres igualita que la puta de tu madre.

—¡No la insultes! ¡Y si no te gusta, lárgate! Estoy harta de fingir que quiero estar contigo. ¡Me repugna respirar el mismo aire que tú!

Entonces todo ocurre demasiado rápido. Solo veo que él levanta el puño, que Susie se mete en medio y le da a ella, que Nyanta se lanza contra su cara a arañarlo y que yo cojo lo primero que pillo para golpearlo, pero me detiene y me asesta una fuerte bofetada que me hace caer al suelo.

—Susie, llama a emergencias, yo lo entretengo, ¡corre! —chillo.

Mi amiga se escabulle reptando por el suelo. Veo que Nyanta está tirado sobre la alfombra, él se dispone a pisotearlo con rabia porque no ha podido evitar que mi amiga huya. Me lanzo a socorrerlo, poniéndome encima de su cuerpecito, y entonces la enorme patada que me pega en las costillas me hace perder el conocimiento.

—¡Y ahora voy a rematarte, zorra! ¡Tú te lo has buscado! —brama el enorme monstruo que tengo encima apuntando a mi cabeza con la suela de sus botas.

Lo último que recuerdo antes de cerrar los ojos es que pienso: «Por favor, que no le pase a Nyanta lo mismo que a Boby, esta vez no».

# 37
# De vuelta a la vida

Quiero sobrevivir… para volver a verla.
Como persona, soy realmente menos que la mierda.
Pero ella lo sabe, y, aun así, me sonríe amablemente.

YMIR, personaje de *Ataque de los titanes*

—¡Dios mío! ¡Ha abierto los ojos! ¡Ha abierto los ojos!

Lo veo todo borroso y, además, siento que me va a estallar la cabeza. Enseguida oigo muchos pitidos y gente hablando a mi alrededor, pero caigo de nuevo en el abismo.

Tengo nueve años. Estoy tumbada sobre la hierba, junto a mi perro, mirando el cielo. Distingo la figura de varios animales entre las nubes y se lo cuento a Max entre risas mientras señalo con el dedo cada animal para que él también pueda verlos. Sentir su amor incondicional me reconforta. Me siento en casa. Rodeada de felicidad.

—¡Tay! ¡Tay! ¡Ay, Dios! ¡Corre, Mary! ¡Creo que se ha movido!

Nada. No consigo abrir los ojos ni mover los labios. Vuelve el sueño.

Me encuentro en el cuarto de Raysu. Estoy sola. Él se ha enfadado porque cree que me gusta Ron. Quiero contarle que no. Bueno, que sí, pero que es solo eso, una simple atracción. Que de quien me he enamorado es de él. Pero tengo una cremallera que me cierra los labios y no me permite hablar. Además, él no aparece por más que lo busco.

—¡Ha abierto los ojos! ¡Estoy segura! ¡Doctor! ¡Acaba de abrir los ojos!

—Puede ser un acto reflejo, tranquila, señora.

—¡¿Cómo voy a estar tranquila?!

No puedo abrir los ojos. Me pesan demasiado. No tengo fuerza. Tampoco quiero escuchar cómo mi madre discute con el médico. Vuelve a llevarme el sueño.

Mi padre me acuna en sus brazos. Soy un bebé. Tararea mi canción favorita, una que me cantaba también mi madre. Se trata de una nana. Sonríe orgulloso al mirarme. Pero esa sonrisa pronto se convierte en algo amenazante y me deja caer al suelo, aunque nunca llego a darme un golpe. Solo caigo. Eternamente. Mientras él se ríe a carcajadas.

—Oye, princesa Tezuka, no me hagas esto. —Esa voz… ¡Es él!—. No puedes dejarme solo en este mundo de mierda en el que tú eres lo único que merece la pena. Sin ti, todo es un puto infierno.

Siento que me acaricia la mejilla con delicadeza con la yema de sus dedos. Trato de abrir los ojos para mirarlo, creo que estoy más consciente que nunca, pero no puedo, me resulta imposible.

—Hace mucho que dejé de rezar a Dios, concretamente desde que se llevó a mi madre. Pero llevo varios días rezándole para que no te vayas de mi lado. ¿Sabes?, tenía mucho miedo de convertirme en una persona que perdona cualquier cosa con tal de tener a la chica que ama a su lado, por eso me separé de ti. Y me odio por ello. Por ese tiempo perdido. Ahora mismo lo daría todo por perdonarte todas esas cosas. Y le he prometido a Dios que, si te salva, no habrá nada que hagas o digas que no te perdone. No te mueras, Taylor, por favor. No me dejes. Te necesito.

Me muevo un poco y se detiene.

—¿Taylor? ¿Estás ahí? ¿Puedes oírme?

Suenan varios pitidos.

—¡¡¡Doctor!!! —Su voz desgarrada atraviesa mis oídos.

Al poco rato suena la puerta.

—¿Qué pasa? ¿Se ha despertado? —pregunta una voz masculina que parece asustada.

—¡¡Ha sonreído, doctor!!

—Baje la voz, joven, son las tres de la madrugada.

—¡Pero ha sonreído, doctor!

—Puede que sea por todas las tonterías que le dice cada día —protesta él—. ¡No vuelva a llamarme para esto!

Oigo unos pasos que se alejan y la puerta cerrarse.

—No le hagas caso, Tay. Él también está deseando que te despiertes, aunque nos haya dicho a todos que no lo harás nunca y que serás un vegetal. —Se le quiebra la voz al decir «vegetal»—. Ya lo conocerás. Es un cascarrabias, pero te está cuidando muy bien —susurra, acariciándome el pelo.

Entonces consigo abrir los ojos. Y lo veo. ¡Oh, Dios mío! Vaya si lo veo.

—¡¡¡Taylor!!! ¡Dios mío! ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —Se lleva las manos a la cabeza.

Consigo sonreír y levantar una mano buscando su rostro. Él enseguida acerca su mejilla para que pueda tocarlo. Cubre mi mano entre las suyas. Veo que tiene los ojos anegados en lágrimas. Siento la garganta muy seca y no puedo mover la boca. Lo tengo todo entumecido. Me duele todo. Trato de hablar, pero no puedo. Me quema el cuerpo por dentro.

—No te preocupes, preciosa —susurra con una enorme sonrisa y los ojos enrojecidos—,

ahora no podrás hablar, pero muy pronto sí. Te lo prometo.

Raysu. Mi Raysu. Es tan guapo.

Los párpados me comienzan a pesar de nuevo. No quiero perderlo de vista, por si fuera un sueño y no esté cuando me vuelva a despertar.

—¡Taylor! ¡No te vuelvas a dormir! ¡Quédate conmigo! ¡Necesito pedirte perdón, por favor! —Veo el pánico reflejado en su mirada. Está aterrado. No quiero verlo así. Quiero darle un beso para que deje de temblar. ¿Qué pasa? ¿Me estoy muriendo? No puedo hacer nada. Se me caen los párpados—. Mierda… ¡Doctooor!

Me duermo de buen humor pensando en la bronca que le va a echar el médico cuando venga y me vea otra vez dormida. Y, bueno, me duermo feliz también por saber que Raysu estará ahí cuando despierte. Esperándome.

# 38
# Toda la verdad

> No puedes esperar que una historia de terror tenga un final feliz.
>
> EREN JAEGER,
> personaje de *Ataque de los Titanes*

Hoy es el gran día, el día en que por fin me dan el alta del hospital. Para los médicos, soy un prodigio de la naturaleza porque me he recuperado de todas las contusiones que tenía de manera casi milagrosa. Lo peor es la costilla rota que me queda, pero comparado con lo que me podría haber pasado, eso es pan comido.

En cuanto vi a Susie, lo primero que me contó fue que Raysu no se había separado de mí ni un solo minuto mientras estuve en coma. ¿Puedo estar más enamorada de él? ¡No!

Hace un par de días hablamos las dos largo y tendido sobre nosotras. Ella me comentó cosas que le habían molestado de mí que no debía perdonar solo por ser amigas. La amistad es una forma de amar y no tiene que ser posesiva ni tóxica. Así que nos prometimos ser más tolerantes, honestas y generosas la una con la otra. Ser sinceras. Iremos conociéndonos de nuevo y poniéndonos límites. Porque nos queremos demasiado y nos merecemos una amistad sana. Que sume. Nunca que reste ni duela.

En estos días también he conocido mucho más a Raysu. Me ha leído varios libros y ha bromeado con los finales felices que me encantan. Nos partíamos de risa cada vez que adivinaba lo que iba a pasar y fallaba. He descubierto muchas cosas de él que no sabía, como, por ejemplo, que le encanta dibujar y que odia que le digan lo que tiene que hacer. Cada día me enamoro un poco más de él.

Mi madre y Susie han sido las que me han ayudado hace un rato a lavarme el pelo, ducharme y pintarme un poco para no parecer una muerta viviente antes de dejar la habitación.

Son las seis y media y está anocheciendo. Mientras me acompañan hasta la salida del hospital me dicen que Raysu está estudiando y le ha resultado imposible venir a buscarme, pero en cuanto piso la calle, descubro un pedazo de Bugatti negro aparcado justo enfrente con los faros encendidos.

*OMG! #Loveisintheair*.

Casi me caigo de culo cuando lo veo apoyado en el coche con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, envuelto en ese aire despreocupado que lo caracteriza mientras unas cuantas enfermeras tontean con él. Por supuesto, él pasa de todas, como suele pasar del resto de seres humanos que habitan el planeta.

De pronto, como si hubiese sentido mi presencia, mira hacia la puerta del hospital y, al verme, una sonrisa radiante invade su rostro. Los ojos le brillan llenos de vida y los míos recobran la suya en cuanto se encuentran.

Solo unos metros nos separan, pero juro que se detiene el mundo para que él se aproxime a cámara lenta hacia mí. En serio, hasta escucho «Night Changes» de One Direction en mi mente.

Lleva unos pantalones vaqueros un poco ajustaditos. Camisa azul cielo. *Blazer* azul marino y zapatillas deportivas blancas. El pelo engominado hacia atrás es lo que más llama mi atención. Siempre lo he visto con el pelo revuelto a lo loco y ese peinado logra que se le vea todavía más el increíble azul de sus ojos, lo cual casi provoca que me ingresen de nuevo. Es imposible estar más guapo. Me acaba de robar el aliento. Sé que el corazón no me lo ha robado porque lo siento en mi pecho latiendo con fuerza.

—Bienvenida a la vida —susurra después de darme un casto beso en los labios delante de mi madre.

Mmm…, su perfume.

—¡Vaya! ¿Has quedado con alguien, chico guapo? —Le silbo al tenerlo delante.

Él me da un repaso descarado, pero rápido. Estamos a principios de marzo y hace mucho frío, pues es casi de noche. Susie me ha traído un vestido rosa muy mono y muy corto de punto, leotardos de color camel, unas deportivas porque no puedo llevar tacones y un abrigo de paño azul cielo. Estoy muy delgada, pero aun así él me devora con los ojos como si fuera la chica más guapa del mundo.

—He quedado con la mujer de mi vida. ¿La has visto?

Me río y le doy en el brazo. No se puede estar más pillada por alguien que yo ahora mismo. ¿Se notará mucho?

—Espero que no sea una de esas enfermeras cachondas que te estaban poniendo ojitos —susurro en broma para que no nos oiga mi madre.

—¿Enfermeras cachondas? —Finge mirar por todas partes para buscarlas—. Ni me he fijado.

Me ofrece la mano, se la cojo y les doy un beso de despedida a mi madre y a Susie, que me miran con pena. Raysu me ayuda a entrar en el coche. Luego se aleja para meter las maletas en el coche de Helen, que está esperando a mi madre y su hija a un lado de la calle. Observo sus movimientos gráciles y seguros. Se mueve como alguien firme. Alguien que me roba el aliento. Se despide de las tres con un fuerte abrazo y después vuelve.

—¿Estás lista para tu vuelta? —me pregunta antes de arrancar.

—No estoy segura.

—¿A qué te refieres?

—Me he perdido muchas cosas.

—Explícate.

—Ahora mismo, por ejemplo, me ha sorprendido verte abrazar a Helen, porque donde yo me quedé no os conocíais. Es como si se hubiese detenido el tiempo solo para mí.

—Hemos estado dos meses a tu lado compartiendo momentos muy duros, Tay, uno de ellos

sin saber si te despertarías o no y el otro, una vez despierta, sin saber si te quedaría alguna secuela grave. Eso une mucho. Créeme. Pero no te preocupes, cariño, poco a poco te adaptarás a todas las cosas nuevas. Que tampoco son muchas.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta?

—Miedo me das.

—Que me llames cariño.

Me sonríe entusiasmado.

—Pues a partir de ahora te lo diré cada día.

Quiero grabar en mi memoria para siempre este recuerdo. Su mirada. Esa que solo me dedica a mí.

—¿Preparada entonces?

Miro hacia delante con una enorme sonrisa en mi rostro. El horizonte se expande ante mí. La vida. Tomo aire y lo expulso.

—Preparada —exclamo.

—¡Esta es mi chica!

Arranca y nos vamos.

Los médicos me recomendaron salir del hospital de noche porque la luz del sol podría hacerme daño después de tanto tiempo sin salir a la calle. Pienso en lo increíble que me resulta cómo el cuerpo se adapta a las nuevas circunstancias y cómo le cuesta volver a retomar las anteriores.

Son las ocho menos veinte cuando Raysu aparca en la puerta de un edificio en el 526 de William Penn Place, en pleno centro de Pittsburgh. Me ayuda a bajar del coche cogiéndome de la cintura porque todavía no camino demasiado bien después de haber estado tanto tiempo tumbada.

—¿Dónde me has traído? —le pregunto.

—Ahora lo verás. No seas impaciente.

El portal está muy bien, todo de mármol, parece de gente pudiente. Subimos al quinto piso en el ascensor y le toco el pelo con cuidado.

—¿Y este peinado?

—¿Te gusta?

—Es… diferente… también. Todo ha cambiado —balbuceo.

Me observa con dulzura, a sabiendas de que temo que él también haya cambiado. Al fin y al cabo, en el hospital no hemos tenido tiempo para estar a solas.

—Tranquila. No te creas que este es mi nuevo *look*. Mi padre me convenció para peinarme así.

Sonrío aliviada, porque a mí me gusta el chico misterioso del que me enamoré.

—¿Tu padre?

—Me sugirió que fuera a buscarte más elegante de lo normal para sorprenderte. Pasaba de ponerme un traje, así que me convenció para que, al menos, me pusiera una chaqueta y me hiciera este estropicio en el pelo. —Señala con desgana.

—Pues te queda muy bien, estás guapo.

—Tú sí que estás guapa. —Me atrae hacia él por el culo, pero permanezco pensativa.

—¿Ya está recuperado del todo?

—¿Qué? —se sorprende.

—Tu padre.

—¡Ah! Sí. Ahora debe tomarse la vida con más calma, pero está muy bien. Ya puede hacer vida normal, pero evitando el estrés. O sea, que no sabe cómo hacerlo, pero ahí va.

Sonreímos.

—¿Y quién le has dicho que soy?

—¡Pues mi novia!

—¿Vuelvo a ser tu novia? ¿Lo has decidido por tu cuenta?

—Luego hablaremos de eso, Tay. Yo…

—Pues luego lo hablaremos entonces —lo interrumpo.

Desvía la mirada un poco nervioso.

—¿Qué sabe tu padre de lo que ocurrió? —quiero saber.

—Lo sabe todo.

—¿Todo?

Asiente, cogiéndome las manos para que me calme.

—Fue varias veces al hospital para asesorar a tu madre sobre la demanda y la orden de alejamiento. Está llevando vuestro caso porque Mary no puede permitirse un abogado en condiciones, y yo quiero que tengas al mejor —me explica.

—Raysu…

—Además —me interrumpe porque ya sabe lo que voy a decirle—, también quería saber quién era la chica por la que pasaba los días y las noches en el hospital. Ya eres como de la familia.

—¡Qué vergüenza! Nunca imaginé que lo conocería así.

—Bueno, los dos os conocisteis de la misma manera. Espero que alguna vez coincidáis estando conscientes —bromea.

Pongo los ojos en blanco y se ríe.

—No seas tonto.

Cuando se abren las puertas del ascensor, saca unas llaves que lleva en el bolsillo y me las enseña mientras levanta ambas cejas con una sonrisa malvada.

—¿Qué es esto? —indago nerviosa.

—Ahora lo verás —canturrea.

Abre una puerta y me deja pasar primero a mí, pero sin soltarme la mano por si me caigo. Lo primero que veo son miles de velas pequeñitas por el suelo dibujando un camino y luces led diminutas en cascada por paredes y ventanas. Me cubro la boca emocionada.

—¿Qué es todo esto, Raysu?

—Quería que recordases este momento como algo muy especial.

—Solo con que tú estés ya es especial.

Dios. Le doy un beso en los labios que consigue que casi nos caigamos al suelo, pero se sostiene contra la pared para evitarlo y nos reímos.

—Como me des otro beso así, no respondo de tu costilla —bromea.

Me coge la mano para conducirme hacia el salón, donde hay una mesa con dos velas más grandes y está todo dispuesto para una cena para dos personas. Un momento. Observo con atención las cosas que hay a mi alrededor.

—Pero… este sofá es el de mi casa —exclamo sin entender nada.

Entonces enciende la luz y abre los brazos.

—¡Tachán! ¡Estás en tu nueva casa!

—¿Qué? —No soy capaz de pensar tan rápido y comienzo a agobiarme.

Raysu, al verme, me coge enseguida de la mano para ayudarme a tomar asiento en una de las dos sillas que están junto a la mesa y después se sienta en frente sin soltarme.

—Tay, necesitabas un sitio cercano al hospital para tu rehabilitación. No podías venir cada día en el autobús desde Hazelwood. El padre de Ron tiene varios pisos en propiedad para alquilar y le ha dejado uno a tu madre. Aquí estaréis mucho mejor.

—Pero todo esto es demasiado, Raysu. Además, mi madre nunca permitiría la caridad de nadie.

—No seas tonta. No es caridad. Sabes que todos estos favores están cobrados con creces. Además, tú harías lo mismo por mí si pudieras, ¿no?

—¡Claro!

—Tu madre no puede asumir todos los gastos que se le van a venir encima ahora y tú no puedes trabajar con ella como has hecho otras veces para ayudarla. Y mucho me temo que ya no contaréis con la pensión de… ese malnacido. —Mira hacia otro lado para que no descubra en su rostro el odio que lo invade.

Lo miro muy seria.

—Raysu, necesito saber qué ocurrió. No lo recuerdo y sé que todos estáis evitando hablar sobre el tema. Dime la verdad de por qué estamos aquí.

—No es momento. Ahora no tienes que estar preocupada.

—Lo estaré más si me tratáis como a un bebé. No soy frágil, soy fuerte y quiero saber la verdad.

Me mira y resopla.

—Tu madre nos ha pedido que no te lo contemos, y yo también creo que es lo mejor. Al menos de momento.

—Te prometo que no diré nada. Raysu, por favor. Quiero saberlo. Tengo derecho —le pido.

Suelta un sonoro suspiro y duda por un momento, pero claudica. Será por aquello de que no me puede negar nada.

—Aquí estaréis a salvo. Hay seguridad privada en la urbanización y, además, tu padre tiene llaves del otro piso.

—¿Y qué más hay? Te conozco, vamos, suéltalo.

—Tu abuela paterna tuvo noticias de la paliza que te dio tu padre. Lo desheredó y te puso a ti como única heredera si sobrevivías y, si no, a tu madre.

—¡¡¿¿Qué??!! ¡¿A nosotras?! —me sorprendo—. Si hace años que no nos habla. No entiendo nada.

—No lo sé, Tay. Solo sé que tu padre cree que eliminándoos a las dos del mapa la herencia volverá a él. Por lo visto, se encuentra en paradero desconocido. La policía cree que ha huido a Australia. Es lo poco que me ha dejado saber mi padre.

—No puede ser…

Una lágrima recorre mi mejilla. No puedo entender que alguien sea tan malo y que no le quede ni un solo resquicio de amor hacia su mujer y su hija. A partir de ahora deberé aprender a

vivir con el miedo que acaba de instalarse en mi pecho.

—Taylor, es un adicto y un psicópata. Ya no es tu padre. El monstruo ha poseído al hombre —intenta consolarme, acariciándome el pelo y el rostro con dulzura.

Me limpio las lágrimas con la palma de la mano. No se las merece.

—He estado pensando en cómo consiguió Susie detenerlo y salir ilesa aquella noche. Es imposible que a la policía le diera tiempo a llegar antes de… —Me tiembla la voz y no soy capaz ni de decirlo en voz alta.

—No fue Susie.

—¿Qué?

—Fui yo —admite.

—¿Tú? ¿Y qué hacías tú en Hazelwood la noche de Navidad? —El cerebro se me cortocircuita.

—Cuando Susie vino a explicarme que había sido ella la que mandó los wasaps a Ron desde tu móvil la noche de la fiesta, nos intercambiamos los teléfonos. Le pedí que solo contactase conmigo si era algo de vida o muerte. Y aquel día me llamó. Me contó lo que pasaba con tu padre y que no se fiaba de él, así que me pidió que estuviera cerca por si acaso.

¡Oh, Susie! En ese caso, sí me vino bien que se metiera en mi vida.

—¿En serio? ¿Y fuiste? ¿Incluso estando enfadado conmigo? —me sorprendo.

—En realidad estaba deseando verte. Me hiciste pasar unas Navidades de mierda —admite.

—¡¡¿Yo?!!

—Ahora ya da igual. —Niega con la cabeza porque no quiere hablar del tema—. Lo que importa es que estaba en la puerta de tu casa cuando Susie salió a buscarme despavorida. —Cierra los ojos y aprieta los puños con fuerza sobre la mesa al recordarlo.

—¡Eh! Tranquilo.

Consigo que me mire de nuevo. Me levanto para sentarme sobre sus piernas y rodeo su cuello con mis brazos para calmarlo. Él apoya la frente contra la mía.

—Si hubiera tardado un segundo más en huir, lo habría matado —ruge lleno de ira.

—Fuiste tú. —Me separo de él para mirarlo.

—No sé si te salvé a ti o me enterré a mí.

—¿Qué?

—Tengo un problema de ira desde hace tiempo, Tay. Creía que lo tenía controlado, pero aquel día descubrí que no.

—¿A qué te refieres?

—Pues que hay veces que no puedo controlarlo y me transformo en una especie de Hulk en plan máquina de matar. No sé ni de dónde saco las fuerzas, pero ahí están.

Lo observo incrédula. Él me mira con intensidad. Seguro que se está haciendo mil preguntas, pero sobre todo una: si tengo miedo estando a su lado.

—¿Por eso me preguntó Walter si estaba bien al verte tan enfadado aquel día en tu casa? —indago.

—Seguramente. En la adolescencia hice cosas de las que no me siento orgulloso, odiaba al mundo, odiaba mi vida, mi padre estaba ausente y la violencia fue mi única válvula de escape. Se convirtió en una adicción sin darme cuenta. Después, gracias a la terapia, aprendí que las hostias no solucionan nada, por eso siempre trato de evitar el contacto con la gente, para impedir

posibles provocaciones. Me da miedo perder el control con cualquier cosa que ocurra y, sobre todo, me da pánico hacerte daño si eso pasa.

Desvía la mirada, parece avergonzado, y a mí se me parte el corazón. Cojo su rostro entre mis manos para obligarlo a que me mire.

—¡Eh! Raysu, escúchame. Si hay algo de lo que estoy segura, es de que tú eres una persona buena. Me siento protegida a tu lado. Lo último que tendría sería miedo de ti, porque te conozco y sé que nunca harías daño a nadie. Lo del otro día fue para defenderme. ¡Cualquiera en tu lugar habría hecho lo mismo! ¡No has hecho nada malo! ¿Me oyes? Todos tenemos un pasado y no tienes que avergonzarte, porque ya has cambiado.

—Taylor, cuando me lo encontré dándote patadas…, lo vi todo negro… ¡Quise descuartizarlo! Desde entonces no soy capaz de concentrarme, yo… —Se le quiebra la voz.

—Chisss… Vale. Ya es suficiente. Ven aquí. —Lo abrazo con fuerza y él a mí, hundiendo su rostro en mi cuello para llorar como un niño.

Raysu es una de las personas más fuertes que conozco, siempre ha sido mi bastión y verlo así me destroza.

—He tenido tanto miedo de perderte. Me culpaba todo el tiempo por no haber llegado antes. Por haberte dejado el día de la fiesta… Joder, Tay, perdóname por portarme como un cretino. Me puse tan celoso que no pude controlarlo. Fui un gilipollas. Yo…

—¡Raysu, basta ya! —lo interrumpo—. No podemos cambiar el pasado. Aquí solo hay un culpable y es ese bastardo, ¿me oyes? ¡Tú lo único que hiciste fue salvarme la vida! ¡Entérate de una vez!

—Cuando abriste los ojos… ¡Dios, Taylor, fue el mejor puto momento de toda mi vida! Fue como si de repente volviese a respirar después de haber estado años debajo del fango.

¡Qué bonito es! No logro evitar llorar de la emoción. Son demasiados sentimientos de golpe y demasiado intensos.

—Ya ha pasado todo. —Levanto la mano y acaricio su rostro. Ese rostro precioso del que estoy locamente enamorada.

—Ese es el problema, que no ha acabado todo.

Ninguno dice nada más. Solo nos abrazamos.

Permanecemos así durante minutos, quizá horas, no lo sé. Lo necesitábamos tanto. Raysu me ha salvado la vida y yo ahora debo armarme de valor para que no me consuma el miedo que siento porque mi padre esté buscándome a mí y a mi madre, o incluso a Raysu.

Después de serenarnos le doy un beso. Volver a sentir sus labios sobre los míos es la misma emoción que siento con el petricor. Lo juro. Es como regar un campo árido. Es volver a la vida.

Entonces me doy cuenta de que he convertido en un drama lo que pretendía ser una cena romántica y de celebración. Se lo he fastidiado todo y por eso necesito destensar el ambiente de alguna manera, pensar en otras cosas, o, mejor aún, simplemente no pensar. Solo quiero que estemos aquí juntos los dos. Él y yo. Y que todo lo demás desaparezca.

—¿No piensas enseñarme mi habitación? —le pregunto en un tono sensual.

Me sonríe con esa mueca suya que me vuelve loca. Esa que me demuestra que soy su debilidad y que se lanzaría a luchar contra un maldito dragón embravecido con tal de salvarme.

—¡Ni de coña! Estás convaleciente.

—¡Oh! ¡Vamos! Podemos hacerlo con cuidado.

—No me provoques, Tay. Siempre te sales con la tuya, pero en esto no pienso ceder.

—¿Seguro?

—Más que de cualquier otra cosa.

Me pongo en pie para sacarme el vestido por encima de la cabeza y lanzarlo al sofá. Él no logra mantener la vista en mis ojos, los suyos le traicionan y se desvían a mis pechos de manera automática, pues no llevo sujetador. En el momento en que lo veo tragar con disimulo sé que la victoria es mía.

Se levanta, tirando la silla al suelo y me lleva en volandas por el pasillo mientras nos besamos con locura.

Y así es cómo me enseña la habitación, de todas las maneras posibles, eso sí, teniendo muchísimo cuidado conmigo. Nos teníamos demasiadas ganas y se ha notado. Mucho. Los dos necesitábamos esta conexión. La costilla me ha dado bastante la lata, pero nos hemos adaptado y ha merecido la pena, por no decir que ha sido la hostia.

—Qué pena que la gomina no haya conseguido su propósito —ironizo agarrándole el pelo, pues lo tiene mucho más alborotado que de costumbre—. Parece que tienes un gato muerto en la cabeza.

Nos partimos de la risa durante un buen rato imaginando cosas a las que puede parecerse su pelo.

Luego cenamos las típicas comidas caseras que suele tener en su casa, por lo que deduzco enseguida quién ha llenado la nevera, aunque no tardamos en volver a la cama, pero esta vez solo para echarnos juntos.

Hoy ha sido una de las noches más bonitas de mi vida.

La recordaré siempre.

—Tay.

—¿Qué?

—He de confesarte algo.

—¿Qué? —pregunto intrigada.

—Ron también estuvo allí aquella noche.

—¿Ron?

—Si él no me hubiese sujetado, habría matado a tu padre.

# 39
# El cobertizo

Las heridas se curarán mientras sigamos con vida.

LENALEE, personaje de *D. Gray-man*

Ha pasado una semana desde que salí del hospital y me encuentro mucho mejor. Susie me pasa cada día los apuntes de clase y los profesores me harán online los exámenes que quedan de este semestre para que no pierda el curso; aunque lo veo complicado, no pienso rendirme.

Mi madre se ha pedido una excedencia para poder cuidarme, porque me paso las mañanas en rehabilitación y necesito que me acompañe.

No hay noticias del monstruo, pero, según la policía, teniendo en cuenta el tema de la herencia de mi abuela y la última frase que me dijo —«Voy a rematarte, zorra»—, hay muchas probabilidades de que busque terminar lo que empezó.

Dichas palabras las recitó Susie en su declaración a la policía, pues yo no recuerdo nada después del primer golpe. Por eso debo estar vigilada las veinticuatro horas. Sí, lo sé. Esto era justo lo que necesitaba mi madre para terminar de volverse loca. Ahora no me deja ni a sol ni a sombra.

Nyanta está en casa del abuelo de Raysu. Por lo visto, es feliz mirando los cisnes junto al estanque. Dice que sueña con comerse alguno, pero su peso no le permite cazar, así que sigue soñando. Me parto de la risa con los vídeos que me manda narrados por él como si le pusiera voz al gato. La verdad es que lo echo mucho de menos, pero no puedo cuidarlo estando así, y sé que en casa de Walter es muy feliz. Por lo visto, ese viejo gruñón le ha cogido cariño y están todo el día juntos. Raysu lo trae algunas veces a casa cuando viene a verme cada tarde.

Sí. Raysu viene a mi casa cada tarde después de estar en la uni toda la mañana. Me explica algunas cosas que no entiendo de los apuntes de Susie, que más bien parecen jeroglíficos, y a las ocho se marcha, pues mi madre no nos deja dormir juntos ni loca. Ya tuvo suficiente con consentirlo la noche de la cena, y eso fue porque la convenció Helen.

La verdad es que me vendría de lujo que se quedara a dormir, porque me despierto cada noche sudando y gritando por las pesadillas. Mi madre insiste en que desaparecerán con el tiempo, pero ella tampoco está mucho mejor que yo, así que nos apoyamos una a la otra como podemos y casi siempre dormimos juntas.

—¿Ves algo? ¡No hagas trampas! —dice Raysu.

—Que no veo nada, pesado.

Son las ocho de la tarde y nada más entrar en su casa me ha puesto un antifaz de peluche multicolor con unos enormes ojos de gatito bordados, que no tengo ni idea de dónde habrá sacado, para que no pueda ver nada. Me ha llevado cogida de la mano para indicarme el camino, y por el sonido de los grillos y el aroma a flores que me proporciona el viento, deduzco que estamos en el jardín trasero, calculo que cerca del estanque.

—¿Vas a enseñarme el cadáver de un cisne?

—¿Qué? —Se ríe.

—Si Nyanta ha conseguido matar un cisne, no quiero verlo, por muy orgullosos que estéis tú y tu abuelo —protesto.

Se le escapa una fuerte carcajada.

—Lo siento, pero vas a tener que verlo.

Me agarro el antifaz con fuerza para que no me lo quite, al tiempo que suelto un grito de terror.

—¡No! ¡Ni de coña!

Él se ríe más aún.

—Venga ya, Tay. Tienes un puto don especial para cargarte siempre mis sorpresas —se queja.

Por eso me quito el antifaz de golpe y… me llevo las manos a la boca al descubrir que en el pequeño muelle que hay junto al estanque ha dispuesto un mantel, una cestita de picnic, algunos cojines y velas.

Lo miro sorprendida. Él me devuelve una mirada repleta de cosas bonitas. Repleta de promesas y de esperanza. Esto tiene que ser amor.

—¿Y esto? —pregunto nerviosa.

—Te dije que desde la terraza se veían los mejores atardeceres del mundo, pero gracias a Nyanta he descubierto que estaba equivocado. Desde aquí son infinitamente mejores. He traído pan de queso y tarta de queso porque me dijiste que eran tus preferidos. Estoy seguro de que en tu otra vida fuiste un ratón.

Le sonrío y le doy un beso lleno de emoción.

—¡Raysu! ¡Gracias!

Me sonríe, pero con un ápice de tristeza reflejada en sus ojos.

—Quiero que recuerdes por qué estamos juntos.

—¡Qué tonto eres! Susie no deja de meterse conmigo justo por eso.

—¿Por qué?

—Porque dice que de repente se me pone una sonrisa de idiota en la cara sin venir a cuento y aparece tu nombre dibujado en mis ojos.

Sonríe con algo de timidez.

—Al final hasta me va a caer bien Susie.

—No te encariñes demasiado con ella —bromeo.

Tomo asiento sobre los cojines mientras él saca los platos, las servilletas, los vasos y todas las demás cosas que tenía preparadas en la cesta. ¡Es tan mono! No puedo evitar sonreír al verlo tan entusiasmado colocándolo todo con tanto mimo sobre el mantel para que quede perfecto.

Una vez que ha terminado, se sienta a mi lado, me pasa un vaso de plástico, coge el suyo, los llenamos de vino y brindamos.

—Por que todo vuelva a ser como antes —pido.

—Por que todo sea aún mejor.

Lo miro con pena. Me siento como si fuese una concha en la orilla de la playa a la que arrastran las olas hacia arriba y hacia abajo. No tiene opinión propia ni sabe dónde acabará, tan solo puede tratar de no ser arrollada por la vida mientras da vueltas eternas sobre sí misma preguntándose si volverá de nuevo al mar o esa será su orilla definitiva.

Mientras comemos me cuenta que su abuelo ha ido a casa de unos vecinos para echar su partida de cartas habitual. Así que tenemos la casa para nosotros durante unas horas.

—¡Ha sido la tarta de queso más rica que he comido en mi vida! —suspiro acariciando mi tripa llena.

—Eso lo dices para que te haga más.

—¿La has hecho tú? —le pregunto asombrada. No me lo imagino cocinando.

—¡Claro! ¿Por quién me tomas? Llevo toda la tarde preparándola.

—¡Oh! ¡Cásate conmigo! —exclamo.

De repente se queda muy serio y yo también. Lo he soltado sin pensarlo. Mierda… ¡Qué vergüenza!

—¡Era broma! —me excuso con las mejillas rojas.

—¡Joder, qué susto! —bromea, y nos reímos los dos.

—¡Eres idiota!

—¡Y tú demasiado guapa!

Nos besamos y después nos tendemos boca arriba para admirar la increíble puesta de sol entre los sauces llorones que nos rodean. Es realmente mágico contemplar cómo el cielo va cambiando de color, desde los ocres a los azules, pasando por los rosas y violetas hasta llegar al negro estrellado.

A cada segundo, ruego que se detenga el tiempo para poder quedarme aquí para siempre y que nada malo suceda jamás. Porque sé que, estando con Raysu, nada malo puede ocurrirme. Él es el tipo de persona que se encuentra una concha sucia y rota en la orilla del mar y la recoge para llevársela a casa como si fuera el mayor de sus tesoros. Solo Raysu es capaz de apreciar la grandeza de algo así. Pero no logro detener el tiempo y continúo rodando por la orilla.

—Esto es espectacular, Raysu —susurro una vez que ha anochecido.

—Nada comparado contigo.

Sonrío como una tonta y no puedo evitar sonrojarme de nuevo. ¿Alguna vez dejará de afectarme que me diga este tipo de cosas?

Estamos cogidos de la mano mirando al cielo.

—Me pasaría la vida contemplando este paisaje y no me cansaría nunca —susurro.

—Yo me pasaría la vida mirándote a ti.

Entonces giro la cabeza y me encuentro con sus ojos brillantes. No estaba mirando el cielo, me miraba a mí. Nadie me había mirado nunca como lo hace él. Me hace sentir tan viva y tan radiante que hasta podría volar si me lo propusiera.

—Esto parece una despedida. —Me atrevo a susurrar.

—De ninguna manera. Te prometo que algún día, cuando seamos viejecitos, seguiremos

viendo el atardecer desde aquí —asegura.

Le sonrío llena de amor.

—¿No crees que te estás poniendo demasiado profundo, Romeo? —lo provoco.

—¿Ah, sí? Creo recordar que has sido tú la que me ha pedido matrimonio hace un rato.

—¡Oh! ¡Eso es un golpe bajo! —Vuelvo a sentir cómo se enrojecen mis mejillas—. Ha sido solo por la emoción del momento. Soy muy de soltar frases hechas. ¡Yo nunca te pediría matrimonio!

—¿Por qué no?

Abro mucho los ojos. No puedo creer que estemos hablando de matrimonio.

—¡Porque no! —Me parto de la risa.

De repente se abalanza sobre mí y antes de darme cuenta está de pie, conmigo cogida en sus brazos al borde del muelle amenazándome con lanzarme al agua del estanque. Yo me abrazo a su cuello con todas mis fuerzas mientras grito despavorida y pataleo.

—¡Ni se te ocurra! —chillo.

—¡Retíralo! ¡Di ahora mismo que te casarás conmigo!

—¡¡¿¿Estás loco??!! ¡No pienso decir eso!

—¿Segura? El agua tiene que estar bastante fría.

Hace como si estuviera dispuesto a tirarme al agua en ese mismo instante, y yo me aprieto contra su cuerpo como si fuera un koala a punto de caerse de una rama.

—¡Dilo!

—¡Ni loca!

—¡Tú lo has querido!

Da un paso hacia delante sin pensárselo dos veces mientras yo no dejo de gritar como una energúmena y los dos caemos al estanque. Enseguida salgo a la superficie para respirar.

—¡No puedo creer que me hayas tirado! —chillo.

Salgo hacia la orilla a toda prisa como un gato mojado.

¡Estoy congelada!

Encima he tardado mucho tiempo en arreglarme el pelo y maquillarme para esta noche tan especial y ahora… ¡huelo a sardina!

Él, sin embargo, no para de reírse.

Me dirijo hacia el interior de la casa. Estoy enfadada; no puedo evitarlo. Pero me agarra de la muñeca para darme un tirón e impacto contra su pecho. Hago una mueca de dolor por la costilla, pero enseguida se me pasa.

—¿Estás bien? —pregunta preocupado al ver mi gesto.

—Estaría mejor si pudiera ahogarte en esa charca llena de mierda.

Lo miro a los ojos. Respira con dificultad.

—Perdona, Tay. Hacía siglos que no tenía ganas de hacer locuras y puede que me haya pasado —musita casi rozando mis labios.

—¿Y se te ocurren hoy todas? —reniego un poco menos enfadada; no puedo evitar perdonarlo al ver esa cara bonita.

—Cuando estoy contigo, me siento tan vivo que solo se me pasan por la cabeza este tipo de cosas.

Me río, porque la verdad es que me encanta que haga todo eso. A veces es como un niño y

me fascina ese lado suyo.

—Estás…

No me deja ni responder, porque me besa como nunca antes me había besado. Le rodeo el cuello con mis brazos y él me coge por la cintura. Llevo una mano a su pelo empapado y cojo un mechón entre mis dedos. Nos balanceamos al son de una melodía que solo nosotros escuchamos.

—No sé qué cojones me pasa cuando estoy contigo. —Muerde mi labio inferior. Después desliza sus labios por mi oreja y luego por mi garganta convirtiendo en fuego cada gota de mi sangre. Nuestras respiraciones comienzan a agitarse. Las yemas de sus dedos se clavan en mis muslos provocando que se me escape un gemido en su boca, lo que consigue excitarlo más todavía.

Sentir que alguien tan pasota, estirado y que siempre parece mirar por encima del hombro a todo ser viviente pierde los papeles por mi culpa es algo que me hace sentir poderosa.

Reclamamos la boca del otro sin piedad. Jadeamos al unísono.

—Creo que esta vez tampoco vamos a llegar a la cama —trato de decir contra su boca sin parar de besarlo.

Mira de reojo hacia la izquierda. Sigo su mirada con los ojos y descubro un cobertizo de madera.

—Podemos llegar ahí —gime.

Empuja con su cuerpo el mío y vamos hacia el cobertizo sin dejar de besarnos mientras nos quitamos la ropa el uno al otro.

En cuanto entramos a lo que parece ser una caseta para las herramientas de su abuelo, Raysu me coge por la parte trasera de los muslos para subirme a horcajadas sobre él y le rodeo la cintura con las piernas.

—Prométeme que nunca me olvidarás —me pide.

—¿Por qué voy a olvidarte?

—Prométemelo, Taylor.

—Jamás te olvidaré, Raysu. Te lo prometo.

Me observa con el brillo de sus increíbles ojos azules iluminando la estancia.

—Joder, te quiero.

Toma asiento en el suelo sin dejar de mirarme con hambre. Solo lleva unos bóxers negros. Mi cuerpo no aguanta la distancia que nos separa. Es como si el repentino aire que corre entre nosotros me congelase. Así que me apresuro a refugiarme en su regazo consiguiendo que caigamos al suelo.

Me acoge entre sus brazos y me devora la garganta. Suelto un gemido que lo enciende más. Se me pone la piel de gallina y se me eriza el vello de todo el cuerpo por el placer que me provocan sus caricias y sus besos.

Comienza a llover fuera y como está la puerta abierta vemos cómo caen las gotas.

—Aquí tienes tu petricor —susurra contra mi cuello.

Absorbo el olor llenando a tope mis pulmones. Cierro los ojos para degustarlo. Es delicioso.

—Ha pasado a ser mi segundo olor favorito.

Él levanta las cejas sorprendido.

—¿El segundo?

—El primero es tu perfume. El petricor me recuerda a una época en la que fui feliz, pero tu

olor me está regalando unos recuerdos maravillosos que siempre serán los mejores de mi vida.

Me sonríe con una expresión que me lo dice todo. Todo.

—Viviré para llenar esa memoria tuya de recuerdos increíbles, Tay.

—Lo sé.

—¿Cómo que lo sabes? —Me hace cosquillas—. Tendrás que decirme algo cursi tú también, ¿no, mujer de hielo?

—No soy de decir ese tipo de cosas, prefiero demostrarlas.

Así que me levanto la ropa para mostrarle la frase que me he tatuado esta tarde en la parte derecha de la cadera y que gracias a él he comprendido: «No eres de quien te hace arder. Eres de quien cuida la llama».

Me contempla aturdido mientras pasa el dedo con cuidado sobre las letras. No sabe si reír o llorar.

—¿Es de verdad? —pregunta.

—¡Claro! ¿Te gusta?

—Estoy… impresionado.

—Tú cuidas mi llama.

Clava sus ojos en los míos. Parece que algo lo mortifica, pero no tarda en apresar mis labios entre los suyos.

—Te amaré siempre, Tay, nunca lo olvides. Pase lo que pase, siempre cuidaré esa llama —susurra.

Y por alguna razón me lo creo.

Hacemos el amor. Esta vez es algo muy especial e íntimo. Sin dejar de mirarnos a los ojos. Los suyos brillan con una luz apacible. Cada vez me siento más cómoda con mi cuerpo. Conozco mejor sus gustos y los míos. El sexo entre nosotros es pura dinamita. Pero lo bonito es que, aunque cada vez sea diferente, siempre es especial. Siempre consigue que el suelo se tambalee bajo mis pies.

# 40
# El duelo a muerte

> El odio es el lugar donde se esconde uno cuando no se puede enfrentar a la tristeza.
>
> GODO, personaje de *Berserk*

Me dejo caer exhausta a su lado mientras permanecemos tendidos sobre el suelo boca arriba tratando de recobrar la respiración. Giro la cabeza para mirarlo y él hace lo mismo.

Le sonrío y él eleva la comisura de los labios.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Dispara —respondo.

Me topo con su sonrisa burlona.

—¿Qué demonios es esto?

Extiende la mano y me enseña un colgante mientras sus ojos se iluminan divertidos. Cojo el colgante enfadada.

—¿Por qué tienes mi colgante de Las Supernenas?

—¿Por qué tienes un colgante de brillantina rosa?

—¿Por qué cotilleas en mis cosas?

—¿Sabes que no tienes ocho años?

—¿Y tú sabes que eres idiota?

Estudia mi cara con detenimiento. Lo empujo para que no se atreva a reírse.

—En realidad, lo cogí para ponérmelo yo. —Observo cómo enrolla la cuerda del colgante alrededor de su muñeca.

Echo la cabeza hacia atrás y suelto una carcajada.

—Nunca dejas de sorprenderme.

—Ni tú a mí.

Me atrae hacia él para que me recueste sobre su pecho. Hay algo en todo esto que me mantiene alerta. Pueden ser tonterías mías, pero siento que Raysu se está despidiendo de mí.

—¿Te da miedo que esto termine alguna vez? —le pregunto, absorta en la lluvia que cae fuera.

—No.

—¿No? —insisto.

—Estoy seguro de que esto no puede acabar.

—No seas tonto, Raysu, podría acabar de mil formas.

—Dime alguna.

—Pues… no sé, mismamente que me muera.

Se mantiene en silencio, pero siento que se tensa bajo mi cuerpo.

Joder, soy idiota. «¿En serio no tenías un mejor ejemplo que la muerte, Taylor?», me recrimino.

—¡Lo siento! —me apresuro a disculparme.

—No te preocupes. —Me besa en la coronilla—. Si hay algo que he aprendido, es que no voy a plantearme semejante escenario porque entonces no podría vivir. Creo que es mejor disfrutar cada momento sin pensar en las miles de desgracias que podrían suceder. ¿No crees?

—Hay veces que me pregunto qué coño has visto en mí. Siempre estoy metiendo la pata —me quejo arrepentida.

Él se ríe.

—Yo también me lo pregunto. Creo que me hechizaste con algún tipo de magia negra —bromea, y le doy un puño flojo en el estómago.

—Magia negra te voy a dar yo a ti.

Suelta una carcajada.

Al cabo de un rato de caricias, cuando ha dejado de llover, decidimos entrar en casa y ducharnos en su cuarto de baño. Una vez secos, Raysu se pone solo unos pantalones azules de pijama. Maldigo esa piel dorada y ese torso definido que me dejan sin habla. A mí me presta la parte de arriba para dormir. Aspiro el olor de su perfume en la camiseta mientras me la pongo. Me siento en casa y eso me encanta.

De pronto, veo que se está atando una almohada a la espalda y otra al pecho con el cinturón del albornoz.

—¿Qué haces? —inquiero frunciendo el ceño.

—Preparándome para la batalla. Ahí tienes tu armadura. —Señala con la cabeza dos almohadas y otro cinturón sobre la cama.

Mi cara de *WTF?* debe de ser todo un poema, porque vuelve a tomar la palabra para explicarme con un rictus muy serio:

—No podemos estar prometidos oficialmente hasta que ganes mi mano en un duelo a muerte.

Pestañeo confusa, pues parece muy entregado a la causa.

—¿Qué tipo de droga tomas? —le pregunto.

—Taylorina. No la pruebes, porque produce dependencia y no es posible desengancharte.

Niego con la cabeza sin poder evitar sonrojarme y que se me escape una risilla nerviosa.

—¡Preparado! —exclama frotándose ambas manos y haciendo estiramientos bajo mi atenta mirada.

—¡Estarás de coña!

—No. ¿Vas a luchar así? Te vas a hacer daño.

—¿Qué? ¡No pienso luchar!

—¡Claro que vas a hacerlo! —Se detiene en seco—. ¡Oh! Perdona, creí que eras una tía valiente. Ni siquiera me había planteado que podía darte miedo.

Sé de sobra que lo ha dicho para provocarme. Pero el muy capullo me conoce demasiado bien y sabe que no puedo resistirme a los retos. Y menos a los suyos. Lo miro entornando los ojos. Nos desafiamos con las miradas. De repente comienza a silbar entonando la melodía de *La muerte tenía un precio* y suelto una carcajada.

—¡Vas a perder y lo sabes! —lo amenazo mientras me pongo las almohadas.

Él se ríe de medio lado henchido de orgullo por haberlo conseguido.

—No te daré mi mano tan fácilmente.

—¡Paso de tu mano! ¡Esto es por el honor de Warrior Tay! —exclamo poniendo una voz grave, como de hombre.

En cuanto me coloco las almohadas, me lanzo contra su cuerpo sin previo aviso con todas mis fuerzas y logro que se caiga de culo al suelo.

—¡Eh, tía! —protesta mientras me troncho de la risa—. ¡Eso es trampa! ¡No hemos puesto las reglas!

—¡En el amor y en la guerra todo vale! ¡No hay reglas!

Se incorpora sin dejar de mirarme.

—¿Así que quieres jugar sucio, Warrior Tay? ¡Pues prepárate entonces!

Se aproxima a mí con sigilo. Yo lo espero en guardia. Me vuelve loca esa mirada despierta de depredador con la que me observa ahora mismo. Cuando se acerca para cogerme, me agacho y lo empujo con la almohada de mi espalda, pero él es más rápido y me aprisiona entre sus brazos. Me coge por los aires y me lanza a la cama, donde me defiendo como un gato panza arriba mientras él trata de hacerme cosquillas. No puedo parar de reír y eso hace que tenga cada vez menos fuerza. Así que termino claudicando.

—¡Me rindo! ¡Para! —le suplico entre lágrimas de la risa.

—¿Eso es todo lo que vas a luchar? —se queja.

Entonces aprovecho su descuido para abalanzarme sobre él y tirarlo de la cama. Otro golpe que se da contra el suelo. Al oír el ruido del leñazo que se ha dado, me asomo para comprobar si está bien y el traidor me coge por el brazo y me tira sobre su cuerpo.

—¡En la batalla es donde se ve la verdadera personalidad de cada uno! —Respira agitado sin dejar de abrazarme para inmovilizarme.

—¡Suéltame! ¡Me rindo! —Trato de zafarme de sus garras mientras me parto de la risa.

—Ya no caeré más en tus trucos sucios. Hasta que no me pidas matrimonio no pienso soltarte.

—¡No pienso pedirte matrimonio ni aunque me mutiles! —grito.

—¿Estás segura?

Me carga en volandas sobre su hombro, me pone boca abajo sobre el colchón de la cama como si fuese una muñeca y me ata ambas manos con el cordón de la almohada de mi espalda. Después se coloca a horcajadas sobre mí, pero aguantando su peso con ambas piernas, solo me inmoviliza. Pataleo, vocifero y hago cuanto puedo, pero no puedo ni moverme. Estoy agotada.

Estaba más que claro que iba a perder la batalla. Solo he aguantado diez minutos aprisionada sin suplicar clemencia. Así que aquí me hallo, arrodillada ante Raysu en su habitación —por cierto, todavía llevamos las almohadas atadas al cuerpo— ofreciéndole lo primero que he encontrado a modo de anillo de compromiso: mi colgante de Las Supernenas.

—Gran señor Raysu…

—No es así, es: «¡Oh, gran señor Raysu!» —me anima entusiasmado.

Mi cara es de asesina a sueldo.

—Oh, gran señor Raysu…

—¡No! —Vuelve a interrumpirme, y yo a retener las ganas de estrangularlo—. No lo digas con tan pocas ganas. Dilo bien.

—¡Vete a la mierda!

—¿Ves? ¡Justo con ese tono! —Se parte de la risa, el muy cabrón.

Cierro los ojos y lo maldigo en todos los idiomas posibles. Los abro y al mirarlo me entra la risa a mí también. Es idiota.

—¡Oh, gran Raysu! ¿Podrías concederme el gran honor de casarte conmigo?

—No.

Me pongo en pie indignadísima.

—¡Venga ya! ¡No me jodas!

—No quiero que me lo pidas así.

—Dijo el chico que me acaba de obligar a declararme —bromeo.

—Cuando no tenga que obligarte, te diré que sí. Además, no pienso ponértelo tan fácil. Tendrás que pedírmelo con el anillo de *The Lord of the Rings: The War of the Rohirrim*. Todavía no se ha empezado a grabar, así que tienes tiempo.

Contengo el aliento al ver la expresión de su rostro. Va en serio. Sus ojos se clavan en los míos quemándome como un hierro al rojo vivo. Mi corazón palpita desbocado. No es que me haga ilusión todo esto de la boda, porque son chorradas, es el hecho de que quiera estar conmigo para siempre. Antes de que pueda reaccionar, me acerco y lo abrazo con fuerza. Lo pillo totalmente desprevenido, pero no tarda en rodearme entre sus brazos.

—Suena como un buen plan —le susurro al oído.

Él se separa de mí sin dar crédito. Elevo el rostro para mirarlo a los ojos.

—Dime lo que quieres de mí, Tay —gruñe sobre mis labios.

—Todo.

—Pues te lo daré, joder —exhala contra mi cuello antes de cogerme en brazos.

Entre besos y caricias, caemos en la cama. Siento que en sus brazos estoy a salvo, tanto que, cuando me dice que nada malo va a ocurrir, yo lo creo sin dudar.

# 41
# Malentendidos

¿Qué es ser fuerte?
Sospecho que ser fuerte no solo es una cuestión de poder.
También es fuerte la persona que encuentra un motivo por el que luchar, y se dedica en cuerpo y alma a conseguirlo.

SAKURA,
personaje de *Tsubasa Reservoir Chronicle*

Estoy tan tranquila en mi habitación estudiando cuando decido escribir a Ron. Lo he estado posponiendo desde que Raysu me contó que estuvo con él aquella fatídica noche. Estar al borde de la muerte te hace darte cuenta de muchas cosas.

Por lo visto, una vez que me llevaron al hospital entre los tres, Ron les pidió que no me contasen que había estado allí. No entiendo por qué. Lo único que sé es que Susie les llamó a ambos por si uno solo no era suficiente para detener a mi padre. Y como le prometí a Raysu no decir a nadie que me había contado lo ocurrido, pues no he podido comparar versiones con ella.

Aunque no te importe, ya estoy en casa.

El Gilipollas de Carter 🐶:

Ahí le has *dao*. No me importa.

¿Por qué me tratas así, Ron?

El Gilipollas de Carter 🐶:

¿Así cómo, exactamente? ¿Como si no existieras?

Bienvenida al club.

Sé lo que hiciste por mí. No hace falta que sigas disimulando.

El Gilipollas de Carter 🐶:

Tu novio es un puto bocas.

¿Por qué sabes que ha sido él?

El Gilipollas de Carter 🐶:

No hay que ser muy listo.

¿Y Susie?

El Gilipollas de Carter 🐶:

Confío en ella. Llámame loco.

Da igual, Ron. Solo quería darte las gracias. Sé que era una fecha importante para tu hermana, y te pasaste la noche con tu peor enemigo defendiéndome a mí.

El Gilipollas de Carter 🐶:

Ya ves. La vida no deja de regalarme momentazos. ¿Querías algo más?

Quiero pedirte perdón por haberte dado esperanzas.

El Gilipollas de Carter 🐽:

Perdonada.

Estoy a punto de terminar la conversación. Por mucho que insista no hay manera de que entre en razón, está en plan borde *destroyer* y no va a cambiar de postura. Y es normal que esté así, seguro que yo también estaría igual con alguien que jugara conmigo, que es lo que él cree que hice.

Ron, no quiero perderte como amigo.

El Gilipollas de Carter 🐽:

Tranquila. No vas a perderme. Porque nunca hemos sido amigos.

Vale. Me rindo. Ya veo que estás cerrado en banda. Al menos lo he intentado.

El Gilipollas de Carter 🐽:

¿Cerrado en banda? ¿Y qué pretendías que hiciera, Taylor? ¿Que te perdonara y ser amiguitos para siempre? ¿Para qué? ¿Para que tengas la conciencia limpia? Pues lo siento, pero la conciencia que se la lave cada uno. Eres la única tía con la que me he abierto porque creía que eras diferente, pero me he

dado cuenta de que eres como las demás, que solo ven en mí la pasta y el físico. Da igual, lo tengo superado. Podré vivir con ello. Pero no pretendas que sea tu amigo ni que te mire a la cara. Que sepas que fui a tu casa porque no sabía que estaría él allí. Aunque me vino de puta madre como excusa para pegarnos de hostias. Ten cuidado con ese novio tuyo porque se le va la pinza y no controla. No me gustaría que se pasara contigo.

Y te dejo un consejo a modo de despedida: espero que decidas largarte de aquí cuanto antes. No te quedes por nadie.

Y si alguna vez me has tenido algo de cariño, desaparece de mi puta vida.

Leo todo lo que me ha escrito un montón de veces. Estoy en *shock*. Lo que más me llama la atención es lo de «no te quedes por nadie». ¿Y adónde se supone que tengo que largarme? No voy a preguntarle nada porque seguro que ni me contesta. Ya me ha dejado claro que no volverá a hablarme y siento un vacío enorme al pensar en ello. Quizá mi postura sea la más cómoda y por eso lo veo desde otra perspectiva. Si hubiera sido yo la rechazada, puede que no lo viese tan bonito.

—¿Taylor?

La voz de Raysu me saca de mi ensimismamiento. Su tono denota que me ha llamado varias veces antes de esta.

—¡Estoy en la habitación! —respondo.

En cuanto entra y me mira a los ojos, ya sabe que algo no va bien. Hay veces que odio ser un folio en blanco para él. Se acerca con Nyanta en los brazos, que corre a acurrucarse en mi pecho ronroneando.

—¿Qué tal llevas la operación cisne, mi querida bolita? —indago entre risas—. ¡Qué malos son, que no se dejan comer!

Raysu se ríe y me da un beso en los labios antes de sentarse en la cama.

—¿Qué pasa? —pregunta algo preocupado.

Últimamente, aunque traten de disimularlo, todos parecen inquietos, y el hecho de que no me cuenten nada me altera más todavía.

—Nada —miento.

—Tay.

Suelto un bufido.

—Vale. He escrito a Ron.

Él abre mucho los ojos.

—¡¿Que has hecho qué?!

—Tenía que agradecerle que hubiera ido a casa aquella noche, Raysu.

Niega con la cabeza.

—¿Es que no te fías de lo que te he contado yo? ¿Necesitabas saber su versión? —asegura dolido.

—¡No! No ha sido por eso.

—Entonces ¿por qué?

—Te lo acabo de decir. Tiene una hermana pequeña y para él la noche de Navidad es sagrada, ya que sus padres nunca están en casa. Sin embargo, dejó a su hermana sola para ir a protegerme, sin saber lo que se iba a encontrar, así que lo mínimo que se merecía era un «gracias». ¿No crees?

—Vale. —Se encoge de hombros.

—¿Vale y ya? ¿No vas a decir nada más?

—¿Y qué quieres que diga?

—Pues, para empezar, por qué te parece mal.

—Pues, para empezar —me imita en el tono—, porque le di mi palabra a ese tonto pollas de que no te contaría que estuvo allí. Al final te lo dije porque pensaba que te mantendrías calladita. Y una vez más me equivoqué. No eres capaz de mantener la boca cerrada. Y para terminar, porque no entiendo el motivo de que quieras saber más cosas sobre lo ocurrido con tu padre esa noche. No entiendo esa necesidad de torturarte.

—Es que necesito respuestas. ¿Por qué no quiere decirme que estuvo allí? —insisto.

—Porque está dolido contigo, Taylor. Y jodido conmigo. Debemos de ser las dos personas que más odia ahora mismo. Cuando me vio en tu casa, casi nos liamos a hostias sin siquiera cruzar palabra. Pero Susie salió enseguida a buscarnos y no nos dio tiempo. Fue a hacerse el héroe contigo y le salió el tiro por la culata. Su acción no era desinteresada en absoluto —me explica.

—¿Y por qué os ayudó entonces a llevarme al hospital?

—¡Vaya! ¡Sí que habéis hablado! —se sorprende.

—Di.

—No lo sé, Tay. No estoy en la cabeza de ese tío. Puede que para limpiar su conciencia. Sería muy hijo de puta si se hubiera largado viéndote como estabas, ¿no crees? —Parece enojado—. Además, sé que ha estado preguntándole a Susie por ti todos los días. No voy a ocultártelo, porque no adelanto nada hablándote mal de él. Es un buen tío.

—También me ha dicho que os pegasteis porque no eras capaz de controlarte.

Él mira hacia otro lado y veo que se tensa.

—Eso también te lo dije yo. Si Ron no me hubiera parado, habría acabado con tu padre y

ahora mismo no estaríamos aquí. Puede que ninguno de los dos. —Resopla.

No pienso contarle que también me ha prevenido para que me ande con ojo con él, porque ya bastante se machaca él mismo con este tema como para echar más leña al fuego.

—Sigo sin comprender nada, Raysu.

—No hace falta que lo entiendas, Taylor. Ahora lo que tienes que hacer es descansar y recuperarte. Cuando estés bien, quedas con él, os tomáis un café y que te explique él mismo las mierdas que tiene dentro de esa puta cabeza para haber actuado como actuó.

—No creo que eso pase nunca.

—¿Por qué?

—Porque me ha pedido que salga de su vida.

—Eso es porque está enfadado, pero se le pasará. Yo preferiría tenerte de amiga a no tenerte.

—¡No te lo crees ni tú! —exclamo, y me sonríe.

—Tienes razón. No podría resistirme a besar estos labios carnosos. —Se acerca a mí para posar sus labios sobre los míos.

Es como si sus besos me tranquilizaran y me confirmaran que nada malo va a ocurrir.

Al cabo de un rato, que pasamos viendo una serie en Netflix mientras nos hacemos arrumacos y nos metemos mano, decido aclarar el último tema que no me deja estar en paz del todo.

—Raysu.

—Dime.

—¿Crees que tengo que marcharme a algún sitio?

En cuanto veo su expresión, sé que la he cagado. Se ha puesto muy rígido y se incorpora de la cama demasiado rápido para poder mirarme. Parece que lo hace con miedo.

—Voy a matar a ese anormal —gruñe.

—¿Qué pasa?

—Como yo te he contado lo suyo, él se ha encargado de meterte mierda contra mí, ¿verdad? Seguro que se lo ha sacado a su padre, que es otro bocas —protesta.

—Solo me ha dicho que me largue cuanto antes y que no me quede por ti —le explico.

—Taylor… —Su mirada refleja el terror que siente ahora mismo.

—Me estás asustando.

—Han estado investigando a tu padre y, tirando del hilo, se está destapando mucha basura. Basura muy gorda. Mi padre y la policía creen conveniente que te escondas en alguna parte.

—¿Que me esconda?

—Sí. Tu madre y tú deberíais huir a otro país.

Mi cerebro no asimila todo esto. Cree que debo de estar soñando. Pero una pesadilla de las gore.

# 42
# Catarsis

> El dolor desaparece con el tiempo. Pero no deseo ser curado por el tiempo, porque cuando huyes del dolor, con el anhelo de olvidar, lo único que logras es quedarte atascado. Te vuelves incapaz de seguir adelante. Y duele más.
>
> CIEL PHANTOMHIVE,
> protagonista de *Kuroshitsuji*

*Dos meses después*

—A ver, Taylor, llevas casi dos meses viniendo a terapia y todavía no encuentro una justificación lógica para que no salieras ayer.

—No me gusta salir.

—Era el día de tu cumpleaños.

Tania es mi psicóloga. Es morena y algo más bajita que yo. Hace cuarenta años que nació en México. Estudió la carrera en Nueva York y hace unos diez años que abrió su consulta aquí, en Pittsburgh. Siempre lleva trajes de chaqueta muy caros y unas gafas de pasta moradas que resaltan sus enormes ojos oscuros.

—No tenía ganas. —Me encojo de hombros con desgana.

Se baja un poco las gafas para examinarme con detenimiento por encima de ellas. Se encuentra sentada frente a mí en un sillón de cuero negro, igual de caro que el resto de muebles de su consulta. Todavía me sorprende que me cobre una tarifa tan barata, aunque sospecho que el padre de mi ex tiene bastante que ver.

—Acabas de cumplir diecinueve, Taylor.

—Gracias por recordármelo —ironizo.

—Me refiero a que ya es hora de que vuelvas a salir y a reírte. Perder dos meses que deberían haber sido de los mejores de tu vida ya es más que suficiente penitencia, ¿no crees?

—Paso de volver a explicártelo.

—Ni siquiera te planteo que montes una fiesta ni que conozcas a otros chicos, pero por lo

menos sal y despéjate un poco. No es sano estar encerrada en casa todo el día.

—Tania, ya hemos discutido sobre esto demasiadas veces. No me apetece hablar siempre de lo mismo.

Suspira. Parece agotada y algo ofendida. Yo también estoy agotada, no me gusta venir.

—Mira, querida, has desarrollado una fobia social. Esa fobia está provocada por un suceso traumático mal gestionado, es decir, lo de tu padre. Además, se ha multiplicado por mil debido al dolor que te causó tu novio al dejarte. Pero para eso estás aquí, para superarlo. Para cerrar de una vez por todas esa etapa.

—Ya. —Bostezo hastiada.

Se pone nerviosa. O cabreada, más bien.

—Si no sales, no te expones, y si no te expones, no te curas. Aunque te resulte complicado entenderlo, a pesar de habértelo repetido muchas veces, debes obligarte a hacerlo. La pena es que no pueda ir a tu casa para sacarte de allí. Lo tienes que hacer tú misma. Llevas prácticamente dos meses viniendo aquí cada día; es tiempo más que suficiente para haberlo intentado al menos.

Pongo los ojos en blanco y resoplo.

Últimamente me encuentro perdida. Todo se escapa a mi control y eso dispara mi ansiedad a niveles estratosféricos.

—Taylor, ¿vas a decir algo?

—¿Y qué quieres que diga?

—¿Cómo te sientes?

—No soporto el mundo real.

—Vale. ¿Por qué?

—Porque si ya me resultaba difícil aguantarlo antes, imagínate ahora —respondo.

A ella parece sorprenderle algo.

—Define «antes» y «ahora», por favor. —Arquea las cejas.

—Antes de lo que pasó con mi padre, el mundo para mí era complicado porque todos me consideraban rara. Me sentía sola, aunque estuviese rodeada de gente. Incomprendida.

—Y lo supiste abordar tú sola y sin ayuda durante muchos años. Eso es ser muy valiente —me anima.

—Bueno, llámalo equis.

—No, Taylor, te lo digo como profesional. Los niños que se sienten así, que no encuentran apoyo ni en su familia, ni en sus amigos, ni en ninguna otra parte, se refugian en una coraza que se crean ellos mismos para que no les hagan daño. La coraza tiene múltiples formas. Y eso fue lo que tú hiciste. Fue tu manera de protegerte. Creaste una figura ficticia que suplantaba a tus padres. Una figura demasiado crítica consigo misma, por eso tienes tan baja la autoestima. Pero ya no necesitas esa figura que te maltrata. Debes agradecerle su ayuda en el pasado y dejarla ir, eso ya lo trabajaremos. A lo que me refiero es a que nunca perdiste tu identidad, a pesar de ser el foco de las críticas, tuyas y de tus iguales. Y eso es ser muy valiente. No te quites méritos.

Ambas nos miramos. Trato de no emocionarme al recordar la cantidad de veces que se han metido conmigo por ser demasiado infantil y la cantidad de veces que mi voz interior me ha machacado por no ser capaz de hacer amigos.

—Continúa, por favor —me pide con amabilidad.

—Después apareció él y todo cambió. Por fin había alguien que hablaba mi mismo idioma.

—Comprendo. ¿Quieres hablarme sobre él?

—No.

No he hablado de él con nadie. Todavía duele demasiado.

—¿Y ahora?

—Ahora que no está…

No suelo pronunciar su nombre. Me siento mal al hacerlo. Como si de alguna manera lo invocase. Me bloqueo. Tampoco suelo juntar más de cinco o seis palabras seguidas al hablar. No me apetece. Me cansa. Me aburre. Me quema. No merece la pena.

—Raysu ha sido tu primer amor…

Escuchar su nombre también me altera. Mucho. Y ella lo sabe. Lo ha hecho a propósito, ha dicho su nombre para provocarme. La interrumpo alzando la voz:

—Todo el mundo… —Y me detengo. Está alucinando por mi interacción repentina, pero me invita a continuar con un movimiento animado de su mano—. Todos me dicen que, aunque el primer amor es especial y nunca se olvida, al final siempre se supera. Pero yo no estoy de acuerdo. No sé salir adelante sin él. Y lo peor es que tampoco quiero hacerlo.

—No lo has intentado, Taylor. No lo has intentado de verdad.

La miro a los ojos tratando de no llorar por la impotencia y la rabia que me invaden al escuchar sus palabras. ¿Qué sabrá ella?

—¡Claro que lo he intentado! ¡Varias veces!

—¿Cómo?

—Cada vez que me cruzo con una chica, me veo a mí misma tachando los días en el calendario esperando a que mi novio venga arrepentido para volver conmigo. Y nunca ocurrió. Cada vez que me siento en el parque junto a alguna pareja, me sorprendo soñando con volver a besarlo. Y nunca ocurre. Cada vez que escucho alguna canción romántica en la radio, recuerdo las veces que le supliqué por wasap que no me dejase. Tantas que hasta me perdí el respeto a mí misma. Y eso sí que ocurre. Cada día en mi mente. Como un bucle infinito. Me dejó.

—Taylor…

La ignoro y continúo hablando. Creo que nunca me había abierto tanto con ella porque siempre he venido a la consulta en modo automático, cargada de desidia, pero estoy harta de que me reproche que no lo intento. Ha despertado algo en mí que no va a consentir que me siga llamando cobarde ni una sola vez más.

—Por culpa de todas esas veces que lo he intentado, he vuelto a casa hecha una mierda, ¿sabes? Mucho peor de lo que salí. Por eso prefiero no saber nada del mundo exterior y me encierro en mí misma. Ahí fuera no hay nada que me haga desear seguir adelante, Tania. ¡Nada! —Ahora sí que estoy llorando. Siento tanta lástima por mí misma que no sé cómo salir de este círculo vicioso de autodestrucción en el que me hallo sumida.

Ella ni me mira porque está escribiendo cosas en su agenda a toda prisa. Creo que es una técnica para restar importancia a mis lágrimas. Porque si me compadeciera o mostrase algún tipo de sentimiento hacia mí, estaría reforzando mi emoción, y no es eso lo que pretende.

Después comienza a leer algo que ha buscado en una página concreta, poniendo énfasis en algunas palabras.

—Está bien. Estás aquí porque no entiendes el motivo por el que Raysu te dejó. Vamos a centrarnos en los hechos objetivos y no en pensamientos irracionales, a ver si sacamos algo en

claro. ¿Te parece?

Vuelvo a escuchar su nombre, aunque esta vez me choca menos.

—Si quieres…

—Vuestra relación no duró ni un año. Raysu ni siquiera pudo aguantarse hasta final de curso para dejarte. Te pidió que te marchases al extranjero para estar a salvo de tu padre y, en cuanto le dijiste que no harías eso, cortó contigo sin darte explicaciones. Antes de encarcelar a tu padre, tu novio desapareció del mapa. Se esfumó. Como si se lo hubiera tragado la tierra. Pero tú seguías protegida por el equipo de seguridad de tu urbanización, y tu madre y tú continuasteis viviendo en el apartamento que os dejó el padre de Ron Carter, gracias a las gestiones que hizo el padre de Raysu. ¿Es así?

—Sí, eso fue lo que ocurrió.

—¿Estás segura? ¿No hay nada que se nos escape? ¿Algo que dijeras o hicieras que cambiase el curso de los acontecimientos?

Finjo que hago memoria y pienso en voz alta.

—Cuando me negué a huir a otro país, le dije algo así como que prefería morir a no estar junto a él. Y después todo cambió. Me dejó.

Se asombra, porque eso no se lo había contado nunca.

Permanece pensativa durante unos minutos. Asimilando que le haya ocultado semejante información, pero es que me siento ridícula cada vez que lo recuerdo.

—¿Y dices que no sabes por qué ese chico te dejó? ¡Por Dios, Taylor, me podrías haber contado esto el primer día y las dos nos habríamos ahorrado mucho tiempo! —protesta indignada.

Entiendo muy bien el motivo por el que se ha puesto así, tan brusca, pretende que reaccione y salga de mi actual letargo, pero me hago la sueca.

—No sé a qué te refieres —me quejo.

—¡Le dijiste que preferías morir a no estar con él!

—¿Y por eso me dejó?

—¿Te parece poco?

—¡Me parece ridículo!

—¿Ridículo? ¿Cómo te sentirías tú si alguien a quien pretendieras proteger te dijese eso?

Medito la respuesta. Me agobiaría y me preocuparía, sí.

—¡Era una frase hecha, joder! ¡No era tal cual! ¡No soy idiota! —me defiendo.

—Tú te acababas de negar a marcharte para estar con él. Si seguíais juntos, te estaba poniendo en peligro. ¿Lo entiendes? Él supuso que si rompía contigo tú te irías.

—¡Pero podría haberme dado la opción de discutirlo y llegar a un entendimiento mutuo! ¡No dejarme! —me sulfuro.

—Lo hizo por ti. No vería otra salida, Taylor.

Me niego a creerlo.

—Si hubiera sido por eso, me habría contestado a los miles de mensajes y llamadas. Me lo podría haber explicado. ¡Yo necesitaba hablar con él!

Ella respira hondo para calmarse. Seguro que se está recordando que no debe inmiscuirse en las historias personales y que es solo trabajo. Ya la voy conociendo.

—Vale. Vayamos a esa parte de la historia, si quieres. Como Raysu no contestaba tus

llamadas ni tus mensajes, decidiste presentarte en su casa por sorpresa. ¿Eso no te resulta algo excesivo? —Trata de no cambiar su expresión, pero noto que le cuesta.

Me está dejando como una psicópata desequilibrada.

—Fui a buscarlo para que me aclarase qué coño le pasaba, como muy bien sabes. ¡Su abuelo me informó de que ya no vivía allí! ¡Y no me lo creí! Nadie me quiso decir dónde se había ido. Ni su padre. Ni Susie. Ni Helen. Ni mi madre… ¡Nadie! Todos me trataron como si estuviese loca.

—Y por eso estás enfadada con todos, incluso conmigo —añade.

—Sí.

—¿Crees que te lo han ocultado a propósito? ¿No podría ser que ellos tampoco lo supieran?

—Eso es imposible. Al menos su padre debe de saberlo. ¡Me han hecho sentir como si estuviera desquiciada durante todo este tiempo!

Me mira con atención.

—No, Taylor, tú no estás loca, para nada —ironiza—. Esa escena en la que coges un taxi en plena madrugada sin contar con nadie para atravesar la ciudad cuando un asesino te está buscando me encanta. De hecho, fue el fascinante motivo por el que te obligaron a venir a verme. Eres una pobre incomprendida. ¡Ya no quedan románticos en el mundo!

Sonrío de manera leve al escuchar su tono jocoso.

—El destino nos ha unido a las dos —me burlo.

—Llámalo destino, yo lo llamo insensatez. —Pone los ojos en blanco—. ¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí! Raysu también tiene la culpa de que estés a punto de perder tu primer año de estudios, la beca y…, bueno, no sé cuántas cosas más. Podría decirse que hasta tiene la culpa del cambio climático.

Hoy Tania está especialmente tocapelotas. Normalmente, me trata con mucho tacto, pero hoy me da la sensación de que me está atacando, o vacilando, o provocando, no sé, no lo tengo muy claro. Pero quiero largarme.

—¡No! No lo culpo de mis suspensos. —Me armo de paciencia.

—Entonces ¿quién tiene la culpa de que vayas a perder el curso y la beca?

Esa pregunta se me clava en el alma. Porque ahora mismo estoy luchando con todas mis fuerzas por aprobar en junio. Es lo único que me mantiene cuerda, y si no lo consigo, ya no me quedará nada.

—¿Taylor? —insiste.

—Pues mi convalecencia, la mudanza, la denuncia, el miedo a mi padre y… la ruptura también.

—El mes pasado me dijiste que por su culpa ibas a suspender el curso —insiste, tras leer otra página de su agenda.

—Él me ha quitado las pocas ganas que tenía de seguir luchando para intentar aprobar después de haber estado en coma. Ha sido la gota que ha colmado el vaso. Pero no me ha hecho suspender. Eso depende de mí.

—¡Bien! —exclama entusiasmada.

—¿Bien qué? —pregunto, algo perdida.

—Tú estabas dispuesta a tirar la toalla. Pero en el último momento salió tu orgullo y estás tratando de sacar el curso adelante, a pesar de todas las dificultades. Porque es tu futuro. Si no te

importase el futuro, como aseguras, no estarías luchando por tu carrera profesional.

—Ya —me contradigo.

—Mira, Taylor, yo sé lo difícil que resulta estudiar en Estados Unidos y más viniendo de un país extranjero, como es mi caso. ¿Puedes recordar cómo te sentiste cuando creíste que no te aceptarían en la universidad?

Bien jugado, doctora.

—Pues tenía mucho miedo de que no me concedieran la beca porque mi madre no podía pagar los estudios en ningún otro estado. Estuve muy nerviosa, porque mi futuro dependía de ello.

Recuerdo que no me resultó nada fácil entrar en el grado de Computación e Informática. A pesar de las notas inmejorables que tenía y de los hilos que movió Helen, tuve que presentarme a un ensayo de admisión (la famosa declaración de propósito), estudiaron a fondo mi expediente académico, exigieron cartas de recomendación de mis antiguos profesores y, aun así, casi no supero las pruebas de becado. Lo pasé fatal.

—Pero al final te aceptaron aquí en Pittsburgh en la Universidad Carnegie Mellon, nada menos que becada, y lograr eso es como ganar la lotería, ¿no crees?

—¡Sí! —exclamo entusiasmada.

Tania me sonríe. Asiente con la cabeza. Parece hasta orgullosa, o quizá esté recordando cómo se sintió ella misma al conseguirlo.

—Cuéntame algo que te guste de la facultad.

—¿Algo? ¡Todo es flipante! Tenemos laboratorios de computación, impresoras 3D, todo tipo de tecnología de última generación, clases prácticas todo el tiempo… ¡Es el paraíso!

Me señala un espejo que tiene a su espalda. Puedo ver mi reflejo en él. Reparo en la expresión que aparece y caigo en la cuenta de que una enorme sonrisa invade mi rostro. Quizá sí que haya algo que me mantiene viva y por lo que quiero seguir adelante: mis sueños.

Entonces lo comprendo todo y ella descubre que lo acabo de hacer.

—Yo diría que te ha cambiado la cara, ¿no? —comenta, quitándose las gafas.

—Puede —admito confundida.

—Ahora te voy a hacer dos preguntas y me gustaría que me contestases de corazón.

—Lo intentaré.

—¿Crees que alguien que te quiere permitiría que te quedases donde corres peligro por estar a su lado?

—No.

—¿Crees que alguien que te quiere desearía una relación dependiente y tóxica en la que tú preferirías morir a separarte de él? ¿Dejaría que renunciases a tus sueños?

Miles de lágrimas se apoderan de mis ojos y recorren mis mejillas. La miro como si de pronto volviese a ver el mundo con total claridad. Con la misma sensación que te invade cuando te despiertas de una pesadilla.

—Contéstame, Taylor —me pide con voz dulce.

—Desapareció. Por una frase desafortunada que no debí decir nunca. Y no puedo perdonarlo. No me dio la opción de explicárselo. Eso no se le hace a alguien que quieres.

—No creo que desapareciese, porque, de haber sido así, no habrías seguido teniendo seguridad ni alojamiento. Solo se apartó de tu camino para dejarte volar. Porque tú misma te

estabas cortando tus propias alas por él. Por lo que pensabas que él quería. Y él no quería eso para ti —me explica.

Me acurruco en el sillón, abrazando mis rodillas para poder ocultar mi rostro tras ellas y llorar sin consuelo.

Tania espera un rato, pero al final se salta todos los protocolos y se sienta a mi lado para acariciar mi espalda.

—La vida está llena de oportunidades y experiencias maravillosas, Taylor. Solo tienes que salir e ir a por ellas, no van a ir a casa a buscarte. Lo que te ocurrió con tu padre fue una experiencia brutal, nefasta, injusta, pero estará en la cárcel de por vida y has sabido pasar página. Lo has superado sin problema. Sin embargo, lo de Raysu no te permite seguir adelante porque te has obsesionado con averiguar por qué te dejó, pero ya es hora de que dejes de hacerlo. Incluso sabiendo que lo hizo por tu bien, ahora te preguntas por qué no te dio la oportunidad de aclararlo. Y después será otra cuestión la que necesites aclarar. ¿Lo entiendes? No importa el motivo. Ya pasó y ya dolió. El duelo por alguien no es eterno, no debes permitir que apague tu luz. Solo debes quedarte con el aprendizaje que te deja esa experiencia en el corazón. Solo así estarás preparada para algo bonito: tu propia vida. Tu felicidad.

Suspiro.

La miro a los ojos y me sonríe con dulzura.

—Todas la noches antes de dormir no puedo evitar, por mucho que lo intente, pensar en nuestra despedida, en la última vez que lo vi. Estoy muy segura de que aquel día en el apartamento él ya sabía que nuestro adiós sería para siempre, pero lo disfrazó de indiferencia —recuerdo.

—Está claro que pensar en aquel momento aumenta tu ansiedad y también tus inseguridades a la hora de afrontar nuevas relaciones en el futuro. Pero no estamos hablando de eso ahora. Eso ya llegará y ya lo trabajaremos. Es el futuro. Y lo demás es pasado.

—No puedo, Tania.

—¿Qué no puedes?

—Aquel «Te amaré siempre, Tay, nunca lo olvides. Pase lo que pase, siempre cuidaré esa llama» fue una premonición. Creo tan ciegamente en él que todavía lo espero. La llama, como el tatuaje, no ha desaparecido. Por eso me odio a mí misma. Por eso no puedo superarlo y olvidarlo. Por eso vivo anclada en el pasado. Porque mi cabeza sabe que debo pasar página, pero mi corazón siente que no debo olvidar que me ama. Me he estado volviendo loca cada vez que pensaba en ello. Pero ahora, hoy, creo que todo ha cobrado sentido. Como si de repente hubiese encajado la última pieza de un puzle.

—¿Y qué significa esa pieza?

—Que debo quererme a mí antes que a nadie.

Cierra los ojos un momento. Respira y al abrirlos me observa con una sonrisa llena de orgullo.

—Así es. Vivir en el futuro crea ansiedad y vivir en el pasado alimenta la depresión. Solo te estoy pidiendo que te centres en este preciso momento y que vivas paso a paso. Día a día.

Asiento.

Pienso en el petricor. Saborear el instante porque enseguida se esfuma.

—Céntrate en ese metaverso tan bello que quieres crear, en Susie y en tu madre. No te culpes

por algo que ni siquiera sabes y trata de pensar en los momentos buenos que pasaste junto a él, en lugar de reprocharle los malos. Solo así podrás perdonarlo y avanzar, Taylor.

—No creo que pueda, pero lo intentaré.

—Claro que podrás. Eres una de las personas más valientes que ha entrado en mi consulta.

—¡Pues cómo serán las demás! —bromeo, y sonríe.

—¿Te has planteado que quizá nunca llegues a saber lo que ocurrió en realidad?

—No.

—¿Y si eso fuese así? ¿Y si no volvieras a verlo nunca más? ¿Estarías el resto de tu vida siendo una emo?

Sonrío.

—Espero que no.

—Yo también lo espero —alega—. Y, además, espero que hoy sea el día en el que pongas punto final a tu reclutamiento interno. El mundo te espera. Y el mundo no se merece a una Taylor deprimida. El mundo se merece a la chica que ama el manga y ríe a todas horas. Se merece a la mujer inteligente, brillante y exitosa en la que te estás convirtiendo. Todo eso llegará cuando abras la puerta. Solo tienes que hacerlo.

—Bueno…

—No desaproveches la vida, querida. Nadie te garantiza que vaya a ser larga. Cada segundo perdido nunca regresa, como tu petricor. —Me guiña un ojo.

Como una señal divina, la alarma suena para avisarnos de que la sesión ha terminado, y no nos podemos retrasar porque tiene muchos pacientes fuera, esperando a ser atendidos. Me pongo en pie para despedirme.

—Gracias, Tania. Hasta mañana.

Ella no dice nada, pero justo antes de salir por la puerta se levanta y se acerca a mí para posar la mano izquierda sobre mi hombro derecho.

—Taylor, algo ha cambiado en ti hoy. Lo he sentido. Lo he visto. A partir de ahora todo irá bien, solo tienes que creer en ti y aprender a quererte. Yo te enseñaré. Pero no hace falta que vuelvas mañana. Nos veremos el viernes que viene. Te libero de nuestras charlas diarias. Dile a mi secretaria que te agende citas una vez a la semana. —Sonríe emocionada.

—¿Qué?

—Te estoy dando un poco de libertad para que vueles. Tienes unas alas preciosas.

No puedo creerlo. Si yo me veo peor que nunca.

—¿Por qué? —pregunto confusa.

Suelta una carcajada.

—Creo que será conveniente que no nos veamos tan a menudo; me da miedo que cualquier día me estrangules —bromea.

Pongo los ojos en blanco y sonrío un poco.

—¿Es que no tengo remedio? ¿Por eso me vas a ver menos?

Se ríe de nuevo.

—¡Desde luego que no tienes remedio! Pero eso ya es cosa de la edad. Nada puedo hacer yo al respecto. Si te veo una vez a la semana, es porque considero que estás mejor, Taylor. No pienses siempre en negativo. Solo quiero que sepas que, si te sientes mal durante estos días, puedes venir a verme o llamarme con total libertad. Y ahora sal ahí ¡y cómete el mundo! Ojalá

yo tuviera de nuevo tu edad, muchacha.

Le regalo una sonrisa, pero una de esas que no llega a los ojos, porque ahora mismo me siento como una niña a la que dejan sola en medio de una cuerda floja suspendida en el vacío. Noto el vértigo oprimir mis costillas.

—Gracias por todo, Tania. —Me pongo ambas manos sobre el corazón.

—A ti.

Nos damos un fuerte abrazo y me marcho.

# 43
# Resurgiendo de las cenizas

> La gente tiene diferentes formas de pensar, incluso cuando se comete un error… Si la persona se da cuenta de su error, es posible que lo enmiende.
> Si mantienes tu visión clara, no lo cometerás en el futuro. Es de lo que se trata esta vida.
>
> VASH ESTAMPIDA, protagonista de *Trigun*

Ya estamos en julio. Han pasado dos meses desde que mi psicóloga decidió que nos veríamos semanalmente en lugar de cada día, y cuatro desde que Raysu me dejó. Han pasado muchas cosas en este tiempo.

Lo primero y más importante es que he conseguido aprobarlo todo con una media suficiente como para mantener la beca. Ha sido muy complicado, ya que no estaba al cien por cien, ni física ni psicológicamente, pero al final lo he logrado, y eso me hace sentir muy orgullosa… Creo que Tania también optó por las sesiones semanales por eso, pues acudiendo a la consulta a diario perdía demasiado tiempo de estudio.

Mi abuela paterna murió y ahora soy propietaria de una casa, por lo que empezaremos con la mudanza en cuanto acabemos de hacer algunas reformas. Mi madre, en un principio, no quiso que aceptara la herencia porque esa mujer siempre nos trató fatal, pero gracias a los sabios consejos de Helen, nos quedamos con ella.

Estoy sanando y perdonándome cada día un poquito.

Comprender que Raysu me dejó por mi bien me ayudó bastante. Ese fue el punto de inflexión a partir del cual comencé a mejorar. Hasta entonces me culpaba por mil cosas: por no ser suficiente, por no tener más dinero, por tener relaciones familiares conflictivas, por no tener amigos, por ser rara… y por un sinfín de razones que mi mente se inventaba para torturarme.

También lo culpaba a él por no haber estado cuando más lo necesité y por tener la sangre fría de no contestar a mis llamadas. Por no haber sabido quererme, por no haberme dado la oportunidad de arreglarlo en lugar de desaparecer de mi vida…, y por otro sinfín de razones.

Pero en este tiempo he aprendido a ver las cosas desde otra perspectiva. Desde el cariño y la compasión hacia mí. He descubierto todo aquello que les brindaba a los demás y que a mí misma

no era capaz de darme porque pensaba que no era merecedora de ello: amor. Y qué bonito es amarse a uno mismo. Yo todavía me encuentro en el camino, pero estoy segura de que cuando lo consiga lograré ser feliz por fin.

Quizá todas mis carencias se deban a haber crecido en una familia desestructurada o al acoso que sufrí en el colegio, no lo sé, eso ahora da igual, lo que importa es que he aprendido la lección y ha sido gracias a él. Él. Raysu. Ahora comprendo que no me dejó tirada como yo suponía. Ahora sé que estuvo cuidándome en la sombra. Nunca me dejó sola, porque actuó a través de su padre. No dejó de pagar el apartamento. Ni canceló la financiación de la rehabilitación. Y me apuesto lo que sea, llamadlo intuición, a que mi madre mantiene el contacto con él. Todo eso no es dejarme tirada. Es justo lo contrario.

Ahora me parecería completamente fuera de lugar decirle a nadie que preferiría morir a separarme de él, porque de quien no quiero separarme jamás es de mí. Ahora entiendo lo que Raysu quería decir con que no quería sonreír por mí ni que su felicidad dependiese de nadie. Y ahora, por fin, estoy orgullosa de ser la persona que soy: una chica introvertida a la que nunca le han sobrado los amigos, pero que lo da todo por los pocos que tiene; una chica soñadora que cree en los finales felices, a pesar de no haber tenido el suyo; una chica que ama el anime y el manga por encima de todo, le pese a quien le pese; una chica que se enamoró con toda su alma y a la que le partieron el corazón. Esa soy yo y ya no me avergüenzo de serlo. Es más, estoy muy orgullosa, porque todo eso me ha convertido en la Taylor que soy hoy. Por fin lo he comprendido. Y por fin me quiero.

Todo esto también ha conseguido que cambie mi relación con los demás. Me refiero a Susie y a mi madre. Estoy aprendiendo a poner límites y a entender que no por ello soy mejor ni peor persona. Solo tengo que hacerles saber mis decisiones y que si no las validan es su problema y no el mío. He dejado de ceder por miedo o por pena, de tener más en cuenta lo que sientan los demás.

A partir de hoy viviré como si fuera el último día, porque he estado al borde de la muerte y he ganado la batalla. Casi pierdo a mi mejor amiga y ahora somos más fuertes que nunca. Y también estoy segura de que, con el tiempo, volveré a amar y a entregarme como si fuera la primera vez, sin miedo a tener más cicatrices, porque solo así es como seré feliz, de manera intensa, con todo. Da igual si salto y no hay red, lo importante es disfrutar del vuelo. Ese es mi nuevo propósito y deseo cumplirlo con todo mi corazón.

Helen, Susie y mi madre quieren celebrar por todo lo alto que hemos aprobado. Además, les he prometido que voy a superar la fobia social y la depresión en plan kamikaze, es decir, montando una fiesta a lo bestia y pasándomelo bien. Que sea lo que Dios quiera.

Cada vez que mi voz ansiosa me dice «No lo hagas. ¡La vas a cagar!», yo le respondo: «¡Bésame el culo!», y así me paso el día, luchando contra ella. Al principio, usaba las técnicas que me enseñó Tania, razonando con los pensamientos intrusivos y destructivos, pero he descubierto que mandarlos a la mierda da mejores resultados.

Como no pudimos celebrar el cumpleaños de Susie ni el mío, que fueron hace un par de meses y nos pillaron estudiando para los exámenes, hemos planeado darle una fiesta sorpresa a mi amiga invitando a un montón de gente a la casa que he heredado de mi abuela antes de

mudarnos, que es donde nos encontramos ahora mismo.

Se trata de una casa ajardinada de dos plantas en Oakland con unas vistas inmejorables a Schenley Park. Estamos viniendo bastante porque una empresa de mudanzas se está llevando muebles y cosas varias que había acumulado mi abuela a lo largo de los años. Además, mi madre no quiere absolutamente nada de ella, lo ha donado a un orfanato.

—¿Estás segura de esto, cariño? —me pregunta mi madre.

—No. Pero le he prometido a la psicóloga que voy a exponerme y creo que esta es la única manera —la animo.

Me mira con desasosiego.

—No te preocupes, Mary, si le da un chungo, la ingresamos y ya está —suelta Helen riendo.

—¡No digas eso ni en broma! —protesta.

—Venga, relájate —insiste Helen con una enorme sonrisa—. El cerdo de tu ex ya está entre rejas, la bruja de tu suegra, bajo tierra, y tu hija es mayorcita. ¿No crees que es el momento de que la dejes volar un poco y vivas tú también? Si hubieras sido mi madre, ya me habría fugado de casa hace años.

Resulta obvio de quién ha heredado Susie su sensibilidad a la hora de decir las cosas.

Mi madre se echa a llorar de repente.

—Lo sé. Sé que la sobreprotejo demasiado, pero es que lo hemos pasado tan mal… Solo de imaginar que le ocurriese algo… —solloza mientras se deja caer en el sofá antiguo de mi abuela.

Helen pone los ojos en blanco y niega con la cabeza. Me hace un gesto con la mano para que no acuda presta a consolarla. No obstante, es ella la que se sienta a su lado, pero sin hacer demasiado drama.

—Mary, si tienes a tu hija metida en una urna de cristal, la vas a convertir en una inútil. No va a saber desenvolverse en la vida real y no va a madurar nunca. Hasta ahora ha sido relativamente normal que te hayas comportado así porque tenías miedo de tu ex, pero ya no hay peligro.

—Siempre hay peligro, y ella es lo único que tengo —se defiende.

—Pues si continúas así, va a ser ella la que se aleje de ti —insiste—. Ya es una mujer y tiene unas alas preciosas que está deseando estrenar. No se las cortes. Tú solo tienes que estar debajo cuando alce el vuelo para emprender su viaje por si se cae y necesita tu ayuda. Nada más. Ahora es del mundo, mi amor. No es tuya.

Se miran las dos. Solo ellas comprenden esa mirada.

—Siempre será mi niña —llora desconsolada.

—Siempre serán nuestras niñas. Pero no me obligues a recordarte por qué te fuiste tú de casa de tus padres.

Mi madre abre mucho los ojos y los clava en mí. Alguna vez me ha contado que sus padres eran tan estrictos que se fue de casa con dieciocho años, pero no me dio demasiados detalles.

—Perdóname, hija. —Se cubre el rostro con ambas manos.

Yo no me aguanto más sin ir a abrazarla.

—Todo va a salir bien, mamá.

Nos fundimos en un abrazo sanador y lloramos juntas durante un buen rato. No pasa nada por llorar. Por demostrar la vulnerabilidad o el arrepentimiento. Es curativo.

Mi madre y yo siempre habíamos mantenido una especie de barrera invisible entre nosotras

que nos obligaba a ver solo el lado de la otra en el que todo iba bien, y nunca nos abríamos demasiado para no descubrir las fisuras. Pero ese muro se derrumbó el día en que mi padre me agredió y, ahora, con el tiempo, nuestra relación es una de las cosas positivas que han derivado de aquella barbarie. La estamos reconstruyendo desde los cimientos. Tania siempre me obliga a ver el lado positivo de ello.

Después tomo asiento al otro lado de mi madre y le cojo las manos.

—Tay, perdóname por haber sido tan asfixiante, por favor. No he sabido hacerlo mejor, cariño. Puede que todo esto que te ha pasado haya sido incluso por mi culpa. Porque nunca te he dado la opción de…

—Mamá —la interrumpo antes de que siga fustigándose—, nadie tiene la culpa. Bueno, el bastardo de tu ex sí la tiene. —Abre mucho los ojos porque es la primera vez que insulto a mi padre—. No seas tonta. Las cosas pasan y nosotros no tenemos manera de cambiarlas. Lo único que está en nuestra mano es la forma de asumirlas y afrontar sus consecuencias.

—¡Vaya! ¡Dame el número de esa psicóloga ahora mismo! —exclama Helen para destensar el ambiente y hacernos reír.

—Tay, has cambiado mucho. Cuando no despertabas en aquel hospital, pasé muchísimo miedo, pero lo que ha sido un verdadero infierno ha sido ver cómo te ibas apagando por lo de Raysu. Has sido un ser que solo se dedicaba a respirar, y presenciar eso sin poder hacer nada me mataba.

—Lo sé y lo siento, mamá. Sé que lo has pasado muy mal… desde que nací.

—No tienes que sentir nada. Todas hemos sufrido por amor, ¿y sabes qué es lo peor? Que nadie puede ayudarte. Te tiene que doler a ti. Tienes que curarte tú sola. Pero me sentía impotente. Habría preferido que me cortasen un brazo en vez de verte así. Aunque supongo que son lecciones de la vida que debemos superar todas. —Hace una pausa, parece que está recordando algo, y luego me acaricia el pelo mientras sonríe con orgullo—. Pero ahora, mírate, has vuelto, y has vuelto muchísimo más fuerte. ¡Estoy muy orgullosa de ti, mi vida!

—Y yo de ti, mamá. Siempre has luchado por mí, para que no me faltase nada. Estabas todo el día trabajando y cuando llegabas a casa no tenías fuerzas, pero aun así trataste que con tu cariño no echase en falta al del resto de familiares que nos dieron la espalda y que ni siquiera conocí. Y gracias a ti también, Helen, porque siempre has sido mi segunda madre.

Ella me achucha, pero enseguida me suelta.

—¡Oh! ¡Venga ya, dejaos de cursiladas las dos, que llevo un rato llorando como una tonta! Podríais haber montado todo este numerito en privado, joder.

Y ahora lloramos las tres, pero de la risa.

—Venga. Vamos a planear la fiesta del siglo para Susie —canturreo.

—¡Y para ti! —añaden las dos.

Mi voz ansiosa aparece de repente diciendo: «No lo hagas. ¡La vas a cagar!», y yo le respondo: «¡Cállate, joder!».

—Por cierto, mamá. Ahora que ya eres una madre moderna, me dejarás conducir tu moto, ¿no?

Ellas dos se miran. A mi madre le tiembla el párpado derecho y Helen se parte de la risa.

# 44
# Un brillo de esperanza

> Fue la primera vez que encontré a alguien con quien me sintiera verdaderamente vivo.
> Al menos, eso fue lo que pensé.
> Ella era… la parte de mí que perdí en algún lugar del camino, la parte que faltaba, la que deseaba.
>
> SPIKE, protagonista de *Cowboy Bebop*

—Buenas noches. —Una voz femenina al otro lado del teléfono acaba de despertarme.

Me separo el móvil de la oreja para comprobar que son casi las doce de la noche.

—Hola.

—Disculpa las horas, pero te llamo porque acabamos de encontrar la cartera que perdió aquí tu amigo hace un tiempo. ¿Te acuerdas?

Mi cerebro no ata cabos.

—Perdona, pero…

—Soy la encargada del Hard Rock Café —me interrumpe.

Y ahora sí que ato cada uno de los cabos que existen en mi cerebro, con nudos marineros y todo. Me debato entre ir a por la cartera o aconsejarle que la tire a la basura. Al final, gana la primera opción porque, aunque esté cambiando, sigo siendo algo gilipollas.

—¿A qué hora cerráis? —pregunto.

—Ya estamos cerrando. Pero si estás cerca, te espero.

No estoy cerca, pero tampoco lejos, y algo me dice que debo ir a por esa maldita cartera.

—En quince minutos estoy allí —afirmo.

—Perfecto. ¡Ah! También…

Cuelgo antes de que pueda terminar la frase. Pero deduzco que no será tan importante si no vuelve a llamarme, y yo no puedo llamarla a ella porque era un número desconocido.

Me visto a toda prisa, poniéndome unos vaqueros y la primera sudadera que encuentro, que no es otra que una negra que le prestó Lily a Susie, y que ella luego dejó en mi casa. No sé qué grupo musical llevo ahora mismo impreso en mi ropa, solo que tiene cuernos y alas. Espero que no sea nada en plan nazi o machista.

Me pongo las deportivas según voy corriendo por el pasillo, cojo el casco y, estando en el ascensor, le mando un wasap a mi madre diciéndole que volveré enseguida y que me voy en su moto. Como ahora está en plan madre liberal, tratará de no reñirme. Me peino un poco el pelo con los dedos y salgo a toda prisa a por la moto, que se encuentra frente al portal.

Llego al Hard Rock en unos quince minutos y dejo la moto aparcada enfrente, con el casco colgando del manillar. He tardado tan poco porque a esta hora no hay nada de tráfico.

Todas las luces del interior del local están apagadas y, por un momento, temo que se hayan marchado ya los empleados. Rodeo el local hasta llegar a un callejón, donde descubro que hay una puerta de metal abierta sujeta con un ladrillo. Me acerco.

—¿Hola? —pregunto desde la calle, asomándome al interior.

Nadie contesta.

¿Entro?

No debería entrar. Esta es la típica escena donde se producen los asesinatos en las películas. #Muerteseguraporgilipollas. Estoy cagada de miedo, pero enseguida recuerdo que el día que estuvimos aquí la camarera nos dijo que había una comisaría de policía justo al lado. No creo que ningún asesino se arriesgara a matarme aquí…, ¿no?

Al final decido entrar, con tan mala suerte que me tropiezo con el ladrillo y la puerta se cierra produciendo un sonoro golpe a mi espalda, lo que casi me provoca un infarto del susto. Me pongo ambas manos sobre el pecho para intentar calmarme, aunque no sirve de nada. Tengo las pulsaciones a mil.

«Muy bien, Taylor, estás encerrada».

Trato de empujar la puerta para salir, pero es imposible, se ha cerrado y no hay manera de abrirla desde dentro. Doy golpes en ella con todas mis fuerzas, tanto que hasta me duelen los puños.

—¡Socorro! ¡Socorrooo! —grito histérica sin dejar de aporrearla.

Me detengo un instante para tratar de pensar en una solución.

—Señorita Smith, no puedo creer que se haya vuelto a quedar encerrada.

¡¡¿¿Quéé??!!

Mi corazón se detiene en seco al escuchar esa voz, pero al instante comienza a latir a toda hostia. ¡No puede ser!

La persona que más odio del mundo.

¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡No puede ser!

Se me ha cortocircuitado el cerebro y no sabe qué órdenes dar al resto del cuerpo. Me quedo paralizada. Se me corta la respiración. Noto calor. Rabia.

No me atrevo a girarme para mirarlo. No me atrevo ni a pestañear. Se ha detenido el tiempo. Todo a mi alrededor permanece en silencio. Solo escucho mi respiración agitada y el galopar de mi corazón.

«Reacciona, Taylor, reacciona, joder».

Llevo ciento treinta y dos días soportando el terrible dolor de su ausencia en mi pecho, pero su presencia acaba de multiplicar por mil ese terrible dolor. Es tan intenso que me anula. Saco el móvil del bolsillo trasero del pantalón para llamar a alguien que venga a buscarme ahora mismo y me saque de aquí como sea, pero el teléfono no responde. Es como si se hubiera muerto.

¡Mierda!

—La policía tiene inhibidores de frecuencia. No te molestes. No hay señal.

Cierro los ojos con fuerza. Guardo el móvil de nuevo en mi bolsillo a cámara lenta. Como si lo que tuviese a mi espalda fuera un oso hambriento a punto de devorarme. Me obligo a respirar, porque me da la sensación de que he dejado de hacerlo desde hace un rato. Aquí, en este pasillo oscuro, siento que estamos demasiado cerca. Siento que me asfixio.

No se me ocurre nada mejor que cubrir mi rostro con las manos para evitar el contacto visual y poder adentrarme en la cafetería sin que me dé una embolia. Puede ser una actitud infantil, me da igual, pero no estoy preparada para mirarlo a los ojos. Me pondré a llorar, y es lo último que quiero: mostrarme vulnerable. Al pasar por su lado huelo su perfume y se despiertan en mí millones de recuerdos al instante.

«No, Taylor. Déjate de recuerdos. Lo que te gustaría es darle un rodillazo en todos los huevos».

En cuanto lo dejo atrás, retiro las manos para no pegarme una leche contra algo, que sería lo propio en mí. Recorro con una ojeada rápida la estancia para buscar a la chica que me llamó por teléfono y pedirle que me ayude a salir de aquí. Pero no hay nadie. Todo está en completo silencio y en penumbra, solo las farolas de la calle proporcionan algo de luz a través de los ventanales. Los taburetes están sobre la barra.

¿Qué pasa aquí?

—Taylor, cálmate. —Oigo de nuevo su voz a mi espalda, muy cerca.

—¡No te acerques! ¡No te atrevas a hablarme! —suelto.

Avanzo hacia los baños para comprobar si hay alguna persona dentro, pero tampoco. ¿Y si me encierro aquí hasta que venga alguien a rescatarme? Total, no pierdo nada.

—Taylor, por favor, ¿podemos hablar?

—¡Y una mierda! ¡No pienso hablar contigo! ¡Déjame en paz!

Entonces me abraza desde atrás por la cintura con ambos brazos, pillándome totalmente desprevenida. Siento su calor en mi espalda. Su respiración agitada demasiado cerca de mi oído. Su olor.

—¡Suéltame! —grito mientras pataleo, al borde de la locura.

—No pienso soltarte hasta que hablemos —gruñe.

—¡Yo te pedí mil veces que hablásemos y ni siquiera me respondiste! ¡No pienso escucharte! ¡No te lo mereces!

—Tienes razón, y por eso quiero que sepas el motivo.

Contengo el aliento.

No sé muy bien qué responder, porque la verdad es que me muero por saberlo. Pero mi orgullo no me lo permite. Todo mi cuerpo ha reaccionado a su tacto volviéndose loco y recobrando la vida. Como un campo yermo al que riegan y del que de repente brotan miles de flores. Compruebo, muy a mi pesar, que no he dejado de sentir esa atracción enfermiza por él.

—Ya no quiero saberlo. Me da igual. Déjame en paz. —Continúo tratando de zafarme, pero me resulta imposible. Tiene demasiada fuerza.

—Está bien. Te dejaré para siempre una vez que sepas lo que ocurrió.

Me detengo.

—Suéltame —le exijo en un tono rotundo.

Y lo hace.

Y yo me giro.

Y por fin lo miro.

Y me quiero morir al ver sus ojos.

Me mira igual que siempre, como si nada hubiese cambiado entre nosotros. Aunque hay algo nuevo en su mirada… Parece… sufrimiento.

Siento la tensión en el estómago. Es algo físico. Estamos a escasos centímetros de distancia y noto las chispas que saltan entre nosotros. Casi podría tocarlas.

—Taylor…

—Tienes tres segundos antes de que estampe un taburete contra ese cristal y salga de aquí echando hostias —le advierto amenazándolo con un dedo—. Y no descarto estamparte otro en la cabeza. Todo depende de lo que digas.

Me estudia de arriba abajo con rapidez. Cierra los ojos y al abrirlos parece mucho más decidido. Tiene los labios apretados en una fina línea y el ceño fruncido. Lo observo con disimulo para averiguar si ha cambiado algo en él durante este tiempo. A simple vista, todo sigue igual.

—Tuve que romper contigo por tu bien.

—¡Oh! ¡Qué romántico! ¿Quieres que te de las gracias? —me burlo, a punto de dejar escapar a la Taylor neurótica.

Lo odio. Lo odio. Lo odio. Lo odio en silencio, aunque quiera gritárselo.

Él hace un gesto de contrariedad.

—Cuando te negaste a huir a otro país hasta que encontrasen a tu padre, yo me enfadé mucho. Muchísimo. Después dijiste que preferías morir a alejarte de mí, y yo… Simplemente no pude soportar que dijeras eso. Te estabas poniendo en peligro por mi culpa y…

—¡No fue una frase literal! —lo interrumpo—. ¡Era lo que estuve intentando explicarte todo el tiempo! ¡Pero no me cogiste el teléfono!

—Tay, yo…

—¡No me llames así!

Cierra los ojos.

—El problema es que yo sentía lo mismo. Pero fuiste tú la que lo dijo en voz alta.

Ambos nos miramos buscando las respuestas en los ojos del otro. Esos ojos imposibles de olvidar. No tiene ni idea de lo que implica para mí tenerlo enfrente. Ocupando un espacio real y no imaginario.

—No. —Trato de mantenerme firme para no llorar.

—Pensé que, si te dejaba, te irías y estarías a salvo.

—¡No iba a irme a ninguna parte! ¡Si me conocieras, lo sabrías, maldito gilipollas!

—¡Y si me conocieras tú a mí, sabrías que me estaba rompiendo al dejarte! ¿Cómo pudiste pensar que no me importabas? ¡Joder, Taylor! —me reprocha cabreadísimo, pasándose ambas manos por el rostro.

Me dejo caer en uno de los sillones porque no me sostengo en pie. De nada me han servido las miles de veces que ensayé frente al espejo permanecer fría como el hielo cuando volviera a verlo. Me había preparado a conciencia para que pensara que era una nueva Taylor resurgida de sus cenizas. Y todo para nada.

Él toma la palabra de nuevo.

—No sé si a estas alturas me creerás, pero tenía pensado escribirte para poder aclarar…

—¡¿Escribirme?! —lo interrumpo—. ¿Me ibas a mandar un puto wasap después de lo que me hiciste? ¡No recordaba que fueras tan idiota! —rujo llena de ira, clavando mis ojos en los suyos.

—¡No sabía qué hacer! ¿Es que no lo entiendes? ¡Estaba preocupado por ti, maldita sea! Cuanta menos gente estuviese en contacto contigo, más difícil le resultaría a tu padre encontrarte. Estuve preocupado cada segundo de cada puto día hasta que pillaron a ese desgraciado, porque, a pesar de que me odies, yo te sigo queriendo con toda mi alma. No puedo dejar de quererte. ¡Y tampoco quiero!

Una repentina llama abrasa mi corazón. Una vez leí que cuando dos personas sienten algo especial, el ambiente se carga de magia. Pero ahora mismo no hay magia por ninguna parte, lo único que siente la Taylor psicópata son ganas de aniquilar a Raysu.

—Bonita manera de quererme —bufo.

—¡Quería ponerte a salvo! ¿Con qué puto derecho decidiste quedarte? ¡Solo pensaste en ti! ¡Estaba acojonado, joder! ¡Acojonado! Tanto que me dieron varios brotes de ira y mi padre me obligó a volver al centro de rehabilitación. No quería contártelo porque me avergüenzo, pero todo este tiempo ha sido un puto infierno, allí encerrado. Y todo para que ahora me mires así, como si me odiases.

Se sienta frente a mí para poder mirarme de cerca. Parece muy enfadado, pero yo lo estoy aún más. Ahora mismo lo odio con todas mis fuerzas porque llevo cuatro malditos meses tratando de olvidarlo y acaba de mandar a la mierda todos mis intentos. Solo quiero preguntarle si se encuentra bien, además, me muero por abrazarlo.

«No puedes hacer eso. Ya no somos nada», me recuerdo.

—Claro que te odio. Te odio por la indiferencia con la que me dejaste. Como si no te importase. Como si estuvieras escuchando la previsión del tiempo. Sabía que no estabas pasando por tu mejor momento, que se te disparó el miedo a perderme por lo de tu madre… Y, además, tus problemas de agresividad…

—Se llama trastorno explosivo intermitente —me interrumpe.

Lo observo incrédula.

—¡¡¡Me da igual cómo se llame!!!

Levanta ambas manos y me hace una señal para que siga hablando.

—Lo que importa es que necesitabas distancia y la tomaste, pero podrías haberlo hecho de otra manera. Yo lo habría respetado.

—¡Yo no necesitaba ninguna puta distancia! ¡Solo quería protegerte!

—¿Protegerme? Me hiciste más daño del que jamás me habría hecho mi padre. Me dolió muchísimo más que todas las vejaciones que sufrí de niña. Porque el dolor del corazón es mucho peor que el físico. Yo nunca te habría hecho algo así.

Su mirada denota el más grande de los sufrimientos. Parece realmente abatido.

—Jamás fue mi intención hacerte daño —susurra.

—Te supliqué mil veces que lo hablásemos. Te mandé millones de mensajes. ¡Pero desapareciste!

Se levanta de golpe y comienza a deambular por el espacio que hay entre las mesas y la barra. Está muy nervioso.

—¡Me cago en mi puta vida, Taylor! Sacrifiqué lo que más quería para ponerlo a salvo. Tú tenías que marcharte una vez que rompiésemos. Era la única forma. Pero no lo hiciste. Y eso me volvió loco porque todo nuestro sufrimiento no sirvió para nada. ¡Estuve encerrado! ¿Es que no lo entiendes?

—¡El que no lo entiende eres tú! ¡Yo no quería irme! ¡No eras mi maldita niñera! ¡No tenías que tomar las decisiones por mí! —grito.

Se detiene a mi lado. Apoya ambas manos sobre la mesa, parece derrotado.

—Solo quería cuidar de ti —susurra.

Cierro los ojos. No pienso llorar. Al abrirlos me duele demasiado mirarlo, porque él sí tiene los ojos rojos por retener las lágrimas.

—Ya no tienes que cuidar de mí porque no somos nada. Tú mismo tomaste esa decisión.

—He venido a recuperarte. —Me muestra su muñeca. Aún lleva en ella mi colgante de Las Supernenas.

Me levanto y me planto delante de él. Nos miramos a los ojos. Ambos respiramos agitados. El corazón se me va a salir por la boca. Por un momento, me entran unas ganas terribles de agarrarlo por el pelo y atraerlo hacia mí con fuerza para besarlo como nunca, pero no puede ser. Este tiempo tiene que haberme servido para algo.

Ha dicho que él también prefería morir a alejarse de mí, y eso no está bien. Yo llevo meses tratando de comprenderlo. Le toca a él.

—No sabemos querernos bien, Raysu. —Me duele pronunciar su nombre y me duelen mucho más las palabras que salen de mi boca—: Dependíamos demasiado el uno del otro porque solo nos teníamos a nosotros. Pero eso no es amor.

—¿Cómo que eso no es amor? ¡Claro que es amor! Yo daría lo que fuera porque fueras feliz, incluso he sacrificado mi propia felicidad. Si eso no es amor, es que no entiendo nada de esta puta vida.

Lo veo tan dolido que sufro por no poder consolarlo, pero no puedo hacerlo.

—Yo pensaba lo mismo hasta que rompiste conmigo. Pensaba igual hasta que mi padre quiso matarme. Creía que el amor era incondicional, posesivo y que suponía sacrificio, pero en este tiempo he comprendido que el amor empieza por uno mismo y que, si yo no me valoro, jamás podré amar a alguien como se merece. Porque las personas que están rotas no se sanan unas a otras, solo consiguen romperse juntas. Por eso necesitas tiempo, Raysu. Para perdonarte. Para perdonar a tu madre. Para aprender a amarte. Porque todavía no has superado el duelo y por eso te dan los ataques de ira…

—¿Es por eso? —me interrumpe con una mirada desgarrada—. ¿Tienes miedo de mí?

Este chico es tonto.

Lo agarro por la pechera de su cazadora con ambas manos. Lo he pillado totalmente desprevenido, porque abre mucho los ojos.

—¡Escúchame bien, maldito imbécil! Nunca he tenido miedo de ti y nunca lo tendré. ¿Te enteras?

La escena debe de ser graciosa, pues es como si una hormiga se enfrentase a un oso pardo.

—Entonces ¿qué coño quieres de mí? —ruge.

No ha entendido nada. Lo suelto de mala gana y dejo escapar un suspiro.

—Quiero que abras esa puerta y me dejes salir.

Me arriesgo a estar equivocada y que no tenga la llave, pero me extrañaría mucho. Estoy casi segura de que ha hecho alguna de las suyas. Deja caer los hombros y se acerca a la puerta. Saca una llave de su bolsillo, la abre y la sostiene para que salga.

—Lo de tropezarte con el ladrillo no estaba preparado. Eso ha sido mérito tuyo —intenta bromear en vano.

Una vez que estoy fuera, me vuelvo para mirarlo.

—No hay que rogar a nadie que se quede, Raysu. Debe elegirte ella. Hay que dar tiempo a las personas. Darles espacio. Lo que es para ti siempre será tuyo. Dejar ir no tiene que ser por orgullo, sino por congruencia. Seguirás amando a esa persona, pero desde otra perspectiva, con otro entendimiento. Seguramente sea lo más difícil que debas hacer en tu vida y también lo más importante. El instinto te dictará que hagas todo cuanto esté en tu mano para retenerla a tu lado. Pero la única verdad es que tú no eres para todas las personas, ni todas las personas son para ti. Por eso es tan especial cuando encuentras a esa persona única que vuelve a ti por decisión propia una vez que la has dejado marchar.

—Yo te dejé marchar y no has vuelto.

—Tú no me dejaste marchar, Raysu. Me echaste de tu lado. Quise volver y me rechazaste. Es muy diferente. Ahora es cuando me estás dejando marchar.

—¿Y volverás?

Nos miramos.

—Alguien me dijo una vez que el amor era una energía que fluía entre las personas y que no se podía hacer nada para cambiar la intensidad con la que regresa a ti ese flujo. Pero ¿sabes qué? Yo creo que estabas equivocado. Se pueden hacer muchas cosas para interferir en ese flujo. Para bien… y para mal.

—¿Me estás diciendo adiós, Taylor? No me hagas esto, por favor. —Se deja caer de rodillas al suelo.

Me da tanta pena verlo así. Desolado.

—Hasta el resto de mi vida, Raysu.

Me dirijo hacia la moto sin mirar atrás. Temblando. Llorando como nunca he llorado. Fingiendo que no me muero por correr a sus brazos. Pero también llena de esperanza porque hoy he sembrado una semilla que espero que algún día germine.

La libertad solo surge cuando no hay miedo. Y yo nos quiero libres. A los dos.

# 45
# La fiesta

> Dicen que la gente puede cambiar, pero… ¿eso será cierto? Si deciden que quieren volar, ¿les saldrán alas?
> No lo creo. No tienes que cambiar tú, sino cómo haces las cosas.
> Tienes que crear una manera de volar mientras sigues siendo igual.
>
> SORA, protagonista de *No Game No Life*

Ya ha pasado una semana desde que vi a Raysu. A la mañana siguiente, después de no haber pegado ojo en toda la noche, lo primero que hice fue llamar a Susie para contarle lo ocurrido. Estaba en casa de una prima suya y me obligó a darle detalles de todo. Flipó como nunca cuando le relaté lo que había pasado en el Hard Rock y me dijo que estaba muy orgullosa de mí. Aunque me conoce de sobra y supo al instante que lo hice por orgullo y no porque lo sintiera de verdad.

Por la tarde se presentó con una botella de vino en casa y nos fuimos juntas a uno de los miradores de Grandview Avenue, en el monte Washington. Según ella, necesitábamos reconectar con la naturaleza. Según yo, mi amiga sabía que necesitaba ser libre.

Desde allí vimos atardecer y admiramos el espectacular *skyline* de nuestra preciosa ciudad de noche mientras bebíamos a morro de la botella. Es cierto que te vas dejando llevar por el día a día y pocas veces disfrutas de momentos como aquel en el que se detuvo el tiempo simplemente para estar en silencio ante la grandeza de lo que llaman el triángulo de oro de Pittsburgh.

—¿Lo sigues queriendo? —me preguntó mientras contemplábamos los puentes iluminados tendidas sobre la hierba.

—Más que nunca.

Ella me miró y pestañeó con rapidez, y luego volvió a perder su mirada en el infinito, y supongo que también en todos los recuerdos que compartíamos. Finalmente, me sonrió de esa forma que siempre me pareció adorable y me preguntó:

—Entonces, si te ha pedido volver, ¿por qué le has dicho que no?

Medité la respuesta.

—Si antes tenía miedo al abandono, Susie, ahora me da terror. No creo que pudiera estar con

él —le expliqué.

—¿Así que nunca estarás con nadie?

—De momento no.

—¡Qué dramática eres! —bufó.

—Habló la que le monta numeritos a Lilly cada vez que sale con sus amigas.

—Eso no es ser dramática.

—¿Ah, no?

—¡No! Ella ha decidido reconvertirse en monógama y ser mi novia, pero sus amigas pretenden tentarla para que no lo consiga. Es muy diferente.

Me mantuve en silencio.

—Tienes razón —terminé asumiendo—, pero creo que lo tiene muy claro. Tienes que confiar en ella, Susie. No he visto a nadie mirar a otra persona como te mira Lilly a ti.

—Yo sí. Vi muchas veces cómo Raysu te miraba.

Estuvimos allí hasta altas horas de la noche. Charlando. Riendo. Recordando. Soñando. Llorando. Prometiendo. Debatiendo. Sanando… En definitiva, estando, que es lo que hacen las amigas. Estar en los momentos que importan.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto, Tay?

—Sí. —Asiento convencida.

Son las ocho de la tarde. Susie y yo nos encontramos en la entrada de mi nueva casa esperando a que comiencen a llegar los invitados.

Al final, tuve que confesarle lo de la fiesta, porque me conoce demasiado bien y no pude ocultárselo. Me sentía tan mal después de mi encuentro con Raysu que no me apetecía dar ninguna fiesta, pero ella me animó para que lo superase. Ambas estábamos seguras de que sería el paso definitivo que necesitaba para mi recuperación. Y después me ocuparía de ÉL. Paso a paso, como me aconsejó Tania.

—Si en algún momento te encuentras mal, me lo dices y los mandamos a todos a tomar por culo de vuelta a sus casas, ¿de acuerdo?

Suelto una risa.

—Vale.

—Voy a estar vigilándote —me amenaza muy seria.

—¡Lo sé!

Nos reímos.

Miro a mi alrededor.

—¿No crees que nos hemos pasado, tía? Esto da mucho *cringe*.

—¿Por? —Se sorprende.

—No sé. Está a medio camino entre un burdel polinesio y un chiringuito cutre —bromeo.

Hemos decorado la casa y el jardín como si fuera Hawái, o al menos como nos imaginamos nosotras que es Hawái. Al haberse llevado todos los muebles los chicos de la mudanza, hemos tenido espacio de sobra para llenar paredes y techos de piñas, cocos, chanclas, tablas de surf, carteles que rezan *A*LOHA, pósters de olas del mar y miles de adornos con flores. Hay una mesa con bebidas, vasos y hielos en un rincón del jardín trasero. ¡Y hasta un *photocall* que se ha sacado Susie de la manga con materiales que sobraron! Si ahora mismo mi abuela levantase la cabeza y viese su casa, me estrangularía.

En un primer momento quise hacer la fiesta de temática manga, pero mi amiga se negó en rotundo.

—¡Sí, hombre! ¡Y ya de paso soplamos las velitas de una tarta mientras nos cantan el «Happy Birthday»! ¡Ni de coña! —exclamó aterrada al proponérselo.

—¿Por qué no?

Puso los ojos en blanco.

—¡He dicho que ni de coña! Una cosa es que te siga el rollo con gente que no me conoce de nada en Nueva York y otra es que lo haga aquí, Tay —se quejó—, aunque no lo creas, tengo una reputación que mantener.

—Pues no veo qué tiene de malo —la provoqué.

Negó con la cabeza, horrorizada.

—*OMG!* ¡Gracias, Dios, por hacer que mi amiga me contase lo de la fiesta sorpresa para poder evitar la catástrofe de mi vida! —Hizo aspavientos mirando al cielo como si hablase con Él y me partí de la risa. En serio, hay veces que es muy idiota.

Así que cedí y aquí nos encontramos las dos con un tutú de heno que nos cubre el culo de milagro y un top hecho con dos cocos. Nos hemos adornado el pelo con una tiara de flores, maquillado con mucha purpurina y llevamos sandalias de esparto. Según Susie, somos hawaianas facherísimas, pero yo me siento estúpida. Solo espero que los demás vengan igual de ridículos. O, bueno, con que venga alguien ya será todo un logro, dado que no somos precisamente populares y nunca hemos dado una fiesta. No nos vamos a engañar.

Mi amiga me coge de los hombros y me mira a los ojos muy seria.

—Taylor, ahora que estás mejor, quiero confesarte algo.

Ay, madre.

—¿Estás enamorada de mí? —bromeo.

—¡Mierda! ¡¿Cómo lo has sabido?! —Da un respingo y parece muy apurada.

—¡¡¿¿Qué??!! —grito.

Me tapo la boca con una mano.

Suelta un bufido y se parte de la risa.

—¿Te lo has creído, *bitch*? —Se ríe más todavía.

Niego con la cabeza mientras me río.

—¡Tú te has creído que yo me lo he creído!

Pone los ojos en blanco.

—No, en serio, Tay, escúchame. Hace mucho que necesito decirte esto, ¿vale? Solo te pido que no me interrumpas.

—Me estás asustando.

Ella niega con la cabeza, tratando de no hacerme caso. Toma aire y comienza a hablar:

—Taylor, soy mejor persona gracias a ti. Siempre me has secado las lágrimas y jamás me has abandonado, por muy gilipollas que haya sido. Por eso quiero darte las gracias por darme otra oportunidad, seguir siendo mi amiga y por cuidarme cada día. Te prometo que jamás te volveré a fallar. ¡Te quiero mucho!

*Wow*.

Sin palabras me ha dejado.

Estamos cogidas de las manos y con los ojos repletos de lágrimas amenazando con salir.

—¿No tenías otro momento para hacer esto, tarada? —Me río mientras alguna gota comienza a recorrer mi mejilla.

La suelto para limpiarme las lágrimas con el dorso de la mano.

—Es que nunca era buen momento. Solo quería decirte todo lo que siento, porque te juro que cada día intento ser tan buena amiga como lo eres tú, pero muchas veces meto la pata y, bueno, últimamente la he metido demasiado, y he tenido tanto miedo de perderte que no quería que nos separásemos sin que lo supieras.

—¡Oh, Susie! Yo también te quiero. Y me has ayudado mucho más de lo que crees, no te tortures. Somos hermanas. Las hermanas discuten a veces, pero enseguida se reconcilian, ¿no?

—¡Siempre!

Rompemos a llorar y nos abrazamos.

Debemos aceptar las cosas malas que nos ocurren. Estar orgullosos de nosotros mismos por superarlas en lugar de enojarnos, alejarnos o preguntarnos por qué suceden. Por ejemplo, mis diferencias con Susie nos han traído a este punto: una amistad mucho más sana y bonita que durará hasta el resto de nuestras vidas.

Nos reímos mientras nos apartamos para arreglarnos una a la otra el maquillaje que se ha estropeado por las lágrimas.

—Un momento. Has dicho «antes de separarnos»… ¿Por qué tendríamos que separarnos? —pregunto pensativa.

—Por si acaso… —Se encoge de hombros con una sonrisa muy extraña.

Suena el timbre. ¡Qué susto! Nos miramos las dos. Veo algo en sus ojos que no me gusta.

—¡Ha venido alguien! —celebro emocionada.

—¡Qué bien! ¡Venga, abre! —musita entre dientes, forzando la sonrisa.

Abro la puerta hecha un manojo de nervios.

¿Quién será?

Me encuentro de frente con unos ojos azules que reconocería hasta en el fondo del puto océano.

—¡No me jodas! —exclamo.

Y cierro al instante dando un portazo.

Se oye una maldición al otro lado.

Miro hacia atrás, donde se suponía que estaba Susie, pero la descubro corriendo por el pasillo hacia el jardín trasero para escaparse.

—¡No huyas! ¡¡¡Te voy a matar!!! —amenazo a mi amiga traidora.

Raysu está al otro lado de la puerta y a mí está a punto de darme un infarto. Odio que ejerza ese poder sobre mí.

Vuelve a sonar el timbre.

No puedo abrir.

No soy capaz. Me he quedado petrificada.

Esto solo puede pasarme a mí, joder. ¿Y ahora qué hago? ¿Lo dejo ahí fuera? ¿Me escapo por la ventana? Ni siquiera logro que mis piernas me mantengan en pie. Necesito sentarme, pero no hay sillas. O acurrucarme en un rincón. O, mejor, desaparecer del mundo.

Ahora sí que me acuerdo de mi psicóloga, cuando me dice que no tengo que desaparecer, que debo enfrentar los problemas. ¿Y si la llamo?

*POV*: estoy medio desnuda a punto de dar una fiesta en la que tenía la esperanza de no conocer a nadie, pero acaba de llamar Raysu a la puerta y la he cerrado en sus narices.

¿Qué se supone que debo hacer, Tania?

¡No puedo abrir esa maldita puerta! Me cubro la cabeza entre mis manos. Ahora mismo me siento insignificante y demasiado vulnerable. No soy capaz de afrontar todo esto de golpe. Ya tenía suficiente ansiedad con la maldita fiesta…

—Taylor, abre, te prometo que solo serán dos minutos. Te he traído una cosa y después me iré. —Le oigo decir al otro lado.

Al escuchar su voz me entra el pánico.

Hoy puedo ser la Taylor que me dé la gana. Puedo fingir ser una chica valiente y decidida. La idea me gusta. «Vamos, Taylor, hazlo».

¿Abro?

Ha dicho que serán solo dos minutos. No viene a la fiesta.

Abro.

No sé si él será consciente del impacto tan brutal que sufro al verlo. Todo mi cuerpo vibra. Se estremece. Tiembla. Bum, bum, bum, late mi corazón desbocado. Todo él me aturde.

—Hola. —Sonríe con timidez, tocándose la nuca, como siempre hace cuando se pone nervioso.

Lo miro como si fuese una niñata tonta y enamorada. Creo que hasta me he puesto roja. El Raysu inseguro siempre me ha provocado ternura.

Lleva una cazadora de cuero negra, una camiseta oscura y unos vaqueros. Tiene el pelo un poco más largo que antes, pero ya no lleva las puntas azules. El otro día ni me fijé en ese detalle. Y esos ojos… Joder, lo que me hacen sentir esos ojos es una maldita letanía. Me transportan a otra dimensión. Una en la que solo estamos él y yo. Una en la que soy feliz. Decir que está arrebatador es quedarse bastante corta.

No puede evitar desviar la mirada a mis cocos y después a mi abdomen y muslos. Quiero cubrirme con algo o, mejor, ¡salir corriendo! Pero me limito a cruzarme de brazos, tratando de tapar el máximo de piel posible.

—No llevas una ropa demasiado hawaiana —espeto, señalando su cazadora. Aunque estemos en verano, es cierto que refresca cuando anochece.

«¿Por qué coño has dicho semejante chorrada? —me recrimino—. De las miles de cosas místicas o sugerentes que podrías haber soltado por esa boquita, ¿vas y eliges esa mierda?».

—Bueno…, ya sabes que no soy muy de fiestas. He venido solo a traerte esto.

Me ofrece un paquete envuelto en papel de regalo de color malva con un lazo amarillo. Es de tamaño mediano, ni grande ni pequeño.

—¿Qué es? —pregunto observándolo con reticencia—. ¿No será una bomba?

Su sonrisa se ensancha.

—Algo que he estado haciendo en mis ratos libres y que me gustaría que tuvieras.

Por un instante me entran ganas de lanzárselo a la cabeza o pisotearlo, pero al verlo tan desprotegido me contengo y termino cogiéndolo. Cuando voy a abrir la boca no sé muy bien para qué, alguien me interrumpe.

—*Aloha, Moon!*

Un Ron demasiado sonriente aparece justo a la espalda de Raysu, ataviado únicamente con

un taparrabos y una cinta en la cabeza. Apuesto a que su torso musculoso y bronceado será el centro de atención de todas las miradas esta noche.

Se detiene junto a Raysu para darle un repaso con desprecio, pero él ni siquiera lo mira. Los dos son más o menos de la misma altura.

—¿Qué pasa, Romeo? ¿No crees que vas demasiado vestido para estar en Hawái? —se mofa.

—Puede que seas tú el que vaya demasiado desnudo —gruñe él.

Ron se acaricia sus abdominales y sonríe de manera canalla.

—Las obras de arte están para lucirlas, crac. Pero tú no entiendes de eso.

—Siempre has sido más gilipollas que obra de arte.

A Ron se le borra la sonrisa. Se acerca más todavía a él, tanto que hasta podrían besarse, aunque la tensión que fluye entre ellos no es demasiado romántica, que digamos. Ahora Raysu sí que lo mira con el odio reflejado en sus ojos. Temo, por un momento, que se líe a hostias con Ron, pues no controla demasiado bien las provocaciones, y esta, claramente, lo es.

—¿Qué buscas, Raysu? —ruge Ron—. ¿Me estás provocando?

—¡Chicos, basta! —les pido, enfadada.

Raysu tiene los puños apretados. Veo que cierra los ojos un instante y traga.

—Me voy, Taylor. Pasadlo bien en la fiesta.

Se da la vuelta y lo observo marcharse con paso firme.

—¡Eso! ¡Huye como haces siempre, cobarde cabrón! —continúa Carter.

Miro a Ron con desaprobación.

—¡Ya vale, Ron! ¿A qué viene esto? —le recrimino.

Él se relaja un poco.

—Ha sido él quien me ha llamado gilipollas. Por cierto ¡estás espectacular, Moon! Deberías llevar esos cocos más a menudo.

Me da un beso fugaz en la mejilla y entra en la casa dando por finalizada su explicación.

Desde el último mensaje que nos escribimos, uno en el que me daba las gracias por regalarle a su hermana las cartas Clow, no habíamos vuelto a tener contacto, pero sé que habla a menudo con Susie y que han quedado de vez en cuando, así que supongo que estará al corriente de mis movidas.

No tardan en aparecer un montón de personas que ni siquiera conozco disfrazadas de hawaianos (o cosas parecidas) y que entran como si estuvieran en su propia casa. Antes de darme cuenta, suena la música y vislumbro por el pasillo que el patio trasero está lleno de gente. Pero yo sigo en la entrada, junto a la puerta, con la mirada perdida, considerando si abrir la caja que sostengo entre mis manos o no.

—¿No vienes a tu fiesta de cumple, tía? —pregunta Susie muy sonriente.

Bebe de un vaso algo marrón y me ofrece uno igual.

—¡Susie, no tenías derecho a organizarme esta encerrona! Me has desestabilizado para toda la noche —le recrimino sin coger el vaso.

Mira la caja que ahora tengo abrazada.

—¿Y qué iba a hacer? Me suplicó que te diese eso de su parte. —Señala con un dedo la caja —. Yo le dije de coña que te lo trajera él, pero no pensé que fuera a atreverse. Lo siento.

—Pues se ha atrevido.

—¿No te ha hecho ilusión verlo?

—¿Ilusión? ¡No! Se me ha disparado la ansiedad a niveles que ni imaginas. Y ahora no me atrevo a salir ahí afuera —balbuceo confundida.

Ella coge la caja de mis manos y me la cambia por el vaso que me traía.

—Taylor, escúchame bien. Es nuestra fiesta de cumpleaños. Hace media hora nos daba miedo que no viniese nadie. Después nos daba miedo tu reacción frente a Raysu y ahora nos da miedo que no puedas enfrentar esto. ¿No crees que ya está bien de tantos miedos? ¡A la mierda la ansiedad! ¡A la mierda Raysu! ¡Y a la mierda la gente! Bébete esta puta copa, ven a bailar conmigo y disfruta. Y mañana, cuando abras esta caja, ya nos ocuparemos de las consecuencias. Pero no puedes vivir anticipándote a lo que va a pasar e imaginándote catástrofes. Tienes que vivir el momento. Vamos, ven. —Me ofrece su mano.

Tiene razón. Necesito salir ya de este círculo vicioso de autodestrucción en el que yo misma me he metido. Necesito dejar de hablarme mal y de pensar que todo será un desastre.

—¿Y la caja?

Mira hacia un armario que hay en el pasillo. Se acerca y la mete ahí.

—Mañana la abres y te enfrentas a ella, ¿vale? Hoy es hoy. Nuestra fiesta. Tu superación a la fobia social. Paso a paso, ¿recuerdas?

—Vale.

«¡Bien, empezamos muy bien, Taylor! —Me aplaude nada entusiasmado mi yo destructivo, al que llevo aguantando desde hace tiempo—. Saltándote tus propios límites y, además, con un triple salto mortal con tirabuzón incluido. Una fiesta llena de desconocidos, con Carter y habiendo pasado de Raysu. ¿Qué estará pensando de ti ahora? Seguro que nunca más querrá volver contigo. Desde ya te advierto que va a ser una hostia de dimensiones estratosféricas. Y la que aguanta luego tus lloros soy yo. Porque no sirves nada más que para hacerlo todo mal y llorar…».

«¡Cállate! ¡Estoy harta de que me paralices!», la interrumpo.

Me bebo el cubata de un trago, tomo la mano de mi amiga y salimos juntas al jardín, dispuestas a pasarlo bien.

# 46
# Todo llega en su momento

> Son los vínculos los que nos hacen sufrir. ¿Qué sabrás tú lo que significa perderlos?
>
> SASUKE, personaje de *Naruto*

Un par de chicos se han apoderado del equipo de música y están pinchando de todo un poco: The Weekend, Justin Bieber, Meghan Trainor, Dua Lipa o Black Eyed Peas. Todos están muy animados. No me lo esperaba para nada.

Susie y yo bailamos juntas en medio del jardín sin poder parar de reír. Es el mejor cumpleaños que recuerdo.

—Creo que deberías darle las gracias a Ron por traer a toda esta gente —me aconseja mi amiga al oído.

Miro en su dirección. Se encuentra rodeado de chicas y chicos que le ríen las gracias. Él siempre brilla entre la multitud. Es un líder nato. Y así es feliz.

—¿Por qué?

—¡Oh! Vamos, Tay. ¿Quién habría venido a la fiesta de cumpleaños de dos marginadas y encima en pleno verano? —Se parte de la risa.

Entonces lo veo claro. Yo no pinto nada en medio de todas estas personas. No han venido por mí. Ni ellos me conocen ni yo quiero conocerlos. No es que tenga fobia social, es que no quiero perder mi tiempo tratando de ser aceptada por gente que nunca me aceptará. Sin embargo, Susie parece encajar a la perfección en ese mundo. Y, por primera vez en mi vida, no me importa.

—Ahora vengo —le digo.

Entro en casa decidida. Me dirijo hacia el armario donde está la caja. La cojo y subo a la planta de arriba para estar sola. Me meto en la primera habitación que encuentro, enciendo la luz y, tras cerrar la puerta, me siento en el suelo.

Me tiemblan las manos. Estoy muy nerviosa. Cojo aire y me armo de valor para deshacer el lazo amarillo. Una vez quitado, me lo ato en la muñeca. No me preguntéis por qué. Luego comienzo a despegar con cuidado el papel que lo envuelve, para no romperlo. Una manía que tengo desde siempre porque mi madre los reciclaba para futuros regalos.

Cuando descubro de qué se trata, me quedo en *shock*.

Es un funko personalizado. Parece hecho a mano. Y… soy yo. ¡Es una pasada! Pero no es una Taylor normal. Esta lleva la minifalda que tanto le gustó a Raysu aquel día que me caí sobre él, un escudo y una espada enorme. Y en la camiseta se lee WARRIOR TAI. *Tai*, recuerdo el momento en el que me contó que significaba «algo supremo». Me sentí tan importante… Le habrá costado muchísimo hacerlo. Me lo imagino durante horas quebrándose la cabeza para que quedase perfecto. Casi puedo ver su ceño fruncido. Se me escapa una sonrisa y, por supuesto, alguna lagrimilla.

Él sí me conoce.

Me armo de valor para admitir que lo quiero. No he dejado nunca de hacerlo. Pero a veces el amor no es suficiente.

Me doy cuenta de que hay un sobre junto al papel de regalo. Menos mal que no lo he tirado. Lo cojo y lo miro con cautela. Esto sí que me pone nerviosa, porque tengo la extraña sensación de que se trata de una despedida. No sé si quiero abrirlo. No estoy preparada.

«Seguro que va a decirte que no quiere volver a saber nada de ti y que lo dejes en paz».

Cierro los ojos. Respiro.

«Venga, Taylor, sea lo que sea, hay que hacerle frente», me animo.

Vale. Lo abro. Con las manos temblorosas, pero lo abro. Es un folio escrito de su puño y letra con el número uno en la solapa. ¿A esto era a lo que se refería cuando me dijo que quería escribirme? Mi mente perturbada me convenció de que sería un simple wasap porque no merecía más, y yo la creí. Tengo mucho que trabajar con Tania. Descubro que también hay otro sobrecito cerrado más pequeño, en el que hay un número dos escrito.

Decido seguir las instrucciones, ser una niña buena y leer primero la carta:

> Taylor, me resulta demasiado difícil escribir esto. Como me conoces, sabrás que ahora mismo miles de bolas de papel adornan el suelo de mi habitación porque ninguna de las cartas anteriores me parecía suficientemente buena. Lo cierto es que nada es suficiente cuando se trata de ti, pero espero que esta sea por fin la que llegue a tus manos, porque me estoy empezando a desesperar.
>
> Antes de explicarte por qué deberías darme otra oportunidad, me gustaría que abrieses el pequeño sobre que acompaña esta carta.
>
> ¡No hagas trampas y no sigas leyendo! Ábrelo antes. Es importante.

¡¿Otra oportunidad?!

Me tienta seguir leyendo la carta, pero voy a hacerle caso, para variar, y a abrir el sobrecito.

Al descubrir su contenido, se me acelera la respiración. Me tiemblan las manos. Noto una punzada en el corazón. Se trata de once fotos. Parecen sacadas con una Polaroid, porque son un poco más pequeñas de lo normal y tienen un marco blanco con un fragmento abajo más ancho donde él ha escrito a mano.

La primera es una foto de su clase. Abajo se lee: «El lugar donde te conocí».

La segunda es una foto de la biblioteca. Abajo se lee: «Aquí vi el gran corazón que tienes».

La tercera es una foto de la sala de música. Abajo se lee: «El día en que entendí que era demisexual y que tú eras la única que me hacía vibrar».

La cuarta foto es de los baños donde nos escondimos. Ha escrito: «Aquí descubrí que estaba bien jodido porque no me podía alejar de ti».

En la quinta foto aparece el Hard Rock. «El día en que me sentí más perdido que nunca y tú me encontraste», tiene escrito.

La sexta foto es del interior del Bugatti. «Aquí conseguiste que volviera a creer en el amor, y no lo digo por la primera vez que lo hicimos, que también, sino porque aquí me dijiste que querías ser mi novia».

La séptima foto es del hospital donde estuvo ingresado su padre. «En el momento en el que abrí los ojos y te vi, supe que estaba locamente enamorado de ti».

La octava foto es de otro hospital. Esta vez, donde estuve ingresada yo. «Aquí me juré que, si despertabas, pasaría el resto de mi vida contigo».

La novena es del estanque, y se ve a Nyanta sentado en el muelle mirando con ojos golosos a un cisne al atardecer. «Aquel día te prometí que siempre estaría contigo, pasara lo que pasara, y no he roto mi promesa».

La décima foto es una imagen de la casa actual donde vivimos mi madre y yo, la que nos cedió el padre de Ron. Donde Raysu me dejó. «Este fue el momento más duro que he vivido, aunque no lo creas, porque oí cómo se te rompía el corazón. La putada es que tú no oíste cómo se rompió el mío».

Miro y leo cada una de las fotos de nuevo. Es nuestra historia de amor vista desde sus ojos. Quizá mis fotos o mis frases serían distintas. O quizá no. Me las pongo contra el pecho y rompo a llorar. No entiendo nada. Con lo bien que estábamos, ¿por qué tuvo que hacernos eso?

La última foto es una tarta de cumpleaños con dos velas: un uno y un nueve. «Felicidades. Pide un deseo».

Cierro los ojos y pido un deseo: retroceder en el tiempo cuatro meses. Después lo medito y me doy cuenta de que en realidad no querría estar en aquel punto, que ahora podría ser mejor. Entonces pido otro.

Recuerdo cada momento con una intensidad que no comprendo. Hay miles de datos que olvidamos cada día, ¿por qué permanecen estos en mi memoria como si fueran un tatuaje sin tinta?

Al cabo de un rato, cuando he conseguido calmarme un poco, enjugo mis ojos con las manos y retomo la lectura de la carta. Tengo que tener ahora mismo un aspecto de oso panda cojonudo. Susie me va a odiar por estropearme el maquillaje.

*Me he planteado no escribir esto, porque sabes que odio estas chorradas, pero necesito que lo sepas.*

*Jim Morrison dijo que negarse a amar por miedo a sufrir es como negarse a vivir por miedo a morir, y refleja a la perfección lo que sentí cuando te conocí. Me daba pánico entregarme y volver a sufrir al perderte. Una vez que logré abrirme, hice todo lo posible para que te quedaras a mi lado. Y, aun así, te perdí. Pero, como ya te dije una vez, nadie muere de amor. Aquí sigo, la diferencia es que esta vez tengo más ganas de luchar por lo nuestro que nunca, porque, al perderte, también he perdido ese miedo. Y cuando no tienes miedo, joder, ¡vivir es la hostia!*

*Me enamoré de ese lado que siempre tratas de ocultar pero que a mí me vuelve loco porque solo*

lo muestras a los tuyos, y por eso consigues que me sienta especial. Me enamoré de tu risa: lo mejor que me ha ocurrido en la vida es verte reír sin poder parar. Solo tienes que mirar la cara de gilipollas que pongo cuando lo haces. Solo tú me ayudas a desconectar cuando me asfixian los problemas, que es bastante a menudo. Te quedas conmigo sin dar prioridad a tus cosas. Me curas y me salvas con tu risa. Contigo siento paz y tranquilidad. Siento que soy yo. Sin máscaras. Eres la única que me dice las cosas como son, sin adornos. Te amo porque me has enseñado a quererme a mí mismo y me estás ayudando a crecer como persona. Sé que soy mucho más feliz por tenerte en mi vida y que cada momento, por insignificante que parezca, cuenta más si es a tu lado. Me enamoré de esa mirada con la que me haces el amor y de tus mejillas sonrojadas cuando te provoco. Y te juro por mi vida que haré cuanto esté en mi mano para conseguir que vuelvas a mirarme así y a ser feliz de nuevo.

Como tú misma dijiste, te he dejado marchar, y se supone que cuando estés preparada volverás. Pero, al igual que tú me llevas la contraria en mi teoría sobre las energías, yo también voy a contradecirte en esto. Ni por un puto momento pienses que voy a quedarme de brazos cruzados esperando a que vuelvas. Porque, si algo he aprendido, es que no puedes esperar a que la felicidad venga a ti, tienes que salir a buscarla. Voy a luchar por ti. Por lo nuestro. Porque creo en nosotros más que en que la puta Tierra es redonda. Y te juro por mi vida que lo vamos a conseguir. Solo espero que estés preparada.

Te quiero con toda mi alma, no he dejado de quererte ni un solo segundo y no lo haré jamás.

Soy tuyo.

Raysu

En cuanto termino de leer, dejo escapar un suspiro, y con él se marchan de mi vida todos los reproches que me hacía. Por fin he dejado de luchar contra mí misma y de buscarle un sentido a lo que nos ha ocurrido. Lo acepto y ya está. Gracias a las palabras de Raysu, he atado algunos de los cabos que estaban sueltos y eso me da paz. Por primera vez en mi vida siento que todo está en su sitio.

Leo la carta tropecientas veces porque debido a las lágrimas no veo bien las letras. Siento que el corazón me late con más fuerza y que me falta el aire. Esta carta es el punto de inflexión entre el amor más grande que he sentido y el dolor más intenso que me han causado jamás.

Mi voz autodestructiva me grita: «Rompe toda esta mierda en mil pedazos como hizo él con tu corazón. No son más que mentiras. Te volverá a dejar y volverás a sufrir».

Pero mi voz real me aconseja que vaya corriendo a buscarlo.

¿A quién hago caso?

# 47
# La pipa de la paz

> No hay ninguna persona que no tenga cicatrices en su corazón.
>
> HIEI, personaje de *Yu Yu Hakusho*

Unas voces procedentes del jardín me sacan de la burbuja de purpurina en la que me hallaba sumida. Lo guardo todo en la cajita y la dejo en un rincón. Bajo las escaleras a toda prisa para comprobar qué es lo que está pasando. En cuanto llego al jardín, me encuentro a Susie peleándose con una chica.

Me acerco corriendo para separarlas y comprobar de qué se trata.

—¿Qué pasa, Susie? —le pregunto nerviosa al verla tan enfadada.

—Esta tía va diciendo que te has acostado con Ron a cambio de que trajese gente a la fiesta —grita por encima de la música.

Miro a mi alrededor. Casi no hay nadie. No veo a Ron. Mi cerebro hace clic.

—¿Y Carter?

Susie no quiere contestarme. Lo veo en sus ojos. Algo malo sucede.

—¡Susie! ¡¿Dónde coño está Carter?!

Ella cierra los ojos.

—Está fuera… pegándose con Raysu.

—¡¿Qué?!

No.

No. No. No. No. No. No. No. No. No.

¡Mierda!

Salgo corriendo con el corazón en un puño. Atravieso la casa a toda velocidad. No sé lo que voy a encontrarme. Solo sé que ahora mismo los mataría a los dos. Con cada uno tengo una cuenta pendiente, y ellos no tienen que cerrarla por mí.

En cuanto bajo las escaleras del porche delantero y piso las baldosas de la calle, veo la cazadora de Raysu tirada en el suelo y mi corazón se detiene durante un instante. A lo lejos diviso un grupo de gente que forma un círculo y grita. Resulta evidente lo que está pasando. Salgo corriendo. Me da igual todo. Tengo que separarlos como sea.

Al llegar, me abro paso entre la gente y descubro a Raysu sujeto por dos de los orangutanes de Ron, que se dispone a asestarle otro fuerte puñetazo. El corazón se me detiene en seco. Siento tanto asco que sería capaz de asesinarlos a todos. Odio a la gente que mira, graba y anima estas mierdas. Son incluso peores que los que pegan. Putos zumbados.

—¡¡¡Basta yaaa!!! —le grito a Carter con todas mis fuerzas mientras sus esbirros forcejean con Raysu.

Cuando es consciente de que soy yo, se detiene al instante y hace una señal a los idiotas de sus amigos para que suelten a Raysu. Enseguida lo dejan, pero permanecen uno a cada lado. Tanto Ron como Raysu respiran con dificultad y se miran como si quisieran matarse. Uno tiene sangre en el labio y el otro en la nariz. Muy bien. Muy maduro todo.

—¡¿Se puede saber qué coño hacéis?! —les exijo.

Me encuentro en medio de ambos con los brazos abiertos para que ninguno se acerque al otro y mi corazón bombea tan fuerte que estoy a punto de desmayarme.

—¡Yo estaba tan tranquilo en la fiesta cuando este subnormal se me lanzó encima! —ruge Ron.

—¡Cállate la puta boca! ¡Sabes de sobra por qué lo he hecho! —gruñe Raysu, limpiándose la nariz con la manga de la camiseta y de muy mala hostia.

—¡Yo no soy responsable de lo que diga la gente de ella, gilipollas!

—¡Un tío te preguntó qué tenía que hacer para follársela y os descojonasteis!

Nunca había visto a Raysu así de alterado. Está rojo de ira y se le marcan todas las venas del cuello.

—De todas formas, da igual —escupe Ron—. Ya has conseguido lo que querías, hacerte el héroe delante de tu novia. ¡Idos a la mierda los dos y dejadme en paz de una puta vez!

Se da media vuelta y se larga. Los demás permanecen contemplándonos con cara de asco y siento la rabia subirme por el estómago como si se tratase de un fuego abrasador hasta llegar a mi garganta. Trago saliva. Aprieto los puños.

—¿No habéis oído a vuestro líder, pandilla de borregos? ¡Ya os podéis ir todos a tomar por culo! —les grito.

En menos de dos segundos se han largado, no sin antes obsequiarme con varios insultos de lo más variopintos.

«Muy bien, Taylor, te acabas de cerciorar de que no volverá nadie a tus célebres cumpleaños», me recrimina mi voz.

«¡Tampoco lo quiero!», le respondo enojada.

Todavía no soy capaz de enfrentar a Raysu. Noto sus ojos sobre mí, pero me encuentro dándole la espalda con la mirada perdida en la dirección por la que se han marchado todos.

—Lo siento. He arruinado tu fiesta —admite.

Entonces me vuelvo y lo miro con dureza.

—¿Crees que puedes ir por ahí pegándote de hostias con la gente? —le reprocho enfadada—. ¿No se suponía que lo tenías controlado?

Chasquea la lengua. Parece dolido. No es para menos. Dos tíos lo sujetaban mientras otro le pegaba, pero empezó él, si no Ron no tendría sangre en el labio. No debería ir por ahí buscando problemas con esos matones.

Sacude la cabeza. Mira sus manos. Mira a otro lado avergonzado o furioso, no lo sé. Luego

clava sus ojos llenos de tristeza en los míos.

—Le pedí que negase lo que estaban diciendo de ti, pero se me echó encima. Yo solo me defendí, y ni siquiera eso, porque enseguida me agarraron. Si no quieres, no me creas —ruge lleno de rabia.

Un momento…

—¿Qué hacías tú en la fiesta?

—Entré a buscarte para poder hablar contigo y los oí burlarse de la decoración. Carter estaba fardando de que se había acostado contigo para que viniese gente y así fueras más popular. Dijo que llevabas todo el año detrás de él… —Hace una pausa para armarse de valor y poder pronunciar las mismas palabras tal y como las dijo Carter—: «Como una perra en celo». Después, el otro cerdo…

—Da igual —lo interrumpo asqueada—. No quiero saber más.

Veo el dolor en sus ojos y comprendo que no haya podido estarse de brazos cruzados. Yo misma habría hecho lo mismo si oyese a alguien hablar así de una persona a la que quiero.

Me froto el rostro con las manos. Estoy muy nerviosa. Cuando nuestros ojos se encuentran, me doy cuenta de que nada de lo que siento por él se ha perdido por el camino; es más, ahora parece mucho más intenso. Él me contempla como si fuese algo fascinante.

—Esto no te hace bien, Raysu.

—¿Qué?

—Yo. Nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Parece que cuando estamos cerca nos destruimos. Es como si todo se confabulara para separarnos. ¿No lo ves?

—Lo único que veo es que… —Se detiene en seco, como si se le hubiese cortado la voz al mirar el lazo amarillo que llevo atado a la muñeca—. Taylor, esta vez no vamos a dejarnos llevar por lo que nos susurren nuestras voces de mierda.

Tiene los ojos vidriosos.

—Lo que hiciste me dolió más que cualquier otra cosa, Raysu. Solo quiero saber por qué tomaste esa decisión. Y no me vale lo de que fue por mi bien y que estabas encerrado. Sé que eso no te habría detenido de querer estar conmigo.

Necesito saberlo. Necesito dejar de sentirme insuficiente. Necesito que responda a todas las preguntas que quedaron en el aire. Necesito una razón de peso para perdonarlo. Necesito que me diga…

—El otro día, cuando nos vimos en el Hard Rock, no estaba preparado para lo que me dijiste. No supe reaccionar al tenerte delante y me porté como un puto gilipollas. En serio, esperaba cualquier reacción tuya, incluso que me clavaras un cuchillo o me pegaras una patada en los huevos, pero en ninguna de mis hipótesis imaginé que me dejaras así.

Intenta sonreír, pero no puede, así que continúa:

—No te lo voy a negar, en un principio me quedé hecho una mierda. Lo pasé mal de la hostia. Hasta fui a tu casa para hablar contigo, pero en el último momento me arrepentí y me largué de allí. Después, con el paso de los días, he entendido que necesitábamos ese tiempo. Y que tú lo habías comprendido todo mucho mejor que yo.

Alzo las cejas, sorprendida.

—¿A qué te refieres?

—A que por fin he entendido tu forma de ver el amor y, en efecto, tienes razón: se puede influir en la fuerza con la que vuelve a ti esa energía. Yo influí con mi decisión de dejarte en que me quisieras menos. Y tú has conseguido que te quiera cada día más y, con tus palabras del otro día, que te quiera mejor y, por primera vez en mi vida, no tengo miedo a hacerlo ni a admitirlo. Te esperaré lo que haga falta. Solo necesito que sepas que en todo este tiempo no ha habido un solo día en el que no haya pensado en ti.

Trago saliva tratando de digerir sus palabras. Lo odio por haber conseguido traernos hasta este momento. Por haber roto todo cuanto teníamos, las ilusiones y la esperanza, para llenarnos de resentimiento.

—Creo que esto llega demasiado tarde.

—¿Me dejas que te lo explique?

Me coge la mano y no la aparto. Cierro los ojos un instante. Anhelaba su calor. Con este nimio contacto se remueven en mí todas y cada una de las emociones que me embriagan cuando estoy a su lado. No han perdido ni un ápice de intensidad. Aún lo siento. Todo.

Un repentino relámpago ilumina el cielo oscuro y, acto seguido, nos sorprende la lluvia. ¿Será una señal del cielo para que nos mantengamos alejados?

Me suelto de su mano y salgo corriendo a toda prisa hacia las escaleras bajo el porche. Necesito sentarme, porque, de lo contrario, me caeré. Mis rodillas hace rato que flaquean. Observo en silencio cómo se acerca con su característico paso de rey de los pasotas. Al llegar recoge su cazadora del suelo, la sacude, me la pone sobre los hombros y toma asiento a mi lado, pero sin rozarme.

Contemplamos la lluvia caer. Adoro las tormentas de verano. El petricor es mucho más intenso. Me recuerda a aquel día que lo hicimos por primera vez en su coche. O cuando nos juramos amor eterno entre caricias y besos en el cobertizo de su abuelo. En realidad, la lluvia siempre ha sido testigo de todos los momentos importantes entre nosotros.

Al cabo de un rato, lo miro de reojo. Tiene los codos apoyados sobre las rodillas y su cabeza agachada entre ellas.

Rompe el silencio, pero no se atreve a mirarme.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Que estoy hasta la polla de despedidas.

Suelto un bufido cargado de sarcasmo.

—¡Pues cualquiera lo diría!

Clava sus ojos en mí.

—¿No lo entiendes? La única salida que encontré para que estuvieras a salvo fue que huyeras a otro país. Les prometí a mi padre y a tu madre que te convencería, y ellos a su vez me hicieron prometer que rompería contigo si no lo conseguía. Una vez que rompiéramos, ya no tendrías nada que te retuviera aquí, más bien todo lo contrario, tendrías motivos para alejarte de mí. Además, mi padre podría usarlo como un grave perjuicio en el juicio. Pero te negaste a irte, incluso después de que yo te dejara. Y con eso no contaba nadie.

—¿Y por qué no volviste a buscarme ni contestaste mis mensajes para contarme la verdad? Dejaste que creyera que no me querías.

Sus ojos me atraviesan como dos dagas flamígeras.

—Lo primero, porque tu padre nos tenía vigilados a todos, y cuanto menor fuese la red de gente que tuviese contacto contigo, mejor. La policía sospechaba que había vuelto a Pittsburgh y no podíamos permitir que encontrase el piso donde vivías con tu madre. Lo segundo, porque ingresé de nuevo en el centro de rehabilitación después de un fuerte enfrentamiento con mi padre precisamente por ese tema. Quise responderte. Me volví loco cuando me quitó el móvil y nos peleamos. Y lo tercero (sé que te vas a cabrear mucho, pero necesito ser totalmente sincero), quería que tuvieras tu oportunidad con Ron. Yo nunca me he visto suficiente para ti. Creía que no podía ofrecerte nada, solo mi amor, y pensaba que eso en un futuro no bastaría. Así que me aparté para que pudieras decidir siendo libre, sin estar yo en medio.

¡Es idiota!

—Tus niveles de gilipollez no dejarán nunca de sorprenderme. —Niego con la cabeza.

Él esboza una ligera sonrisa de alivio por mi respuesta. Supongo que creía que iba a poner muchas objeciones a cada una de las cosas que ha dicho, pero me es imposible, sigo estando en *shock*. Todavía no me acostumbro a su cercanía.

—Al final mi padre tenía razón. Estabas aprendiendo a valorarte y a quererte. Sanando heridas. No tenía derecho a aparecer en tu vida, Tay.

Escucharlo llamarme así me quiebra.

—Y así fue como la persona que más necesitaba me enseñó que no necesitaba a nadie. A lo que no tenías derecho era a hacerme sentir una mierda. ¡Y lo hiciste!

—Tu psicóloga me pidió tiempo para que estuvieses preparada, porque, de lo contrario, recaerías. Por eso no quise interferir.

Aprieto los puños al sentirme traicionada por Tania también.

—Ya veo que todos sabíais lo que me convenía, menos yo —me quejo entre dientes.

—Necesitaba hacerte saber de alguna manera que seguía estando ahí y que no me había olvidado de ti ni un solo segundo, entonces empecé a hacer tu funko. Una Taylor renacida y más fuerte. Libre y sin miedo.

—Esa no soy yo.

—Yo siempre te he visto así. Solo queda que abras los ojos y tú también lo veas.

Permanezco en silencio intentando retener las lágrimas.

—Sigues sin contestar a mi pregunta: ¿por qué no me llamaste después de que encarcelaran a mi padre?

Me contempla con tristeza.

—Te lo he dicho antes. Me quitaron el móvil. Me pegué con mi padre y me ingresaron. No sé si lo sabes, pero en el centro no se puede tener contacto con el exterior. Fue un puto infierno. Te lo juro, Tay, cada noche soñaba que te asesinaba ese hijo de puta o que estabas con Ron… Y yo…, joder, no podía respirar. Cuando salí, al cabo de dos meses, mi padre me contó que habían detenido a ese desgraciado, que no salías con Ron, que estabas yendo a terapia y que te iba muy bien.

Suelto una risa irónica.

—Sí, me iba de puta madre.

—Te aseguro que a mí no me fue mucho mejor.

—No teníais derecho a ocultarme todo eso —reniego para mí.

—Créeme, necesitábamos ese tiempo. En esos meses me enseñaron que las relaciones de pareja no tienen que ser dependientes. Me hicieron ver que había manifestado en ti la figura femenina de mi madre, al igual que tú habías reflejado en mí la de tu padre. Las figuras ausentes en nuestras vidas. Yo jamás podría volver a ti siendo una persona violenta como lo fue tu padre. Sí, lo sé, es una jodida locura, pero al final lo comprendí: te necesitaba tanto como respirar. Me levantaba por ti. Estaba dispuesto a morir por ti sin dudarlo, a matar por ti. Eras mi droga. Y eso no estaba bien. Tenía que aprender a amarte bien, a amarte libre y, como tú me dijiste, a quererme a mí mismo. A perdonarme… a mí y a mi madre.

La expresión de su rostro me provoca unas ganas enormes de tocarlo, de cogerle la mano, de abrazarlo, pero me contengo. La distancia entre nosotros es un abismo que me duele. No puedo seguir fingiendo que me es indiferente.

—¿Has perdonado a tu madre?

Alza el rostro al cielo. Después me mira y asiente.

—Creo que estoy preparado, Taylor. No volveré a escapar ante el más mínimo problema para no sufrir. Me he perdonado y he perdonado a mi madre por irse demasiado pronto. Al verte el otro día, supe que tú también estás preparada. Hemos vivido emociones muy intensas en demasiado poco tiempo y nos han venido grandes porque no habíamos sabido gestionar los traumas que arrastrábamos del pasado. Se han acumulado con los del presente y hemos explotado por los aires. Pero eso no es lo que importa. Lo realmente importante es lo que vayamos a hacer con esos pedacitos ahora. Me dijiste que las personas que están rotas no se sanan unas a otras, solo consiguen romperse juntas, pero te equivocas. Yo estoy cosiendo todos esos pedazos y creando una nueva versión de mí. Una versión con un corazón sano. Cicatrizado, y no herido de muerte como estaba. Un corazón que late con más fuerza que nunca por ti. Sin miedo. La clave está en volver a reconstruirnos uno al otro. Juntos. Poco a poco. Sin prisas. Con toda la dedicación. Solo así funcionará. Porque los dos tenemos las ganas y el valor de crecer juntos, pero, sobre todo, lo único que importa es el amor que sentimos el uno por el otro.

—¿Amor?

Me coge la mano de nuevo.

—Estoy harto de esconderme y de ponerme excusas para no decir lo que siento… Te quiero, Tay, pero no te lo digo para que lo sepas ahora. Lo que pretendo es que lo sepas cuando no te lo diga. Para que no vuelvas a dudar de mi amor. Porque no dejaré de quererte ni un solo segundo.

Me mantengo en silencio. Asimilando todo esto.

Él cambia su gesto. De pronto, no parece tan seguro de sí mismo. Tiene miedo.

—Lo siento —dice abatido—. No te he preguntado qué es lo que quieres tú. Quizá ya no…

¿Lo que yo quiero?

No quiero volver a dudar. No quiero volver a tener miedo ahora que estoy sanando. No quiero sufrir. Tampoco quiero que él lo haga…

—Lo que quiero es que no vuelvas a dejarme, y para eso la solución es no volver a estar juntos —susurro—. Eres la única persona con la que he conseguido abrirme y me has destrozado. No podría volver a superarlo.

—¡No! Taylor, te equivocas. Claro que puedes. Yo también pensé eso cuando murió mi madre, pero después llegaste tú. Y me has enseñado a no rendirme. Mírame. Estuve acojonado por lo de tu padre. Pensé que me moría cuando rompí contigo, aunque lo hice pensando que era

por tu bien. Después, me sentí fatal cuando te imaginaba con Ron. Ahora me da miedo que no me perdones o que ya no sientas lo mismo. Siempre habrá algo que nos dé miedo, pero no debemos frenarnos. No por miedo. Nunca. Porque el amor que siento por ti es mucho más fuerte que el miedo a que me dejes. Y si llegase ese momento, ahora sé que recordaré nuestros instantes bonitos juntos.

El mundo estalla por los aires.

—Yo… No puedo…

Se pone de pie y al hacerlo la lluvia comienza a empaparle la ropa y el pelo, pero no le importa.

—Taylor, mírame a los ojos y dime que no me quieres. Entonces me iré.

Lo hago. Lo miro a los ojos. Esos ojos que refulgen al mirarme. Esos ojos azules como el mar en calma. Unos ojos que me alientan a seguir adelante. Y todo se desvanece.

Me imagino una vida a su lado y también una vida sin él. La primera está llena de colores y la segunda es oscura.

No pienso más. Solo actúo. Me pongo en pie junto a él. Siento la lluvia mojar mi cuerpo y parece que esto me despeja la mente. Lo tengo más claro que nunca.

—Raysu…

—¿Qué? —pregunta cagado de miedo.

—Bésame de una maldita vez.

Deja escapar el aire que estaba reteniendo en sus pulmones.

—Pensé que nunca me lo pedirías.

Sonríe dejando escapar toda la tensión acumulada en esa sonrisa y se apresura a coger mi rostro entre sus manos. Acerca con lentitud el dedo pulgar a mis labios para acariciarlos con delicadeza mientras me contempla absorto bajo la lluvia.

—¿Esto es un puto sueño? —susurra contra mi boca, como si no quisiera dar el paso.

Levanto las manos y enredo los dedos entre los mechones de su cabello mojado para atraerlo hacia mí con determinación y por fin nos besamos como es debido. Lo beso sin titubear. Él me devuelve el beso con las mismas ganas mientras me rodea la cintura con los brazos para levantarme del suelo. Sonríe sobre mis labios y me aprieta contra su cuerpo. Y con ese abrazo consigue que todas y cada una de mis partes rotas se unan de nuevo.

Llevaba tiempo sintiendo un oscuro vacío intenso en mi pecho y ahora mismo acaba de llenarse de luz. Resulta contradictorio que ni el sufrimiento ni la felicidad sean visibles y, sin embargo, nos llenen o nos vacíen el alma de una manera tan brutal.

Justo en este preciso momento sé que estoy haciendo lo correcto, porque me siento plena y feliz. Lo que hay entre nosotros es tan profundo que nadie podrá acabar con ello jamás.

Me baja de nuevo al suelo. Pega su frente a la mía.

—¡Menudo beso, joder! —susurra con la voz ronca.

Suelto una sonora carcajada. Me coge de la mano para resguardarnos en el porche. Sonreímos como dos tontos. Sus ojos brillan de nuevo. Y entonces sucede:

—¿Quieres volver a ser mi novia?

—No.

Frunce el ceño y se aparta un poco para poder mirarme con perspectiva.

—¿Qué?

—No quiero volver a serlo —insisto con firmeza.

Su mirada es de absoluta desesperación y me muero de ganas por lanzarme de nuevo a sus brazos. Pero ahora le toca sufrir a él. Un poquito.

—¿Por qué?

Sonrío con malicia.

—Porque lo nuestro nunca ha acabado.

Él se ríe aliviado, se muerde el labio inferior mirándome con lujuria y niega con la cabeza antes de añadir:

—Y nunca acabará.

# Epílogo

@SusieLillipop

¡Hola a todos mis Lollipoperos! Como todos sabéis, anoche se celebró en Nueva York uno de los eventos más importantes del año: la quinta gala Petricor. Y, por supuesto, ¡yo no podía faltar! No solo porque es uno de los metaversos actuales más galardonados del mundo por su gran labor social, sino porque una de sus creadoras es mi mejor amiga, y yo fui a apoyarla… Bueno…, vale, está bien, ¿a quién pretendo engañar? Fui porque después había barra libre. Pero no digáis nada. Es un secreto.

Inciso: la foto en la que sale esa chica tan mona en bolas y con un bigote dibujado con rotulador no soy yo. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

No, ahora en serio. Para los que no lo sepan, Petricor es un metaverso que ha alcanzado los dos millones de suscriptores. Simula la vida en un colegio, un instituto, la universidad e incluso el trabajo. El escenario que elija cada usuario. Nació como una plataforma para conectar a personas que sufren *bullying*. Para que así supieran que no estaban solos. Su lema es que #launiónhacelafuerza y con la ayuda de todos consiguen que esas personas reúnan las fuerzas necesarias para denunciar los hechos y salir de esa mierda. Os sorprendería saber las cifras de víctimas que descubren que sus agresores no son tan fuertes como ellas creían.

Estoy muy orgullosa de ti por todo lo que has conseguido, @Taylor_petricor. También aprovecho para dar la enhorabuena al otro fundador, Raysu, y, ¿cómo no?, a su mayor patrocinadora: Hermione Carter. Entre los tres han hecho posible que Petricor sea un encuentro de amigos y no un hospital de almas. Os doy las gracias en nombre del mundo, chicos.

¡Y ahora os cuento lo más jugoso de la noche! Que ya sabéis que soy una *borderline* y esto de ponerse tan seria no me va en absoluto.

Resulta que minutos antes de la gala estábamos Taylor y yo en el *backstage* poniéndonos al día de nuestras cosas y haciéndonos fotos para que todos vosotros tuvieseis salseo que cotillear, cuando… de repente apareció Raysu con una enorme sonrisa y un gran lienzo envuelto entre sus manos, sin apartar los ojos de mi amiga. ¿Se puede estar más bueno que

ese hombre? ¡Joder, os juro que en aquel momento casi dejo de ser lesbiana! (Es broma, Lilly).

A mí me habría conquistado con un viaje al Caribe con todos los gastos pagados, pero resulta que el sueño de mi querida amiga era que su caricaturista preferido, es decir, un tío de Japón que no conoce nadie, la dibujase en plan manga. No la juzguéis, os prometo que es buena gente.

Y ahora viene lo fuerte… ¿Preparados, *people*?

En el dibujo aparecía Raysu arrodillado frente a ella ofreciéndole una cosa extraña parecida a un colgante de Las Supernenas (no me preguntéis qué cojones era). Y debajo había un cartelito que decía: «¿Cuándo piensas pedirme matrimonio, Warrior Tay?».

*OMG!* En cuanto ella separó los ojos del lienzo, ¡¡¡se lo encontró arrodillado justo como aparecía en el dibujo!!! Con la misma ropa y el mismo colgante entre sus manos. En serio, Raysu, estoy esperando que me expliques dónde cojones estaba el anillo de diamantes. Pero esperad, que si pensabais que eso era lo más emocionante, estabais equivocados, porque ahora viene lo mejor.

Ella se sacó un anillo muy raro del bolsillo y él lo reconoció al instante (ya sabéis que en su frikimundo solo se entienden ellos). Se puso de rodillas frente a Raysu y le preguntó si quería seguir aguantándola el resto de su vida. Él, con los ojos llenos de lágrimas (no más que yo), se puso el anillo y le respondió que no imaginaba una vida mejor. Así que ella se lanzó a sus brazos y terminaron los dos besándose y rodando por el suelo.

Yo me marché para dejarles un poquito de intimidad, así que me perdí lo que pasó después, podréis haceros una idea. Pero, si algo os puedo garantizar, es que ¡¡¡pronto tendremos boda!!!

¡Brindemos por los novios!

Me falta editar la última foto. Ahora sí que ha quedado bien para poderlo publicar.

La primera versión que había escrito era demasiado escabrosa y a Taylor no le habría gustado que contase al público que está embarazada antes de que se enterase Raysu, lo cual demuestra una vez más lo buena amiga que soy, porque gracias a ese bombazo habría llegado a los tres millones de *followers*. Pero la prefiero a ella. La verdad es que no me canso de mirar el vídeo de estos dos idiotas prometiéndose amor eterno. Me dan una envidia…

—Disculpa, ¿tú eres Susie Lollipop?

Una rubia impresionante acaba de aparecer frente a mi tumbona con un bote de crema en la mano. Estoy en la piscina del hotel donde nos hospedamos casi todos los asistentes a la gala.

—Depende de para qué —contesto con una sonrisa provocadora mientras me bajo las gafas de sol.

—¿Tú qué crees? —Me entrega el bote y se quita la parte de arriba del biquini, que tiene

varios dinosaurios rosas dibujados.

Al principio me costó mucho entender lo que implicaba estar en una relación abierta, pero ahora creo que es el futuro de la humanidad. Lo siento, Lilly, has creado un monstruo.

Lanzo el móvil por los aires para no mancharlo de crema. Ya tendré tiempo para las redes sociales.

Recuerda: en nuestra propia vida nosotros no somos lectores, sino escritores.

GINTOKI, personaje de *Gintama*

# Agradecimientos

Esta novela ha nacido en el momento más duro de mi vida. Un momento en el que no pensé que pudiera volver a escribir. Pero a veces la vida nos sorprende llenando de luz la oscuridad más profunda. Y volví a hacerlo con más ganas que nunca. Por eso, Raysu y Taylor serán siempre unos personajes muy especiales. Ellos son mi cicatriz más bonita. Gracias, chicos, por recordarme por qué me apasiona escribir.

Quiero agradecerle al amor de mi vida las veces que me ayuda a levantarme cuando me caigo, los abrazos en mitad de la noche cuando lloro en silencio y que me anime a seguir persiguiendo mis sueños, a pesar de las dificultades que eso conlleva. Siempre eres mi faro en medio de la tempestad. *Te iubesc, montanel.*

Quiero dar las gracias a mis hijos por haberme enseñado lo que es el amor verdadero. Sin vosotros mi vida no tendría sentido. Gracias por hacer que cada momento cuente. La lucha a vuestro lado es simplemente maravillosa. Gracias por entender todas las horas que he tenido que encerrarme en mi habitación a trabajar en lugar de estar con vosotros, por colaborar con entusiasmo cuando más os necesitaba, por seguir a mi lado con una preciosa sonrisa pese a los momentos difíciles y por ser los mejores hijos que una madre pueda desear. Os quiero con toda mi alma.

Quiero agradecer a mis padres que me hayan acompañado en los malos momentos y no me hayan soltado nunca de la mano; habéis sido y sois los mejores padres que nadie pudo ni siquiera soñar. Siento daros las penas que os doy y espero que lo compensen las alegrías. Os quiero. A mi hermano, gracias por no fallar nunca, por las aventuras compartidas de niños, por las de adultos y por las que nos quedan por seguir viviendo. Te quiero mucho, colega del moco.

Quiero agradecerme a mí misma el haber aprendido a amarme tal y como soy, a aceptar que no soy perfecta o al menos intentarlo. Estoy en el camino, aunque sea un proceso largo y tedioso. Pero, sobre todo, quiero pedirme perdón por todas las veces que me maltraté y me odié. Merezco ser feliz. Nadie me ha regalado nada, todo es fruto de muchísimo esfuerzo. La vida realmente es muy corta y hay que disfrutar cada segundo. *Sorry*, pero necesitaba decírselo a la pequeña Anita, a ver si lo entiende de una maldita vez.

Gracias a Cristina y a Gemma, mis editoras, por confiar en mí y brindarme esta oportunidad tan bonita. Cris, me han encantado nuestras videollamadas y los comentarios sobre *My Hero Academia*, eres una crac. Gracias por tu inmensa ayuda con el maldito epílogo, ja,ja,ja. Y, sobre todo, gracias por tus palabras de aliento. Gracias también a todo el equipazo de Montena, porque son la leche. Espero que este sea el primero de muchos libros más; me ha fascinado trabajar con vosotros. ¡Gracias de todo corazón!

Gracias a mi lectora cero y hermana Lorena, que se lee conmigo la novela mil millones de veces hasta que nos parece perfecta. Gracias por esos audios interminables discutiendo con qué personaje se tiene que quedar la protagonista. Gracias por las carcajadas, pero, sobre todo, por las lágrimas. Eres una de las personas más importantes en mi vida y espero que eso no cambie nunca. Te quiero, amiga. Todo va a salir bien.

Gracias a Dani por estar siempre, por todas esas conversaciones a altas horas de la noche, a primera hora de la mañana, y durante los desayunos, comidas y cenas. Por las charlas de *coaching* por los cotilleos y por tantísimas cosas. Eres un mamarracho muy especial para mí. Me enseñas cada día a ser mejor persona. Te admiro mucho.

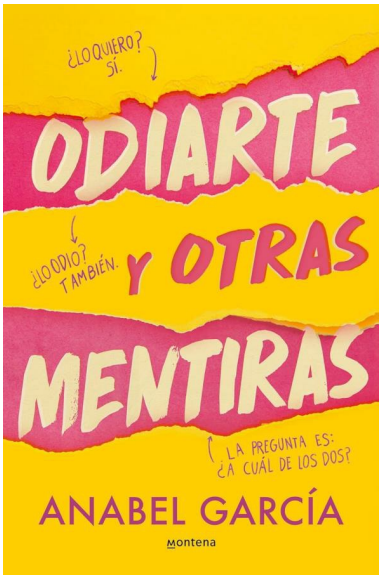
Gracias de todo corazón a mi madrina literaria, mi querida Susana Rubio, por hacer posible que todo esto se haya hecho realidad. Susana, eres enorme como escritora, pero como persona no tienes precio. Te deseo lo mejor.

Gracias, Mery (@booksandtea) por tus comentarios sobre los protas y por aquel audio que me mandaste al terminar de leer el libro volviendo de Nueva York (y que me pongo en bucle porque no puede ser más bonito). Que una lectora como tú me dijese aquellas cosas me hizo sentir válida. Espero que llegues muy lejos, mi niña, te lo mereces y estoy segura de que lo lograrás.

Quiero dar las gracias a toda la comunidad bookstagram y booktoker por esa labor maravillosa que hacéis con vuestras reseñas y vídeos. Que invirtáis vuestro preciado tiempo en ayudarme a que mis títulos lleguen a más personas no tiene precio. Sin vosotros no sería posible. Gracias infinitas por cada foto y por todo vuestro cariño.

Y, sobre todo, quiero dar las gracias a mis lectoras. No tengo palabras para expresar cuánto significan para mí vuestros correos, publicaciones y mensajes privados contándome lo que os han hecho sentir mis historias. Vuestro apoyo y entusiasmo son como estar al borde de un precipicio y que alguien te agarre de la mano para evitar que caigas al vacío. Sois el pilar sobre el que me sujeto. Gracias por dejarme entrar en vuestros corazones, por recomendarme y, en definitiva, por estar siempre a mi lado. Para mí es un honor escribir para vosotras y me emociono al pensar que queréis a mis personajes tanto como los quiero yo. Por todo esto os estaré eternamente agradecida. Sin vosotras, no soy. Un besazo.

**Risas, lágrimas y mucho picante en una desenfadada comedia romántica a tres bandas. ¡El primer amor como nunca te lo han contado!**




**¿Cuál es la gran mentira de mi vida? ¡Que lo odio con todas mis fuerzas!**

Si algo tiene claro Taylor es que odia a Ron Carter, el carismático y popular dios de la facultad de Pittsburgh. Y lo odia porque es todo lo opuesto a ella.

Él no sabe ni que ella existe hasta que sus mundos colisionan de la manera más ridícula posible y, desde entonces, los dos se convierten en el centro de atención de las redes sociales. Todo el mundo pretende emparejarlos, aunque Ron nunca se fijaría en una chica como ella..., ¿o sí?

Raysu, un enigmático repetidor que va de duro, aparece de repente para ayudar a Taylor en un apuro. Es un lobo solitario y no tiene amigos, pero sí muchas cosas en común con ella, aunque todavía no lo sepan. Sin embargo, su actitud de «chico malo» la saca de quicio y, además, está clarísimo que él la odia..., ¿o no?

Dos chicos.

Una elección.

¿Quién dará el paso que separa el odio del amor?

Me llamo **Anabel García**, pero para mis amigos siempre he sido Anita o Ana de las Tejas Verdes. Tengo cuarenta y dos años, pero aparento veinticinco. Lo sé. Vivo en Aranjuez y comparto mi vida con los dos seres más maravillosos del mundo, mis dos padawan. Y también con el amor de mi vida, mi marido. Escribo desde que tengo uso de razón; escribir siempre ha sido para mí una manera de ser libre y no volverme loca, pues mi mente está constantemente imaginando historias de personas a las que no conozco, pero que me gritan que les dé vida. Cuando no escribo, leo, pero también me gusta viajar, comer, bailar, estar con mis amigas, escuchar música, practicar yoga... El sueño de mi vida es acudir a una firma de libros y que haya cola. Bueno, y que hagan una película de alguno de mis libros también, pero eso ya sería demasiado pedir. ¿Podría añadir también que me tocase la lotería? Bah, me quedo con la primera, sin dudarlo. Y, bueno, si te apetece, puedes pasarte por mis redes sociales para conocerme un poquito más.



Primera edición: febrero de 2024

© 2024, Anabel García
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Ariadna Oliver Belmonte

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19746-38-2

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
Twitter: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

**«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».**

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

[1] «Guerrera», en japonés.

[2] «Hasta luego», en japonés.

[3] «Hasta la próxima», en japonés.

[4] «Bienvenidas», en japonés.

[5] *Wife*: «esposa», en inglés. En la cultura *otaku* es normal que muchos quieran casarse con un personaje manga o anime. Son personajes con los que sueñan una vida mejor, una especie de alternativa al complicado mundo real. Incluso los hay que viven con una figura de tamaño natural a la que tratan como si fuera de verdad, llevándola incluso a cenas de Navidad.

# Índice

Odiarte y otras mentiras

Prólogo

1. El *casting*

2. La gran decisión

3. Las consecuencias

4. Instagram

5. El peor día de mi vida

6. El malentendido

7. La verdad

8. Sorpresas

9. Explicaciones

10. Ron Carter

11. Mi primer beso

12. Algo inesperado

13. Amistad

14. Amigas

15. Explicaciones

16. La búsqueda

17. El rescate

18. La huida

19. La verdad

20. Las clases particulares

21. Confesión

22. El olvido

23. ¿Nos reconci+liamos?

24. Petricor

25. Pervertido

26. «It Must Have Been Love»

27. «New York, New York»

28. Explicaciones

29. ¿Física o química?

30. La gran decisión

31. ¡¿Mi novia?!

32. ¿Cuándo dejaré de meter la pata?

33. Reconciliarse

34. Ay, mi madre

35. Allí me colé y en la fiesta me planté

36. Dulce Navidad

37. De vuelta a la vida

38. Toda la verdad

39. El cobertizo

40. El duelo a muerte

41. Malentendidos

42. Catarsis

43. Resurgiendo de las cenizas

44. Un brillo de esperanza

45. La fiesta

46. Todo llega en su momento

47. La pipa de la paz

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Anabel García

Créditos